

Universidad Complutense de Madrid  
Departamento de Historia de América II  
(Antropología de América)



X-53-374272-1  
Jesús Adánez Pavón

**UNA APROXIMACIÓN ANTROPOLÓGICA  
A LA INTERPRETACIÓN DEL ESPACIO EN ARQUEOLOGÍA**

**Una historia del debate teórico contemporáneo y  
una conceptualización del espacio doméstico**

Tesis doctoral dirigida por  
el Dr. D. José Alcina Franch

Madrid 1998



IMPRESIÓN

A Begoña,  
por su paciencia ante las ideas confusas  
y su impaciencia con las inverosímiles

## AGRADECIMIENTOS

Como autor de este trabajo tendría que reconocer las deudas contraídas con un número de personas que excede el que resulta factible recordar expresamente. He aquí, no obstante, una muestra de las que me mueven con más urgencia al agradecimiento.

A Begoña, mi esposa, le debo los sacrificios que acarrea un compañero atado a una mesa –si bien ella, subvirtiendo el papel de cónyuge ideal, advierte que quiere cobrarlos–. A Andrés Ciudad Ruiz le debo el obsequio de su franca disposición a la lectura y el comentario de tantos borradores. A Pepa Iglesias Ponce de León, en particular, y al resto de colegas y amigos del Departamento de Historia de América II (Antropología de América), en general, les debo sus diversos grados de alternancia entre el aliento, el silencio y el regaño. A Rafael Díaz Maderuelo, siempre inquieto e ilusionado, le debo el haberme introducido en la antropología y la etnografía de la vivienda y haberme contagiado una inquietud y una ilusión por ellas. A los alumnos de la ya desaparecida asignatura "Teoría y Método de la Antropología" les debo el que hayan seguido y respondido con interés el discurso de un profesor empeñado en destilar –allá entre las nubes– las supuestas esencias de unos y otros enfoques. A quienes han participado o participan en la conformación y el funcionamiento de la Biblioteca de Humanidades les debo la existencia y el acceso a unos fondos en los que mi investigación ha encontrado, no ya su apoyo, sino la posibilidad misma de su objeto. Para terminar, a José Alcina Franch, que como director de tesis siempre supone o aparenta

suponer en sus dirigidos madurez investigadora, le debo el haber extraído buena parte de la madurez que finalmente hayan podido alcanzar estas páginas.

A todos ellos les debo mucho más, pero confío en que habrá nuevas ocasiones para reconocerlo.

# ÍNDICE

<b>1. Introducción</b>	<b>1</b>
La interpretación del registro arqueológico: el debate contemporáneo . . . . .	4
La organización espacial de las viviendas: una concepción antropológica . . . . .	10

## Parte I

### La interpretación del registro arqueológico: el debate contemporáneo

<b>2. Un preludeo del debate: la indeterminación de las inferencias arqueológicas y la arbitrariedad del signo</b>	<b>16</b>
La inferencia en sentido "inverso" y la indeterminación de las interpretaciones . . . . .	19
Dos vías para reducir la indeterminación en materia de etnicidad y una nueva orientación . . . . .	24
<b>3. El planteamiento inicial del debate: la conducta predecible y la acción en su contexto</b>	<b>31</b>
El trasfondo: la etnoarqueología y la investigación de alcance medio . . . . .	35
La predicción del registro arqueológico . . . . .	40

Teorías carentes de ambigüedad . . . . .	41
Correlatos materiales de la conducta . . . . .	46
Deductivismo e inductivismo . . . . .	48
La interpretación del registro arqueológico: del sistema a la conducta . . . . .	52
La estructura de los sistemas culturales . . . . .	52
Los sistemas de pautas de comportamiento . . . . .	59
Las concepciones de la práctica presentes en Binford y Schiffer . . . . .	66
¿Y el sistema? . . . . .	74
Los significados expresados por la cultura material . . . . .	78
Algunas aproximaciones al estudio de las nociones en los años 70 . . . . .	79
La acción de los símbolos y los símbolos en la acción . . . . .	82
Explicar no equivale a predecir ni contrastar a probar . . . . .	90
<b>4. La generalización del debate: arqueología postprocesual y arqueología procesual</b> . . . . .	<b>96</b>
El trasfondo: el problema de la práctica . . . . .	102
La articulación entre estructura y acción y la emergencia de una arqueología (político-)simbólica . . . . .	105
Las fuentes de la aproximación postprocesual . . . . .	106
Consensos y disensos iniciales: las estructuras y las acciones . . . . .	112
Historia, cultura e individuo . . . . .	125
Ideología y poder . . . . .	136
La articulación entre sistema y conducta y la emergencia de una arqueología (político-)económica . . . . .	140
La ruptura con el funcionalismo ecológico-cultural . . . . .	144
Dos dialécticas: subsistencia y política, individuo y	

sociedad . . . . .	151
Una dialéctica y dos perspectivas: agentes y sistemas . . . .	159
El problema de la articulación entre teorías y observaciones . .	161

## Parte II

### La interpretación del espacio doméstico: una conceptualización antropológica

<b>5. Bases para una conceptualización del espacio doméstico (o Algunas conclusiones de partida a la luz del debate arqueológico)</b>	<b>168</b>
La conformación de las pautas materiales: acciones, nociones y objetos . . . . .	172
La dialéctica social entre acciones, normas y representaciones . . . . .	176
Las estructuras de las prácticas . . . . .	184
La inserción de la cultura material en la dialéctica social . .	188
Las teorías sobre pautas materiales: el espacio doméstico como categoría general . . . . .	195
Teorías generales y contextos particulares . . . . .	197
Teorías comparativas . . . . .	200
<b>6. La diferenciación de ámbitos y el uso del espacio</b>	<b>203</b>
La diferenciación de ámbitos y la morfología social . . . . .	205
Espacio y sociedad: la tradición socio-antropológica francesa . . . . .	206
Espacio y sociedad en las agrupaciones residenciales kekchíes de Belice . . . . .	218
Algunas dimensiones socioculturales de diferenciación espacial . . . . .	223

Algunas aproximaciones a la distinta diferenciación en las viviendas . . . . .	228
El uso del espacio y la construcción territorial de categorías sociales . . . . .	232
El sistema de exclusividad . . . . .	233
La regulación arquitectónica del uso del espacio . . . . .	240
Las estrategias socio-territoriales . . . . .	247
Sobre la inserción de la dinámica socio-territorial en contextos más amplios . . . . .	252
Representaciones territoriales y representaciones arquitectónicas . . . . .	254
La noción de campo . . . . .	261
<b>7. Conclusiones</b>	<b>268</b>
Una historia del debate teórico contemporáneo: prácticas, nociones y pautas materiales . . . . .	268
Una conceptualización de la organización espacial doméstica . . . . .	276
<b>Bibliografía</b>	<b>281</b>
<b>Apéndice: Índice analítico de referencias bibliográficas</b>	<b>317</b>

# CAPÍTULO 1

## INTRODUCCIÓN

Asistimos, en efecto, al fin del comienzo de los estudios analíticos espaciales. Sabemos que las pautas de distribución contienen información importante. Tenemos los métodos necesarios para definir tales pautas. Ahora empezamos a abordar qué significan. [Kroll y Price 1991: 305; traducción nuestra.]

Desde una perspectiva analítica, el examen del registro arqueológico parte mínimamente de la identificación de dos clases de cualidades en sus elementos componentes: la primera viene dada por los distintos atributos que se asignan a los objetos, tomados como unidades, y la segunda por aquellos otros que se adjudican a sus combinaciones de posición y distancia. Operando con estas cualidades primitivas, los arqueólogos construyen nuevas unidades, las cuales muestran, a su vez, uno y otro tipo de dimensiones en la índole de su composición y en su localización relativa, siendo susceptibles de conformar agregados sucesivos de orden superior. Si se exceptúan aquellas relaciones de carácter estratigráfico o "vertical", interpretables en términos de secuencias temporales, el segundo de los dos conjuntos de cualidades presentes en los diferentes órdenes de resolución constituye el campo potencial que David Clarke (1977) definiera para la arqueología espacial. Ya se trate de fragmentos cerámicos, estructuras de habitación o asentamientos completos, el análisis de sus distribuciones se beneficia de una familia de técnicas cuya misión es definir y describir pautas en ellas; la preparación y aplicación de ese tipo de técnicas es, en verdad, la labor que ha hecho encuadrable un trabajo en el ámbito efectivamente ocupado por la arqueología espacial.

Sin embargo, la información que el arqueólogo extrae del agrupamiento de restos líticos en un campamento difiere por completo de la que obtiene — digamos — de la concentración de aldeas en una región. Cuando se traslada el énfasis desde los criterios formales para identificar pautas hacia su calidad sustantiva, la comunión analítica deja paso a una diversidad de temas de investigación: geometría locacional, áreas de aprovisionamiento, áreas de actividad, comercio, sociología cerámica, etnicidad, arqueología de los grupos domésticos, arqueología de la arquitectura. Si en verdad la posición de los restos y la distancia entre ellos dan pie a esa gran clase básica de atributos relacionales en el registro arqueológico, el intento de solventar cualquier interrogante a partir de él incluirá siempre algún tratamiento de tales relaciones y el significado de éstas será necesariamente distinto.

La oscilación entre la homogeneidad formal y la heterogeneidad sustantiva parece estar resolviéndose actualmente a favor de la segunda, como consecuencia de un reafirmado interés por la interpretación. Esto es lo que subraya el diagnóstico, suscrito por Ellen Kroll y Douglas Price y referido más concretamente al estudio de áreas de actividad, que encabeza estas páginas. El "fin del comienzo" del análisis espacial descubre, dirigiendo la mirada atrás, unos especialistas inmersos en la tarea de refinar procedimientos descriptivos a cuyos resultados casi no añaden sino el punto final; y manifiesta, como proyección hacia el futuro, la decisión y la necesidad de preguntarse por el sentido de la localización diferencial de los restos materiales, haciendo de la metodología analítica un instrumento. Basta asomarse por encima de la historia más local e inmediata de estas investigaciones, para advertir que la nueva etapa anunciada supone, en realidad, una fase pendular o una vuelta en espiral; el hincapié técnico estuvo precedido y ha estado acompañado de planteamientos teóricos sobre el significado potencial de sus productos. Por

otra parte, tal como recoge la expresión misma al no dictaminar la conclusión de un periodo sino el término de su inicio, un viraje interpretativo no anula la dedicación al análisis. Pero, en cualquier caso, estas salvedades no disminuyen el valor de la pregunta y la llamada de atención, que hacemos nuestras: ¿qué significan las pautas espaciales?

La línea argumental que, con el propósito de ensayar una respuesta parcial al interrogante anterior, vertebra estas páginas gira en torno a una consideración fácil de enunciar: para llegar a saber qué significan las pautas detectadas a partir de unos restos materiales, es necesario —si bien no suficiente— profundizar en el conocimiento de aquellas dinámicas socioculturales de las cuales constituyen una huella. La meta última no es otra que apreciar el tipo de fuerzas y movimientos a que alude la expresión "dinámicas socioculturales" y llevarlos hasta la interpretación del espacio. Manteniendo el norte hacia dicha meta, los capítulos siguientes se organizan en dos secciones con objetivos propios: revisar, por un lado, los términos del debate suscitado por las denominadas arqueologías "procesual" y "postprocesual"<sup>1</sup> sobre la naturaleza de los procesos que conforman el registro arqueológico y, por otro lado, construir una concepción, de carácter teórico y apoyada fundamentalmente en casos contemporáneos, centrada en la disposición de los espacios domésticos. Si la primera sección subsume en planteamientos más amplios la señalada heterogeneidad sustantiva de la dimensión espacial, la segunda la reduce atendiendo a una clase de configuraciones espaciales en particular.

---

<sup>1</sup> En una primera versión de este texto se prefirió traducir el término *processual* por "procesal", pues tanto el adjetivo inglés como el castellano no significan otra cosa que "relativo al proceso". Luego se optó, sin embargo, por el neologismo "procesual" al advertir que, además de ser la forma más generalizada en la literatura arqueológica en español, la palabra original inglesa parece constituir también un neologismo construido a partir del vocablo *processal*; no había razones suficientes para nadar contracorriente.

## LA INTERPRETACIÓN DEL REGISTRO ARQUEOLÓGICO: EL DEBATE CONTEMPORÁNEO

Hace algunos años, al evaluar las controversias surgidas en la etnología durante un siglo de su historia, Elman Service (1985: 289) concluía identificando la existencia de un sistema de dos divisiones o mitades — *moities* — en una hipotética comunidad compuesta por antropólogos. Ante la dificultad de encontrar una denominación aceptable por ambas partes para cada una de ellas, optó por referirse a una "mitad A" y una "mitad B". Formarían parte de la primera aquellas posiciones encuadrables bajo epígrafes conceptuales como los siguientes: ciencia natural, determinismo, evolucionismo, estructura social, generalización, método comparativo, ambientalismo, analogía orgánica. La mitad B vendría definida por una serie de conceptos opuesta a la anterior: humanidades, libre albedrío o individualismo, relativismo, cultura, particularismo, holismo, mentalismo, analogía lingüística.

Parece claro que las posiciones adoptadas en la pasada década en torno a la teoría y el método arqueológicos reproducen este sistema, ya centenario. Basta sobrevolar las muchas páginas impresas a que ha dado lugar el debate entre las arqueologías procesual y postprocesual para advertir que en ellas han estado presentes los caracteres atribuidos a ambas mitades. Un bosquejo muy apresurado, plagado de "ismos" y guiado por la caracterización que cada parte ha hecho de la otra antes que de sí misma, recogería que la versión arqueológica de la mitad B — la postprocesual — parece partir de una base mentalista e individualista que conduciría a subrayar el carácter particular y holístico de los contextos socioculturales y sus cambios y a negar, en esa medida, la pertinencia de las generalizaciones científicas apoyadas en un método comparativo. Los representantes de la mitad A partirían, por su lado, de una visión

positivista y universalista del método científico que, combinada con un ambientalismo, desembocaría en un énfasis determinista y transcultural con el que aproximarse al estudio de la evolución, obviando en este caso la riqueza y complejidad de la historia.

Podrían añadirse a las anteriores nuevas parejas de nociones opuestas. Service hizo referencia a una más: materialismo e idealismo. Renunció, no obstante, a su discusión, argumentando que ninguna disputa etnológica se había desarrollado en tales términos: aunque siempre hay quien se reclama materialista — escribió —, nadie se califica como idealista (Service 1985: 290). El debate arqueológico contemporáneo ha refutado aparentemente esta afirmación, pues en él sí se ha hecho un uso manifiesto de estos dos conceptos y sí se ha contado con abogados explícitos, siquiera temporalmente, del segundo (véase Hodder 1988 [1986]: 101; pero véanse las matizaciones del mismo autor en Hodder 1990b: 380-381 y 1991c: 83). Es cierto — así lo señala Service — que el núcleo de la cuestión encaja más estrictamente en la oposición entre ambientalismo y mentalismo y se refiere al papel de las ideas en la conformación de la realidad social y cultural y, en particular, de la cultura material. Pero también lo es que la sombra de las connotaciones ideológicas del par materialismo/idealismo ha planeado sobre las controversias, especialmente desde la mitad procesual. Otras oposiciones posibles, como las que enfrentan, por ejemplo, "tecnologismo" y "criticismo" o "conocimiento neutral" y "compromiso", han hecho acto de presencia igualmente, en este caso esgrimidas a menudo desde la mitad postprocesual y superpuestas a la vieja disyunción entre el modelo de la ciencia natural y el de las humanidades.

Descrito el panorama como un conflicto entre dos partes, las formas de orientarse en él parecen reducirse a las encerradas en una disyuntiva: o bien se adscribe uno a la juzgada más cercana o convincente o bien se

rechazan ambas, tal vez terciando con una alternativa o un promedio; otra posibilidad, consistente en admitir la irreductibilidad de las posturas, podría constituir una conclusión legítima – por ella se decidió finalmente Service con respecto al siglo de controversia etnológica –, pero como punto de partida sólo implicaría eludir la valoración de los argumentos contradictorios. La estrategia que sigue la primera sección de este volumen contiene, a la postre, elementos de todas las opciones anteriores, pero trata de superarlas en principio adoptando una visión moderadamente incrédula del debate arqueológico: renuncia a la consideración de las tesis enfrentadas como orientaciones teóricas coherentes y cerradas y la sustituye por una aproximación histórica más atenta a las disensiones internas y las trayectorias de cada parte que al cruce de censuras entre ellas. La pretensión no es, entonces, superar una disputa con antecedentes centenarios, sino tratar de descentrar su análisis, cartografiando, desde la perspectiva de un observador crítico, las posturas que intervinieron en ella, para luego situar en su seno, desde la perspectiva del participante, el estudio de la vertiente espacial de la arquitectura doméstica.

El concepto de orientación teórica, usado para interpretar la historia de las ciencias sociales, corre el riesgo de anquilosarla cuando se deja que dé lugar a una lista de idearios modales sucesivos o encontrados, con variaciones idiosincrásicas a su alrededor. Aquí se ha querido huir de ese peligro. Sin duda, las doctrinas existen; no constituyen un mero artefacto creado por el historiador. Pero imponerles más coherencia de aquélla que gozaron termina por hacer olvidar el grado en que supusieron, antes que otra cosa, ensayos sucesivos de racionalización de panoramas complejos, aceptados y aplicados de maneras diversas. Tal olvido, combinado con una cierta lectura de la noción de paradigma científico propuesta por Thomas Kuhn (1971 [1962]), subraya su carácter de cosmovisiones e invita a contrastarlas como totalidades estáticas. En disciplinas que, como la

arqueología o la etnología, parecen experimentar con más frecuencia episodios revolucionarios que periodos de ciencia normal, el equivalente a un trasfondo paradigmático tácito habría de buscarse entre líneas, en lugar de proyectarlo sobre programas en continua redefinición cuya relativa longevidad depende de su capacidad de hacerse reconocibles y ser efectivamente reconocidos a pesar de las transformaciones. La proximidad en el tiempo y vigencia de las discusiones que nos ocupan agravaría los errores de dicha proyección.

Aunque los aspectos suscitados por el debate entre procesuales y postprocesuales fueron numerosos, su revisión adoptará como eje las tres cuestiones elementales que lo alimentaron: ¿dejan huella material las nociones mantenidas y utilizadas por quienes formaron parte de una sociedad prehistórica?, ¿es relevante, a la hora de interpretar los restos arqueológicos, interrogarse sobre dichas nociones?, ¿en qué términos es posible esclarecer el sentido de esas huellas — o incluso cualquier otra — sobre bases razonablemente firmes? Como se verá, esas preguntas se han formulado con matices diversos y se han contestado de modos no coincidentes por autores distintos o por los mismos autores en momentos diferentes, pero todas las respuestas se enmarcaron en una indagación expresa, no ya de las secuencias históricas o evolutivas que cabe observar a través del registro, sino de las dinámicas que, inscritas en tales procesos, dan forma de manera más inmediata a las pautas materiales; eso es lo que las relaciona con la meta última — señalada arriba — que orienta el presente trabajo. Los supuestos y los argumentos volcados, desde los años 70, en las concepciones de tales dinámicas constituyen el objeto de nuestra revisión.

Por lo que se refiere al despliegue de la aproximación histórica seguida, cabe señalar una omisión y una tesis genéricas. La primera tiene que ver

con los escasos renglones que se dedicarán a los denominados factores externos del conocimiento científico. Un examen completo del debate contemporáneo no podría soslayar los aspectos profesionales, políticos e ideológicos que intervienen en las concepciones de los arqueólogos. No obstante, su estudio requiere unas fuentes y encamina en una dirección que están fuera del alcance y el objetivo de este trabajo.

La tesis cuenta con dos vertientes. Por un lado, tratará de mostrarse que, en el episodio que nos ocupa, las respuestas a las tres preguntas antes enunciadas surgen, histórica y lógicamente, de un desplazamiento de las interpretaciones desde un nivel estructural o sistémico, concebido de distintos modos pero adjudicatario anterior del poder de causar y explicar, a otro más cercano a la práctica, no menos diversamente entendido pero en todo caso escenario en el que se ejerce, experimenta y resuelve la acción de las fuerzas estructurales o de la organización del sistema y, por tanto, objeto de explicación por derecho propio. No es éste un movimiento que se haya producido de manera oculta o implícita. No lo ha sido, desde luego, entre los autores encuadrables bajo el rótulo postprocesual, pero tampoco — como veremos — en la tradición procesual. En ambos casos, con pesos y argumentos no coincidentes, las actuales valoraciones sobre la parte ideal de lo real — por emplear ahora la expresión de Maurice Godelier (1989 [1984]: 153 y ss.) — y sobre el tipo y el papel de las generalizaciones teóricas a la hora de dar cuenta de casos particulares pueden entenderse, en buena medida, a partir de las vías por las que ha tenido lugar el señalado desplazamiento. En este terreno, el desafío ha sido y sigue siendo cómo articular adecuadamente la relación entre los dos niveles o, mejor, cómo redefinir los conceptos involucrados.

Por otro lado, las siguientes páginas parten de la convicción, poco sorprendente, de que los aspectos del conocimiento arqueológico

relacionados con la teoría del método han de evaluarse siempre desde su conexión con los sustantivos —la teoría social y cultural— y esperan ilustrar en qué medida éstos últimos, desde los años 70 y a pesar del protagonismo que recibió entonces la metodología científica como instrumento para apoyar determinados enfoques y derribar otros, han tenido *de facto* una presencia decisiva. Sería insensato, además de inconsecuente con la elección de los temas por tratar, negar la importancia de los procedimientos utilizados para validar hipótesis, comparar fenómenos o construir interpretaciones. Pero resulta correcto y beneficioso no perder de vista que todos ellos dependen de cómo se conciba aquello que se valida, compara e interpreta, pues, como afirmó Roy Bhaskar (1979: 3) desde la filosofía de la ciencia, es la naturaleza del objeto lo que determina la forma de su posible ciencia. De este modo, se miden y comprenden mejor los razonamientos que subyacen en afirmaciones como las que discuten el énfasis inductivo o deductivo de las inferencias, las que abrazan o rechazan las generalizaciones transculturales o las que apelan, inveteradamente, a las limitaciones inherentes del registro para minar la posibilidad de identificar en él nuevas dimensiones.

El guión de los tres capítulos de esta primera parte se acoge, para desarrollar su argumentación, a un orden cronológico aproximado. Comienza con un preludeo que, a través del análisis de algunas primeras afirmaciones de Ian Hodder acerca de los significados de la cultura material y algunas primeras críticas a ellas, reflexiona sobre el papel de la lógica, la metodología y la teoría en las interpretaciones de los arqueólogos, abriendo así el campo en el que se adentran las páginas posteriores. Luego se coloca en el año 1982 para, desde ahí, remontar la historia de la arqueología procesual e identificar sus diversas corrientes, evaluando, bajo esa óptica, el contenido de los planteamientos expresados fundamentalmente en *Symbols in action* (Hodder 1982a) y el alcance del

cambio de rumbo por ellos promovido; el capítulo explora el sentido dado a los conceptos de acción contextualizada y conducta predecible y subraya, en relación con ésta última, un desplazamiento más antiguo desde el interés por el sistema hacia una mayor atención por la conducta, todo ello con el fin de entender las distintas posturas relativas a la posibilidad y el valor de interpretar aspectos nocionales a partir del registro arqueológico. Finalmente, el texto recorre las rutas seguidas por postprocesuales y procesuales durante el resto de la década de los 80, entrando también en los 90, para el ejercicio, modificación y contestación de sus respectivos programas; la exposición busca aquí revelar las divergencias y convergencias a la hora de definir y conjugar los pares estructura/acción y sistema/conducta desde dos conjuntos de intereses que cabe caracterizar en términos de una arqueología (político-)simbólica y otra (político-)económica. Un capítulo más, donde las valoraciones vertidas de manera dispersa en los anteriores son reunidas con objeto de introducir y encauzar la conceptualización del espacio doméstico, se incluye ya en la segunda parte.

### **LA ORGANIZACIÓN ESPACIAL DE LAS VIVIENDAS: UNA CONCEPTUACIÓN ANTROPOLÓGICA**

Si los capítulos agrupados en la primera parte buscan cartografiar supuestos y argumentos en torno a los procesos socioculturales que dan forma al registro arqueológico, el objetivo de los incluidos en la segunda es recoger en un modelo teórico general la naturaleza y la dinámica básicas de aquéllos que producen y reproducen la organización espacial doméstica. La base factual en la que se apoya la tarea no se centra en un segmento histórica y culturalmente delimitado del registro antropológico; no cuenta, pues, con un material inédito obtenido mediante excavación, exploración en superficie, revisión de fuentes narrativas y documentales o trabajo de

campo etnoarqueológico o etnográfico y, en sentido estricto, tampoco está integrada por informaciones sobre las casas construidas y habitadas por grupos y en periodos distintos. Los datos manejados vienen aportados, más exactamente, por las diversas interpretaciones, encuadradas de hecho en diferentes disciplinas y ya generales o ya referidas a casos contemporáneos concretos pero siempre con implicaciones extrapolables, que se han formulado en la literatura impresa relativa a la arquitectura doméstica; con ellos se trata aquí de adelantar una aproximación conceptual —una definición y discusión de conceptos—. Aun cuando la representatividad de tal muestra se revela escasa en términos de un horizonte universal y su calidad con respecto al objetivo señalado resulta variable —todo lo cual puede haber tenido el efecto de sesgar el modelo y limitar su alcance—, sí ha sido suficiente para fundamentar y posibilitar la perspectiva con la que se ha delimitado y abordado el tema.

La organización espacial de las viviendas constituye un fenómeno complejo, envuelto activamente en dominios tan desiguales como la composición y actividades de los grupos domésticos, las relaciones entre los géneros, la jerarquización por clases o estratos sociales, la identidad étnica, las creencias cosmológicas o la moral; esos mismos dominios se entrelazan de formas distintas en secuencias de cambio impulsadas por factores también diferentes, desde la sedentarización y la nucleación del asentamiento o el aumento del cultivo dirigido al mercado entre poblaciones campesinas hasta la influencia de misioneros y funcionarios o los programas de sanidad o promoción del alojamiento público elaborados, muchas veces, en lugares y respondiendo a fuerzas distantes. Centrar la indagación en las casas como una categoría aislable, antes que en su papel dentro de alguno de los procesos o campos anteriores o en la confluencia de todos ellos dentro de un contexto particular, exige establecer criterios con los que homogeneizar la observación de la diversidad y definir el

sentido de la aproximación.

Dos criterios básicos han de adelantarse ahora. El primero tiene que ver con el contenido sustantivo dado a la expresión "organización espacial doméstica". El fenómeno por aislar como objeto del modelo será aquel mismo que permite hablar de un espacio organizado: la diferenciación de ámbitos en el seno de la vivienda; distinguir lugares apropiados para realizar determinadas actividades por parte de determinadas personas — establecer qué personas y actividades requieren o prefieren un ámbito diferenciado — supone la materia común y mínima de toda ordenación residencial. El segundo criterio proviene del presupuesto genérico que inspira este trabajo: para saber qué significan unas pautas espaciales, hace falta — como quedó dicho arriba — conocer las dinámicas socioculturales de las cuales constituyen una huella. La combinación de ambos criterios conduce a la perspectiva que delimita nuestra conceptualización: indagar en el sentido de la diferenciación de ámbitos domésticos y en la naturaleza de las operaciones que, inscritas en campos de fuerzas y trayectorias históricas con distinto signo, la mantienen y alteran.

El capítulo 5 está dedicado a cimentar, con el beneficio de las posturas revisadas en los anteriores al hilo del debate entre procesuales y postprocesuales, las bases teóricas del modelo que será proyectado sobre la vivienda y las bases metodológicas de dicha proyección. Más arriba se han enunciado los interrogantes elementales que alimentaron aquella controversia — ¿dejan huella material las nociones?, ¿es relevante preguntarse por las nociones para entender las pautas detectadas en el registro?, ¿es posible interpretar razonablemente su sentido? — ; sin por ello pretender una investigación de las viviendas en tanto que símbolos, contestaremos afirmativamente a los tres. Justificarán las dos primeras respuestas la caracterización de una dialéctica social básica, a través de la

cual se relacionan las nociones —las reglas o normas y las representaciones— y las acciones dentro de contextos estructurados, y la inserción en ella de la cultura material como una representación de lo social. Esa dialéctica, tal como será presentada, no tiene la capacidad de generar ni explicar por sí sola procesos de cambio, pero sí constituye el mecanismo mediador que asimila y elabora el impacto de fuerzas diversas; si cabe asumir que está presente en todas las esferas de las prácticas socioculturales, potencialmente lo estará también en todas las configuraciones materiales —aunque, desde luego, hay tantas pautas como preguntas pueda formular el observador—. La tercera respuesta depende, como se argumentará, de la plausibilidad y concreción que pueda alcanzar el panorama anterior cuando se proyecta sobre un caso. No obstante, y ante las dudas manifestadas en la corriente postprocesual acerca de la posibilidad y el valor de las generalizaciones que cruzan límites histórico-culturales, nos detendremos en defender el componente comparativo de toda construcción teórica y, en particular, de una dirigida a la organización espacial doméstica, acotando su procedimiento y la validez de sus resultados.

El capítulo siguiente desarrolla y matiza el modelo anunciado. Su objeto es, en primer lugar, conceptualizar la diferenciación de ámbitos domésticos como una representación de las identidades y actividades sociales que confluyen en la vivienda; en segundo lugar, esbozar su dinámica reconociendo las especificidades de la dialéctica socio-espacial entre nociones y acciones en el nivel residencial; y, por último, esbozar la inscripción de esa dinámica en contextos más amplios con el fin de situar su operación desde la perspectiva de campos que exceden los límites de aquélla.

El valor de un modelo que abstrae una clase de relaciones para indagar

en su sentido, subsumiendo y sustrayendo todo aquello que pueda incidir en ellas desde lo que se ha considerado que se encuentra fuera, no se intenta que esté, obviamente, en su capacidad predictiva. La pretensión es conceptualizar el fenómeno de la discriminación de espacios en la vivienda – apreciar sus cualidades potenciales –, con la idea de que ello sirva de marco dentro de estudios más próximos a lo concreto y, por tanto, múltiple y complejo.

I

**LA INTERPRETACIÓN DEL REGISTRO ARQUEOLÓGICO:**

**EL DEBATE CONTEMPORÁNEO**

## CAPÍTULO 2

### UN PRELUDIO DEL DEBATE: LA INDETERMINACIÓN DE LAS INFERENCIAS ARQUEOLÓGICAS Y LA ARBITRARIEDAD DEL SIGNO

El año 1982 marcó el inicio público de la controversia entre la arqueología procesual y la reacción crítica que poco después adoptaría el nombre de postprocesual. En esa fecha vieron la luz tres volúmenes – *Symbols in action* (Hodder 1982a), *The present past* (Hodder 1982b) y *Symbolic and structural archaeology* (Hodder [ed.] 1982) – orientados, por un lado, a mostrar que todo objeto, además de satisfacer una función, expresa significados y a explorar, por otro, las implicaciones teóricas y metodológicas de este hecho para la disciplina. Detenemos ahora en el examen de un breve y anterior intercambio de opiniones, el cual prefigura el entonces inminente debate a través de un comentario de Dave Davis (1981) a un artículo de Ian Hodder (1979) y la correspondiente respuesta del segundo (Hodder 1981a), permitirá establecer algunos presupuestos básicos con los que abrir siquiera la posibilidad de las cuestiones suscitadas por la nueva problemática.

En su comentario, Davis hacía referencia a una hipótesis que Hodder había formulado sobre la interpretación de fronteras estilísticas regionales en el registro arqueológico. Dicha hipótesis venía a afirmar que la tensión generada por la competencia económica entre grupos étnicos vecinos resultaría en una mayor probabilidad de que ciertos objetos se convirtieran en vehículo de expresión de la pertenencia a tales grupos y de su cohesión; este potencial uso de la cultura material para manifestar la identidad podría detectarse por la presencia de "mesetas regionales" en la distribución

espacial de las frecuencias de distintos items. La idea estaba apoyada en los estudios etnoarqueológicos del autor en África –los mismos que poco después serían utilizados en *Symbols in action*– y señalaba, entre otras evidencias, el mantenimiento de distinciones étnicas en el distrito de Baringo, en Kenia, a través de los estilos de pendientes, narigueras, vasijas de cocina y otros elementos; todos ellos mostraban una ocurrencia considerablemente uniforme dentro de las agrupaciones tribales que, sin embargo, se reducía de modo abrupto al traspasar los límites con otras tribus y ello a pesar de un ininterrumpido trasvase tanto de personas como de algunos bienes.

No está de más recordar que la crítica de las interpretaciones en clave étnica de la cultura material había sido, desde los años 60, un elemento importante de la ruptura con respecto a los supuestos de la arqueología tradicional. Dicha crítica fue formulada de modo paradigmático en la interpretación funcional y multidimensional que Lewis Binford propuso para los conjuntos líticos del Paleolítico Medio en Europa y el Oriente Próximo: la diferente composición porcentual de tipos en los distintos conjuntos, que François Bordes consideraba –por eliminación de explicaciones alternativas– un indicador de diversidad étnica, podía entenderse como resultado de las distintas actividades realizadas en campamentos estacionales ocupados por los mismos grupos de cazadores-recolectores (Binford y Binford 1966; Binford 1972e, 1973). Un similar carácter ejemplar adquirieron las reinterpretaciones de la dispersión de tipos de objetos en una región: frente al concepto de un área de difusión de ideas o, incluso, poblaciones en torno a un centro cultural innovador, se subrayaron las relaciones entre sociedades dentro de esferas de interacción y la importancia de analizar social y culturalmente las redes de intercambio (Binford 1972a [1965]: 204; Renfrew 1969; Struever y Houart 1972).

La hipótesis de Hodder hacía hincapié, precisamente, en la posibilidad de que la concentración espacial de ciertos estilos se debiera a su significado étnico y no a la falta de interacción e intercambio con grupos vecinos; sin embargo, no implicaba una vuelta sin más a la antigua cuestión de la identificación de "culturas" desde el registro arqueológico. De hecho, la propuesta básica no era otra que tratar de cualificar la naturaleza de tales interacciones y, dentro de esa empresa, el manejo de un concepto de etnicidad más elaborado le permitía insertar su hipótesis en un argumento también funcional: en situaciones de tensión entre grupos es previsible que éstos refuercen y manifiesten su condición de tales por distintos medios, la cultura material entre ellos. Pero, al tiempo, se introducía el problema del carácter convencional de los símbolos y la dificultad de contrastar arqueológicamente las hipótesis dependientes de sus significados. El comentario de Davis subrayaba este punto: un argumento de carácter funcional puede predecir la necesidad de expresar la etnicidad, pero no los canales ni los símbolos a través de los cuales discurrirá y, por lo tanto, la presencia de una determinada distribución de frecuencias de un ítem o varios no puede ser razón suficiente para concluir que constituyen identificadores étnicos.

¿Cómo solucionar esta indeterminación? Davis propuso una vía y Hodder contestó anunciando otra. Merece la pena desmenuzar la lógica deductiva sobre la que están contruidos los razonamientos de uno y otro autor. Ello permitirá entender sus diferentes posturas como estrategias metodológicas alternativas, con supuestos teóricos distintos, diseñadas con la vista puesta en la superación de un mismo y omnipresente problema a la hora de inferir.

## LA INFERENCIA EN SENTIDO "INVERSO" Y LA INDETERMINACIÓN DE LAS INTERPRETACIONES

Como es sabido, un razonamiento deductivo parte de un enunciado sobre la relación entre dos o más fenómenos, con pretensión de validez general para un conjunto o universo dado. Representando  $p$  la afirmación "existe tensión económica intergrupal",  $q$  "los grupos refuerzan su cohesión y expresan su identidad" y  $r$  "la cultura material expresa, en su estilo y uso, la identidad", el planteamiento de Hodder podría formularse mediante el siguiente enunciado condicional:

$$p \rightarrow (q \wedge r)^2.$$

La mayor parte del artículo original de Hodder se encaminó a fundamentar la cuestión antropológica de la relación entre los tres fenómenos. La estrictamente arqueológica de las pautas materiales a que aquélla daría lugar se desarrollaba de forma más tentativa, ilustrando un ejemplo de aplicación en el Neolítico del sur de Francia. No obstante, siguiendo la sugerencia aludida más arriba y representando  $s$  la afirmación "los objetos que expresen la identidad mostrarán en sus frecuencias una distribución espacial en forma de meseta", el enunciado condicional resultante podría ser:

$$(p \rightarrow (q \wedge r)) \rightarrow s^3.$$

---

<sup>2</sup> Esto es: "si existe tensión económica intergrupal, *entonces* los grupos reforzarán su cohesión y expresarán su identidad y la cultura material expresará en su estilo y uso tal identidad".

<sup>3</sup> Esto es: "si, existiendo tensión económica intergrupal, los grupos refuerzan su cohesión e identidad y la expresan a través de la cultura material, *entonces* los objetos que la expresen mostrarán una distribución espacial de frecuencias en forma de meseta".

Ahora bien, este enunciado no puede utilizarse directamente como primera premisa de una inferencia arqueológica sin incurrir en la falacia de afirmar el consecuente (véase, por ejemplo, Watson, LeBlanc y Redman 1974 [1971]: 30): aunque fuera posible suponer –sobre la base de otras evidencias– la existencia en el pasado de una situación de competencia económica,  $p$ , y se detectara en el registro una concentración espacial de tipos,  $s$ , no sería correcto concluir que ésta responda a un fenómeno de cohesión y expresión étnicas,  $q \wedge r$ , porque la primera premisa no excluye, tal como ha sido enunciada, que la pauta predicha pueda ser resultado de un fenómeno distinto no considerado. El problema de los "equivalentes funcionales" –la imposibilidad de determinar qué regla, acción u objeto se utilizará o ha sido utilizada para satisfacer una cierta función entre las alternativas igualmente válidas– o el de la "equifinalidad" de los procesos –la imposibilidad de determinar a partir de una situación dada qué trayectoria llevó a ella entre las múltiples posibles conducentes al mismo tipo de situación– constituyen versiones sustantivas de esta misma cuestión lógica.

Desde el punto de vista de la lógica formal, un razonamiento correcto que partiera del registro arqueológico requeriría reformular la premisa anterior del siguiente modo:

$$s \rightarrow (p \rightarrow (q \wedge r)).$$

Pero, como es obvio, esta alteración del aserto inicial implica algo más que el mero juego de cambiar el orden de una frase; supone nada menos que convertir el enunciado condicional original en un enunciado condicional doble –reducir a un solo elemento el conjunto de los equivalentes funcionales o a una sola trayectoria el de los equivalentes procesales– :

$$(p \rightarrow (q \wedge r)) \leftrightarrow s.$$

La inferencia del hecho sociocultural a partir de la pauta material evitaría, pues, la falacia si se pudiera afirmar – simplificando – "sólo si un objeto expresa etnicidad, tendrá una distribución en forma de meseta". Evidentemente, evaluar la posibilidad de hacer esta discutible afirmación no es algo que competa a la lógica formal, sino a la teoría arqueológica.

Se ha dicho, con razón, que la mayoría de las interpretaciones del registro arqueológico intentan resolver problemas "inversos", como el anterior, dado que concluyen con los fenómenos responsables de una situación y no con las consecuencias o efectos de tales fenómenos (Gallay 1992: 115; véase también Chippindale 1986: 446; 1992: 258-260); es el conocimiento de las consecuencias materiales de un fenómeno sociocultural el que se invoca para identificarlo a partir de aquéllas. Ninguna de tales inferencias resultará firme – en el sentido de formalmente válida y sin entrar en la pertinencia y verdad de las premisas – mientras no se establezca en su premisa mayor una correspondencia biunívoca como la ilustrada antes. Ahora bien, este problema no es exclusivo de la arqueología. La misma indeterminación afecta, con mayor o menor fuerza, a cualquier disciplina empírica, dentro y fuera del círculo de las ciencias sociales y humanas; sustitúyase, en los enunciados formalizados anteriores, la serie " $(p \rightarrow (q \wedge r))$ " por "teoría" y el símbolo "s" por "observaciones"<sup>4</sup> y se obtendrá que pretender demostrada empíricamente una teoría sin argumentar una relación de doble implicación lógica entre ella y los fenómenos que predice supone incurrir en la falacia de afirmar el consecuente; esto, así como la dificultad – o imposibilidad – de demostrar tan estrecha relación, es un lugar común en la filosofía de la ciencia. Que

---

<sup>4</sup> La proposición rezaría: "Si la teoría  $t$  se cumple, entonces observaremos los fenómenos  $o_1, o_2 \dots o_n$ ".

el hecho se haga más patente entre los arqueólogos se debe a la naturaleza estática y parcial de los restos materiales, la cual les exige, como apuntara James A. Moore (1983: 180), una comprensión teórica de aspectos que para otros especialistas pueden implicar una mera constatación. Esta agudización del carácter inferido de las observaciones convierte sus dilemas hermenéuticos, con palabras de Michael Herzfeld (1992: 67), en un caso límite de los del científico social. No en uno inverso.

Negar —por poner el caso que nos interesa aquí— la posibilidad de inferir con verosimilitud los significados con que fueron revestidos los objetos que luego han pasado a formar parte del registro (véase, por ejemplo, Gallay 1992: 119) no puede, por tanto, basarse sólo en la constatación de las limitaciones de éste —las cuales son, en cualquier caso, variables— y la consecuente mayor ambigüedad de las inferencias, sino que requiere también la discusión de las concepciones que se mantengan sobre el carácter y el papel de aquellos significados. Interpretar la vertiente expresiva de los restos materiales es una empresa que depende, al igual que su crítica, de las concepciones teóricas en torno a la influencia y relevancia de los símbolos y sus sentidos a la hora de elaborar, usar y desechar objetos.

Dicho de un modo más comprensivo: todo lo que deja huella material, o lo que llamativamente deja de hacerlo, es potencialmente interpretable para el arqueólogo y el nivel de indeterminación de las interpretaciones —el grado de "bi-univocidad" reconocido en la premisa de la que parten o, en otras palabras, su firmeza frente a posibles interpretaciones alternativas— se amplía y reduce, en principio, en función de los argumentos sobre los procesos que marcaron o inhibieron dicha impronta y sobre sus implicaciones. El enunciado de esta idea, que describe el procedimiento básico sobre el cual se apoyan inferencias con diferente

alcance teórico – desde postular una situación de tensión intergrupala, en lugar de una ausencia de interrelación, a partir de la distribución espacial de ciertos objetos hasta, digamos, identificar una bolsa de cenizas como un hogar y no como el residuo de un incendio –, está inspirado en las reflexiones de Binford acerca del carácter estático del registro y la necesidad de construir teorías sobre la dinámica responsable de su formación (véase el Capítulo 3º), si bien pretende poner el énfasis en la discusión de las razones que sostienen la "retroducción"<sup>5</sup> antes que en el establecimiento de relaciones supuestamente carentes de ambigüedad desde las cuales formular inferencias seguras. Pero la idea subyace, además, en todo debate y todo desarrollo de la teoría arqueológica. Así, cuando, en el nacimiento de nuevas propuestas y orientaciones, se apela de manera "pesimista" o "escéptica" a las limitaciones del registro con respecto a la obtención de ciertas respuestas, la crítica se dirige a negar la posibilidad de las preguntas – el suceso o proceso "no deja huella" o bien ésta "es equívoca" o "imposible de contrastar" – y, en un segundo frente, a descartar o minar la relevancia de lo buscado; los esfuerzos "optimistas" – o tal vez "crédulos" – por ampliar o redefinir las posibilidades del registro tratan, por su parte, de redescubrir la naturaleza de los procesos socioculturales involucrados y el papel de lo material en ellos. Jalonada de este modo, la historia teórica de la disciplina ha girado siempre en torno a la inserción de los objetos y sus pautas en tramas sociales y culturales: la constitución de una antropología orientada a los aspectos materiales de las sociedades y sus culturas.

---

<sup>5</sup> "Retroducción" es un término utilizado por Bhaskar (1978: 125; 1979: 165) e incorporado al vocabulario arqueológico (véase Gibbon 1989: 152, 164; David 1992: 332) que se refiere a la inferencia de las posibles causas que explican la ocurrencia de un fenómeno observado; el concepto quiere combinar, de un modo particularmente evidente para el arqueólogo pero válido para toda ciencia empírica, las operaciones normalmente discriminadas bajo las formas puras de la inducción – enumerar y correlacionar fenómenos – o la deducción – subsumir los fenómenos en un enunciado legaliforme –.

## DOS VÍAS PARA REDUCIR LA INDETERMINACIÓN EN MATERIA DE ETNICIDAD Y UNA NUEVA ORIENTACIÓN

El artículo de Davis exponía, con el fin de afrontar la indeterminación que Hodder había dejado sin reducir en la hipótesis de 1979, dos afirmaciones previas y una sugerencia. Cabe entender la primera afirmación —"la selección de elementos estilísticos para expresar y reforzar el sentido de colectividad es un proceso arbitrario" (Davis 1981: 667; traducción nuestra)— como una opción excluida *a priori* por razones teóricas: buscar una relación funcional tal que la expresión de la identidad de un grupo —el significado por inferir— necesariamente hubiera de canalizarse mediante la selección de ciertos atributos estilísticos —los significantes por detectar—. Aunque ya se habían ensayado algunas propuestas en este sentido, subrayando la probable selección de elementos y rasgos altamente visibles y accesibles (véase Wobst 1977: 328-330), Davis optó por seguir una estrategia distinta. Su segunda afirmación advertía que el concepto de etnicidad "cubre una multitud de situaciones y procesos sociales" y las formas de "las distribuciones de rasgos estilísticos delimitados étnicamente pueden variar de acuerdo con tales situaciones" (ibídem; traducción nuestra). Sobre esta base, su sugerencia metodológica abogaba por una definición y clasificación más precisas del proceso sociocultural responsable y la búsqueda de una correlación significativa entre los tipos de procesos y las pautas arqueológicas:

Se ha de investigar una gama de casos en los que el refuerzo de las fronteras étnicas tenga lugar bajo condiciones de tensión, atendiendo a: (a) las distribuciones espaciales de los rasgos estilísticos asociados que operan como identificadores étnicos; y (b) las relaciones entre la variabilidad de las frecuencias de esos rasgos estilísticos que refuerzan la identidad del grupo y la variabilidad de otros elementos de la cultura material. [Ibídem; traducción nuestra.]

En suma: si la pauta puede responder a procesos diversos —provocando

así la indeterminación de la inferencia a partir de ella —, lo apropiado sería tratar de diferenciar en su seno distintos subtipos y conexiones con otras pautas, tratar de diferenciar del mismo modo los procesos y relacionar unos y otros de manera, en lo posible, biunívoca; el enunciado formalizado podría ser el siguiente:

$$\begin{aligned} (p_1 \rightarrow (q \wedge r)) &\leftrightarrow s_1, \\ (p_2 \rightarrow (q \wedge r)) &\leftrightarrow s_2, \\ &\dots \\ (p_n \rightarrow (q \wedge r)) &\leftrightarrow s_n. \end{aligned}$$

La propuesta adoptaba, así, una estrategia comparativa transcultural con la cual reducir funcionalmente la variación no predecible que impone la arbitrariedad del signo. No es difícil apreciar en este esquema la inspiración de los programas de investigación etnoarqueológica elaborados durante los años 70, en los cuales se detendrá el capítulo siguiente.

En la respuesta a Davis, Hodder (1981a: 668) afirmaba haber llegado a reconocer que su propia hipótesis sobre la relación entre la etnicidad y las pautas arqueológicas era "ingenua y demasiado simplista". En su lugar, anunciaba la adopción de una aproximación general distinta para examinar los significados de la cultura material: una aproximación contextual. En su expresión mínima, el argumento de Hodder, aunque encerraba dimensiones de futuro calado, era sencillo: la relación entre un significante — un motivo cerámico, digamos — y un significado — la etnicidad — no es arbitraria sino convencional; no es algo que dependa de la mera voluntad o el capricho sino de la costumbre, del contexto en que se usa y de los usos precedentes:

Desde un punto de vista contextual, es incorrecto sugerir, con Davis, que la selección de elementos estilísticos para expresar el sentido de colectividad sea arbitraria. Todos los objetos y atributos tienen una significación simbólica que depende del contexto y tienen una historia de uso que contribuye a su significado simbólico en todo momento. No podemos afirmar, *a priori*, qué tipos o niveles

de atributos se utilizarán de formas particulares. Como se sugirió antes, es necesario vincular los estudios sobre el mantenimiento de fronteras manifiestas y las relaciones interétnicas con los estudios sobre el simbolismo de los objetos dentro de su contexto cultural. [Hodder 1981a: 669; traducción nuestra.]

Así, resultaría errado seguir una estrategia comparativa transcultural. Lo apropiado para dar sostén a una inferencia arqueológica sobre la significación simbólica de unos restos determinados sería, precisamente, desentrañar el contexto cultural en que se inscriben; si el arqueólogo no cuenta con información suficiente para hacerlo, las variaciones que podrían arrojar luz sobre el panorama material estático habría que buscarlas cotejando situaciones y pautas —al igual que propusiera Davis— en el proceso histórico local —a diferencia del marco transcultural del anterior— :

En muchos casos arqueológicos ... los datos son simplemente insuficientes como para examinar el simbolismo de los artefactos dentro de contextos culturales. En estos casos el arqueólogo se encuentra limitado a un examen ciego de un número de posibles niveles de variabilidad estilística ... Las dificultades y problemas de este procedimiento sólo se pueden resolver mediante la comprobación de la variación temporal en contraste con el contexto económico, social y nocional y mediante el examen del simbolismo de esos objetos dentro de ese contexto. [Ibídem: 670; traducción nuestra.]

La estructura lógica del razonamiento deductivo que hemos venido comentando no se altera. Vale decir que, desde la aproximación que propone Hodder, la inferencia sigue acogándose a la misma premisa subyacente —la relación entre la tensión interétnica y la manifestación de la etnicidad en determinados atributos y distribuciones de la cultura material— y la formulación de ésta sigue teniendo un alcance potencialmente universal. La diferencia sustantiva es que ahora se entiende posible establecer *contextualmente*, a través de un examen del caso y en apoyo de lo que el autor parece percibir como una correlación "ciega" entre variables, aquello que Davis consideraba imposible determinar

*funcionalmente* sin el concurso de la comparación: qué elementos representarán la identidad étnica y, sobre todo, por qué. Ocurre, sin embargo, que el hecho de que la inferencia se atenga a una estructura deductiva resulta ahora teórica y metodológicamente trivial. El objetivo ya no es subsumir un caso particular bajo la nada sorprendente afirmación general de que, cuando la pertenencia a un grupo es importante, sus miembros tenderán a expresar que pertenecen a él<sup>6</sup>. Ésta se convierte en un supuesto mínimo de partida, perdiendo su carácter de teoría por validar, y el estudio se orienta a indagar en qué sentido es importante tal pertenencia, para quién y cómo y a identificar, sobre esa base, la carga simbólica de los objetos.

Si cabe adelantar cuestiones que serán discutidas en los siguientes capítulos (véase el capítulo 4<sup>o</sup>), ha de señalarse que contestar a estas últimas preguntas —por qué y para quién resulta relevante la etnicidad en un contexto particular— constituye un medio de reducir la indeterminación de las inferencias, pues las teje en una red que se apoya tanto en cada nudo de la malla cuanto en la coherencia del conjunto; conviene advertir, así mismo, que ello no excluye la pertinencia y necesidad de una estrategia comparativa. Lo que anunciaba la respuesta de Hodder —obviando ahora algunos extremos de sus posteriores posiciones— a la sugerencia de Davis era el rechazo de un modelo deductivo de explicación que carga todo el peso de la interpretación en la premisa legaliforme y, al mismo tiempo, los prolegómenos de una orientación distinta a la hora de concebir los fenómenos antropológicos que dan lugar al registro arqueológico.

---

<sup>6</sup> Véase en Hanson (1975: 87-91) una discusión similar acerca de la trivialidad de una explicación nomológico-deductiva relativa a las razones para actuar de las personas. Es bien conocida, así mismo, la ironía de Kent Flannery (1973b: 51) acerca de las "leyes de Mickey Mouse" que estarían descubriendo los arqueólogos preocupados por establecer las "leyes de la conducta humana".

Las nociones de contexto e historia culturales y la desconfianza en un método comparativo transcultural remitían las propuestas de Hodder a conceptos básicos de la antropología boasiana y ello no pasó desapercibido. Algunos observadores alertaron del peligro de una reacción "neo-boasiana", deslumbrada por la desconcertante e inexplicable variedad de las culturas y provocada por el mantenimiento de un materialismo estrecho en arqueología (Kohl 1981: 112). En verdad, su acercamiento a la problemática de la inferencia discutida más arriba es tan similar a la que expone el siguiente párrafo de Boas que podríamos sustituir el nombre de uno por el de otro sin violentar en exceso sus ideas:

No podemos decir que la existencia del mismo fenómeno siempre se deba a las mismas causas y que así se demuestre que la mente humana obedece a las mismas leyes en todos los lugares. Debemos exigir que se investiguen las causas por las que se desarrolló y que las comparaciones se limiten a aquellos fenómenos que se haya comprobado que sean efectos de las mismas causas ... Un estudio detallado de las costumbres en su relación con la cultura total de la tribu que las practica, y en conexión con una investigación de su distribución geográfica entre las tribus vecinas, nos proporciona casi siempre un medio de determinar con una exactitud considerable las causas históricas que llevaron a la formación de las costumbres en cuestión y los procesos psicológicos que trabajaron en su desarrollo. [Boas 1948 (1896): 276.]

Pero esta semejanza entre Hodder y Boas revela, antes que un eventual arcaísmo, la persistencia de las dos mitades identificadas por Service en la historia de la antropología. Se podría, de hecho, ensayar el ejercicio anterior utilizando, ahora, a Durkheim para glosar a Davis:

Sin duda, si se cree con Mill que la causa y el efecto son absolutamente heterogéneos, que no existe entre ellas ninguna relación lógica, no es nada contradictorio admitir que un efecto puede seguir ora a una cosa, ora a otra ... Pero si, por el contrario, el lazo causal tiene algo de inteligible, no puede ser en este punto indeterminado. Si consiste en una relación que resulta de la naturaleza de las cosas, un mismo efecto no puede sostener esta relación más que con una sola causa, pues sólo puede expresar una sola naturaleza ... "A un mismo efecto corresponde siempre una misma causa". De esta manera – continuando los ejemplos antes citados –, si el suicidio depende de más de

una causa, es que, en realidad, hay muchas especies de suicidios ... [Hay métodos experimentales difíciles de aplicar en sociología] Otra cosa es lo que sucede con el método de variaciones concomitantes ... El simple paralelismo de los valores por los que pasan los dos fenómenos, con tal que haya sido establecido en un número bastante de casos suficientemente variados, es la prueba de que existe entre ellos una relación. [Durkheim 1987 (1895): 134-136.]

No obstante, la noción de contexto a la que apeló Hodder tenía referentes más cercanos: trataba de alejarse tanto de una concepción normativa, identificada con la arqueología histórico-cultural tradicional, como de una concepción meramente conductual, asociada implícitamente con la arqueología procesual (Hodder 1981a: 669). La primera se habría orientado a la investigación del origen de una costumbre y sus relaciones con otras dentro de una cultura, antes que al análisis de la forma en que éstas se manejan en el curso de las acciones – esta idea sería, como veremos, central en su aproximación –. La segunda habría tendido a subrayar la variación en los comportamientos sin considerar los esquemas conceptuales de origen cultural. Si hubiera que encontrar una fuente antropológica para estos planteamientos, probablemente habría que buscarla entre los esfuerzos que, desde los años 50 y en la esfera británica, pugnaban por desembarazarse de una noción demasiado estática y rígida de estructura social (véase una interpretación de este proceso en Kuper 1973: caps. 5 y 6); pero el origen más directo y explícito fue la conjunción, en torno a 1980, de una serie de movimientos teóricos experimentados por diversas disciplinas y orientados hacia una consideración distinta de la práctica social (véase *infra* en el capítulo 4º). Así lo sugería ya el uso de expresiones como "estrategia social" y la atención prestada a la dominación en conexión con los símbolos:

... el mantenimiento de fronteras étnicas manifiestas tiene un papel esencial en las estrategias e intenciones sociales internas ... Puede entenderse que las fronteras materiales en Baringo son parte de una ideología de control por la cual los ancianos justifican y hacen aceptables y necesarios sus derechos y privilegios. [Hodder 1981a: 668-669; traducción nuestra.]

Pero esto, que en la breve respuesta a Davis sólo pudo quedar apuntado, fue objeto de elaboración en publicaciones posteriores.

## CAPÍTULO 3

### EL PLANTEAMIENTO INICIAL DEL DEBATE: LA CONDUCTA PREDECIBLE Y LA ACCIÓN EN SU CONTEXTO

*Symbols in action* (Hodder 1982a) representó el desenlace de los estudios etnoarqueológicos de su autor en torno a la etnicidad y contenía, al mismo tiempo, la propuesta de una arqueología contextual que, sobre la base de las conclusiones relativas a la cuestión anterior, ampliaba su pertinencia a la interpretación de todo tipo de pautas arqueológicas y se proclamaba alternativa y superación de la aproximación procesual predominante. La conclusión fundamental de la obra sería la siguiente: la cultura material y sus distribuciones y asociaciones regulares constituyen un elemento activo cuyos significados se insertan en las estrategias sociales de los implicados en su producción y uso. Ya no se trataría sólo —enlazando con el capítulo anterior— de que en determinadas circunstancias los objetos expresen identidades étnicas y que ello resulte en una cierta distribución espacial; la clave estaría en que los sectores sociales interesados en mantener la cohesión tendían —en Baringo— a favorecer diseños locales, mientras que los sectores enfrentados a ellos hacían circular otros objetos y rompían las fronteras del grupo. Es claro que este planteamiento introduce elementos que no son exclusivos de los procesos relativos a la etnicidad. El que —como subrayara Hodder (ibídem: 195-201) entre otros ejemplos— los ajuares funerarios de una necrópolis no exhiban diferencias importantes puede deberse a la negación de carácter ideológico de una realidad social jerárquica; incluso, el que sí lo hagan no es directamente reflejo de tal realidad, sino del empleo de los ajuares para resaltar, también ideológicamente, las diferencias; aun más: lo que se

afirma o niega en un contexto funerario puede ser negado o afirmado en, digamos, uno doméstico. En pocas palabras: los significados con que estuvieron investidos los objetos, en tanto que relevantes para quienes hicieron uso de ellos, dan forma a las pautas que detecta el arqueólogo.

Estas ideas representaron, tanto para su autor como para otros, una reorientación importante de la teoría arqueológica. Con más perspectiva, Bruce Trigger ha afirmado recientemente:

La contribución más novedosa y de mayor alcance de la arqueología postprocesual ha sido la irrefutable demostración etnoarqueológica de Ian Hodder (1982) de que la cultura material, además de reflejar, invierte y distorsiona la organización social y, por tanto, tiene un papel más activo en los procesos sociales de lo que entonces se creía. Este descubrimiento choca con uno de los principios centrales de la arqueología procesual binfordiana que había asignado una condición puramente epifenoménica al subsistema ideológico. [Trigger 1995: 449; traducción nuestra.]

Pero un resumen de las conclusiones del volumen no nos permitiría apreciar las características distintivas de la propuesta. Sus páginas, que encierran numerosas observaciones etnográficas de primera mano, están organizadas al modo de una matización gradual cada vez más profunda que, en cierta manera, quizá resuma la propia evolución del autor. La cultura material, que en los primeros capítulos adopta el papel de un reflejo crecientemente complejo de la conducta, termina siendo, en los últimos, un elemento implicado activamente en las acciones; lo que en principio aparece como un proceso con resultados predecibles al margen de los significados atribuidos a los objetos, al final se traza como una relación entre objetos y acciones interpretable en su contexto pero no predecible. Dicho de otro modo: lo que inicialmente, de acuerdo con el proyecto de la arqueología procesual en los años 70, se asemeja a una definición de indicadores materiales válidos para la explicación de pautas en el registro, se convierte, tras una acumulación ordenada de anomalías, en una forma

distinta de concebir la cultura material que anunciaba un nuevo enfoque general.

Hodder hizo girar sobre los conceptos de acción y contexto toda la reestructuración relativa al "significado simbólico de la cultura material", oponiéndolos a los de conducta y predicción; no obstante, antes que dar por sentada una inversión radical con respecto al segundo par, trataremos de reconstruir el sentido que se dio a este último, para, luego, resaltar los contrastes entre ambos. Se ha afirmado que las bases de la arqueología procesual, por lo que se refiere a la escasa relevancia otorgada a los aspectos expresivos del registro y a su investigación, fueron el conductismo y el positivismo (Miller 1982c: 85-86; Hodder 1985a: 1-3; Peebles 1992). Sin llegar a ser erróneo, ese resumen resulta demasiado impreciso, como corresponde a dos términos – conductismo y positivismo – que, careciendo de un referente estable, han pasado a suponer un arma de descalificación con un contenido variable a tenor de la posición de quien la use. Pero la inexactitud tiene, además, el efecto de relegar a un segundo plano aquello que, de hecho, estaba presente en *Symbols in action* y ausente en las aproximaciones con que la obra polemizó: una consideración del significado como algo público antes que encerrado en la mente –por emplear la poco anti-conductista expresión de Clifford Geertz (1988a [1973]: 24) que Hodder (1990a: 13; 1991a: 193; 1991b: 33; 1991c: 89, 127-128) ha recuperado más recientemente<sup>7</sup>– y una consideración de la

---

<sup>7</sup> Después de todo, la señalada expresión de Geertz, al igual que la de "descripción densa", hace alusión a conceptos acuñados por Gilbert Ryle, un representante del llamado "conductismo filosófico" o "analítico", al cual apelaría también Christopher Tilley (1982: 31), desde posiciones que vendrían a denominarse postprocesuales, para romper la dicotomía entre mente y cuerpo; la conformación de los significados en la interacción, antes que meramente en la mente, fue subrayada ya por George H. Mead, en cuyo "conductismo social" se basó el enfoque del interaccionismo simbólico. Como señaló Habermas (1987 [1981]: 11) el conductismo de Mead –y en esto el de Ryle– lo es por contraste con la concepción cartesiana de la mente como conciencia individual y privada, sólo accesible mediante introspección (y, tal vez, mediante empatía; como

dinámica social y cultural del escenario donde tal publicidad ocurre.

Con ese fin, y partiendo de una caracterización del contexto de crisis que se experimentó iniciados los años 70 y de la misión que recibió entonces la etnoarqueología, revisaremos, primero, los objetivos de los programas de investigación que vinieron a adjetivarse con la expresión "de alcance medio" y las discusiones epistemológicas a que dieron lugar, para centrar, luego, el análisis en las diferentes premisas teóricas sobre las que se apoyaron, las cuales revelan disensiones más profundas dentro de la arqueología procesual. Ello permitirá considerar las formas con que se conceptuó el registro arqueológico, las razones que justificaron una perspectiva estrictamente limitada de la dinámica del comportamiento y las vías por las que esas barreras empezaron a ser superadas. A tales concepciones opondremos, finalmente, los esfuerzos de Hodder por construir un esquema en el que repensar el papel de las nociones en la conformación de acciones y pautas materiales y aportar modelos metodológicos adecuados para el panorama resultante. Aunque la literatura del periodo tratado — que gravita entre 1975 y 1982 pero se remonta hasta los años 60 y en ocasiones se interna en los 80— es suficientemente numerosa y diversa como para debilitar una interpretación global de las trayectorias seguidas en ese momento, cabe identificar una tendencia consistente a abandonar o dejar en suspenso una atención privilegiada hacia el funcionamiento de los "sistemas" socioculturales, para favorecer

---

veremos en el capítulo siguiente, esa concepción —de la que Geertz quiso huir expresamente— estuvo presente en los textos de Hodder situados en torno a 1986). Para complicar más el panorama, en geografía se ha llegado a llamar "conductismo cognitivo" al énfasis en la conducta como resultado de las operaciones de una mente individual (véase Werlen 1993 [1988]: 13 y *passim*). El conductismo que se achaca sin mayor detalle a la arqueología procesual es aquél que aborda el comportamiento como una reacción observable ante estímulos externos sin intervención de nociones culturales, pero una extrapolación aventurada de esta idea inexacta puede facilitar la caída en los errores de un anti-conductismo genérico —opuesto, por ejemplo, al de Mead o Ryle— o de algún nuevo conductismo.

— independientemente del interés prestado a los símbolos — una visión más desagregada o centrada en el nivel de la conducta; ese cambio constituye un hilo argumental en este capítulo y lo enlaza con los temas tratados en el siguiente — las formas de redefinir, desde la nueva situación, el papel del sistema o la estructura —.

### **EL TRASFONDO: LA ETNOARQUEOLOGÍA Y LA INVESTIGACIÓN DE ALCANCE MEDIO**

La década de los años 70 representó, en el escenario norteamericano, un periodo de convulsión en el que algunos autores vieron el agotamiento de la entonces joven "nueva arqueología". La situación de crisis, que ha sido descrita y evaluada suficientemente (véase Gándara 1982a [1980], 1982b; Alcina 1989: 114-119; Binford 1989a: 57-58; Redman 1991), podría resumirse aludiendo a un estado de frustración provocado por una rebelión metodológica, explícitamente científica, que, por un lado, no lograba ofrecer resultados sustantivos igualmente revolucionarios y, por otro, se veía cuestionada desde la propia filosofía de la ciencia. Es difícil precisar si esto significó el principio del fin de la nueva arqueología o, por el contrario, una crisis de crecimiento propia de su adolescencia o bien fue, por utilizar la expresión que Binford adoptó en la recopilación de sus trabajos en 1983, el efecto de una brecha generacional. El hecho es que, frente a lo que induce a pensar un posterior uso demasiado genérico de los términos con los que se ha identificado el movimiento, las reacciones fueron diversas y las polémicas numerosas. En el caso de las tradiciones de investigación, tal vez resulte más apropiado recurrir a una metáfora basada en la dinámica de las fronteras étnicas que describiera Fredrik Barth (1976 [1969]): independientemente del alcance de las diferencias y los cambios de rumbo, lo definitorio serían — como quedó sugerido en el capítulo 1º — los límites con respecto a otros y el reconocimiento, sobre

esa base, de la pertenencia a un mismo grupo. Y lo cierto es que, salvo excepciones relevantes que lo fueron desde el primer momento, las soluciones que, mediados los años 70 e iniciados los 80, se ensayaron y plantearon asumían generalmente como propia buena parte de la herencia del decenio precedente; la expresión "arqueología procesual" acogió entonces, bajo un mismo rótulo, tanto la diversidad de vías reunidas en dicha herencia cuanto su sentido de unidad frente a otras aproximaciones anteriores y, luego, coetáneas.

Quizá sea representativa de las inquietudes de ese período la opinión de Mark Raab y Albert Goodyear, responsables de la introducción en la escena arqueológica de la expresión "teoría de alcance medio" a través de un trabajo no publicado, fechado en 1973, que circuló de mano en mano. Se percibía un vacío teórico entre los conceptos generales más abstractos —teoría general de sistemas, ecología cultural, evolución cultural, materialismo cultural, historia cultural— y los hechos empíricos (Goodyear, Raab y Klinger 1978: 161); había predominado una discusión sobre aspectos metodológicos que, aun siendo necesaria, parecía haber restado fuerza al desarrollo propiamente interpretativo (Raab y Goodyear 1984: 261-262). Si se contaba ya —y ésta era la herencia de los años 60— con una serie de cuestiones generales de carácter adaptativo y evolutivo en las que indagar y con diseños de investigación orientados a problemas y basados en un procedimiento hipotético-deductivo, era el momento de invertir esfuerzos en la formulación de teorías útiles para que los arqueólogos pudieran interpretar los datos extraídos de sus cada vez más numerosas excavaciones. Y, a este nivel, la utilidad no vendría tanto de principios generales, cuanto de hipótesis y métodos capaces de relacionar efectivamente las evidencias materiales del registro con los procesos responsables de su presencia: estrategias de explotación de recursos, intercambio de bienes, organización y jerarquía social, etc.

La versión metodológica de estas inquietudes se expresó mediante el reconocimiento de una falta de fiabilidad en las interpretaciones de menor alcance teórico. Los ensayos de los años 60 se habían entregado vigorosamente a la tarea de reelaborar la conceptualización del registro y los criterios empleados para definir sus pautas (véase Binford 1962, 1972a [1965], 1972e; Binford y Binford 1966); abrieron, con ello, la posibilidad de interrogarse por las nuevas cuestiones pertinentes e ilustraron el potencial iluminador y el rigor científico de un procedimiento que, en lugar de reunir hallazgos inductivamente para darles sentido sin otro argumento que la convención, la autoridad o la proyección de analogías etnográficas de carácter formal, partiera de un enunciado hipotético explícito del cual deducir implicaciones materiales contrastables (véase Binford 1967, 1972b [1968]; Watson, LeBlanc y Redman 1974 [1971]: 69-70). Una vez establecidas las preguntas y el método para responderlas, se advirtió, sin embargo, que la identificación misma de las pautas elementales con las que contrastar las hipótesis seguía basándose en convenciones, por más que fueran nuevas. Se entendió, por ello, que fundamentar éstas de manera rigurosa constituía una labor prioritaria para dar una base firme a la arqueología procesual y hacerla avanzar.

En términos globales, se afirmó entonces la conveniencia de distinguir entre dos niveles de teorías (véase Binford 1977: 6-7; Schiffer 1976: 2-3): uno general, orientado a explicar la organización y el cambio de los sistemas socioculturales pretéritos, y otro intermedio o más estrictamente arqueológico, centrado en documentar —en la versión de Schiffer— variables conductuales a partir de los restos materiales o —en la versión de Binford— los procesos que convierten la dinámica de dichos sistemas en una pauta estática recuperable por el arqueólogo. El objetivo de este segundo cuerpo teórico no era otro que precisar y desarrollar un conjunto de indicadores fiables para la observación de las dimensiones que el

primero señalaba como relevantes: el área ocupada por el asentamiento o por las estructuras de habitación como base de cálculo para evaluar situaciones de presión demográfica, la diferenciación de los restos funerarios o domésticos para detectar jerarquías sociales, las distribuciones regionales de tipos y atributos estilísticos para establecer redes comerciales o grados de interacción, etc. La complejidad de estos índices exigía, sin embargo, una investigación detenida a partir de la cual formular verdaderas teorías —diversamente concebidas, como veremos— con un contenido empírico referido a los objetos y sus configuraciones.

Alison Wylie (1989: 20-21) ha subrayado cómo en ese momento, y ante la situación descrita, lo que se produjo fue un desplazamiento del énfasis de la investigación hacia el contexto fuente de la analogía que está en la base de la inferencia arqueológica. Con el fin de corregir y enriquecer las interpretaciones del registro en las direcciones señaladas, se abogó por acceder a sociedades vivas donde el analista tiene la oportunidad de observar los objetos en uso y obtener un conocimiento sofisticado con el que volver a los restos del pasado. Como quiera que las monografías etnográficas no suelen detenerse en las pautas materiales con el detalle que requieren los arqueólogos, fueron éstos quienes —siguiendo una práctica que contaba con no pocos precedentes— se trasladaron al campo para hacer sus propias observaciones. La etnoarqueología, en el sentido de una indagación etnográfica centrada en la cultura material, se perfiló y racionalizó entonces como un área básica para el progreso de la disciplina (véase, entre muchos otros, Binford 1978a; Donnan y Clewlow [eds.] 1974; Gould [ed.] 1978; Gould 1980; Gould y Schiffer [eds.] 1981; Kramer [ed.] 1979; Stiles 1977; Yellen 1977).

La trayectoria de Hodder no era ajena a este contexto, si bien partía de un área parcialmente distinta: el análisis cuantitativo de distribuciones

espaciales. Sus trabajos en este campo eran bien conocidos como expresión de una rama británica que confluía con la arqueología procesual y que, de la mano de David Clarke, mantenía un contacto muy directo con la "nueva geografía". En 1976, en un volumen orientado a la sistematización y evaluación arqueológicas de los análisis espaciales (Hodder y Orton 1976), se subrayaba, entre otros, el problema derivado del hecho de que una misma pauta pudiera ser el resultado de diferentes procesos –el problema de la equifinalidad–; en el caso de un sistema regional de asentamientos, por ejemplo, el mantenimiento de una distancia uniforme entre centros de mercado hacía pensar, según la teoría del lugar central, en una situación de alta densidad y competencia económica entre ellos, pero el crecimiento y distribución de tales centros podría deberse a trayectorias tan diversas como un aumento de la especialización y la demanda internas o el impacto de un comercio exterior de bienes procedentes de puntos lejanos o de zonas ecológicas o grupos tribales vecinos (ibídem: 73-77). Para mejorar las interpretaciones y reducir su indeterminación, los autores abogaban por una profundización en el conocimiento de los procesos y sus resultados, así como por un mayor detalle en el examen de las pautas (ibídem: 239-240). Hodder se adentró, en efecto, por esta vía a través de experimentos de simulación (véase Hodder 1978) y –como ya se ha indicado– de investigaciones etnoarqueológicas; el camino era, en principio, formalmente similar al propuesto por Davis para la hipótesis de las distribuciones de objetos que expresan etnicidad, comentado en el capítulo anterior.

Como quedaría patente, sin embargo, a medida que los estudios etnoarqueológicos se multiplicaran y se valoraran sus resultados, la construcción de teorías sobre pautas materiales estaba sujeta al mismo tipo de indeterminación que la de cualquier otro enunciado interpretativo; la labor no dependía sólo de las observaciones aventajadas del etnógrafo-

arqueólogo, sino también de los modelos generales con que se concebía la cultura, la cultura material y las conexiones entre ambas. En una evaluación de los trabajos realizados en la propia sociedad norteamericana, William Rathje (1979: 15-16) señaló que el arqueólogo que trabaja en contextos contemporáneos corre el peligro de deslumbrarse ante la evidencia de contar con informantes vivos; si un efecto relativamente común de este fenómeno sería la propensión a convertirse definitivamente en etnógrafo, otro lo constituiría — afirmó — el giro hacia una "arqueología mentalista" en la que los objetos se entenderían como claves para acceder a los sistemas de creencias. No fue este giro el único cambio de rumbo ni aquel deslumbramiento la única razón, pero la reflexión apunta a un proceso más amplio en el que el propio Rathje estaba envuelto. La etnoarqueología, fruto de un consenso genérico acerca del lugar donde resolver las debilidades de las inferencias arqueológicas, alentó el estudio de las configuraciones materiales en relación con el comportamiento y mediante parámetros no directamente vinculados a las tesis amplias acerca de la adaptación y la evolución, coincidió con el desarrollo de aproximaciones más interesadas por la conducta misma o por romper los límites de tales tesis y abrió, de hecho, un campo donde revelar la insuficiencia de antiguas orientaciones y la posibilidad de otras nuevas.

## **LA PREDICCIÓN DEL REGISTRO ARQUEOLÓGICO**

Lewis Binford y Michael Schiffer fueron los responsables de sendas sistematizaciones programáticas del consenso señalado arriba. Aunque ambos autores compartieron el objetivo de alcanzar un conocimiento con validez universal y capacidad predictiva, como garantía de una disciplina verdaderamente científica, e insistieron en centrarlo sobre los procesos de formación del registro arqueológico, ni sus diagnósticos ni sus terapias

eran coincidentes; el creciente desacuerdo entre ellos servirá aquí como lectura inicial de los problemas y divergencias suscitados en la tradición procesual: la polémica, que se adentró en los años 80 y que Binford siempre entabló en términos del énfasis inductivo de Schiffer y otros autores – incluido Hodder –, evidenció la tensión entre una concepción causal de las teorías, representada por el primero, y otra, favorecida por el segundo, más apegada a la enunciación de leyes empíricas que recogen correlaciones con grados de probabilidad (véase Wylie 1982b: 387-388; 1989). Pero, además, sacó a la luz diferencias sustantivas más antiguas. Binford construyó y desarrolló en sus escritos un programa de investigación tan ordenado internamente como blindado frente al exterior; su interés se mantuvo constantemente orientado hacia un cierto enfoque evolutivo que dirigió su acercamiento a la etnoarqueología y cuyo abandono por parte de otros les hacía aparecer como recopiladores de particularidades huérfanos de marco teórico. Schiffer, que en efecto adoptó un procedimiento estrictamente empirista, continuó corrientes anteriores distintas a las defendidas por Binford y participó en la maduración de otras inéditas.

### *Teorías carentes de ambigüedad*

Desde la publicación del capítulo introductorio del volumen *For theory building in archaeology* (Binford 1977), hasta al menos 1987 (véase Binford 1987a; Sabloff, Binford y McAnany 1987), Binford no ha dejado de desarrollar y defender la pertinencia e importancia de su programa de construcción de una teoría de alcance medio. Su meta expresa fue la formulación de un conjunto de teorías capaces de relacionar la dinámica propia del funcionamiento de un sistema sociocultural con las pautas estáticas que resultan de ellos y exhiben los restos materiales. Tal objetivo se inscribía claramente en el contexto de respuesta a la crisis ya

caracterizado, pero se rodeó de un conjunto de presupuestos epistemológicos sin los cuales no puede entenderse el derrotero que siguió.

Haciéndose eco de la obra del historiador de la ciencia Thomas Kuhn, Binford (1982; Binford y Sabloff 1982) había percibido que las evidencias utilizadas por los científicos para contrastar sus interpretaciones son también conceptos contruidos de acuerdo con supuestos previos. Los enunciados teóricos y los enunciados factuales no gozan de total independencia, puesto que los segundos se derivan de convenciones basadas en concepciones paradigmáticas subyacentes que también informan a los primeros. Pero este reconocimiento de la "subjetividad paradigmática" (Binford y Sabloff 1982: 138) le dio pie para emprender la tarea de construir un "lenguaje de observación" que fuera, precisamente, neutro:

... han de desarrollarse, demostrarse y contrastarse mediante medios científicos los instrumentos que permitan y faciliten observaciones significativas carentes de ambigüedad. Después, a medida que la ciencia arqueológica madure, estos 'instrumentos de medida' pueden tomarse como algo dado y garantizado y los resultados de su uso tratarse como observaciones directas del pasado. [Binford 1982: 129; traducción nuestra.]

Es cierto que la carga teórica de las observaciones no implica una imposibilidad sin matices de contrastación empírica, sino sólo —o nada menos— la aceptación de que aun el significado dado a aquellas aparentemente más elementales ha de argumentarse y sujetarse a crítica<sup>8</sup>. La investigación de alcance medio de Binford partía de esta necesidad: la evaluación de un conjunto de ideas —escribió (Binford 1977: 3)— depende de la precisión de un conjunto asumido de significados. Pero el proyecto mismo de reunir y calibrar un equipo de "instrumentos de medida"

---

<sup>8</sup> Véase un ejemplo de la dificultad de advertir lo engañoso de un enunciado factual, en este caso etnológico, en González Echevarría 1987: 159-160.

mantiene una relación más estrecha con la aspiración de fijar un diccionario de reglas semánticas para vincular teorías y hechos que con la noción del carácter pre-interpretado de las observaciones.

La peculiaridad —o contradicción (Wylie 1989: 19-20)— de este anti-empirismo arqueológico está en lo que paradójicamente sería un fuerte empirismo etnográfico. Binford asumió que los paradigmas científicos operan necesariamente en el contexto de descubrimiento o elaboración de las teorías, pero pueden y deben eliminarse de las operaciones de contrastación y verificación. Los paradigmas constituirían las pre-concepciones con que el científico da sentido a sus experiencias, análogas a las nociones culturales con las que todo ser humano interpreta el mundo (Binford 1982: 126); la ciencia, por contraste con el conocimiento lego, supondría el intento consciente de evaluar tales pre-concepciones de una manera objetiva —esto es: explícita y metódica (ibídem: 127)— y, una vez desarrollados estos medios de control objetivo de la experiencia, las teorías se sucederían ordenada y acumulativamente, superando la irracionalidad de las revoluciones científicas (ibídem: 136; Binford y Sabloff 1982: 138-139). Esta idea enlazaba con su constante crítica al inductivismo y empirismo estrechos de la arqueología tradicional. Lo que añadía su escrito de 1977 era la convicción de que el registro arqueológico no podría constituir la base empírica adecuada para contrastar las teorías de alcance medio. Para establecer una relación "carente de ambigüedad" —una doble implicación lógica o una correspondencia biunívoca (Patrik 1985: 48)— entre una pauta material estática y la dinámica responsable se necesitaría, y bastaría, una contrastación que utilizara observaciones realizadas allí donde el investigador tiene acceso directo a la impresión misma de las huellas materiales, esto es: a través del "estudio de hechos contemporáneos, dinámicos y estáticos" (Binford 1977: 7) o, dicho de otro modo, "el estudio etnoarqueológico de sistemas vivos" (Binford 1980: 5). En consonancia con

el rechazo del empirismo inductivista, el autor entiende que los hechos etnográficos no son significativos por sí mismos ni cabe limitarse a recopilarlos, sino que requieren la guía de problemas arqueológicos por resolver y presupuestos teóricos para su resolución; y en consonancia con el supuesto de la objetividad y seguridad de la contrastación empírica, asume que, tratándose de fenómenos realmente observables, es posible su verificación firme.

La coherencia interna del proyecto de construir mediante la etnoarqueología un conjunto de indicadores objetivos con el que volver al registro arqueológico depende enteramente de tales concepciones. Ciertamente, basta reducir las pretensiones sobre el carácter no ambiguo y definitivo de tal *corpus* para recuperar la plausibilidad de la empresa<sup>9</sup>; pero lo relevante ahora para nosotros es el tipo de aproximación etnoarqueológica a las pautas materiales que ese objetivo favoreció: por un lado, en el nivel estricto que Binford llamó de alcance medio, el autor buscó aislar huellas colaterales marcadas por actividades elementales – *by-products* o subproductos de la conducta (Binford 1977: 8)–, sin interferencia social o cultural alguna en tanto que huellas, que fueran significativas para el observador como índice espontáneo de que tuvo lugar un determinado comportamiento; y, por otro lado, en el caso de pautas con un contenido ecológico-cultural, empleó una abstracción que las relacionaba con la estructura adaptativa de un grupo, dejando de lado otras posibles consideraciones.

El programa fue aplicado al estudio de cazadores-recolectores

---

<sup>9</sup> Algunos años después, Binford (1987a) resumió el sentido de sus trabajos de una forma más admisible – a juicio de quien esto escribe – que la de los "instrumentos de medida garantizados" por utilizar como si fueran "observaciones directas", si bien él mismo no señaló ningún cambio de opinión o matiz: una estrategia para investigar, y reducir, la ambigüedad de las inferencias arqueológicas.

— fundamentalmente los nunamiut de Alaska — siguiendo un ejercicio minucioso de construcción teórica y con el fin de apoyar y enriquecer la hipótesis funcional que el autor había defendido, frente a Bordes, para interpretar los conjuntos líticos musterienses. Así, en la observación de un puesto de caza nunamiut, el análisis de la combinación e interferencia de las dimensiones representadas por aquellos índices espontáneos — pautas resultantes de dejar caer, tirar, depositar y acumular desechos en diversas posiciones alrededor de hogares al aire libre, teniendo en cuenta el tipo y grado de reciclamiento de los items materiales y el número de ocupantes — buscó identificar la organización de las actividades allí realizadas para relacionarla con la función del sitio (véase Binford 1983c [1978]). La discriminación entre estrategias de movilidad forrajeras y logísticas — el traslado del grupo hacia los recursos por explotar o el traslado de éstos a aquél mediante equipos de expedición — y su asociación con el grado de ubicuidad de los recursos críticos y el almacenamiento le permitió postular los sistemas de asentamiento que resultarían de ellas (véase Binford 1980). Lo obtenido en estas dos investigaciones — una de "alcance medio" y la otra más general — fue integrado mediante un análisis de las variables por controlar a la hora de interpretar la función de los sitios desde su estructura de actividades y desechos y desde su papel en los sistemas de asentamiento (véase Binford 1983f [1982]).

Las dos aproximaciones señaladas a las pautas materiales — huellas colaterales de actividades elementales e improntas de la organización adaptativa — contenían también la justificación del uso de lo observado como etnoarqueólogo — entre los nunamiut de Alaska, con sus motos de nieve y su tecnología de "compra por correo" — para interpretar los restos recuperados como arqueólogo — los grupos musterienses del sur de Francia, por ejemplo —. Pero, antes de concretar más esta cuestión, es oportuno introducir el planteamiento de la segunda elaboración

programática anunciada arriba.

### *Correlatos materiales de la conducta*

A diferencia de Binford, cuando Schiffer reunió y sistematizó los enfoques acerca de la formación del registro arqueológico que había venido desarrollando con otros autores como William Rathje o J. Jefferson Reid, no se hizo eco de crisis alguna; por el contrario, a su juicio (Schiffer 1976: 1-2) ocurría que la arqueología procesual se había convertido ya en la orientación dominante. No obstante, antes de que los supuestos básicos del nuevo paradigma se sumergieran en las simas acrílicas que –de nuevo al decir de Kuhn– caracterizarían un periodo de ciencia normal, consideraba necesario reflexionar sobre sus puntos débiles.

Las debilidades respondían, según el autor, a un entusiasmo por la nueva teoría general –definida básicamente por oposición al difusionismo y englobando un materialismo cultural inspirado por la teoría de sistemas, la ecología cultural y el neoevolucionismo (1975: 843; 1976: 2)– que habría infravalorado la complejidad de los datos arqueológicos elaborando inferencias poco sofisticadas. Para ilustrarlo, utilizaba el ensayo de William Longacre (1968) sobre la identificación de la existencia de una regla de residencia uxorilocal en el asentamiento de Carter Ranch a partir de las agrupaciones de diseños cerámicos<sup>10</sup>; Schiffer (1976: 24-25) añadía al

---

<sup>10</sup> Como es bien sabido, porque el ensayo adquirió el rango de investigación ejemplar con la que ilustrar la bondad de la metodología hipotético-deductiva (véase Watson, LeBlanc y Redman 1974 [1971]: 54-57) y, después, los errores a que puede conducir minusvalorar el uso social del significado (véase Hodder 1982a: 122-124), el argumento de Longacre rezaba como sigue: en el caso de que la alfarería sea una actividad femenina, si existe una pauta de residencia uxorilocal que lleve a vivir a las mujeres en el mismo local durante generaciones, entonces el estilo de la cerámica se transmitirá dentro de los límites de dicha unidad residencial; siendo así, la distribución arqueológica de tales estilos mostrará un agrupamiento espacial reflejo de la pauta.

argumento una serie de estipulaciones sobre el contexto de uso, el de abandono y la posterior alteración de los tìestos y sus localizaciones, todas ellas por considerar necesariamente antes de poder inferir pautas de circulación de mujeres a partir de patrones arqueológicos de distribución cerámica: los objetos, desde el momento en que son elaborados o utilizados en una actividad hasta el de su recuperación por parte de los arqueólogos, están sometidos a procesos de transformación de carácter cultural —desecho, pérdida, abandono, reutilización— y natural —fragmentación, desplazamiento, erosión, descomposición— que no habrían sido considerados suficientemente a la hora de examinar los nuevos tipos de pautas y cuestiones. El autor proponía el término "correlatos" para designar aquellos enunciados verificables que establecen una relación entre las variables referidas a los distintos atributos de los objetos y las variables relativas a las conductas en las que estuvieron envueltos (ibídem: 13) y los términos "transformaciones-c" y "transformaciones-n" para designar los enunciados verificables sobre los procesos de naturaleza cultural y natural, respectivamente, que afectan al depósito de los objetos y que alteran los depósitos en tanto que sedimentos (ibídem: 14-15).

Sólo profundizando en el conocimiento de correlatos y transformaciones sería posible interpretar correctamente el registro arqueológico y hacer progresar la disciplina. Ésta era su propuesta para llenar el vacío entre los conceptos más generales y las evidencias empíricas. En su visión, era necesario que los arqueólogos se centraran en la formulación de principios sobre la formación del registro para poder reconstruir adecuadamente los comportamientos que inicialmente lo produjeron; una vez convertidas las afirmaciones sobre restos materiales en afirmaciones sobre conductas, sería posible abordar la explicación de fenómenos socio-culturales de mayor alcance interpretativo. Schiffer integraba este planteamiento en un esquema comprensivo para el que reservaba la denominación de "arqueología de

la conducta". Su objeto de estudio serían "las relaciones entre la conducta humana y la cultura material en todo tiempo y lugar" (ibídem: 4) y se desplegaría a través de cuatro estrategias de investigación (ibídem: 4-10): dos de ellas orientadas a la formulación de leyes experimentales sobre dicha relación —en el presente con miras a interpretar el pasado y en el registro arqueológico para comprender el presente con una mayor profundidad temporal— y otras dos —idiográficas— centradas en el uso de tales leyes para explicar pasado y presente. La etnoarqueología y la arqueología experimental serían los métodos idóneos para avanzar en la primera estrategia nomotética (ibídem: 5).

El programa de Schiffer se dirigió especialmente a sofisticar las interpretaciones arqueológicas basadas en la detección de áreas de actividad, subrayando la necesidad de considerar los procesos de depósito y las alteraciones posteriores de los restos. No obstante, su noción de "correlato" y, más ampliamente, su arqueología de la conducta racionalizaban y reconducían la investigación sobre la base de una búsqueda transcultural de regularidades entre fenómenos comportamentales y huellas materiales que ha sido común en etnoarqueología; ello le acercaba a la primera aproximación de las dos señaladas antes en Binford, pero le alejó de la segunda.

### *Deductivismo e inductivismo*

Es fácil percibir los puntos comunes de las elaboraciones de Binford y de Schiffer. Ambas tienen los mismos referentes: el análisis de la formación del registro y la formulación de enunciados firmes sobre pautas materiales válidos por encima de las diferencias culturales. En los dos casos se asume que las proposiciones legaliformes constituyen el punto de partida necesario y —en buena medida si no del todo— suficiente de una

explicación arqueológica particular; desde esta perspectiva resulta obligado exigir que las relaciones entre fenómenos establecidas por tales enunciados tengan un alto contenido predictivo —una ambigüedad mínima— y, por tanto, que el énfasis se sitúe en la tarea previa de asegurar el valor, no sólo de la relación, sino sobre todo de la predicción. La dimensión transcultural convierte en clave de todo ello una cuestión que ha sido apuntada arriba: qué criterios hacen comparables los procesos observados en culturas distintas y definen, por consiguiente, el alcance de los resultados.

En las respuestas a este tipo de interrogantes intervienen siempre dos facetas vinculadas entre sí: una epistemológica, centrada en la naturaleza del conocimiento científico apropiado, y otra ontológica, referida a la naturaleza de los fenómenos por conocer. Las disensiones entre Binford y Schiffer se relacionaron con ambas.

La polémica epistemológica se expresó en términos de una oposición entre deductivismo e inductivismo. Donde Schiffer (1975: 838) se refería a leyes experimentales, obtenidas y contrastadas sobre la base de un acopio de casos e interpretables en términos teóricos, Binford (1977: 5-6; 1978b) insistía en que las generalizaciones empíricas no son sino descripciones sin explicar y, por consiguiente, los esfuerzos de contrastación habían de vincularse a las implicaciones de las teorías mismas. Ambos autores partían de hacer explícitos los indicadores o correlatos convencionales con que el arqueólogo puede interpretar los restos materiales y ambos se orientaban, luego, a tratar de reforzar o refutar su valor. Pero mientras Schiffer optaba por obviar las "connotaciones de inmutabilidad y compulsión" del concepto de ley (1976: 4) y por establecer tendencias conductuales probables mediante correlaciones calculadas sobre observaciones en distintas culturas, Binford intentaba discernir relaciones funcionales necesarias entre la

dinámica de la conducta y las pautas materiales estáticas. Se evidenciaba así, dentro del concepto de ciencia de la arqueología procesual, la tensión entre un componente estrictamente positivista y un componente realista (Wylie 1982b: 387-388; 1989: 21; Gibbon 1989: 93): el primero asume, por su énfasis en la reducción de toda teoría a hechos empíricos, una concepción de la causalidad que renuncia a indagar en la relación intrínseca entre fenómenos para favorecer el registro de su manifestación observable en forma de asociación contingente y regular; el segundo entiende tales asociaciones como indicio de la existencia de un mecanismo causal subyacente por identificar.

De cualquier forma, esa tensión —que reproducen, al menos desde Durkheim, todas las adaptaciones de la filosofía positivista a las ciencias sociales (Gibbon 1989: 99)— estuvo presente en los dos autores. El desplazamiento de Binford desde la noción de unas teorías intermedias por utilizar como si fueran hechos probados hasta la de una investigación de las ambigüedades que contribuyen a la indeterminación de las inferencias arqueológicas (véase *supra* la nota 9) le alejó cada vez más del polo empirista. Schiffer, por su parte, no dejaba de formular relaciones sustantivas bajo los correlatos. Cuando se afirma, por ejemplo, que a medida que aumenta la población y la intensidad de ocupación de un área de actividad se depositan menos objetos desechados en ella (Schiffer 1975: 840), no se está haciendo una generalización empírica sobre una base supuestamente amplia; siquiera en parte, se está estableciendo *a priori* una conexión funcional —tal vez candidata al código de "leyes de Mickey Mouse" criticado por Flannery (1973b)— entre el uso de un lugar y la probabilidad de que sus usuarios lo mantengan limpio, la cual puede tener interés a la hora de abordar el análisis espacial de un yacimiento y puede beneficiarse de averiguaciones en distintos contextos. Lo que coloca el programa de Schiffer en el extremo empirista señalado no es su recurso a

una comparación de ámbito transcultural, sino el no acompañar ésta de un ejercicio de elaboración teórica que interpretara y contrastara la naturaleza de las variaciones registradas. Esto, que Binford nunca se cansó de repetir, sería reconocido más tarde por Schiffer (1988: 464).

Pero estas diferencias epistemológicas eran agravadas por una concepción distinta de la naturaleza del objeto de investigación. Binford (1982: 132) consideró que teorías como las basadas en sus observaciones entre los nunamiut tenían validez para cualquier grupo de cazadores-recolectores con una organización similar de la subsistencia y el asentamiento. En tales teorías, las características estáticas de los restos materiales eran explicadas en relación con la dinámica de los comportamientos que los generaron y éstos lo eran desde el punto de vista de la lógica adaptativa de su organización; el tipo de organización adaptativa definía, en última instancia, el universo para el que habían de ser válidas. Schiffer, sin embargo, construía leyes empíricas a partir de datos obtenidos en grupos dispares, incluyendo la propia sociedad norteamericana contemporánea. Las leyes habían de establecer la probabilidad de la ocurrencia de correlatos y transformaciones similares en situaciones — contextos funcionales — similares y, por tanto, su universo de validez venía definido por la semejanza de esas situaciones. Esta disparidad, oculta en principio bajo las acusaciones de inductivismo que el primero dirigió al segundo, saldría a la luz en torno al cambio de década. Pero captar el significado e importancia de estos matices requiere detenerse en los conceptos involucrados y remontar su historia.

## LA INTERPRETACIÓN DEL REGISTRO ARQUEOLÓGICO: DEL SISTEMA A LA CONDUCTA

Sistema y comportamiento constituyen dos conceptos básicos que han estado siempre, de modo más o menos explícito y con distintos pesos, en el núcleo de la discusión teórica en la arqueología procesual. Se les asignó la misión de sustituir, en la definición de la cultura, a las normas heredadas por tradición y sujetas a los accidentes de la historia y, por tanto, recibieron la carga de explicar las semejanzas y las diferencias entre los grupos humanos. Los años 60 fraguaron un acuerdo en torno a la idea de la adaptación como sentido último de toda organización o conjunto de pautas de conducta, pero ello dejaba sitio a concepciones diversas sobre el tipo de atención por prestar a la dinámica con que las culturas se adaptan. Como vamos a ver, estas divergencias se expresarían por la vía de un énfasis distinto en uno u otro polo a la hora de formular explicaciones procesales y revelan, así mismo, una argumentación no coincidente —propia de esos diferentes énfasis— a la hora de descartar la relevancia de indagar en el dominio de las nociones prehistóricas y conceptualizar genéricamente las configuraciones del registro arqueológico. Los programas de investigación orientados a la formación del registro permitieron una breve confluencia entre las trayectorias surgidas de las dos versiones procesualistas que acabamos de apuntar, pero también pusieron de relieve una perspectiva del comportamiento estrictamente limitada en lo social y en lo nocional, con la cual Hodder, entre otros, entraría en polémica.

### *La estructura de los sistemas culturales*

Los primeros capítulos de la reacción protagonizada por Binford contra las arqueologías predominantes en los años 60 se basaron en una

perspectiva estructural cuya naturaleza puede entenderse desde su compromiso con unas tesis teóricas y metodológicas inspiradas en Leslie White y opuestas a la orientación que vendría a denominarse "normativismo".

Walter Taylor había adoptado en 1948 la visión de la cultura como un compuesto de construcciones mentales o ideas no observables que tienden a compartir los miembros de una sociedad y que se manifiesta en los comportamientos observados por el etnólogo, resultado de los cuales es la cultura material que conforma el registro arqueológico (Alcina 1989: 60-61). El objetivo de Taylor había sido el mismo que Binford estableciera más tarde, en 1962: abrir la arqueología a cuestiones e interpretaciones de carácter etnológico, más allá de la mera crónica de desplazamientos. Pero su proyecto se inscribía en el contexto de las corrientes que, dentro de la antropología boasiana, trataban de alejarse del polo histórico-cultural — el cual operaba típicamente descomponiendo las culturas en listas de rasgos con un origen y una trayectoria por cartografiar — para abogar por un enfoque funcional que insistiera en la integración o configuración de las culturas (véase Trigger 1992: 261); ello le convirtió en blanco de las críticas, más específicamente dirigidas a A.L. Kroeber y Clyde Kluckhohn, que White había formulado — precisamente — contra la identificación del concepto de cultura con un conjunto de normas que el observador infiere a partir del comportamiento. White (1959) señaló, por un lado, la ingenuidad de pretender que las ideas explican las acciones y censuró, por otro, el que la definición situara al antropólogo en la incómoda posición de un científico sin otro objeto de estudio que una suma de abstracciones. Además de rescatar la perspectiva evolucionista y asignar a la cultura la función de almacenar y transformar tecnológicamente la energía, la contrapropuesta asumía un énfasis estructural:

Cuando cosas y acontecimientos que dependen del simbolizar se consideran e interpretan en términos de su relación con los organismos humanos, es decir, en un contexto somático, entonces propiamente pueden denominarse *conducta humana*, y la ciencia correspondiente: *psicología*. Cuando estas mismas cosas y acontecimientos que dependen del simbolizar son considerados e interpretados en términos de contexto extrasomático, es decir, en términos de su mutua relación antes que de su relación con organismos humanos, podemos entonces llamarlos *cultura*, y a la ciencia correspondiente: *culturología*. [White 1959: 233; traducción nuestra.]

En una ilustración adicional de la diferencia entre una consideración "extrasomática" y otra "somática", White (ibídem: 233-234) se refería a la distinción entre *langue y parole* y, respectivamente, entre lingüística y psicología del lenguaje. El comportamiento era, pues, parte de la cultura en tanto que dependiente de la simbolización — que es lo que conferiría a aquélla su carácter *sui generis*— y enfocado desde una perspectiva relacional o estructural.

La adopción de estas tesis sirvió a Binford para identificar como meta de la arqueología el análisis de la diferenciación estructural interna del sistema cultural y la especificidad funcional de sus subsistemas (Binford 1972a [1965]: 199; 1962); una posición que implicaba el acercamiento a un tipo de funcionalismo estructural en el que la explicación se orientaba a descubrir, no la lógica social global de las relaciones entre instituciones — como fue el caso en la antropología británica —, pero sí la lógica adaptativa de la organización global plasmada en la interrelación de los subsistemas. Binford consideró, entonces, que la concepción normativa — expresamente asociada con autores como Walter Taylor, James Ford, Gordon Willey o Philip Phillips —, al insistir en el carácter compartido de las ideas, oscurecía la diversificación interna propia de todo sistema complejo (1972a [1965]: 199) y, al localizar la cultura en la mente de los individuos, abocaba a los arqueólogos a explicar las semejanzas y las diferencias entre culturas en términos de los procesos psicológicos de

aceptación o rechazo de una innovación o un préstamo (ibídem: 198); como quiera que aquéllos no tienen buena formación en paleopsicología —añadía— se ven limitados a una mera inferencia del origen y la difusión de las ideas a partir de las distribuciones de tipos de objetos. Sin embargo, una concepción "extrasomática" —vale decir pensando en White: *no orgánica* en tanto que basada en la cultura y no en los genes, *suprasomática* o *superorgánica* en tanto que dotada de una lógica autónoma con respecto a la conducta de los organismos individuales y *estructural* en tanto que centrada en las relaciones de los componentes del superorganismo<sup>11</sup> — permitía explicar esas semejanzas y diferencias en términos de la organización de los sistemas, la cual quedaría impresa en la organización de sus restos materiales.

En este marco, la conducta no tenía cabida sino como realidad empírica inmediata. Los sistemas socioculturales sólo tienen existencia, evidentemente, a través de los comportamientos efectivos de las personas, pero éstos tendrían interés para el antropólogo en tanto que muestran una estructura —adaptativa—. La concepción del registro arqueológico expresada por la secuencia "normativista",

Cultura            →    Conducta    →    Pautas materiales,  
(ideas reguladoras)

era así sustituida por la secuencia

Cultura            →    Conducta    →    Pautas materiales  
(sistema organizado)

---

<sup>11</sup> Sobre la doble noción de lo superorgánico como no-orgánico y por encima de lo individual en diversas figuras clásicas de la historia de la antropología, véase Ingold 1986: 239.

y el debate sobre el *locus* de la cultura era resuelto desplazándolo de la mente de los individuos —donde daba lugar a preguntas sobre cómo se interioriza, cómo influye en la personalidad, cómo se relaciona con los comportamientos observables, cómo se modifica — para situarlo en un nivel estructural —donde las preguntas se referían a cuál es la organización de esa estructura, cuál su lógica y por qué cambia —. Longacre lo expresaría de forma meridiana en su ensayo sobre la identificación de una regla de residencia matrilocal en Carter Ranch:

Una perspectiva de esta clase obliga al paleoantropólogo a centrarse en la naturaleza e interrelaciones de las partes componentes del sistema cultural bajo estudio, y a trabajar dentro de un marco ecológico de referencia. ... la ordenación de los restos materiales en un sitio arqueológico es el resultado de la pauta de comportamiento de los miembros de una sociedad desaparecida y ... esta pauta es potencialmente informativa de la manera en que la sociedad estaba organizada. Nuestra tarea, por tanto, es definir la estructura de los restos arqueológicos en un yacimiento, y ofrecer hipótesis sobre la organización de la sociedad y las pautas asociadas de comportamiento individual. [Longacre 1968: 91; traducción nuestra.]

Años después, John Yellen (1977: 50-51; véase también Allen y Richardson 1971) señalaría que un 20% de desviación en los comportamientos individuales con respecto a la regla de residencia, acumulado durante un periodo de 100 años o cinco generaciones, oscurecería por completo la estructura arqueológica resultante; dicho de otro modo: no se contemplaba la posibilidad de desviaciones en las pautas con respecto a la organización del sistema —ya no a la norma—. Pero lo relevante ahora es el punto de partida y el desarrollo del razonamiento: si el sistema requiere una determinada estructura, ésta se reflejará en los comportamientos y éstos en el registro material. Binford expresaría esta misma concepción tratando de extender hacia nuevos tipos de datos la crítica y sustitución de los supuestos imperantes en la arqueología tradicional. En relación con las prácticas funerarias, escribía:

La gran mayoría de la conducta humana en el contexto de un sistema cultural está diferenciada internamente y distribuida uniformemente entre todos los participantes, en relación directa con la complejidad organizativa del sistema. Asumir que debería haber un solo modo de disponer al difunto característico de un sistema sociocultural determinado es asumir que los participantes del sistema no están diferenciados en roles y que no había división del trabajo ... Los procesos evolutivos que afectan a la estructura interna del sistema sociocultural pueden dar lugar a diferenciaciones internas más diversas, que son acomodadas conductualmente por los participantes en el sistema. [Binford 1972c (1971): 237; traducción nuestra.]

Podría establecerse — a la vista de las concepciones anteriores — una analogía entre las nociones de sistema y conducta en Binford y las de estructura social y organización social en la antropología estructural-funcionalista británica (véase Radcliffe-Brown 1975 [1958]: 183-184): la conducta, en tanto que atributo de los individuos, se explica en términos de su función dentro de un todo estructurado; éste, por su parte, experimenta cambios que alteran su complejidad y forma organizativas y las conductas han de ajustarse consecuentemente. Con los comentarios sobre el papel de los acontecimientos históricos a la hora de explicar procesos (Binford 1968a), se daba un paso más en esta adopción de un nivel estructural al asociarlo a una visión deductiva de la explicación científica: en lugar de hechos ordenados cronológicamente que en última instancia apelarían a leyes implícitas sobre la conducta y en lugar de comparar secuencias históricas particulares, se sugiere que lo apropiado sería partir de y contrastar enunciados generales sobre las relaciones entre los componentes del sistema y su entorno. Este mismo argumento daba pie para cuestionar, como inductivista, la aproximación multilineal a la evolución de Julian Steward y, sobre esa base, considerar innecesaria la distinción entre evolución general y específica con la cual Marshall Sahlins y Elman Service intentaban coordinar las perspectivas de White y Steward (Binford 1972d).

En suma, la propuesta inicial de la nueva arqueología, principalmente

en los textos de Binford, tenía un carácter estructural, funcional, evolutivo y adaptativo que, al centrarse en la ordenación de los sistemas, evitaba la vertiente psicológica del problema que plantea la relación entre el comportamiento y las normas interiorizadas en la mente. Pero ello tenía un costo: otorgar un valor normativo y una dinámica propia a la estructura adaptativa. La afirmación citada arriba —los "procesos evolutivos que afectan a la estructura interna del sistema sociocultural pueden dar lugar a diferenciaciones internas más diversas, que son acomodadas conductualmente por los participantes en el sistema"— ilustra ambos aspectos. Puesto que la organización del sistema no tiene una existencia independiente de las actividades que organiza —¿cómo puede diferenciarse la estructura antes de que lo hagan las conductas mismas?—, esta idea ha de entenderse como un aserto "cuasi-teleológico", del mismo tipo que los característicos de la teoría biológica de la evolución (véase von Wright 1980 [1971]: 83). Se trata, entonces, de una metáfora en la que el aparente sentido teleológico que se asigna al conjunto hace referencia a cambios conductuales locales, en el marco de una estructura y con implicaciones en ella, que la evolución cultural, por efecto de algún mecanismo análogo a la selección natural, se encarga de modelar. Ahora bien, la metáfora no es neutra: si la investigación del cambio evolutivo se centra en la identificación de los factores desencadenantes y en la lógica de la organización resultante, se dejan de lado —o se excluyen explícitamente mediante su reducción a contingencias históricas sin valor para la explicación— los procesos mismos por los que el cambio social y cultural tiene lugar. El supuesto de la "acomodación" de las conductas a la organización o bien surge de la misma metáfora —esto es: no se acomodan, sino que son seleccionadas evolutivamente— y, de nuevo, no se analiza el proceso, o bien asume un control normativo por parte del sistema ya organizado y renuncia al estudio de cómo se logra tal control —una cuestión que tiene una vertiente sociopolítica obvia más allá de las

implicaciones (paleo)psicológicas de la interiorización de normas – .

Esta forma de abordar la adaptación, más morfológica que dinámica, no tardó en admitir mayor plasticidad. El énfasis etnoarqueológico que, por las razones apuntadas más arriba, caracterizó la arqueología norteamericana de los años 70 supuso en Binford un desplazamiento de sus investigaciones hacia la observación del comportamiento. Se trató de un cambio estratégico, antes que teórico, propiciado por el valor que el autor otorgó al estudio de la formación del registro arqueológico y la lógica de la secuencia "sistema organizado → conducta → pautas materiales". Pero confluyó, además, con otra línea que no compartía un idéntico orden de prioridades.

#### *Los sistemas de pautas de comportamiento*

Las críticas que suscitó *Explanation in archaeology* (Watson, LeBlanc y Redman 1974 [1971]) por sus desaciertos epistemológicos supusieron un factor fundamental en la crisis que la arqueología procesual experimentó en la primera mitad de los años 70 (véase Gándara 1982a [1980]: 86-92; 1982b: 101-110). No obstante, si se tiene en cuenta el énfasis en la estructura de los sistemas subrayado antes, cabe observar que buena parte de los equívocos – y de los posteriores desacuerdos – provenían de que el texto de Patty Watson, Steven LeBlanc y Charles Redman contenía una visión distinta del objeto de las teorías y leyes arqueológicas; una visión que trataba de incorporar, transformada, la concepción normativa.

Por ejemplo, después de citar con aprobación la introducción de *New perspectives in archaeology*, donde los Binford afirmaban que el propósito compartido de la arqueología y otras ciencias antropológicas es explicar las diferencias y semejanzas entre los *sistemas culturales* (S. Binford y L.

Binford 1968: 2), los autores establecían como objetivo de tales disciplinas el enunciado de *leyes generales sobre la conducta*:

Dado que el tema de estudio de la antropología —los seres humanos y su *comportamiento*— no puede ser sometido de ordinario a la manipulación experimental bajo condiciones controladas, las observaciones deben ser realizadas en tantas situaciones diversas como sea posible —incluyendo la que nos brinda el uso de los métodos y técnicas de la arqueología— si queremos formular *leyes generales relativas a ese objeto de investigación*. [Watson, LeBlanc y Redman 1974 (1971): 45; cursivas nuestras.]

En las páginas de este capítulo y en el capítulo 6 consideraremos el importante tema de la relevancia de la arqueología para los científicos sociales, en su búsqueda de *leyes generales que sirvan para explicar y predecir el comportamiento humano*. [Ibídem: 46; cursivas nuestras.]

Introduciendo ya sus tesis relativas a las teorías de alcance medio, Binford (1977: 3-4) precisó que ensayos hipotético-deductivos como el de James Hill acerca de la identificación de almacenes en Broken K —considerado por Watson, LeBlanc y Redman (1974 [1971]: 73), al igual que el trabajo de Longacre sobre la inferencia de pautas de residencia, un ejemplo de contrastación de leyes hipotéticas— buscaban construir definiciones operativas desde un punto de vista arqueológico, pero no verdaderas hipótesis explicativas referidas a relaciones funcionales y adaptativas en la organización del sistema cultural. Sin embargo, para entender por qué se consideró que tales ejercicios hacían uso de leyes, basta ampliar la gama de contenidos pertinentes de una ciencia arqueológica e incluir en ella el comportamiento humano en relación con la cultura material:

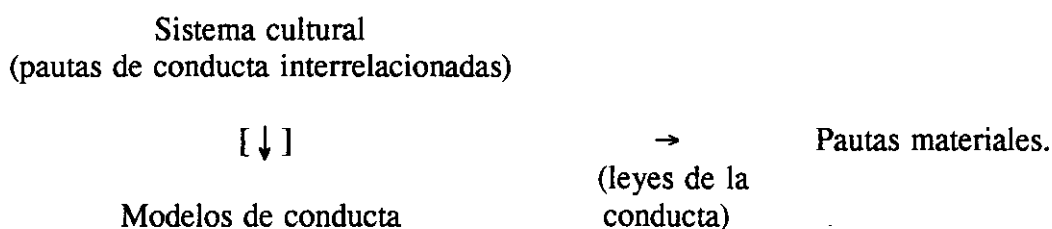
La mayoría de las leyes usadas actualmente en explicaciones arqueológicas provienen de otras ciencias sociales como la antropología, sociología y psicología ... Por ejemplo, los estudios de Longacre y Hill se basaron en leyes como la siguiente: *Las personas continúan fabricando artefactos en la forma en que acostumbraban*, tanto si viven permanentemente en una comunidad —como las mujeres en una sociedad matrilocal— cuanto si, después de la madurez sexual, se trasladan a otra comunidad —como los hombres en una sociedad matrilocal—. [Ibídem: 174; cursivas nuestras.]

La ley identificada – que efectivamente constituye un supuesto relativo al comportamiento subyacente en la hipótesis – se aproximaba a la "paleopsicología" censurada por Binford, si bien el sentido del párrafo reproducido era más descriptivo que laudatorio y se encaminaba a subrayar la oportunidad de desarrollar un corpus propiamente arqueológico de leyes sobre la evolución cultural. La voluntad de hacer confluír una epistemología positivista-lógica y un esquema similar al de "idea reguladora → conducta → pautas materiales" queda clara en la referencia a la figura de Taylor como precedente (ibídem: 42, 170; el volumen arranca, por otra parte, de una cita de Taylor) y en la justificación de la posibilidad de hacer de la arqueología una ciencia positiva con una parcela empírica propia por la vía de convertir la conducta en manifestación observable, a través de su huella material, de "modelos de comportamiento" culturales:

... en este caso, el mundo real, ordenado y cognoscible, es el de los acontecimientos y patrones de conducta del pasado humano. Aunque los seres humanos en sí estén muertos desde hace mucho tiempo, los modelos de su comportamiento pueden ser investigados por el método científico hipotético-deductivo, puesto que los restos arqueológicos y sus interrelaciones espaciales son registros empíricamente observables de aquellos modelos. [Ibídem: 43.]

No obstante, tales pautas o modelos de conducta eran enfocados desde una perspectiva sistémica y ecológica. El error de los normativistas habría sido tratar las reglas como entidades aisladas, limitándose a explicar sus cambios por referencia a accidentes históricos, en lugar de centrarse en las relaciones mutuas entre pautas de comportamiento y su sentido adaptativo (ibídem: 81). Parece claro que esta fórmula encaja bien con la aproximación de Binford, pero aun así no pierde su peculiaridad. Mientras éste utilizó el término "sistema" para subrayar el carácter diferenciado y estructurado de los componentes en relación con el todo, Watson, LeBlanc y Redman hacían uso de él – apelando explícita y detalladamente a la

teoría general de sistemas y citando el ejemplo de Kent Flannery — como un marco interpretativo y una fuente de modelos contrastables sobre la organización de la conducta (ibídem: 102); con ello enfatizaban, antes que una enfoque estructural y atemporal de la adaptación, una visión del cambio evolutivo atenta al carácter interrelacionado de las pautas de comportamiento. Al ilustrar, por ejemplo, un proceso de realimentación positiva, señalaban cómo un acto de vandalismo en un poblado provocaría, de no ser suficientemente fuertes los mecanismos homeostáticos — tratados, cooperación ritual, relaciones de parentesco —, una reacción de venganza contra otro poblado considerado sospechoso, iniciando así una escalada en los enfrentamientos que podría conducir a la concentración en asentamientos fortificados y la posible aparición de ejércitos permanentes (ibídem: 92-93). La investigación de las secuencias de cambio prehistóricas se serviría de leyes sobre la evolución cultural y podría producirlas, del mismo modo que las hipótesis para interpretar pautas materiales empleaban leyes sobre la conducta — y poco después las producirían mediante la etnoarqueología — (ibídem: 173-175); quedaba así preparada la separación que Schiffer establecería entre una teoría general y otra arqueológica y conductual. La concepción del registro arqueológico resultante vendría a ser la siguiente:



Más arriba hemos asociado la posición de Binford con un funcionalismo estructural; extendiendo esa asociación, cabe utilizar ahora una controversia habida en la antropología británica para iluminar, por analogía, el contraste que separa los planteamientos de aquél y los

expresados por Watson, LeBlanc y Redman en lo que se refiere al "sistema cultural". La noción de función suscitó en 1939 un primer enfrentamiento entre un funcionalismo "a secas" defendido por Bronislaw Malinowski y otro "compuesto" o "con guión" atribuido a A.R. Radcliffe-Brown; si éste último entendía por función la contribución de una costumbre o creencia a la persistencia de la estructura social, el primero insistía en la inexistencia de un organismo social persistente<sup>12</sup> y proponía cuatro posibles significados del término función aplicado a esas mismas costumbres o creencias: utilidad, dependencia mutua, satisfacción de necesidades biológicas y satisfacción de imperativos culturales (Stocking 1984: 174). Las diferencias que manifestaba la orientación ecológico-cultural de la arqueología norteamericana en torno a 1970 indican sendas versiones homólogas a las británicas en la forma de abordar el estudio de la adaptación: las conductas enfocadas como elementos ajustados funcionalmente a un todo o como elementos interrelacionados con funciones propias; los sistemas enfocados como sujetos de un proceso adaptativo que requieren una estructura interna o como resultados adaptados de la interdependencia de pautas de comportamiento.

La distancia que imponían estos matices no fue grande en principio. Al abordar episodios evolutivos de amplio alcance, tales como la emergencia de economías agricultoras (véase Flannery 1968; Binford 1968b) o de sociedades con estado (véase Flannery 1975 [1972]), el énfasis en los cambios de la estructura adaptativa resultaba compatible con una visión sistémica, más atenta en principio a las fluctuaciones en la red de instituciones y pautas. Por un lado, en ambos casos el objetivo era comprender los cambios en términos de organización global. Por otro lado, y por utilizar la terminología de Radcliffe-Brown (1952: 181), la

---

<sup>12</sup> "No 'la sociedad', sino hombres y mujeres de carne y hueso", había anotado Malinowski en la copia de un trabajo de Radcliffe-Brown (Stocking 1984: 158).

morfología social no es totalmente independiente de la fisiología social, ya que —en sus palabras— la mayoría de las relaciones que constituyen la estructura sólo pueden observarse a través de las actividades en las que aquéllas se hacen operativas; en palabras de Binford (1972e: 264; adviértase sin embargo la fecha): "la conducta es la dinámica de la adaptación". Sí cabría observar un diferente rumbo en el uso que hizo Flannery de la teoría de sistemas y la teoría de la información, pues, al recibir los comportamientos un papel más protagonista en la conformación del sistema, el mantenimiento de la organización no quedaba subsumido en la propia lógica del conjunto, sino que se explicaba por la existencia de una jerarquía de aparatos o instituciones encargada de controlar los flujos de información y regular los aspectos relevantes (véase también, en esa línea, Peebles y Kus 1977); como se señalaría más tarde, sus tesis sobre la emergencia del estado supusieron el inicio de una ruptura con el modelo "adaptativista" basado en la lógica funcional de la organización estatal (Brumfiel y Earle 1987: 2), cuya dirección se advierte así mismo en los esfuerzos, ya evidentes en los últimos años 70, por desagregar "el sistema" (véase *infra*)<sup>13</sup>.

Por el lado de los modelos de conducta y las pautas materiales, la vinculación de *Explanation in archaeology* con una tradición normativista transformada introducía también argumentos algo distintos a los de Binford en lo referido a las nociones culturales. Más arriba se ha afirmado que éste eludió el problema de la relación entre normas y conductas situando la explicación en un nivel estructural que englobaría ambos fenómenos; desde ahí, la interpretación de sus conexiones se hacía aparecer como

---

<sup>13</sup> La identificación que aquí se hace entre *Explanation in archaeology* y Flannery para ilustrar el modelo de "sistema de pautas de comportamiento" no implica la participación de éste en la insistencia nomotética de aquel volumen, la cual censuró tempranamente (véase Flannery 1973b; Gándara [1982b] ha resumido y valorado el cisma que se produjo en torno a esta última cuestión).

inconveniente e improductiva. Watson, LeBlanc y Redman, sin embargo, se apoyaron en una imposibilidad *a priori* de detectar otra huella nocional que el comportamiento mismo:

Debido a que es imposible observar directamente lo que la gente pensaba en el pasado, las hipótesis y modelos de investigación deben contrastarse mediante la conducta observable de aquella gente. Para los arqueólogos, el comportamiento es observable en los restos materiales de la cultura; percatándose de ello, muchos especialistas se han alejado del planteamiento normativista que descansa en los patrones mentales y en las ideas, valores y normas compartidos. Estos arqueólogos han dejado de depender de la explicación cognoscitiva para centrarse en los restos materiales, contemplados como un reflejo de los patrones de comportamiento del pasado. [Watson, LeBlanc y Redman 1974 (1971): 81.]

El argumento parte de una afirmación de sentido común: el arqueólogo sólo puede asomarse a "lo que la gente pensaba en el pasado" realizando inferencias a partir de unos restos configurados por la manera de conducirse de aquellas personas; pero su conclusión revela una dirección que no resulta tan obvia. En ella se estaba haciendo equivaler cultura y comportamiento mediante una reducción de las nociones a reglas y del comportamiento a patrones regulares. Por una parte, la distinción entre la conducta y su modelo —la conducta real y la ideal en términos de Malinowski— encerraba en la mente con el segundo toda noción que no se tradujera en una regla efectivamente seguida. Por otra parte, se asumía una dinámica en la cual las conductas reales se limitan a seguir reglas aprendidas y tanto aquéllas como éstas se transforman exclusivamente por efecto de reajustes en el sistema.

Este normativismo sin normas estaba implícito en la posición de Binford analizada más arriba y en él vino a confluir con Schiffer — más afín a la línea de Watson, LeBlanc y Redman—. Ambos lo corregirían con visiones más activas del comportamiento, pero, como sabemos, donde el último ensayó leyes experimentales de la conducta con objeto de construir, en

última instancia, una ciencia universal de la cultura material, aquél buscó huellas elementales con las que identificar la organización de las actividades y relacionarla, luego, con la estructura adaptativa de los grupos cazadores-recolectores. Por ello, como vamos a ver, el acercamiento estratégico de Binford a la etnoarqueología rompió definitivamente con el "inductivismo" de Schiffer cuando éste, al igual que otros autores, dio entrada a modelos de análisis del comportamiento basados en la toma de decisiones, con cuyo desarrollo el sistema cultural pareció disolverse y perder el papel antecedente en la explicación que el enfoque evolutivo del primero le había otorgado.

### *Las concepciones de la práctica presentes en Binford y Schiffer*

Páginas atrás se aludió a una observación de Rathje (1979: 15-16) acerca del deslumbramiento que habría afectado a los etnoarqueólogos ante la evidencia de contar con informantes vivos y acerca de su eventual giro hacia una "arqueología mentalista" que investigara los objetos como claves para acceder a los sistemas de creencias. Binford no sucumbió a tales tentaciones:

... si los arqueólogos se colocan a sí mismos en una situación de investigación productiva en la que puedan observarse los aspectos estáticos y dinámicos de un sistema (un proyecto etnoarqueológico, por ejemplo) y asumen perspectivas de observación que no son realistas en relación con el registro arqueológico (como por ejemplo las del observador interno o etnógrafo) siempre terminarán por considerar el registro arqueológico como algo limitado y pobre ... Hemos de aprender a ver la dinámica desde una perspectiva apropiada para el registro arqueológico. Este punto de vista ha de ser (1) no participante, (2) externo y (3) partitivo. [Binford y Sabloff 1982: 151; traducción nuestra.]

En sus investigaciones entre los nunamiut, Binford (1983a [1977]: 261) reparó en que las categorías utilizadas por un grupo para ordenar una realidad no son plantillas mentales estáticas sino formas flexibles,

dinámicas y contextualmente variables. Señaló también (1983b [1978]: 182) que los comportamientos son igualmente flexibles y variables. Pero le bastó constatar (1983a [1977]: 256-260) que no había equivalencia entre unos y otras para –en lugar de intentar superar las limitaciones del análisis componencial en el que inspiró su ensayo etnotaxonómico (véase, por ejemplo, Miller 1982a: 22-23)– negar la utilidad de indagar en su relación. Pareció asumir que, puesto que los contenidos de la mente varían de forma parcialmente independiente de la conducta, no resultan observables en el registro y, por la parte en que sí coinciden, no añaden nada relevante a la observación externa y partitiva del comportamiento y sus derivados materiales. Años después, Binford lo afirmaría con rotundidad en una nueva crítica de la adopción de un modelo etnográfico por parte de los etnoarqueólogos:

Aun cuando los etnógrafos tengan éxito a la hora de comunicar sus experiencias culturales recientes a los lectores de su propia cultura, siguen sin adecuarse al papel del científico. En su lugar, adoptan el papel de traductores interculturales ... Yo sugiero que estos objetivos, junto con las desconcertantes experiencias del mundo etnográfico, han empujado a muchos científicos sociales a basarse en informantes para crear sus datos. A su vez, estos mismos informantes guían la interpretación y en última instancia median en la comprensión de los datos. Lo que los etnógrafos registran no son datos sino información, la expresión intelectualizada de la experiencia. [Binford 1987b: 395-396; traducción nuestra.]

El divorcio entre nociones y conductas se muestra tan radical en Binford que, desde su visión, el observador, en el proceso de indagar la manera de conducirse de aquéllos a quienes observa y los aspectos relevantes del marco en que se conducen, no concibe las ideas como un componente más de lo que interpreta sino como interpretaciones de otros observadores; en consecuencia, su actitud ante ellas consiste o bien en dejarlas simplemente de lado por provenir de personas legas e implicadas en los hechos – "expresiones intelectualizadas de la experiencia" –, o bien en someterlas a contrastación empírica y aceptarlas o rechazarlas sobre esa base. Tal

concepción de las ideas como teorías legas cercena todas sus posibles implicaciones prácticas; al tiempo, excluía también toda consideración de la dinámica sociocultural ajena a los parámetros de la estructura adaptativa.

Los estudios etnoarqueológicos de Binford están repletos de minuciosas disecciones conductuales que hacen abstracción sistemáticamente de todo contenido social y nocional. Se nos informa que los nunamiut distinguen entre equipos de expedición de "viejos" y de "jóvenes" y que ello se refiere, más que a la edad, al origen tradicional o no de los útiles (Binford 1983a [1977]: 260-261), pero poco se dice sobre la penetración diferencial de los nuevos tipos de herramientas ni sobre el valor que reciben o el efecto socioeconómico que producen. Se detecta la existencia de "tecnologías de conservación" en las que determinados objetos son cuidadosamente restaurados y se analiza cómo afecta este fenómeno al registro arqueológico (Binford 1983a [1977], 1979), pero no se llega a profundizar en las cualidades que, en el escenario cultural, social y económico de los nunamiut, convierten un útil en conservable o no. Se distingue entre estrategias forrajeras y logísticas en las pautas de movilidad de los cazadores-recolectores y ello se relaciona interculturalmente con el grado de ubicuidad de los recursos críticos y el almacenamiento (Binford 1980), pero no se incluye la posibilidad de la influencia de otras variables como, por ejemplo, la flexibilidad residencial de las unidades domésticas que les permitiría acceder, siguiendo redes de parentesco, a otros territorios.

Es claro que este consistente sesgo de la observación y la interpretación no surge de un trabajo de campo incompleto o una elaboración deficiente, sino de una opción explícita que une a la concepción más arriba señalada sobre el papel de las nociones un objetivo arqueológico preciso: puesto que se buscan relaciones funcionales necesarias entre las dimensiones que

organizan la conducta y su huella en los restos materiales depositados, se eleva la abstracción por encima de los elementos del caso que se consideran singulares y, por tanto, fuente de distorsión para unas teorías que han de usarse como instrumentos en la explicación evolutiva y adaptativa del pasado. Así, cuando Yellen (1977: 134) concluya, sobre la base de sus observaciones entre los !kung, que la segregación de áreas de actividad refleja antes el contexto social de dichas actividades que sus requerimientos funcionales, la reacción de Binford será criticar la vaguedad de la afirmación (1983c [1978]: 315) y poner de manifiesto — buscando el origen último de ésta y otras disensiones — que el inductivismo de su autor no le ha permitido tratar de captar las dimensiones ocultas tras la evidencia empírica (ibídem: 320); Yellen, al limitarse a registrar lo visto, no habría eliminado de las pautas espaciales !kung las interferencias socioculturales específicas. En 1978, Richard Gould señalaría que entre los aborígenes australianos se encuentran objetos líticos de origen lejano que se obtienen por comercio con patrilinajes asociados totémicamente y, sobre esta base, entendía que la documentación arqueológica de esta misma pauta podría explicarse por las ventajas de mantener una alianza con grupos alejados antes que por las bondades específicas de unas materias primas tan costosas de conseguir (véase en Gould 1980: 142-157); Binford (1979: 260-261) sugerirá que una visión más realista de las estrategias de obtención de materias primas ha de tener en cuenta que éstas se recogen incidentalmente en el curso de expediciones no específicamente planificadas para ello; Gould estaría proyectando unos datos empíricos sin profundizar en sus causas con la guía de una teoría previa acerca de las pautas de movilidad. La conducta desde una perspectiva externa y utilitaria y las relaciones funcionales necesarias libres de cultura constituyeron, así, los dos pilares de una visión estrictamente auto-limitada de la práctica.

Schiffer representa más claramente la línea centrada en las pautas de

comportamiento que aquí se ha identificado en la síntesis de Watson, LeBlanc y Redman (1974 [1971]), con quienes compartía un concepto de ciencia como sistema de leyes predictivas, un concepto de cultura como sistema recibido de ideas que regulan el comportamiento y un consecuente interés por éste en tanto que factor responsable de los restos que observa el arqueólogo. Su arqueología conductual era la síntesis, profundización y proyección de todo ello. La distinción entre quienes usan y quienes descubren leyes (Schiffer 1976: 4-9) trataba de reconducir las disensiones entre las arqueologías tradicional y procesual hacia una división del trabajo articulada sobre la base de la presencia ineludible de las leyes en toda inferencia. La definición de cultura como "sistema de información aprendido y reglas para procesar y transformar esa información en acción o conducta" (Reid y Schiffer 1973ms., en Binford 1983d [1981]: 236) le separaba del énfasis "extrasomático" de White y Binford, pero enlazaba una metodología explícitamente científica con la línea de trabajo de Steward o Willey y la reorientaba hacia un estudio de la conducta como paso previo necesario para abordar la explicación de los procesos, anunciando ya un enfoque del comportamiento en términos de toma de decisiones. El interés por los procesos de formación del registro arqueológico recogía las críticas contra el optimismo infundado de la nueva arqueología y corregía la afirmación de que el registro es un reflejo directo de los comportamientos del pasado, todo ello sin perder la convicción en el potencial de un conocimiento más sofisticado e impulsando un nutrido conjunto de investigaciones en este sentido.

Schiffer dedicó un buen número de páginas en distintas publicaciones a establecer y refinar modelos descriptivos adecuados, a su juicio, para una correcta conceptualización de la conducta desde una perspectiva arqueológica. Todos ellos compartían el carácter "no participante, externo y partitivo" que aconsejaría Binford, pero estaban dirigidos más específicamente a

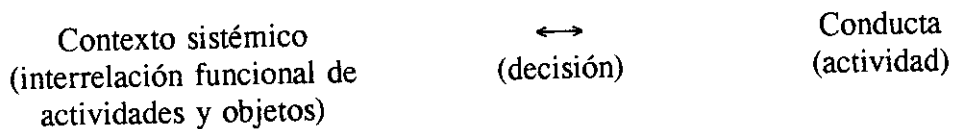
organizar de forma conveniente los datos obtenidos mediante excavación para la inferencia conductual a partir de ellos. El "contexto sistémico" o sistema cultural en funcionamiento estaría compuesto por una serie de elementos —perdurables, consumibles y fuentes de energía— puestos en relación mediante el trabajo para dar lugar a la unidad básica de conducta, la actividad (Schiffer 1976: 45); el grupo de actividades en las que participa una unidad social sería la "estructura de actividades" y aquél formado por las que se realizan repetidamente en la misma unidad espacial sería el "conjunto de actividades" (ibídem). Estas acciones generan un número de herramientas gastadas, restos de alimentos y de combustibles u objetos inservibles a cuyo tratamiento se orientarían las actividades de desecho, responsables de su paso a un "contexto arqueológico" (ibídem: 14), el cual experimenta posteriormente distintas alteraciones naturales o de origen humano. Los modelos propuestos para describir dinámicamente estos procesos se centraron bien en la biografía de un elemento — "modelos de flujo" (ibídem: 46-49) — o bien en las relaciones de un número de ellos dentro de una actividad — "cadenas conductuales" (ibídem: 49-53) —. En ambos casos el objetivo era reconstruir los vínculos funcionales — "parámetros de conjunción" (Schiffer 1979: 354) — entre elementos y controlar sus posibles vías de acceso al registro arqueológico. Los modelos se hacían más complejos al ampliarlos para incluir las relaciones entre las diversas actividades; el contenido de tales relaciones se materializaría en una serie de flujos de materia, energía e información y se proponía analizar sus cualidades en términos de parámetros, distancia, fuerza y variedad de emparejamiento (ibídem: 356-357). El conjunto formaba el sistema conductual que articularía a un grupo humano con su entorno natural y social (ibídem: 353).

Pero, una vez descritos y analizados, ¿cómo explicar el cambio en estos sistemas conductuales? En la respuesta a esta pregunta, Schiffer (1979)

asoció su análisis de actividades a los estudios de toma de decisiones. Éstos constituyen una aproximación orientada a analizar lo que su nombre sugiere: el proceso por el que un sujeto identifica una meta, recoge y evalúa información sobre las alternativas para su consecución y selecciona entre éstas; el objetivo del análisis es construir un modelo que incluya las metas por alcanzar, el conjunto global de opciones y los criterios por los que éstas se ordenan en una escala de preferencias, asumiendo que el decisor ha optado por la de mayor valor en la escala. Para Schiffer, el origen de la transformación de un sistema conductual podría estar en la sustitución de un elemento en una actividad cualquiera; ello provocaría la alteración consecuente, con un efecto multiplicador, de las relaciones de ésta con las que dependen de ella. Pero tanto en el caso del detonante inicial como en el de los cambios encadenados, siempre sería posible optar por un número variable de alternativas. Estas alternativas serían evaluadas por quien toma la decisión – individuo, unidad doméstica, grupo de trabajo u otra unidad social – en términos de sus posibles resultados y de sus costos y se elegiría la más adecuada de acuerdo con un determinado criterio o regla.

La concepción resultante de estos modelos de actividad y elección puede entenderse como un desarrollo de la secuencia "Pautas de conducta interrelacionadas → Pautas materiales" en el que el papel dinámico del comportamiento en los procesos adaptativos se subraya con la introducción del concepto de decisión. Las unidades decisoras pueden tener un conocimiento variable de los costos y consecuencias de las distintas opciones, pero se asume la imposibilidad o la probabilidad mínima de controlar sus efectos indirectos o lo que puede denominarse –parafraseando una expresión muy usada por el sociólogo Anthony Giddens– las consecuencias no previstas de la decisión. Los restos materiales, por otro lado, ya no se conciben tanto como un derivado o

subproducto de la conducta —una huella de que tuvo lugar un comportamiento— cuanto como el resultado de actividades de desecho y depósito sujetas al mismo tipo de proceso que el resto de las actividades. La representación esquemática podría ser la siguiente:



De acuerdo con la definición antes citada, sería lógico suponer que Schiffer situaría la cultura —el "sistema de información aprendida y reglas para procesar y transformar esa información en acción o conducta" — dando soporte a las decisiones. Adoptó, sin embargo, una aproximación que calificó como materialista (1979: 353) y que encaminó explícitamente al enunciado de leyes generales relativas al cambio conductual; para alcanzarlo, animaba a los etnoarqueólogos a centrar sus estudios en la observación comparativa de las variables que "pueden ser responsables del conocimiento diferencial de las alternativas, de los resultados y de las probabilidades y costos ligados a ellas, así como del empleo de diversas reglas de decisión" (1979: 362; traducción nuestra); entre esas posibles variables sugería la experiencia con decisiones similares, la frecuencia con que se presenta la situación o las regularidades entre ciertas condiciones materiales y el uso de distintas reglas. En suma, la meta era interpretar predictivamente el sentido de las decisiones en función de las propiedades objetivamente mensurables de la situación y de los decisores. La cultura estaría compuesta por las reglas y la información que han resultado adecuadas en las decisiones precedentes y se han institucionalizado y transmitido; ello la situaría como un filtro formado por la sedimentación de experiencias anteriores, pero la orientación de las líneas de estudio propuestas asume que se trata de un filtro transparente. Las relaciones

sociales implicadas en la organización de las actividades parecen introducirse sólo en tanto que constituyen las unidades que toman decisiones y, tal vez, en tanto que conforman una parte del entorno o contexto sistémico.

La investigación minuciosa de la conducta como paso previo para la explicación de los procesos socioculturales se transformaba, así, en una nueva forma de concebir dichos procesos. El sistema que organiza y recoge la lógica global de los comportamientos se difumina ante la flexibilidad de éstos, dando paso a un conjunto de actividades interrelacionadas en el que interviene una multiplicidad de decisiones locales con efectos indirectos e imprevistos para el decisor.

### *¿Y el sistema?*

No fue Schiffer el único en seguir el enfoque de la toma de decisiones. La ecología evolutiva y, específicamente, la teoría del forrajeo óptimo había comenzado a inspirar un buen número de investigaciones sobre decisiones adaptativas en contextos etnográficos y arqueológicos (véase Keene 1979; Reidhead 1979, 1980; Winterhalder y Smith [eds.] 1981); sus modelos, al tiempo que enriquecían el conocimiento de las facetas técnicas intervinientes en las estrategias de caza y recolección, sustituían la noción de adaptación como equilibrio homeostático por otra más dinámica en la que el supuesto equilibrio no supone sino el *statu quo* de la competencia entre organismos que tratan de optimizar sus conductas. En arqueología tuvo, además, el éxito de un método que reunía dos cualidades consideradas esenciales: ser predictivo y ser cuantitativo. Sin embargo, ponía también en evidencia la reducción del comportamiento a conducta animal o, dicho de otro modo, la no consideración del marco social y cultural en que se produce. El propio Schiffer (1981: 901-904), aun cuando

el énfasis tecnológico de su análisis de actividades no dejaba mucho espacio a las relaciones sociales y al papel de la cultura, censuró que los principios de la ecología biológica pudieran parecer suficientes para explicar la conducta humana. Jochim (1976) exploró la subsistencia y el asentamiento de los cazadores-recolectores en términos de un modelo que negaba el supuesto de la optimización energética y analizaba el compromiso entre las acciones orientadas a reducir el riesgo de caídas ocasionales en los recursos y las dirigidas a conseguir mayor eficiencia en la explotación.

Las divergencias de todos estos estudios eran notables: mientras la teoría del forrajeo óptimo asume conductas adaptativas matemáticamente maximizadoras, Schiffer y Jochim introducían un decisor más contextualizado y con capacidades razonablemente limitadas; mientras Jochim (1979: 96) reservaba un espacio importante a los conocimientos y los valores en la percepción de los problemas y la evaluación de las alternativas por parte del decisor, Schiffer — como hemos señalado — se orientaba a la búsqueda de regularidades en situaciones y decisores desde una perspectiva que excluía lo que no consideraba empíricamente observable y cuantificable. Pero igualmente notables eran las coincidencias. Jochim identificó con claridad la orientación común y señaló también el problema que ésta hacía surgir: se enfocaba la adaptación desde la perspectiva de la conducta como forma de resolución de problemas (1979: 96) y, con ello, su carácter organizado parecía presentarse como el resultado agregado de un conjunto de decisiones individualizadas (1979: 82).

Binford criticaría con fuerza tanto a Schiffer como a otros autores que abogaron por el análisis de la toma de decisiones, pero había adoptado una perspectiva muy similar. Al tratar la composición de los equipos de caza

de los nunamiut, subrayó la flexibilidad de la conducta y afirmó que "las decisiones orientadas a la subsistencia están orientadas a fines y se hacen con expectativas definidas sobre la naturaleza de las condiciones futuras" (Binford 1979: 261; traducción nuestra). El problema no era, pues, la posibilidad de comportamientos alternativos ni la introducción misma del concepto de decisión, sino el hecho de convertir éste en el motor de la organización global, haciendo del sistema cultural un resultado en lugar de un marco definidor del ámbito de variación; lo que el autor consideraba el campo de las teorías de alcance medio estaba siendo elevado por algunos a teoría general. Subrayó entonces la importancia de "las propiedades estructurales de los sistemas dentro de los cuales tiene lugar el funcionamiento dinámico que vemos como conducta" (Binford 1983d [1981]: 236; traducción nuestra); recordó a White en su crítica del concepto de libre albedrío y del realismo falaz de quienes piensan, por el hecho de que son las personas las que actúan, que la interpretación ha de hacerse en términos del hombre como causa primera (Binford 1983g: 215-216); censuró la extensión del método comparativo más allá de los límites de una clase de sistema cultural, por cuanto suponía tomar como objeto de comparación la conducta en sí misma y no en el seno de un tipo de sistema (Binford 1983h: 392); identificó, en fin, un posible origen del error en la adopción de la perspectiva del participante en una cultura, la cual conduciría a tratar de comprender las motivaciones y buscar leyes de la mente o de la conducta (Binford 1983g: 218-219)<sup>14</sup>. Pero, a diferencia de sus primeras publicaciones de los años 60, él mismo había dado el paso desde el nivel estructural al de la dinámica del comportamiento. Por ello, al tratar de restablecer el carácter determinante del primero sobre el segundo, recurrió a algo que hasta entonces sólo había estado presente de manera implícita: "las estructuras culturalmente organizadas de transmisión

---

<sup>14</sup> Hodder era ya, junto con Schiffer y otros, blanco de esta crítica.

de información" entre generaciones (ibídem: 221). De este modo, la continuidad de la estructura se convertía en problema y se resolvía haciéndola descansar en la endoculturación y —cabe entender por implicación— en la presencia y la fuerza de las normas aprendidas. No hemos sabido encontrar en sus publicaciones posteriores, más centradas en aspectos epistemológicos y metodológicos, intentos de conjugar y articular el efecto conservador del mantenimiento de la organización global y la flexibilidad de la conducta; ése fue, en cambio, uno de los objetivos que en los años 80 persiguieron otros textos.

A pesar de las contribuciones que en los años 70 había aportado al desarrollo de la disciplina todo el conjunto de estudios a que aquí se ha aludido tomando como guía a Binford y Schiffer, no fueron pocos los autores que en la nueva década encontraron insuficiente el potencial heurístico de los programas dirigidos a la investigación de la conducta exclusivamente en términos de la variación de las situaciones. Dejando de lado los aspectos profesionales, sociales, políticos e ideológicos que intervienen en las concepciones de los arqueólogos, puede afirmarse que el desplazamiento del campo de estudio hacia el nivel conductual y la constitución de las acciones en sujeto, además de objeto, de la organización dejaron en evidencia las limitaciones y omisiones que suponía sostener el carácter funcional del sistema social y, así mismo, el "carácter epifenoménico del subsistema ideológico". Las vías alternativas fueron diversas. Hodder —al que ahora volvemos— protagonizó la apertura de una de ellas. Timothy Earle o Elizabeth Brumfiel —como veremos en el capítulo siguiente— reunirían después otras más afines a los planteamientos que hemos bosquejado a partir de la noción de toma de decisiones y el incipiente modelo político que Flannery mantuvo.

## LOS SIGNIFICADOS EXPRESADOS POR LA CULTURA MATERIAL

El estudio del estilo constituía, en el seno de las diversas consideraciones de la arqueología procesual sobre la conducta y la función, un medio de identificar grupos sociales. Si en la diferenciación de la cultura material que Binford propuso en 1962 el estilo operaba como una categoría aparte, en 1965 fue integrado de una forma más sofisticada. En relación con la cerámica (Binford 1972a [1965]: 199-202), se planteó la distinción de cuatro dimensiones en los atributos de las vasijas — técnica y diseño morfológicos, técnica y diseño decorativos— cuyos cambios habrían de interpretarse funcionalmente mediante inferencias sobre su variación primaria — la que afecta al uso de la vasija en cuestión — y sobre su variación secundaria — la que tiene que ver con su contexto de uso y de producción—. Las conocidas investigaciones de Longacre, Hill y otros quedaban incorporadas en el esquema como exploraciones sobre los rasgos decorativos o estilísticos en términos del contexto social de producción — el grupo residencial —, asumiendo su equivalencia con el contexto social de uso en los casos analizados. El supuesto básico de estos estudios, englobados luego bajo el rótulo de "sociología cerámica", entendía que la semejanza en los atributos respondía al aprendizaje de la actividad en el seno de una misma unidad social y no tardó en generalizarse para acoger variaciones estilísticas entre comunidades e incluir entre los factores responsables las pautas endogámicas o exogámicas de matrimonio o la cooperación económica o religiosa (véase Plog 1978). El denominador común lo constituía, por tanto, la idea de que la amplitud de la transmisión de diseños entre individuos sería directamente proporcional al grado de interacción entre ellos (ibídem: 151), esto es: un supuesto que — como se ha analizado en el apartado anterior — mantenía la organización social como marco, se centraba en la conducta misma y renunciaba a considerar tanto la naturaleza de la interacción como los posibles significados

asignados a los diseños, haciendo posible una relación funcional de carácter predictivo entre conducta social y estilo —una relación de "reflejo" (Hodder 1982a: 9)—.

Este papel pasivo con respecto a la conducta de los elementos materiales relacionados con la comunicación y el significado comenzó a sufrir modificaciones profundas en la segunda mitad de la década de 1970.

### *Algunas aproximaciones al estudio de las nociones en los años 70*

En una panorámica publicada en 1982 acerca de las investigaciones arqueológicas sobre los sistemas de ideas, Mark Leone (1982a) pudo distinguir tres vías innovadoras: los análisis de carácter estructuralista, los intentos por incluir la cosmología dentro de los esquemas neoevolucionistas y el desarrollo de la noción marxista de ideología. La aparición de varios autores bajo más de una categoría muestra hasta qué punto las tres tendencias operaron también como metodologías con las que ensayar desde diferentes puntos de vista. Todos los incluidos, en cualquier caso, atenuaban o rechazaban el papel secundario de lo nocional en el funcionamiento de los sistemas sociales y en la conformación de la cultura material.

Los trabajos de James Deetz (1977) o Henry Glassie (1975), centrados en periodos históricos y ajenos a la corriente principal de la escuela procesual, habían mostrado el potencial de los análisis estructuralistas orientados a la inferencia de gramáticas subyacentes en los objetos culturales. Este tipo de análisis acrecentó su popularidad y se incorporó, especialmente en el estudio del arte, dentro del "paradigma de sistemas adaptativos / arte-y-estilo-como-información" (Conkey 1989: 147; véase Conkey 1978, 1982; Wobst 1977). Como se señaló más tarde en una

evaluación retrospectiva, el estructuralismo aportó la noción de que los sistemas de ideas están estructurados y estructuran la realidad y ello abrió la posibilidad de observarlos en el estilo de los objetos y relacionarlos con la meta, firmemente establecida, de identificar grupos sociales en el registro (Conkey 1989: 148). Las investigaciones etnoarqueológicas de Hodder, no propiamente estructuralistas, también estaban dirigidas a este fin. Si la expresión se desvincula de la visión asociada estrictamente con el programa de Binford –que Hodder criticaría en 1982 (1982c: 5-6) y rechazaría en 1986 (1988: 142-143)–, se podría afirmar que tales investigaciones trataban de construir teorías de alcance medio sobre la relación entre una pauta estática y una dinámica sociocultural responsable: respectivamente, las "culturas materiales" o asociaciones recurrentes de tipos de objetos en un área geográfica y las unidades étnicas y su interacción (Hodder 1982a: 1).

Más arriba se ha hecho referencia, en relación con Flannery, a los modelos sistémicos centrados en los flujos de información controlados por una serie de mecanismos reguladores. En estos modelos, que pronto se hicieron eco de la conocida interpretación de Roy Rappaport sobre el sentido adaptativo de los rituales entre los maring de Nueva Guinea (véase Flannery y Marcus 1976), los símbolos tenían importancia por su misión reguladora, orientada al mantenimiento de la organización. Fritz (1978) partió de un modelo de este tipo para explorar una interpretación de la arquitectura como expresión de la cosmovisión de un grupo. Adoptó, en primer lugar, una aproximación estructuralista para desvelar, en términos de distintos tipos de transformaciones simétricas, la gramática de los planos de construcciones y asentamientos en el cañón del Chaco (Nuevo México). Luego, para pasar del nivel sintáctico al semántico, asumió que el mensaje codificado en el lenguaje espacial se refería a los elementos y relaciones del sistema social: equivalencia de diversas unidades socio-espaciales,

equivalencia por oposición entre dos subgrupos, cambio cíclico –tal vez de autoridad– y asimetría social. Para Fritz (1978: 39), estos sistemas de ideas materializados en la arquitectura no eran un mero reflejo de la sociedad, sino manifestación de estructuras subyacentes y reguladores sociales de la acción.

Leone (1982a: 748) subrayó cómo los estudios evolucionistas habían reconocido la necesidad de analizar arqueológicamente la ideología y luego destacó (ibídem: 748-750) el alejamiento de los modelos funcionales y ecológicos promovido por el marxismo estructural y el neo-marxismo. Haciéndose eco, entre otros, de los primeros trabajos de Christopher Tilley –uno de los componentes del grupo de Cambridge identificado más tarde con el rótulo "arqueología postprocesual"–, el autor insistía en el relevante papel de las nociones ideológicas y los objetos imbuidos de ellas a la hora de enmascarar las contradicciones presentes en las relaciones sociales de producción y asegurar así la reproducción social. Ello le daba pie, por último, para afirmar la importancia de una reflexión autocrítica sobre el sesgo de los conceptos utilizados en el presente para explicar el pasado y una arqueología histórica que revelara la génesis de la ideología contemporánea (ibídem: 750-757), línea que él mismo profundizaría posteriormente (véase Leone 1984; 1987; Leone, Potter y Shackel 1987).

Cuando, cuatro años después, apareciera publicada una nueva evaluación de las corrientes interesadas por los aspectos simbólicos e ideológicos, Leone (1986) distinguiría entre una arqueología simbólica y otra estructural, mantendría la arqueología crítica y dejaría de hacer alusión a la vía neoevolucionista. Las áreas temáticas compartidas por tales aproximaciones –la cualidad activa de la cultura en manos de los agentes sociales, el abandono de un materialismo rígidamente determinista, la crítica del conocimiento y el rechazo del positivismo (ibídem: 416-419)–

constituirían en conjunto una brecha amplia con respecto a los supuestos básicos mantenidos en los años 70. Pero ese proceso y sus avatares es el que aquí nos hemos propuesto abordar con más detenimiento.

### *La acción de los símbolos y los símbolos en la acción*

*Symbols in action* introdujo dos aspectos en el panorama recién bosquejado: la inserción de los objetos y restos (etno)arqueológicos en la dinámica de las relaciones sociales y los antagonismos que encierra y una concepción del significado que le otorgaba, en el marco de esa misma atención, un papel más relevante que el de mero reflejo pasivo. Si ninguno de los dos constituía una novedad en sí, su combinación resultó en una aproximación radicalmente distinta a la cultura material. Hodder se centró, no ya en la acción o función de los símbolos materiales para el mantenimiento de una organización social, sino en su uso en el seno de las acciones tanto para mantener como para desafiar el sentido de las relaciones sociales. Su texto de 1982 da una y otra vez este paso desde la acción de los símbolos a los símbolos en la acción.

Los trabajos etnoarqueológicos realizados en el distrito de Baringo, en Kenia, llevaron al autor —como ya quedó señalado en el capítulo anterior— a plantear, primero, una hipótesis que ponía en relación la tensión entre grupos étnicos vecinos y la manifestación de un sentido de etnicidad expresado de manera diversa y a descubrir, luego, que tal hipótesis, si bien introducía un correctivo en el supuesto de la semejanza estilística como reflejo de un grado de interacción sin cualificar, resultaba demasiado simple. Su torpeza vendría de no haber tenido en cuenta que, puesto que los objetos portan significados, distintas personas y subgrupos actúan estratégicamente sobre esa base para establecer las relaciones sociales e intervenir en ellas. Los objetos, pues, no reflejarían la

organización social sino que la re-instituirían cotidianamente (Hodder 1982a: 83).

En términos de pautas materiales, ese papel activo de los símbolos se manifestaría en Baringo a través de la indumentaria femenina, la cerámica, los taburetes de madera y la disposición de los hogares, todos ellos elementos que muestran una distribución espacial respetuosa con las fronteras entre los grupos. Así, cuando las mujeres cruzan los límites — por matrimonio o por traslado de toda la unidad doméstica — adoptan la indumentaria del grupo en cuyo territorio se instalan; cuando se captura ganado del otro lado, lo que da derecho al robo es la distinta adscripción étnica, reafirmada materialmente tanto en espacios públicos cuanto en zonas más privadas — como el caso de los hogares, situados en el interior de las chozas —. Sin embargo, hay objetos que rompen las fronteras entre las etnias. Las lanzas metálicas que portan los varones jóvenes, obtenidas de distintos herreros, muestran una gran semejanza formal en todo el distrito. La decoración de las calabazas de uso doméstico, realizada por las mujeres, tiene una distribución local que sigue las redes personales de éstas independientemente de la adscripción étnica. ¿Qué significa todo este juego en términos de dinámica social? Hodder (1982a: *passim* y cap. 5) respondió a la pregunta analizando las tensiones sociales internas. Encontró una marcada y explícita diferenciación por edades y por género. Los varones de más edad acaparan las esposas y el ganado en detrimento de los jóvenes y tienen mayor interés en mantener la seguridad del territorio frente a incursiones externas, algo que depende fundamentalmente de los guerreros de menor edad; la etnicidad sería parte de la ideología de control que justifica y sustenta tanto el dominio de los primeros como la función protectora y bélica de los segundos. Las lanzas — inspiradas siempre en las de los afamados masais — representan en todo el distrito la virilidad y la posición de los guerreros y su distancia con respecto a los estadios

superiores del sistema de edad. La decoración de las calabazas, en fin, operaría como un medio de expresión con el que las mujeres escaparían al férreo control que sus esposos mantienen en relación con otros aspectos como la indumentaria. La extensión de este análisis a las relaciones entre los dorobo y los samburu también en Kenia (ibídem: cap. 6) y a las etnias del área del antiguo reino Lozi en Zambia (ibídem: cap. 7) insistía en que las distribuciones espaciales de estilos y tipos de objetos, tanto regionales como dentro de un mismo asentamiento, ha de relacionarse con la integración de sus significados en las estrategias de diferentes segmentos. En suma: para entender las pautas de la cultura material en situaciones de contacto entre unidades étnicas habría que tener en cuenta no sólo el grado de competencia económica entre ellas sino las tensiones y diferenciaciones internas y las distintas estrategias sociales a que dan lugar y en las cuales participan los objetos.

Un último ejemplo etnoarqueológico, el de algunos grupos nubas de las montañas de la región sudanesa de Kordofán (ibídem: cap. 8), introducía en el texto un nuevo avance que su autor subrayó especialmente. El capítulo abordaba un análisis de los significados de la cultura material relativos a la pureza y la contaminación en relación con el género y los animales domésticos – construcción de recintos especiales para el ganado, decoración de las viviendas y del cuerpo, función apotropaica de ciertas partes del esqueleto de los animales, pautas de desecho –. La pregunta era por qué se escogen determinados objetos para expresar determinados sentidos y por qué adoptan unas pautas formales y no otras; la respuesta estaba en las estrategias sociales y – como apuntábamos ya en el capítulo 2º – en la historia de los objetos mismos en relación con aquéllas, pero, además, haría falta profundizar en los sistemas de ideas que los engloban y, para hacerlo, sería necesario emplear el conocimiento sobre los principios simbólicos que subyacen en la producción de tales sistemas

(ibídem: 125-126). Así, utilizando los conceptos de cuadrícula y grupo elaborados por Mary Douglas, Hodder vinculó las diferencias relativas de énfasis en los rituales nubas tendentes a evitar la contaminación con la existencia de grupos locales bien delimitados y con roles indefinidos y ambiguos en su seno. La interpretación pretendía mostrar – contrapesando lo que el autor calificó de énfasis excesivo de las páginas anteriores del volumen en las relaciones "ecológicas"<sup>15</sup> (ibídem: 127) – cómo los significados portados por los atributos de la cultura material se insertan en un orden conceptual o esquema simbólico coherente que, analizable mediante teorías generales sobre la simbolización, adquiriría sentido en el contexto de un conjunto particular de relaciones sociales y económicas históricamente conformado (ibídem: 183). El equilibrio propuesto entre estrategias – o individuos activos –, historia y sistemas de ideas se vería sometido en publicaciones posteriores del autor a alteraciones sucesivas cuyas implicaciones valoraremos en el capítulo siguiente.

El juego de la acción de los símbolos y los símbolos en la acción se situó, con los argumentos resumidos arriba, en el nivel de la teoría de "alcance medio" o, más genéricamente, en el ámbito de la conceptualización de la cultura material como marco desde el cual desarrollar teorías sobre ella. La conclusión era que el arqueólogo, cuando no considera los significados de los objetos y su papel en la dinámica de las acciones, interpreta erróneamente sus pautas; no se trataría, entonces, de una vertiente ofrecida al especialista interesado, sino una necesidad de toda investigación (ibídem: 211). La afirmación podría formularse en la terminología de Schiffer subrayando la importancia del sentido asignado a los objetos para evaluar correctamente las transformaciones culturales que experimentan o, en la de Clarke, los procesos anteriores al depósito y de

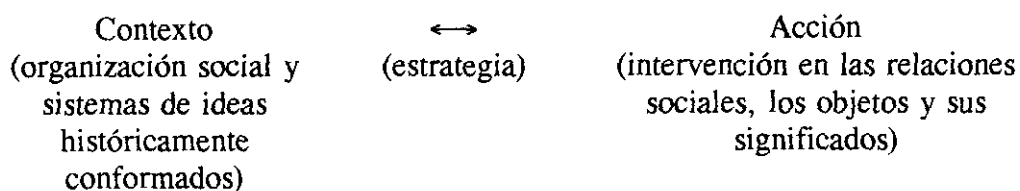
---

<sup>15</sup> El término "ecológicas", que aparece entrecomillado en el original, parece aludir a los aspectos relativos a la situación de competencia económica y social intergrupala.

depósito. El caso de los estilos cerámicos en una aldea lozi del valle del Zambeze (ibídem: 122-124) resulta ilustrativo: dos mujeres que aprendieron la técnica en sus respectivos lugares de origen elaboran vasijas muy similares, mientras que una tercera diferencia sus productos de los de las anteriores, a pesar de que aprendió de ellas; las tres estarían expresando en la cerámica el antagonismo entre dos secciones del poblado representadas por el jefe, esposo y suegro de la primera y la segunda respectivamente, y su hermano, esposo de la tercera. Entre los nubas de Sudán, la asociación de lo sucio y lo limpio con el género y los animales domésticos, así como las diferentes formas de evitar la contaminación, incidiría – como un ejemplo relativo a los procesos de depósito – en las pautas de desecho discriminando entre tipos de restos y lugares apropiados para ellos, especialmente en el caso de los huesos del ganado (ibídem: 155-163; véase también H. Moore 1982). Todos los atributos y pautas del registro arqueológico están, pues, potencialmente investidos de significado; la cultura material está dotada de sentido.

"Contexto" constituía el término que, a juicio de Hodder (1982a: 217), podía condensar la atención a las múltiples dimensiones que concurren en la cultura material: haría referencia tanto al marco conceptual cuanto al marco social en el que se inscriben los significados y permitiría incluir, además, el tiempo como trayectoria histórica concreta que configura a ambos. Cuando un año antes, en su respuesta a los comentarios de Davis, había señalado la utilidad de una aproximación contextual capaz de superar la convencionalidad del signo, estaba afirmando que, para abordar el sentido de los objetos relacionados con la etnicidad – algo necesario si se ha de interpretar correctamente su uso y, por tanto, sus pautas –, había que insertarlos en los sistemas de ideas de una cultura, en las relaciones sociales en cuya dinámica se mantienen y transforman y en una historia o marco social y conceptual recibido. El resumen de esta concepción,

mediante un esquema comparable a los construidos en el apartado anterior, podría tener la forma siguiente:



El esquema tiene una estructura similar al que más arriba se ha elaborado a partir de las tesis de Schiffer. Como en aquél, una de las implicaciones de la conclusión principal de *Symbols in action* es que los objetos que pasan al registro arqueológico no se consideran derivados materiales de un comportamiento, sino huellas de su posición en el contexto y su uso en las acciones; potencialmente semejantes podrían revelarse también los conceptos de "decisión" y "estrategia", en la medida que ambos se predicen sobre individuos que supervisan el curso de sus movimientos. Pero contexto y comportamiento se conciben —claro está— de forma distinta. El primero no viene definido ahora por objetos utilitarios insertos en actividades funcionalmente interrelacionadas, sino por sistemas de ideas y por relaciones más o menos tensas e inestables entre grupos sociales de las que son parte los objetos y sus significados. El papel activo de la conducta en dicho contexto varía en consonancia: la dinámica del comportamiento con respecto al sistema se convierte aquí en la dinámica de los símbolos con respecto a la organización social.

El contraste evidente entre la visión de Hodder y las analizadas en el apartado anterior estriba en la introducción de lo que aquéllas consideraban no observable en el registro y, en última instancia, transparente o epifenoménico: los sistemas de ideas. Es precisamente la influencia efectiva de éstas en la organización social —su carácter translúcido o incluso

opaco — lo que las convierte en visibles para el arqueólogo. Las nociones salían, así, de la mente para constituirse en la práctica misma de la vida social:

El objetivo no es identificar universales cognitivos. No se pretende estimular la noción de que los items materiales son simplemente reflejo de las categorías de la mente ni desarrollar análisis lingüísticos abstractos del simbolismo material. La arqueología se entiende como una disciplina histórica centrada en la integración activa de los items culturales en las prácticas cotidianas. Las estructuras se identifican en relación con el significado, la práctica y el cambio. [Hodder 1982c: 11; traducción nuestra.]

Esta noción de acción contextualizada, a la vez dotada de sentido y situada, prometía salvar la oposición entre una visión normativa, en la que los sistemas de ideas recibidos determinan la conducta — o al menos bastan para explicarla —, y una visión procesual que había desembocado, al hacer desaparecer las normas, en una conducta desplegada en respuesta a estímulos ambientales:

La dicotomía entre arqueología normativa y procesual es así sobrepasada por la noción de que las estructuras simbólicas están en un continuo estado de reinterpretación y cambio en relación con las prácticas de la vida diaria ... Los objetos y su organización vienen a tener significados culturales específicos como resultado de su uso en contextos históricos particulares. [Ibídem: 10; traducción nuestra.]

El anuncio de la relevancia del nuevo enfoque para todas las áreas abordadas por los arqueólogos impulsó un buen número de trabajos. Las ponencias presentadas en 1980 a la reunión *Symbolism and structuralism in archaeology* en Cambridge, que fueron publicadas en un mismo volumen (Hodder [ed.] 1982), exploraron sus implicaciones para el estudio de la vivienda, la decoración, los desechos, las prácticas funerarias o el poder. En otros volúmenes se insistió en la necesidad de una aproximación contextual para la interpretación del intercambio (Hodder 1982d) y la

jerarquía social (1982e). *The present past* (Hodder 1982b) hizo un repaso crítico de los correlatos transculturales formulados y utilizados en los años 70 y lo enmarcó en una redefinición de los objetivos y los procedimientos de la etnoarqueología que insistió, en contraste con la posición "no participante, externa y partitiva" defendida por Binford, en la importancia de que los etnoarqueólogos aprendieran la metodología etnográfica y se enfrentaran al problema de la relación entre lo que las personas dicen y hacen, incorporando los informes verbales como un elemento de estudio más y subrayando la observación de la vertiente comunicativa de las acciones mismas (ibídem: 41-43).

Se puede entender que estos trabajos completaron un ciclo iniciado en los años 70. La necesidad de apoyos inferenciales intermedios entre los datos arqueológicos y las interpretaciones sobre procesos evolutivos había llevado a tratar de construir teorías sobre pautas específicas de la cultura material. Siendo de hecho uno de los resultados de aquel programa genérico, las investigaciones etnoarqueológicas de Hodder y otros subrayaron la relevancia de nuevos factores en la consideración de tales pautas y, sobre esa base, revelaron que el nivel de alcance medio había de partir —y realmente había partido— de una concepción de la cultura material inevitable y explícitamente constituida en teoría social y cultural general (Hodder 1982c: 5-6). La ambiciosa idea de convertir la arqueología en una ciencia social dedicada a las conductas y los objetos en todo tiempo y lugar (Schiffer 1976: 4-10; Rathje 1979: 2) se expresaba ahora, con pretensiones menos expansivas e implicaciones distintas, en términos de una arqueología madura que, centrada en la peculiaridad de sus datos, habría de integrarse completamente en las ciencias sociales (Hodder 1981b: 11; 1982a: 229). El siguiente paso sería, pues, el desarrollo y fundamentación de los nuevos conceptos en el nuevo marco; especialmente, y al igual que en el caso de las tendencias procesuales, quedaba pendiente

cómo conjugar el carácter normativo – en tanto que conformador – de los sistemas de ideas y la estructura social con el despliegue de estrategias por parte de los individuos. En ese camino surgiría el término "arqueología postprocesual".

### **EXPLICAR NO EQUIVALE A PREDECIR NI CONTRASTAR A PROBAR**

El método científico fue, sin duda, uno de los estandartes más frecuentemente blandido por la arqueología procesual y uno de los más atacados por lo que vendría a denominarse arqueología postprocesual. Si algo ha quedado claro después de una discusión que dura años – basta remontarse al alegato de Flannery (1973b) contra la "escuela de la ley y el orden" para hablar de décadas – es que no existe una epistemología científica definida e incontestada, por las mismas razones y en la misma medida que no existe una concepción de la teoría y el método arqueológicos con tales cualidades. Advertir esta realidad no resuelve ninguno de los debates, pero sí debería tener el efecto de suprimir las mayúsculas y revelar la inutilidad de defender o asaltar la ciencia como un todo que no es.

En 1982, la crítica de las aproximaciones iniciadas en la década anterior se acompañó de una elaboración epistemológica que no se había deslizado aún hacia esa clase de discurso global. Dos fueron los aspectos que trataron de corregirse entonces: la naturaleza predictiva de las teorías sobre las pautas materiales y la firmeza y objetividad de su contrastación empírica. Como hemos visto, ambos constituían un cimiento de los programas proyectados por Binford y Schiffer.

La importancia concedida por Hodder al contexto social, nocional e

histórico incluyó una negación de la posibilidad y el valor de establecer leyes transculturales acerca de la cultura material. La elasticidad del concepto de contexto —el cual se refiere a lo que rodea al objeto de nuestro interés y es relevante para explicarlo (Scharfstein 1989: 1) pero, obviamente, no establece por sí mismo qué será lo relevante (Hodder 1988 [1986]: 167)— orientaba fundamentalmente su uso a promover un enfoque más holístico y particularista; lo primero en tanto que atento a la integración de un número de dimensiones o subsistemas dislocados y abordados separada y especializada por la arqueología procesual y lo segundo en tanto que se entendía que la combinación y confluencia concretas de dichas dimensiones eran específicas de cada caso. No obstante, esta postura no se oponía a la construcción de teorías en sí. Sin hacer referencias explícitas, se defendía una relación entre lo general y lo particular que podría encuadrarse dentro de una filosofía realista de la ciencia<sup>16</sup>. Para Hodder (1982a: 215-217), la interpretación del significado de las pautas materiales habría de emplear dos tipos de generalizaciones: los "principios simbólicos o estructurales", entre los que incluía el pensamiento analógico en términos de oposiciones conceptuales y sus posibles relaciones, y los "modelos y analogías relativos a la forma en que el hombre da sentido a sus acciones", como por ejemplo —ilustraba— el que los subgrupos dependientes dentro de una sociedad dominante muestren con frecuencia un fuerte sentido de la pureza y los límites y pongan énfasis en la clasificación y la categorización. Ahora bien, estas generalizaciones no agotan la interpretación, sólo la guían. Cada pauta es potencialmente única porque en cada caso los principios simbólicos se desarrollan de

---

<sup>16</sup> *Symbols in action* es una obra parca en referencias a las fuentes de su reflexión; sólo en el último párrafo del texto, donde se señalan las líneas de debate por las que ha de adentrarse la arqueología, se hace referencia a los trabajos de un número de autores que en otros escritos tendrán una presencia más patente. En cualquier caso, la epistemología realista del volumen ha sido señalada por Gibbon (1989: 167, nota 48) y formaba parte de la crítica del empirismo positivista emprendida por los arqueólogos británicos del grupo reunido en torno a Hodder (véase especialmente Miller 1982c).

formas particulares y los mensajes se componen y comunican como parte de estrategias sociales distintas<sup>17</sup>.

Ya se ha aludido, en relación con las posturas de Schiffer y Binford, a la tensión entre una concepción de la causalidad estrictamente positivista, centrada en la detección de correlaciones o leyes experimentales, y otra realista, orientada a construir teorías sobre la naturaleza de dichas asociaciones regulares. Las afirmaciones de Hodder estarían en este aspecto más próximas a Binford. Desde una filosofía realista de la ciencia, la conexión causal que detecta y recoge una teoría no supone que ésta tenga una capacidad predictiva porque, a diferencia de una situación de laboratorio, en la realidad fenoménica nunca se mantienen estables ni inciden de la misma forma esas otras variables que suelen amalgamarse bajo la cláusula *ceteris paribus* (véase Hodder 1982b: 24; Gibbon 1989: 149-153; Outhwaite 1988: 22; Sayer 1992: 209-211; pero véase también Binford 1983c [1978]: 321). Este aparente matiz tiene consecuencias importantes: devuelve el modelo de explicación por subsunción al nivel lógico en el que se construyó y le resta relevancia metodológica. Toda interpretación implica, en términos lógicos, subsumir en un concepto unos fenómenos percibidos y, en ese sentido, explicar algo equivaldría a identificarlo o reconocerlo; sin embargo, a poco compleja que sea la situación por interpretar, la incidencia de la causa recogida por el enunciado teórico se verá interferida por el efecto de otras y de maneras potencialmente muy diversas, a no ser que —y en la medida en que— sea factible considerar que actúan en un sistema cerrado análogo a un laboratorio (Bhaskar 1978: *passim*; Sayer 1992: 122-125). Así, la

---

<sup>17</sup> Véase, en este mismo sentido, Miller 1982b y 1982c; en general, los estudios etnográficos y las aplicaciones arqueológicas reunidas en Hodder [ed.] 1982 comienzan y/o terminan advirtiendo la particularidad de las relaciones analizadas e interpretadas en ellos.

meteorología puede inferir las causas de un episodio climático, pero la complejidad combinatoria de los factores implicados limita la precisión y el alcance de sus predicciones; en el caso de las ciencias sociales, el conjunto heterogéneo y cambiante de vectores ambientales, sociales y nocionales que afectan a individuos y grupos y a éstos entre sí reduce aún más la posibilidad predictiva. Cabe entender desde esta concepción la siguiente afirmación relativa a la inferencia del significado a partir de restos arqueológicos: "no podemos *predecir* qué pautas de cultura material resultarán en cualquier medio humano y físico, pero podemos *interpretar* el pasado utilizando nuestro conocimiento contemporáneo [de carácter teórico] del simbolismo y las ideologías" (Hodder 1982a: 217; traducción nuestra). La ruptura de la equivalencia entre explicación y predicción constituiría, a lo largo de los años 80, un cambio epistemológico crecientemente aceptado.

Esa ruptura supone, así mismo, la relativización de uno de los supuestos básicos del programa de alcance medio de Binford: la firmeza y objetividad de la contrastación empírica. Probablemente haya sido Alison Wylie quien ha mantenido la postura más equilibrada y, al tiempo, incisiva sobre esta cuestión. En 1982 – como parte del grupo norteamericano que asistió al seminario de Cambridge – publicó un análisis sobre los problemas epistemológicos planteados por una arqueología estructuralista. En él, además de defender la necesidad de considerar los factores cognitivos y nocionales que conforman la cultura material (Wylie 1982a: 41), abordó la falsedad del dilema que opone la contrastación empírica firme y la especulación gratuita. Partiendo del carácter interpretado de los enunciados observacionales y, por tanto, de la imposibilidad de separar radicalmente teoría y datos<sup>18</sup>, la autora sostuvo que los modelos explicativos usados por

---

<sup>18</sup> Ésta fue una idea que, como se ha visto más arriba y Wylie subrayó (1982a: 46, nota 1), ya había señalado Binford.

los arqueólogos no pueden estar totalmente determinados por la evidencia (ibídem: 39); no obstante, sí se encuentran sujetos a dos tipos de constricciones (ibídem: 42-43): la plausibilidad del modelo en relación con el conocimiento sobre el tipo de fenómeno a que se refiere y en relación con los datos empíricos a los que apela. Esta afirmación quizá no añada directamente gran cosa a la práctica efectiva de la investigación, que siempre ha operado en esos términos, pero sí a sus racionalizaciones explícitas y, puesto que son éstas las que establecen los objetivos y las estrategias para alcanzarlos, de manera indirecta también a la primera. Desde este punto de vista, la contrastación empírica perdía *a priori* el valor crucial y categórico que Binford pareció otorgarle.

Sobre la base de este mismo planteamiento, Wylie (1982b, 1985; véase también Gándara 1990) subrayó la importancia y el valor de las analogías en la elaboración teórica. La distinción entre analogías formales —basadas en la presencia y ausencia de elementos en el término fuente y el término objeto de la comparación— y relacionales —basadas en la naturaleza causal de las relaciones entre tales elementos— como dos polos de un continuo no sólo reforzó y matizó el uso y la metodología de la analogía etnográfica, sino que ofreció una concepción realista —en el doble sentido, común y técnico, de la palabra— sobre la naturaleza y construcción del conocimiento teórico. Binford (1967) había establecido los criterios metodológicos que hacen aceptable el uso de la analogía etnográfica confinándola en el contexto de descubrimiento y eliminándola del de justificación; sería, pues, un recurso útil para generar hipótesis que, como las surgidas de cualquier otro modo, requieren la prueba de la contrastación empírica. La relativización del carácter crucial de este último paso supuso una difuminación de los límites entre descubrimiento y justificación y dio un mayor peso al proceso mismo de generación de teorías. Hodder (1982b: 15-26) partió de estos trabajos de Wylie para

proponer la analogía relacional como una forma apropiada de usar modelos generales sobre la "forma en que el hombre da sentido a sus acciones" (1982a: 215) orientados a la interpretación de contextos únicos. Pareció identificar en la analogía cuidadosa y gradual una vía de solución al problema de la verificación de las hipótesis sobre el significado de las acciones que manifestó en el prefacio de *Symbolic and structural archaeology* (Hodder [ed.] 1982: viii). Se percibía ya, no obstante, una postura más relativista y escéptica que la de la autora norteamericana en lo que respecta al valor de la contrastación.

La ampliación del ámbito de las dos correcciones epistemológicas aquí retratadas a todo intento de generalización comparativa y su asociación con una perspectiva crítica conformarían un componente esencial de la arqueología postprocesual, negativamente subrayado desde fuera de ella.

## CAPÍTULO 4

### LA GENERALIZACIÓN DEL DEBATE: ARQUEOLOGÍA POSTPROCESUAL Y ARQUEOLOGÍA PROCESUAL

La denominación "arqueología postprocesual" adquirió contenido internacionalmente en 1985, con la publicación de un escrito que presentaba, bajo tal título y por contraste con la orientación procesual, los elementos básicos de un nuevo escenario teórico (Hodder 1985a). Desde el primer momento se matizó que el término no hacía referencia a una escuela ya establecida, sino a un número de tendencias emergentes (ibídem: 1) o, poco después, a una fase de la teoría arqueológica (Hodder 1988 [1986]: 177, 202; 1991b: 37); tal diversidad se asumiría como una característica positiva: una abierta renuncia a silenciar voces discordantes con respecto a un discurso oficial. Su denominador común se hacía surgir de una concepción central: el papel activo de los actores sociales. Apoyándose primariamente en el pensamiento de Pierre Bourdieu y Anthony Giddens, el autor negaba el supuesto de que las personas reaccionen pasivamente ante estímulos externos y que su conducta se pueda entender como un mero reflejo de las reglas y las metas adaptativas de la sociedad o de categorías cognitivas insertas en códigos preestablecidos; los individuos — afirmó — crean y transforman, mediante la negociación de las reglas en la interacción, las estructuras sociales y simbólicas (Hodder 1985a: 2)<sup>19</sup>. De esta idea, que en realidad tuvo varias versiones, nacía

---

<sup>19</sup> Para seguir con más fidelidad las fuentes que Hodder cita, habría que escribir "incorporan" o "producen" — términos muy utilizados por Bourdieu y Giddens respectivamente — en lugar de "crean" en la frase "crean y transforman". Bhaskar (1979: 42) ha subrayado que las personas no crean nunca la sociedad, pues nacen en ella, sino que la reproducen o la transforman. Más adelante se advertirá el trasfondo y

toda una serie de oposiciones por resolver: individuo frente a sociedad, cultura frente a proceso, ideal frente a material, estilo frente a función.

El espacio definido por las cuestiones anteriores fue explorado en un número de trabajos reunidos en volúmenes colectivos (Hodder [ed.] 1982, Miller y Tilley [eds.] 1984) y sus aproximaciones trataron de sistematizarse en las primeras monografías (Hodder 1988 [1986]; Shanks y Tilley 1987a, 1987b). El debate, que arrancaba de una discusión relativa a las teorías sobre pautas materiales y restos arqueológicos, se situaba así en el terreno de la teoría social<sup>20</sup>, entraba también con fuerza — mediante la oposición adicional entre objetividad y subjetividad (Hodder 1985a: 2-3) — en la teoría del método y se relacionaba con las tendencias que, acerca de los mismos temas, se conformaban en disciplinas como la antropología social, la geografía humana, la historia o la sociología.

Todo este planteamiento tuvo asociado desde el principio un componente de rebelión ideológica, incluso ética, contra una tecnocracia opresora y falsamente neutra de la cual habría sido manifestación la nueva arqueología. El contexto próximo en que tuvo su origen esta efervescencia

---

las consecuencias de algunas posiciones de Hodder, quizá apuntadas ya por este matiz.

<sup>20</sup> La expresión "teoría social", profusamente utilizada en la actualidad, no ha merecido una definición precisa. Se trata de una denominación comprensiva que designa a los enfoques o concepciones sobre la sociedad y su estudio científico de los cuales parten teorizaciones más particulares. Títulos como "filosofía de la ciencia social" o "metateoría sociológica" hacen probablemente referencia al mismo objeto, pero contienen implicaciones relativas a una división del trabajo que aquélla tiende a no reconocer. Y ello porque la teoría social constituye un campo que entra en la discusión filosófica pero sin divorciarla de la investigación empírica (Giddens 1984: xvii) y que es compartido por todas las disciplinas encuadradas en las ciencias sociales y humanas (ibídem: xvi-xvii; Picó 1986: 199, nota 1). La expresión "teoría de la cultura" o "teoría cultural" se ha usado también con connotaciones similares (véase Shweder y LeVine [eds.] 1984). No obstante, al menos en el nivel de abstracción que ocupan, sus campos deberían identificarse y sus contenidos interrelacionarse: no hay sociedad humana sin cultura y no hay cultura sin sociedad.

no es bien conocido a nivel internacional, pero sí se ha señalado cómo en Gran Bretaña la denominada revolución conservadora coincidió con una radicalización del mundo universitario, cuyo profesorado, que en buena parte había participado en el movimiento de la nueva izquierda, se vio atacado desde el gobierno (McGuire 1992: 75-76). La crítica de la concepción del pasado en términos de individuos sometidos a sistemas que no pueden subvertir<sup>21</sup>, de un conocimiento abstracto incapaz de atraer el interés popular a través de la experiencia de lo concreto y de una ciencia neutral en apariencia pero represora de lecturas disidentes (véase Hodder 1984a) se agudizó con la polémica en torno a la no admisión de participantes surafricanos en el Congreso Internacional de Arqueología celebrado en Southampton en 1986 (Hodder 1986): el boicot al congreso por parte de numerosas instituciones norteamericanas en nombre de la libertad académica y el silenciamiento en los medios de comunicación de las respuestas de su comité organizador evidenciaban la necesidad de desenmascarar el uso ideológico de la neutralidad y el control que el aparato impone a los intelectuales.

Es probable que este trasfondo explique el tono y la polarización que adquirió el debate entre las arqueologías procesual y postprocesual. En el ámbito académico norteamericano, los pronunciamientos políticos en letra impresa incomodan y pueden ser causa de descalificación (McGuire 1992: 88, nota 11). En las reseñas y las notas, donde se suele opinar sin una sujeción al discurso docto tan rígida como en los artículos y las monografías, se encuentran testimonios claros del enfrentamiento. Binford

---

<sup>21</sup> Además de Hodder, Susan Kus (1979: vi) había identificado, en la concepción del individuo como un medio para satisfacer los fines de una sociedad reificada, una versión académica de la ideología de la aquiescencia ante la dominación de una forma social. Shanks y Tilley (1987b: 78) expresarían también este rechazo, denunciando la violencia simbólica que ejerce la consideración del sujeto como un mero componente del sistema.

terminó su reseña de *Reading the past* (Hodder 1988 [1986]) con un párrafo breve y contundente: "Éste es un libro sobre política negociado por Hodder, no sobre arqueología" (Binford 1988: 876; traducción nuestra); la arqueología crítica defendida por Leone mereció algunos comentarios singularmente planos:

El móvil de los teóricos críticos, según algunos de los participantes en esta sesión, es liberar al oprimido y, cuando se les presiona, los arqueólogos críticos están dispuestos normalmente a admitir que la liberación del oprimido de las "raíces capitalistas de la alienación" —por poner una de sus frases favoritas— tiene preferencia sobre una búsqueda políticamente neutra de la evidencia factual. Los antropólogos culturales, por supuesto, encararon este dilema en los años 60 y 70 y algunos fueron muy francos al escoger sus ideales políticos por encima de su responsabilidad como investigadores con la verdad. [Washburn 1987: 545; traducción nuestra.]

No es más densa la evaluación que Timothy Yates hizo, desde Cambridge, de un artículo de Schiffer:

El argumento de Schiffer es tan pernicioso como radical. En el mejor de los casos, su modelo de ciencia legitima el *statu quo*, la ideología dominante, el capitalismo, aunque más por medio de un desinterés ejercitado que de nada que se acerque a una "intención". ... En el peor de los casos, su procesualismo se convierte en poco menos que el uso sin sonrojo de la arqueología para apoyar la América de Reagan. [Yates 1988: 236; traducción nuestra.]

Y, puesto que el thatcherismo amenazaba por la vía de ciertas políticas editoriales —por ejemplo— el éxito y la supervivencia de una arqueología postprocesual basada en el modelo de acción de Giddens y Bourdieu (ibídem: 238), no es difícil vislumbrar la asociación implícita de amigos y enemigos dentro y fuera de Gran Bretaña. Este tipo de comentarios ha sido común oírlos y expresarlos en aulas y pasillos, aunque no siempre identificando —dada la combinación de lemas anti-materialistas e individualistas en los escritos postprocesuales— las mismas coaliciones que Yates.

No obstante, esta dimensión no agota la interpretación de la toma de posiciones. Buena parte de la disidencia con respecto a lo que podría denominarse — adoptando el término acuñado en la filosofía de la ciencia — la "concepción heredada" de la arqueología tendió a reconocer en los planteamientos de los años 60 un antecedente crítico que no era necesario rechazar globalmente (véase, por ejemplo, Leone 1982b); y ello a pesar de compartir genéricamente muchas de las opiniones difundidas desde Cambridge (véase, por ejemplo, Leone 1982a, 1982b, 1986; Kus 1979, 1982). La reacción procesual fue más vigorosa en su defensa de la validez de los procedimientos científicos frente a un relativismo epistemológico que en el tratamiento del resto de los desafíos planteados. Pero ello puede revelar, antes que otra cosa, el hecho de que la crítica de los supuestos predominantes en los años 70 se había iniciado ya tiempo atrás y discurría por vías en alguna medida paralelas. La arqueología procesual era tal vez — a diferencia de la postprocesual — una escuela establecida, pero no una aproximación uniforme.

Hay aquí, en cualquier caso, una confusión de etiquetas que conviene aclarar para nuestro uso. Consecuente con su definición como fase, Hodder tendió a incluir bajo el rótulo "postprocesual" a todos aquellos autores o trabajos que no mantenían la línea de esa concepción heredada de la arqueología. Ampliando o limitando, sin embargo, el contenido de la herencia o de la rebelión se podía hacer entrar en la nueva etapa a todo aquél que otorgara un papel más activo a los actores sociales, investigara sobre el género o no creyera en la ciencia como una religión y, al tiempo, hacer salir de ella a quien, tal vez cumpliendo alguno o varios de estos requisitos, no encajara en una concepción que Hodder ha resumido, a título personal, como "una lucha política — una lucha contra una visión cerrada de la ciencia que mide cantidades de objetos neutrales y a favor de una visión abierta que investigue cualidades, valores y sujetos —" (Hodder

1992a: 89; traducción nuestra). Del mismo modo, el rótulo "procesual" tendió a utilizarse cada vez más como sinónimo de "científico" y antónimo de "radical", "interpretativo" o simplemente "subjetivo". Neologismos tales como "marxismo procesual" (Earle y Preucel 1987: 511, 526) o "arqueología cognitiva-procesual" (Renfrew 1994: 3) no hacían referencia directa a otro proceso que el de una aproximación materialista, no siempre definida con precisión, o el de un método científico, con un sentido tan amplio de éste que en ocasiones reclamaba para sí todo lo que no fuera ficción —o política—. En lo que sigue, se utilizará el calificativo "postprocesual" para hacer referencia al conjunto de arqueólogos cuyo núcleo entró en la escena internacional en torno a 1982 y al Cambridge Seminar on Symbolic and Structural Archaeology; bajo el adjetivo "procesual" reuniremos a quienes, acogidos a él explícitamente o por omisión, participaron en el desarrollo y renovación del enfoque general heredado de la corriente principal de la arqueología norteamericana de los años 70, dejando de lado aquellos textos que se afanaron en mantenerlo<sup>22</sup>. Los términos siguen siendo ambiguos, pero el objetivo de este capítulo no es establecer una clasificación de las posturas sino indagar en las líneas de producción teórica de dos comunidades científicas —sin agotar el panorama de comunidades arqueológicas— que, a juzgar por las citas cruzadas, parecieron necesitarse para establecer contrastes y tendieron a ignorarse a la hora de construir.

---

<sup>22</sup> Así entendido el adjetivo, quizá fuera más preciso acuñar un nuevo término —como, por ejemplo, "neo-procesual"—, pero lo cierto es que los protagonistas de tal desarrollo no manifestaron la necesidad de hacerlo.

## EL TRASFONDO: EL PROBLEMA DE LA PRÁCTICA

El análisis de las posturas mantenidas en el seno de la arqueología procesual y la disidencia contextual acerca de la interpretación de objetos y pautas materiales hasta comienzos de los años 80 ha dejado apuntados sendos problemas análogos. Por un lado, la creciente popularidad de las investigaciones adaptativas desde la perspectiva de la toma de decisiones parecía relegar la estructura del sistema cultural o la organización de los patrones de comportamiento a un mero resultado agregado de las primeras. Por otro lado, la promesa de superar la oposición entre las aproximaciones normativa y procesual, una basada en la existencia de concepciones y reglas culturales tras las pautas arqueológicas y la otra apoyada en la explicación de éstas por encima o al margen de aquéllas, aún tenía que construir un marco que integrara la capacidad conformadora de la cultura y el despliegue estratégico de las acciones. Las soluciones ensayadas en torno a estas cuestiones, combinadas con la modificación o apertura de áreas temáticas, acapararon buena parte de los esfuerzos teóricos en la nueva década; su examen ocupa las páginas del presente capítulo.

En una interpretación de las tendencias contemporáneas de la teoría antropológica, Sherry Ortner (1984) identificó en el concepto de "práctica" —o "acción" o "praxis"— una orientación emergente que, por encima de otras diferencias, parecía dar forma común a las elaboraciones experimentadas en los años 80 en antropología y otras disciplinas: "En sí misma no es una teoría ni un método, sino mejor, como he dicho, un símbolo en cuyo nombre se está desarrollando una diversidad de teorías y métodos" (ibídem: 127; traducción nuestra). Lo distintivo de esta tendencia —tan amplia como para incluir, por ejemplo, a Sahlins y a la sociobiología— sería el intento de abordar la relación entre la acción

humana y una entidad global, "el sistema" (ibídem: 148). Con unos años más de perspectiva, George Ritzer (1991: 207, 1993 [1992]: 456) ha caracterizado la sociología norteamericana y europea en la pasada década por su creciente interés en la vinculación de los aspectos o teorías micro-sociológicos –la conducta individual y la interacción– y macro-sociológicos –el funcionamiento y estructura del sistema social– o, en la versión más típicamente europea, entre acción y estructura. Este movimiento general en las ciencias sociales constituye el telón de fondo compartido por los programas postprocesuales y procesuales<sup>23</sup>.

El texto de Ortner, a veces premonitorio pero sobre todo reflexivo y perspicaz, exponía las promesas y los problemas que ofrecían y enfrentaban las investigaciones antropológicas orientadas a la práctica o, al menos, un subconjunto de ellas (1984: 148-157). Entre las promesas se contaban: el intento de explicar la génesis, la reproducción y el cambio de un todo sociocultural, ya no dividido en instancias o niveles estructurales pero sí centrado en relaciones de asimetría, desigualdad y dominación; el consecuente estudio de la acción humana desde un ángulo político, superando, al tiempo, la noción de conducta como aplicación de reglas instituidas; el análisis de los mecanismos de la dominación cultural y la hegemonía a la hora de indagar en el modo con que el sistema conforma la práctica; la atención prestada a la vida ordinaria, antes que el énfasis exclusivo en la socialización o el ritual, para entender el modo con que la práctica reproduce el sistema; la búsqueda de una resistencia contracultural o, alternativamente, de transformaciones en los significados de temas culturales básicos a la hora de interpretar cómo la práctica cambia el

---

<sup>23</sup> La inquietud puede percibirse también en trabajos presentados fuera de los canales editoriales en lengua inglesa; véase, por ejemplo, la discusión de Marcio Veloz Maggiolo (1985) sobre el concepto de modo de vida como praxis del modo de producción.

sistema. Entre los problemas, la autora señalaba la dependencia unilateral de estos enfoques con respecto a la dominación, potencial oscurecedora de las pautas de cooperación, reciprocidad y solidaridad, y el excesivo énfasis en la toma de decisiones pragmáticas o el cálculo estratégico que resultaría del abandono —no obstante positivo— de las reglas sociales como premisas suficientes para explicar las acciones. Si este sumario de los aspectos discutidos por Ortner introduce buena parte del campo efectivamente explorado por la arqueología postprocesual —la trayectoria de Ortner parte, después de todo, de una antropología simbólica—, muchos de sus trazos han estado también presentes en las nuevas líneas teóricas procesuales. En este caso, se ha dejado sentir la influencia de las aproximaciones a la economía política (véase *ibidem*: 141-144), así como de la sociobiología y —más genéricamente— la ecología evolutiva, para producir síntesis que han tratado de articular lo político y lo ecológico al tiempo que lo sistémico y lo conductual; la desigualdad, la dominación político-económica, la ideología, la resistencia, las decisiones individuales y las estrategias sociales han adquirido en estos trabajos una importancia creciente, llegando a compartir con el grupo postprocesual fuentes teóricas inicialmente exclusivas de éste. Si hubiera que destacar en este trasfondo un aspecto común a ambas partes del debate arqueológico, el candidato mejor situado sería probablemente la incorporación de una perspectiva política a la hora de concebir la dinámica de los sistemas y, explícitamente o por implicación, la de las prácticas sociales.

Inscrito el periodo en el contexto teórico descrito, nuestra revisión de él se detendrá, primero, en el modo con que los escritos postprocesuales abordaron la problemática de la práctica, para luego examinar sus contrapartidas procesuales. Sólo después, y sobre la base anterior, se ensayará una interpretación selectiva de las controversias en torno a la teoría del método, las cuales consumieron, quizá, más tinta que

cualesquiera otras.

## LA ARTICULACIÓN ENTRE ESTRUCTURA Y ACCIÓN Y LA EMERGENCIA DE UNA ARQUEOLOGÍA (POLÍTICO-)SIMBÓLICA

La apertura hacia 1982 de lo que, desde entonces, iría conformándose como una arqueología simbólica supuso un arma para la crítica y el rechazo de dos cimientos de las aproximaciones procesuales: (1) una explicación funcional situada en el nivel de la estructura, esto es: en la lógica adaptativa de la organización del sistema; y (2) un acercamiento a la acción o conducta que la separaba de sus mediaciones sociales y culturales<sup>24</sup>. El núcleo explícito del nuevo programa incorporó, entonces, la redefinición y articulación de ambos conceptos — estructura y acción — desde una perspectiva centrada en la práctica y, al tiempo, alejada de la arqueología ecológico-cultural. El vínculo entre este interés y la importancia dada al simbolismo no era en absoluto forzado; si el observador sitúa su lente en un nivel más cercano a la superficie donde se dirimen continuidades y cambios, la oposición entre lo nocional y lo material se convierte en un impedimento por superar, pues uno y otro dominio aparecerán siempre entrelazados y lo relevante no será cuál determina a cuál sino cómo se combinan y movilizan. No obstante, dicho lazo adquirió, además, un manifiesto protagonismo: había una intención de mostrar que las relaciones sociales se expresan, pero también se negocian y se transforman, mediante símbolos.

---

<sup>24</sup> En los escritos del grupo postprocesual donde queda apuntada la diferencia entre los autores o textos que, dentro de la arqueología procesual, habían subrayado la primera o la segunda concepción (véase Hodder 1988 [1986]: 20-22; Shanks y Tilley 1987b: 87-91), no parece otorgársele mayor relevancia; no se reconoció en el contraste entre sistema y conducta una cierta versión del establecido entre estructura y acción.

Conviene advertir lo intrincado de la empresa contenida en el señalado núcleo del programa, el cual cristalizó en una constante reivindicación del actor social como un verdadero agente, en lugar de un elemento pasivo. Supone superar sendas clases de pasividades surgidas de las dos concepciones procesuales recordadas. Como veremos, a la primera pasividad, que había sido establecida con respecto a la estructura funcional y asumía el efecto de la socialización, se le opuso la noción de un sujeto capaz de actuar estratégicamente; a la segunda, que había operado con respecto al entorno y lo que asumía era la transparencia cultural de decisiones y comportamientos, se le opuso la noción de cultura y la naturaleza social y simbólicamente construida de la realidad. Ahora bien, oponer a la estructura las estrategias y, a la vez, oponer al cálculo estratégico las estructuras resulta contradictorio si no se redefinen todos los términos. Ésta es precisamente la tarea abordada por los ya citados Giddens y Bourdieu; a sus escritos en torno a la teoría de la estructuración (véase Giddens 1987 [1967], 1979, 1984) o a una teoría renovada de la práctica (véase Bourdieu 1990 [1984], 1991c [1980], 1994) se apeló constantemente, si bien no siempre fueron leídos y aplicados del mismo modo. Aunque no sea éste el lugar para intentar evaluar las contribuciones de ambos autores a tal proyecto, las cuales han suscitado numerosos comentarios de todo signo desde disciplinas distintas (véase alguna bibliografía en Jociles y Adánez 1995), sí se hace necesario bosquejar aquellas líneas generales sobre las que los arqueólogos postprocesuales construyeron sus aproximaciones.

### *Las fuentes de la aproximación postprocesual*

Puede decirse que la reflexión de Giddens parte de dos constataciones. La primera es que los sistemas socioculturales no son entes con autonomía de movimiento ni tienen fines o intenciones. Afirmar que una sociedad se

adaptó a una determinada situación o se organizó internamente de un cierto modo puede ser una metáfora conveniente para expresar resumidamente un proceso, pero se convertirá en una concepción de partida errónea en la medida que su uso oculte que el análisis tiene que abordar, o al menos considerar, el estudio de los movimientos efectivos de quienes sí tienen capacidad de actuar: los agentes. La segunda constatación es que los actores o agentes sociales no se conducen como autómatas programados para operar de una manera predeterminada. Las personas orientan y supervisan el curso de sus acciones y las de otros, así como el contexto en que tienen lugar, de forma rutinaria y diestra, aunque el conocimiento que despliegan para ello se use tácitamente<sup>25</sup>. Giddens (1979: 55-56; 1984: 9) recoge en el término *agency* ese poder de intervenir en el mundo y alterar el curso de los acontecimientos y considera que quienes cuentan con él — los agentes — siempre y en cada acto "podrían haber actuado de otro modo", un principio que abre la posibilidad de preguntarse por tales actuaciones sin reducirlas a respuestas predecibles sin más desde la estructura, pero que, como subrayara el autor (1979: 92; 1981: 163; véase también Cohen 1990 [1987]: 366), es anterior a la distinción entre sujeto y objeto y, por tanto, a las intenciones de los actores y a sus decisiones; se trata de una capacidad intrínseca cuya consideración se entiende

---

<sup>25</sup> Giddens habla de un "control reflexivo de la acción" (*reflexive monitoring of action* [1979: 56-57; 1984: 5-6]) de un modo que en castellano puede parecer contradictorio pues, aunque no excluye lo que denomina la racionalización de la acción, destaca el carácter práctico o rutinario de ésta. Según el diccionario, *reflective* significa "reflexivo" en el sentido de meditado y consciente y *reflexive* en el sentido gramatical referido a los verbos cuyos sujetos son también sus objetos. Así pues, por "control reflexivo de la acción" ha de entenderse control rutinario y tácito de la conducta — aunque susceptible de racionalización y expresión discursiva — por parte de su mismo sujeto. La inclusión de este nivel práctico de consciencia entre el nivel discursivo y el inconsciente fue subrayada por Giddens por oposición a la tendencia estructuralista de ignorar a los actores apelando al carácter inconsciente de las estructuras — o bien, cabría añadir con respecto a las versiones funcionalistas, oponiendo funciones manifiestas y latentes — ; constituye también el área más clara de solapamiento entre las teorías de Giddens y Bourdieu.

fundamental para evitar la reificación de niveles superorgánicos, no de un recurso con el que dar cuenta de la posibilidad de acciones efectivas.

Estas dos tesis no rompen con la idea de la fuerza del sistema sociocultural sobre los agentes, sino con las concepciones y argumentos invocados para justificar la suficiencia de su carácter determinante y los errores y omisiones que se siguen de ello. El Binford glosado en el capítulo anterior podría ilustrar, desde la arqueología y con sus primeros trabajos, dos de estos argumentos y sus consecuencias en la orientación de las investigaciones: apelar a la evolución, renunciando al análisis de la dinámica del cambio, y asumir el poder normativo sobre la conducta de las reglas vigentes transmitidas culturalmente, haciendo descansar la naturaleza de su eficacia en la educación y renunciando, entonces, a su análisis. Para Giddens, la ruptura con estas racionalizaciones no implica concebir a los actores como entes auto-constituidos y auto-suficientes operando en un vacío social y cultural —una imagen que podrían ilustrar algunas aproximaciones a la decisión también glosadas más arriba—. "Dualidad de la estructura" (Giddens 1987 [1967]: 164-165; 1979: 69-72; 1984: 25-28) es un concepto clave de su visión: todo sistema social, entendido como el conjunto de relaciones entre actores o colectivos organizadas regularmente, exhibe una serie de propiedades estructurales que, no teniendo existencia fuera de las acciones mismas, están implicadas en su producción y reproducción; la estructura no ha de concebirse, pues, como una constricción o una barrera impuesta a las acciones —lo que definiría una posición dualista—, sino como el medio que las posibilita y constriñe y, a la vez, el resultado de ellas. Los agentes despliegan su calidad de tales en virtud de la dotación sociocultural que reciben y, al hacerlo, mantienen y transforman los atributos de los sistemas; de esa forma tiene lugar un proceso de estructuración. Analíticamente, el autor (1979: 81-94; 1984: 28-29) propone distinguir tres modalidades de estructuración que aíslan otras

tantas dimensiones de la dualidad de la estructura en la interacción: (1) los esquemas interpretativos con los que los actores reproducen y producen los códigos o estructuras de significación en la comunicación; (2) los medios con que las estructuras de dominación son reproducidas y producidas en las relaciones de poder; y (3) las normas con que los actores sancionan las acciones reproduciendo y produciendo estructuras de legitimación. La descripción e interpretación sociológicas habrían de considerar estas modalidades y su interrelación para dar cuenta de las acciones sin perder su carácter estructurado o de las estructuras sin olvidar que resultan de aquéllas.

La orientación general de los escritos de Bourdieu es similar a la que adoptan los de Giddens, si bien se despliega a través de conceptos distintos y algunos autores han señalado disparidades notables en sus implicaciones (véase Devillard 1995, Pazos 1995), las cuales suelen resumirse aludiendo a la mayor autonomía que el segundo parece otorgar al agente por comparación con el primero (véase Ritzer 1991: 225, 227). Se puede advertir, al margen de las divergencias sustantivas, un estilo diferente en la reflexión de cada uno de ellos. Ambos definen, desde luego, aproximaciones necesariamente genéricas, pero donde Giddens trata de descomponer su noción de dualidad de la estructura — estructura, sistema, dimensiones de las estructuras, modalidades de estructuración, dimensiones de las interacciones, modelo del yo actuante, análisis de las instituciones, análisis de la conducta estratégica —, Bourdieu aporta conceptos que intentan condensar la complejidad de la práctica social — *habitus*, campo y estrategia, fundamentalmente —. Si de la lectura de aquél uno obtiene una orientación y un esquema meticulosamente entretejido en el que situar observaciones e interpretaciones, de la de éste se conquista una orientación y unos principios sucesiva y repetidamente destilados para generarlas.

Bourdieu dirige sus esfuerzos hacia una consideración correcta de la práctica con objeto de superar, desde ahí, la oposición entre subjetivismo y objetivismo en la ciencia social (1991c [1980]: 48-50): las aproximaciones inspiradas en la fenomenología —afirma el autor— se proponen reflejar una experiencia que no se reflexiona, perfectamente cierta, pero excluyen la cuestión de las *condiciones de posibilidad* de tal experiencia — "a saber, la coincidencia de las estructuras objetivas y de las estructuras incorporadas que procura la ilusión de la comprensión inmediata" —; el objetivismo se propone, por contra, establecer regularidades objetivas — "estructuras, leyes, sistemas de relaciones, etc." — recuperando así lo que olvida el subjetivismo, pero, al ignorar la relación entre el sentido vivido y el sentido objetivo, hace desaparecer la cuestión de las *condiciones de la producción y del funcionamiento* del sentido del juego social. Ambas visiones suponen concepciones erróneas de la práctica. La primera porque haría aparecer las acciones como estrategias explícitamente orientadas a fines igualmente explícitos y establecidos libremente, haciendo de cada acción una confrontación *ex nihilo* entre el sujeto y el mundo (ibídem: 75). La segunda porque reduciría las acciones a una mera ejecución de reglas, mediante la conversión de una regularidad observada en un reglamento consciente o en una regulación inconsciente, mediante el deslizamiento desde el modelo de la realidad a la realidad del modelo (ibídem: 70); en términos algo más próximos a los que aquí usamos repetidamente: el modelo que recoge una lógica estructural — sea adaptativa, social o nocional, acoja contradicciones en su seno o exhiba coherencia total — pasa, de considerarse una descripción aguda y suficiente de la realidad, a considerarse la realidad cuya reproducción y transformación ha de explicarse, obviando, entonces, los contextos donde tales procesos son experimentados y dirimidos por los agentes y sus prácticas y convirtiendo a éstos y éstas en meros soportes y resultados de las estructuras.

Recuperar el sentido práctico significa, para Bourdieu, mantener una actitud crítica ante los sesgos de la razón teórica: no privilegiar el enfoque de la vida social como un resultado construido por encima de su visión como algo en construcción y, por tanto, preguntarse sobre las condiciones que hacen posible su existencia y las que dan cuenta de su producción y funcionamiento, antes que dar prioridad lógica a los constructos utilizados para descifrarla. Desde esta perspectiva, se subraya el continuo entrelazamiento de las condiciones objetivas y las experiencias subjetivas, en lugar de hacerlas aparecer asignadas respectivamente a un entorno y un sujeto. El término *habitus* se refiere al conjunto de disposiciones incorporadas por los agentes que constituyen principios o esquemas de percepción y acción y el término *campo* al conjunto de posiciones en un espacio social delimitable por constituir un ámbito de producción social y cultural relativamente autónomo; el primero es el producto de la incorporación del segundo a lo largo de una trayectoria vital y el segundo lo es de la objetivación del primero a través de la acción. Las estrategias constituyen, en este panorama sintéticamente bosquejado, el elemento dinámico: las tomas de posición de los actores en un campo dado, generadas —no simplemente determinadas— a partir de un *habitus* preadaptado a aquél en tanto que resultado de una misma historia. La relación entre las tres nociones aludiría, siguiendo una metáfora del propio Bourdieu, al sentido del juego con que el deportista maniobra creativamente sobre el terreno de juego. Se nos invita, entonces, desde un enfoque que el autor ha denominado "estructuralismo constructivista" o "constructivismo estructuralista" (Bourdieu 1988 [1987]: 127), a asumir una óptica relacional con la que desentrañar el sentido de los desplazamientos estratégicos de unos agentes social y culturalmente constituidos sobre unos escenarios igualmente conformados.

El grupo postprocesual adoptó las ideas de Giddens y Bourdieu como



una base amplia desde la cual dialogó con otros y diversos autores; práctica, agente, estrategia, poder, significación, legitimación, dominación, todos estos vocablos poblaron, sin ser remitidos de modo literal a una sola fuente, las interpretaciones de casos arqueológicos. La meta no era, pues, disolver la noción de estructura en la de acción ni tampoco buscar un promedio equilibrado o una mera yuxtaposición, sino integrar ambos polos desde una concepción correcta de la naturaleza de su articulación; más exactamente – y por encima de las diferentes versiones que en seguida abordaremos – la meta era situar la lente en el nivel de la práctica y percibir ésta desde su carácter a la vez estructurado y estructurador. Esto es algo que conviene subrayar, dada la frecuencia con que el grupo fue acusado – no sin razones – de simple subjetivismo. Aunque es obvio que la apelación a unas fuentes o unas metas determinadas no garantiza lo construido a partir o en función de ellas, sí nos sitúa en una posición adecuada para entender las direcciones de sus propuestas.

Con objeto de analizar el desarrollo de tal programa, examinaremos en primer lugar la naturaleza del consenso inicial, en cuyo seno aparecen las semillas de posteriores divorcios. Luego nos centraremos en los argumentos básicos que enfrentaron sendas visiones de lo que vendría a constituirse como una arqueología simbólica: la encarnada por Hodder, orientada al estudio histórico de las representaciones culturales o estructuras conceptuales, y la defendida por autores como Daniel Miller, Michael Shanks y Christopher Tilley, centrada en la dialéctica práctica de la ideología y el poder.

### *Consensos y disensos iniciales: las estructuras y las acciones*

Los arqueólogos postprocesuales desarrollaron una intensa labor de discusión teórica cuya potencialidad trataron de ilustrar con el análisis e

interpretación de casos concretos. Invertir el sentido de la marcha con alguno de ellos resultará útil para determinar el sentido y el grado del consenso inicial.

Una de las primeras ilustraciones fue la que Hodder (1982a: 218-228) incluyó en el último capítulo de *Symbols in action* y centró en el Neolítico Final de las islas Orkney u Orcadas, en el norte de Escocia. El autor identificó, siempre sobre la base de información publicada, tres tipos de sitios, todos ellos datados en la segunda mitad del tercer milenio a.C.: asentamientos, sepulcros comunales y recintos rituales delimitados con bloques de piedra – *henges* –; los tipos cerámicos y los restos de fauna señalaban una diferenciación entre los sitios de habitación, por un lado, y los funerarios y rituales, por otro. El primer paso del análisis consistió en la detección de pautas significativas en tales restos. En esto no difiere – ni puede diferir – de investigaciones orientadas en otro sentido: los restos materiales y sus pautas son la base empírica de la arqueología y ésta sólo puede ampliarse mediante avances técnicos que permitan descubrir en ellos nuevos tipos o atributos y mediante avances teóricos y metodológicos que permitan definir nuevos significados y relaciones. Teniendo en mente una concepción propia de la cultura material y un objetivo distinto, la clase de pautas buscada también difiere. La exploración de Hodder estaba orientada a captar un mensaje expresado por medio de los objetos y tratar de descifrarlo; aplicó, pues, los principios generales del análisis de la simbolización que hacen de la analogía – la metáfora y la metonimia – un recurso fundamental de todo discurso<sup>26</sup> (véase Hodder 1988 [1986]: 152-170; 1987a: 3), independientemente de su fundamento cognitivo o incluso fisiológico último. El método es formalmente idéntico al que utilizó, por

---

<sup>26</sup> Véase, por ejemplo, Fernández 1986. Tales principios se aplican también al discurso científico. Wylie (1982b, 1985) ha mostrado el poder de las analogías en la generación y elaboración de teorías arqueológicas.

ejemplo, Fritz (1978) en un trabajo al que se ha aludido más arriba. Hodder detectó sobre esta base una serie de asociaciones y contrastes en la disposición espacial de los restos:

- (1) los asentamientos y los sepulcros de las Orcadas, a diferencia de los recintos rituales, muestran una planta "celular" en la distribución de sus elementos, con celdas formadas, en el primer caso, por las viviendas cuyas entradas comunican con el poblado y por una serie de alacenas comunicadas con cada vivienda y, en el segundo, por las cámaras funerarias menores a que da acceso la cámara principal;
- (2) viviendas, sepulcros y recintos rituales muestran una pauta basada en el contraste entre un elemento central –el hogar, la pira funeraria en la cámara principal y la caja con restos de ceniza en el centro del *henge*– y otros periféricos;
- (3) se percibe también un paralelismo y un contraste entre las secciones izquierda y derecha con respecto a la entrada en los tres tipos de estructuras arquitectónicas: en las viviendas hay a ambos lados plataformas para dormir –pero la del derecho es siempre mayor y se asocia con objetos diferentes–, en la cámara principal del sepulcro de Quanterness la cantidad de huesos humanos depositados es distinta a un lado y otro y, en fin, la mitad izquierda del recinto de Stennes tiene restos óseos ovinos que no aparecen en la derecha;
- (4) se advierte un último contraste significativo entre las secciones delantera y trasera con respecto a la entrada en las viviendas –con la zona de almacén en la parte posterior–, en los recintos rituales –con pozos que contenían cebada y restos cerámicos en la mitad trasera– y, aparentemente, también en los sepulcros.

El relativo detalle con que se han resumido las pautas anteriores pretende mostrar que, aunque probablemente puedan discutirse desde un

conocimiento del registro de la zona, no carecen de base. La cuestión que aquí nos interesa es cómo fueron elaboradas e interpretadas y, si el primer aspecto se apoyó en el supuesto de la construcción de mensajes a partir de analogías, el segundo las inscribió en el contexto social en que fueron construidas. Una posibilidad —señalaba el autor— habría sido intentar conectar la serie de oposiciones entre derecha e izquierda, centro y periferia o delante y detrás con otra como, por ejemplo, lo masculino y lo femenino —tal como había propuesto Gordon Childe sobre la base del mayor tamaño de las "camas" situadas a la derecha—; pero el argumento —continuaba— iba a seguir otro camino y, en cualquier caso, no contaba con apoyo suficiente como para decidirse por este contraste de géneros y no por otro de edades, rangos, etc. Sí se afirmó que la semejante disposición de asentamientos y sepulcros sugeriría un reforzamiento en los contextos funerarios del orden social cotidiano en los de habitación. En este punto adquiriría relevancia el que los recintos rituales rompieran uno de los paralelos al mostrar una pauta espacial centralizada y no celular. Sobre la base de publicaciones anteriores de Colin Renfrew, Hodder aceptó como dato que la sociedad de quienes ocupaban las islas se había transformado desde una organización igualitaria de grupos locales al inicio del Neolítico —periodo en el que ya estaban en uso los asentamientos y muchos de los sepulcros posteriores— a otra más centralizada en el Neolítico Final —cuando se construyó el gran sepulcro de Maes Howe y, con dataciones radiocarbónicas anteriores a éste, los *henges*—. La conclusión, inspirada en los estudios de Victor Turner sobre la "anti-estructura", fue que los *henges* de las Orcadas habían constituido un símbolo ritual de la cohesión y equivalencia de unidades locales de habitación-enterramiento; una élite emergente, identificada con el monumento funerario de Maes Howe, habría transformado estos símbolos y ritos asociándolos a su propia posición central. Como apostilla, el autor subrayó especialmente que en las nuevas pautas no había de verse un reflejo ideológico de situaciones cambiantes,

sino una estrategia de obtención de poder: "La élite pudo desarrollarse a partir del sistema pre-existente sólo mediante la inversión ritual de la estructura, de celular a centrada, dentro de un marco familiar en otros aspectos en el que se repetían y sustentaban las actividades de habitación y funerarias" (Hodder 1982a: 227; traducción nuestra).

Con este ejemplo vamos a dar contenido concreto a afirmaciones de carácter más abstracto. Apoyándose en Edmund Leach y Claude Lévi-Strauss, además de Giddens, Hodder (1982c: 7-8) criticó la identificación del concepto de estructura con el sistema de relaciones sociales observables o, en su versión más arqueológica, con las pautas exhibidas por los restos materiales. En su lugar, proponía reservarle la referencia a "los códigos y reglas de acuerdo con los cuales se producen los sistemas de interrelaciones observados" (Hodder 1982c: 7). Con objeto de no reducir la cuestión a mera terminología, merece la pena recordar que este desplazamiento del concepto fuera del dominio de lo sensible había constituido, en manos de Lévi-Strauss y Leach, un arma para romper con el empirismo funcionalista: el entramado social y la función en él de sus elementos, que para Radcliffe-Brown habrían operado como claves interpretativas, se convertían en meras descripciones y la explicación era orientada a desvelar una lógica subyacente a partir de la cual se generaría lo empírico. Hodder apeló a este desplazamiento con un objetivo similar: afirmar que un sistema está adaptado a un ambiente sería una constatación importante, pero insuficiente en la medida que no explica por qué la adaptación adopta una forma y no otra; interesado por reintroducir la cultura — en el sentido de ideas y normas (ibídem: 4) — en la interpretación del registro, la noción de estructura como código le aportaba precisamente la de un sistema de signos con una lógica propia y generador del conjunto organizado de diferencias que constituye y resulta de la simbolización (ibídem: 7). Así pues, para explicar las pautas materiales del registro

arqueológico, habría que invocar, además de a su sentido social y adaptativo, a la cultura en la forma de código estructurador. Esta idea es la que abre la posibilidad misma de plantear un estudio como el de las Orcadas y justifica el uso del análisis estructural para desvelar la lógica relacional de la vertiente expresiva de los restos materiales y detectar pautas en ellos; pero poco más.

Si la referencia a Lévi-Strauss servía para criticar un empirismo funcionalista genérico, se evitó que condujera –al menos en principio– a lo que cabe llamar, con Leach (1978 [1976]: 7-8), un punto de vista racionalista. Al estructuralismo, dirá Hodder citando a Bourdieu, le ha faltado una teoría de la práctica, esto es: una consideración del uso del código, de la capacidad de los actores para usarlo y transformarlo y del cambio (Hodder 1982c: 8). Los sistemas de signos y las reglas de su combinación no bastan por sí solos para dar cuenta de los mensajes contruidos con ellos, pues la puesta en práctica del código implica, además de su aplicación, su transformación. El objetivo no había de ser, entonces, el código cultural mismo o su gramática, sino su empleo en la vida social (ibídem: 10). La ausencia en el estructuralismo de este paso –al que en páginas anteriores se ha aludido con la frase "sacar las ideas de la mente e integrarlas en la escena social"– habría perpetuado en arqueología un divorcio entre cultura y función, entre las ideas y los procesos adaptativos (ibídem: 8); también habría sido la responsable, por otro lado, de la dificultad de contrastar las interpretaciones basadas en análisis formales y abstractos, un problema que la vinculación de las relaciones formales y las sociales superaría. Como advirtió su autor en el ejemplo de las Orcadas, resulta arbitrario asociar la cadena de contrastes espaciales allí identificada a una oposición entre lo masculino y lo femenino sin otro argumento que su carácter dual; hay muchas otras dualidades imaginables como candidatas. Sin embargo, cuando se asume

que los mensajes se usan y transforman en un contexto social, es éste — su interpretación — el que establece el marco de los significados posibles y el que recibe el efecto de su activación: emergencia de una élite y afirmación y justificación de su preponderancia a través de un lenguaje creado históricamente, reconocido por emisores y destinatarios y utilizado con anterioridad para subrayar expresiones igualitarias.

Ésta es la aproximación que guía el estudio del Neolítico en las islas Orcadas. Partiendo de la noción de estructura como sistema de ideas que se reproduce y transforma en la vida social, el enfoque se traduce en un esquema metodológico genérico con tres etapas: identificación de pautas expresivas en el registro, análisis del contexto en el que operaron e interpretación de su sentido como representación simbólica y estrategia activa para intervenir en dicho contexto.

Shanks y Tilley elaboraron una argumentación análoga a la de Hodder, pero inserta en una tradición distinta. Su crítica de los estructuralismos funcionalista y lévistaussiano se apoyaba primero en Althusser y luego recorría, para corregir a este último dando mayor peso a la acción, los caminos abiertos por autores como Bourdieu y Giddens, entre otros (véase Tilley 1982). Así, el concepto de estructura que delinearon se centró en la noción de un conjunto de principios estructuradores relacionados y con contradicciones en su seno, los cuales constituirían el medio y el resultado de una praxis; en ésta, las instancias económica, política e ideológica aparecerían inextricablemente vinculadas, de modo tal que ninguna tendría un poder causal último sobre las demás, siendo las contradicciones, presentes como semilla del cambio en todo tipo de formación social, las que darían lugar a choques de intereses entre actores cuya resolución dependería de las condiciones totales de cada contexto (ibídem: 33-36). Antes que un código conformado históricamente, los autores buscaban en

el registro arqueológico la expresión simbólica de contradicciones sociales, para recalcar, luego, la dinámica política donde se dirimirían las trayectorias históricas.

En un estudio sobre los túmulos neolíticos ingleses y suecos, por ejemplo, Shanks y Tilley (1982) clasificaron anatómicamente los restos óseos humanos y detectaron estadísticamente diferenciaciones no aleatorias en la selección y combinación de las distintas clases dentro de los sepulcros. Entendiendo el cuerpo como un medio para naturalizar – simbolizar y legitimar – una cierta visión del orden social, interpretaron determinadas pautas de reagrupamiento de huesos previamente desarticulados como una afirmación de la equivalencia y pertenencia a un organismo común de los miembros del grupo usuario de la tumba, mientras otras subrayaban distinciones de edad y sexo; ambas estarían vinculadas a la contradicción entre el control social que ejercerían los cabezas de los linajes y un sistema de producción y circulación socializado e independiente de dichos jefes. Extendiendo diacrónicamente los datos procedentes de la Suecia meridional, Tilley (1984) relacionó la creciente dispersión del asentamiento, la disminución del número y complejidad de las formas y diseños cerámicos y el abandono de los sepulcros megalíticos con una crisis de legitimación, jalonada por el progresivo aumento, primero, de la variedad y el grado de elaboración de los bienes asociados con las tumbas colectivas y, luego, su sustitución por inhumaciones individuales con ajuares simples.

El esquema identificado antes – la detección de pautas expresivas y su interpretación como intervención en el contexto social mediante representaciones simbólicas – se mantiene en estas últimas ilustraciones, si bien contexto y símbolos son ligados abiertamente a unos principios socio-estructurales. Así mismo, y a semejanza del comentario añadido por

Hodder al caso de las Orcadas, Shanks y Tilley (1982: 151) hubieron de incluir una apostilla para subrayar —prefigurando el trabajo posterior del segundo— que los rituales funerarios en el Neolítico inglés y sueco constituirían un campo capaz de precipitar un cambio en la conciencia social de los actores y dar paso, con ello, bien a nuevas formas de legitimación o bien a una transformación de las relaciones sociales mismas; el ejemplo de éstos, al igual que el de aquél, no había logrado hacer patente la consideración potencial de lo simbólico como un vector verdaderamente activo, antes que como un nivel determinado en última instancia por otros o un ajuste funcional para la estabilidad del sistema. No obstante, el modo de caracterizar este denominador común evidencia los distintos —aunque no opuestos— puntos de partida. Donde Hodder encontraba un código particular con el que se expresaría y transformaría la representación de un orden cambiante, Shanks y Tilley hallaban contradicciones estructurales manifestadas ideológicamente; si el primero completaba su conclusión señalando que sólo el uso del mismo código y su inversión ritual permitió el desarrollo de las élites neolíticas en Escocia, la preocupación de los segundos era no dejar de advertir que las contradicciones simbólicas podrían revelarse como tales y provocar cambios. Es probable que aludiera a estos matices el reconocimiento —un tanto críptico— de desavenencias en torno a la noción de ideología y su grado de determinación o a los tipos de estructuras por analizar (Hodder 1982c: 14), pero, de cualquier modo y a la luz de trabajos posteriores, cabe indicar ya la coexistencia de dos temáticas bajo el paraguas de un mismo enfoque genérico: una centrada en el despliegue histórico de cosmovisiones sociales —una (pre)historia de las mentalidades— y otra interesada más específicamente por la ideología y el poder.

Dichos temas de investigación darían lugar a posiciones teóricas enfrentadas: la importancia otorgada a los sistemas de ideas en la historia

tendió a evitar su reducción a determinante causal mediante el énfasis en la capacidad del individuo, mientras que el estudio de la dinámica del poder y la ideología abogó por insertar al agente en una práctica social y simbólica compleja. Aunque tal divergencia surgiera de la manera en que las no coincidentes concepciones de lo estructural fueron conducidas hasta el polo de la acción, la cuestión no puede reducirse a esa falta de sintonía en torno al primer término del par. Procede, también, del intento de dar cabida al cambio en una concepción que no dejaba de subrayar el carácter instituido de conocimientos, valores y posiciones sociales. Veamos, entonces, cómo se planteó este aspecto.

En los ensayos arqueológicos y etnoarqueológicos del grupo postprocesual aparece repetidamente un término, el de estrategia, que cabe entender como una pieza clave a la hora de poner en movimiento el supuesto de las acciones que producen y reproducen estructuras. El vocablo recoge la capacidad de intervención de los agentes y la lleva hasta un escenario donde se manifiesta a través de cursos de acción; conservando las propiedades estructurales de los sistemas sociales, las hace aparecer como reglas y recursos que los actores movilizan; da vida a las contradicciones situándolas en las relaciones de poder. Hablar de estrategias implica, así mismo, que hay una dirección de la conducta, una anticipación de sus consecuencias y unos intereses —una acción orientada a fines o intencional—; ello introducía el asunto del papel por asignar a los fines individuales en la interpretación sociocultural, un problema cuyas soluciones serían criticadas por los arqueólogos procesuales en la medida que tendieron —como se analizará más abajo— a convertir al individuo en el motor de la historia (véase Earle y Preucel 1987: 508).

Miller fue, tal vez, quien dedicó mayor atención al tema, en el marco de sus reflexiones sobre el valor de los procesos de emulación para

explicar los cambios de la cultura material. Miller (1982c: 90-91) entendió –siguiendo a Rom Harré– que la búsqueda de reputación en general, y en particular su logro imitando lo considerado superior, constituiría una meta omnipresente caracterizable como un tipo de estrategia social; subrayó especialmente que este último concepto podría utilizarse como base desde la que postular interpretaciones causales de las acciones. Pero, para ello, sería imprescindible situar las intenciones del estratega en un contexto social y cultural:

La explicación intencional, aunque puede tener implicaciones teleológicas, no es reducible a racionalidad individual o a mera teoría psicológica. La procuración de reputación no tiene sentido a no ser que se la considere como un proceso social en términos de convenciones sociales. [Ibídem: 91; traducción nuestra.]

En ningún caso es la intención individual por sí misma la causa de las pautas observadas. Términos tales como 'estrategia' y 'representación' sólo tienen sentido en relación con el desarrollo de instituciones y relaciones sociales. [Miller y Tilley 1984a: 4; traducción nuestra.]

El autor ensayó estas ideas en un estudio de carácter etnográfico sobre los cambios de las formas cerámicas en Dangwara, una población de la India (Miller 1982b). La emulación de los elementos que expresan el rango de las castas superiores opera, allí, como un medio con el que las inferiores tratan de mejorar su condición relativa; siendo la pureza la cualidad cuya posesión define la posición de cada segmento, las vasijas usadas por éstos componen uno de esos vehículos expresivos. En este marco, las estrategias seguidas por los alfareros locales para aumentar sus ventas consisten en la introducción de nuevos tipos, reconocibles y categorizables por estar ligados a formas existentes. Las innovaciones con más éxito, indicadoras así mismo de las estrategias de los compradores, son las que imitan los recipientes de metal, menos expuestos a contaminación y propios de las castas altas, y las que mitigan la vinculación de una vasija con actividades

sucias, bien añadiéndole atributos de las formas puras o bien multiplicando sus variedades y especializándolas en contenidos contaminantes en distinto grado. Ninguna de estas mutaciones estilísticas supone transformaciones de la estructura de castas, pues el efecto de la emulación es espiral: un objeto cuyo uso se generaliza entre grupos inferiores termina considerándose impuro y quienes ocupan la parte alta de la escala lo sustituyen por otro, restableciendo la distinción y reiniciando el proceso.

En el ejemplo, las innovaciones y su aceptación incluyen una intención por parte de los actores, puesto que éstos identifican –sea rutinaria o deliberadamente– un objetivo y actúan de un modo que se orienta a su logro, pero resulta claro que la interpretación no las limita a una psicología de la motivación. El caso muestra tanto paralelismo con los que investigó Bourdieu en torno al gusto en la sociedad francesa (véase Bourdieu 1991b [1979]) que puede adaptarse sin dificultad al vocabulario del autor: el espacio social en el que los alfareros y sus clientes ocupan posiciones diversas vendría definido por el capital simbólico que constituye la pureza y tal campo habría sido incorporado por ellos como *habitus* por efecto de la socialización y el refuerzo de su misma vigencia; las estrategias se encaminan, entonces, a cambiar de posición mediante la adquisición del capital involucrado y/o a mantener la distancia devaluando el adquirido por otros; por último, y como quiera que las castas superiores mantienen el poder de establecer la "tasa de cambio" –qué objetos serán puros–, el efecto de estas prácticas es reproducir la estructura relacional de la que surgen. Pero los vocablos introducidos a partir del autor francés no deben reducirse a un mero maquillaje terminológico; de hacerlo así, sólo obtendríamos una caricatura. Si la glosa es correcta, la búsqueda de reputación en Dangwara, enfocada como un proceso social a través de convenciones e instituciones sociales, hace de éstas últimas instrumentos en manos de conductas estratégicas pero, a la vez, matrices definidoras de

qué reputación es posible lograr y cómo obtenerla; los actores incorporan, como parte del proceso mismo de posicionamiento, un sentido de lo que está en juego desde el cual construyen creativamente sus estrategias; son personajes con capacidad de intervenir en un mundo que es, al tiempo, el que les ha configurado como tales.

Más arriba quedó subrayado lo resbaladizo de una empresa que intenta caracterizar a un agente diestro, actuando de formas no preprogramadas, a la vez que socialmente constituido. El caso de Dangwara nos hace topar con la dificultad: dado que ilustra la dinámica que reproduce unas relaciones, no su transformación, ¿cómo explicar el cambio desde el panorama que dibuja?; ¿acaso no reintroduce el sujeto socializado del funcionalismo? La críptica alusión de Hodder (1982c: 14) a desavenencias internas en torno al grado de determinación de las ideologías — señalada antes — remite a estas preguntas, que son — cabe subrayarlo de nuevo — centrales en la aproximación. Como se discutirá más abajo, una de las soluciones procesuales a la cuestión de las relaciones entre conducta y sistema fue dotar al individuo de una racionalidad innata y hacer operar a las estructuras como fuente de constricciones sociopolíticas sobre sus movimientos. En el caso postprocesual, sin embargo, las estructuras — bien como sistemas de ideas o bien como principios y contradicciones sociales y nocionales — aparecen como parte de las acciones mismas; constriñen y capacitan al mismo tiempo la conducta, porque ellas son parte fundamental de lo que constituye al agente, la realidad que le rodea y la racionalidad de aquél en ésta. ¿Sobre qué base se sostiene, entonces, que la estructura no determina la acción, que la indagación sobre la estructura no agota ni hace innecesaria la indagación sobre su puesta en práctica?

Álvaro Pazos (1995: 216) ha escrito en una reciente crítica de las tesis de Giddens: "El funcionalismo no es válido porque es insuficiente, y lo es

no porque obvie la *creatividad* humana sino porque olvida la *complejidad* de lo social". La afirmación, que aquí hacemos nuestra al margen de su grado de pertinencia con respecto a las concepciones del sociólogo británico, resulta apropiada para discernir y valorar las líneas seguidas por los arqueólogos postprocesuales, porque, como vamos a ver, Hodder huyó del normativismo funcionalista —el supuesto de un actor que, socializado con éxito, sigue las normas necesarias para el mantenimiento del sistema— apelando fundamentalmente a la creatividad o capacidad transformadora del propio agente, mientras que Miller, Shanks o Tilley, sin dejar de asumir aquélla, apuntaron a la complejidad.

### *Historia, cultura e individuo*

*Reading the past* (Hodder 1988 [1986]) fue la monografía donde Hodder ensayó la sistematización y proyección hacia el futuro de sus opiniones sobre lo que había de ser un correcto enfoque de la arqueología; y cabe decir que, en esa medida —y especialmente en sus seis primeros capítulos—, constituyó un ensayo fallido, porque, si bien los elementos que reunió habían estado presentes en las publicaciones anteriores del autor y han seguido estándolo en las posteriores, buena parte de los nuevos argumentos con que fueron hilvanados y justificados serían corregidos no mucho después<sup>27</sup>. No obstante, detenernos en ella, además de venir obligado por la difusión que alcanzó, pondrá de relieve dos aspectos característicos de una forma de articular estructura y acción surgida, más específicamente, como marco en el que abordar el estudio de sistemas de representaciones nocionales desde la *longue durée*: la fijación de un contenido cultural previo a su puesta en práctica —una cosmovisión recibida— y el recurso al individuo para darle movimiento —un agente

---

<sup>27</sup> A pesar de ello, la segunda edición de la obra (Hodder 1991c), además de desarrollar nuevas ideas, inserta aclaraciones en el texto original antes que correcciones.

histórico que reproduce y transforma dicha cosmovisión – .

El punto de arranque del volumen está constituido por tres conceptos, desde los cuales el autor criticó las insuficiencias de otras aproximaciones y redefinió la orientación contextual: el individuo, la cultura y la historia. La tríada se hacía operar como mediadora en tres interrelaciones: comportamiento y cultura material, causas y efectos del cambio social y hecho y teoría (ibídem: 25-31); las primeras habían constituido el objeto respectivo de las teorías de alcance medio y las teorías generales en los programas de Binford y Schiffer y la tercera aludía a la concepción empirista de la construcción teórica. La intermediación sintetizaba, entonces, las modificaciones introducidas desde 1982: el individuo, sobre la base de un sistema de símbolos conformado y concretado históricamente y en tanto que sujeto de estrategias sociales, intervendría en los nexos de dos direcciones entre conducta y objetos, entre causas y efectos y entre enunciados teóricos y observaciones. Pero, al tiempo, serviría para introducir, en el espacio anteriormente reservado a la noción de práctica con el fin de superar el formalismo estructuralista, una dialéctica entre historia cultural e individuo. La argumentación que conduce a tal destino se despliega – armada con la tríada inicial – en torno a la espina dorsal de dos afirmaciones críticas que atraviesan las secciones dedicadas a evaluar las arqueologías inspiradas en el funcionalismo, el estructuralismo y el marxismo: (1) la ausencia en dichos enfoques de un análisis de la forma específica del símbolo y su significado histórico concreto y (2) la persistencia en ellos de concepciones normativas con las que quedaba subestimada la competencia y capacidad de acción de los individuos.

La primera de esas críticas (ibídem: 37-43, 67-69, 88-89, 95-97) suponía una redistribución de los papeles asignados a la historia, la estructura y la práctica a la hora de interpretar la cultura y, por ende, el

registro arqueológico. En *Symbols in action* el autor había establecido un equilibrio —ya señalado en el capítulo 3º— que puede entenderse como sigue: las culturas, en tanto que sistemas de ideas u órdenes conceptuales, mostrarían estructuras relacionales analizables desde los principios generales de la simbolización; la implicación de los símbolos en las acciones introduciría la necesidad de considerar el contexto en donde esas relaciones y principios se despliegan y esos símbolos adquieren sentido práctico; y la historia, de la cual son producto los sistemas de ideas y las organizaciones sociales, permitiría entender la trayectoria por la cual determinados objetos se cargan con determinados significados. *Reading the past* alteró este reparto: como consecuencia de un doble énfasis en la necesidad de interpretar los símbolos para entender el registro y en la conformación histórica de los sistemas de ideas, aisló y dio prioridad lógica a un tipo de significado preexistente al contexto.

En principio, los razonamientos siguieron una línea similar. Los enfoques sistémicos —se afirmó— no eran capaces de concretar la interpretación de los significados más allá de una clase de equivalentes funcionales (Hodder 1988 [1986]: 37); la noción marxista de ideología, además de sufrir la misma limitación, no daba cuenta del papel generativo, no meramente enmascarador, de las ideas (ibídem: 89); también la consideración de la práctica, mediante la inserción de un código formal en un ámbito social o la visión de la ideología como un hábito incorporado, exigía un conocimiento detallado y relacional de los contextos expresivos y el sentido concreto de los objetos (ibídem: 58-59, 95-96<sup>28</sup>). Para superar estas limitaciones, se entendía imprescindible tratar de captar, junto al sentido funcional de un objeto, las ideas representadas por él:

---

<sup>28</sup> Hodder incluía aquí una crítica de algunas estudios de casos arqueológicos, tanto suyos como de Shanks y Tilley.

Tanto el análisis procesual como el estructuralista o el marxista parecen insuficientes por lo que se refiere a su capacidad para explicar adecuadamente el pasado, porque se niegan a abordar el contenido de los significados históricos y el tema del origen y procedencia del estilo, de la estructura o de la ideología. [Ibídem: 96.]

Los arqueólogos tienen que hacer abstracciones a partir de las funciones simbólicas de los objetos que excavan, para poder identificar el contenido del significado subyacente, lo que supone analizar la forma en que las ideas, denotadas por los símbolos materiales mismos, desempeñan un rol en la configuración y estructuración de la sociedad. [Ibídem: 148.]

La distinción entre dos tipos de significados asignables a la cultura material, uno referido a su función y otro a su "contenido" (ibídem: 147-148), dio lugar a una clasificación tripartita un año después, al discriminar también su vertiente estructural o relacional:

Todos los objetos pueden recibir significados y de diversos tipos ... Primero está el objeto en tanto que implicado en intercambios de materia, energía e información. Podemos hablar de cómo se usa el objeto y cómo transmite información sobre las características sociales, sentimientos personales y creencias religiosas. Esto es hablar de las funciones tecnómicas, sociotécnicas e ideotécnicas del objeto (Binford 1972). El significado de los objetos es el efecto que tienen sobre el mundo. Segundo, podemos decir que el objeto tiene significado porque es parte de un código, un conjunto o una estructura. De hecho su significado particular depende de su lugar en el código. Tercero, está el contenido del significado. El primero y segundo tipo de significados tienen poco que ver con la no arbitrariedad de los objetos culturales. En el primero, el objeto se evalúa en términos de su capacidad para hacer un trabajo (cortar un árbol o transmitir información) y no hay forma de elegir entre útiles igualmente eficientes. Particularmente en el dominio del intercambio de información, cualquier objeto servirá siempre que transmita la información correcta. En el segundo tipo de significados cualquier objeto servirá siempre que encuentre un lugar dentro del código y el signo es arbitrario. Así, el tercer tipo de significados es el contenido histórico de ideas y asociaciones cambiantes del objeto mismo, lo que hace su uso no arbitrario. [Hodder 1987a: 1; traducción nuestra.]

Como puede leerse en esta larga cita, el "contenido del significado" alude a un sistema conceptual recibido, producto de una historia, pero la tipología ensayada lo sitúa más allá del uso y el efecto de los símbolos y

de sus relaciones con otros. Es este desplazamiento el que tiene implicaciones fundamentales: supone renunciar a la consideración de las nociones desde la perspectiva de la práctica, por la vía de subrayar su carácter previo con respecto a los contextos donde se conforman y despliegan. Se está olvidando que los procesos de enculturación no discursivos a que se refiere Bourdieu (véase Hodder 1988 [1986]: 93-94) — responsables para Hodder, cabe imaginar, de la posición antecedente del sistema de ideas al inaugurarse cada momento histórico — se nutren de los usos, efectos y relaciones hechos desaparecer del "contenido del significado". Se está extrapolando a la película de la historia — probablemente primero a la de la biografía — el fotograma de un actor que interpreta el mundo antes de actuar, haciendo de ese mundo una realidad exterior a la cual se asoma aquél y haciendo de sus esquemas interpretativos el bagaje interior con el cual se asoma. La consecuencia de ello fue, por un lado, que el lugar privilegiado donde alojar y buscar tales significados pasó a ser la mente — una subjetividad "interior" cuya definición seguramente asume la subjetivación o incorporación de lo "exterior", pero al tiempo la obvia al limitarla al aprendizaje de lo "anterior" — :

Pero la historia, en el sentido que le queremos dar aquí, también supone introducirse en el *interior* de los acontecimientos, en las intenciones y pensamientos de los actores subjetivos. El historiador habla de "acciones", no de conducta, movimientos o acontecimientos. [Ibídem: 99.]

Sólo cuando planteamos hipótesis acerca de los significados subjetivos presentes en la mente de una comunidad humana del pasado podemos empezar a hacer arqueología ... Entiendo que el papel de la historia es comprender la acción humana, no el evento. Comprender la acción es comprender los significados subjetivos, el *interior* de los acontecimientos. [Ibídem: 101.]

Por otro lado, la cultura — el sistema conceptual particular producto de una historia — quedaba en disposición de cumplir una misión análoga a la que

había tenido la organización adaptativa de los sistemas culturales en la arqueología procesual de los años 70: ejercer un poder normativo autónomo sobre la acción. Sin embargo, como sabemos, Hodder nunca reconoció ese poder.

La segunda de las críticas que cruzan los capítulos de *Reading the past* se centró, como quedó anunciado más arriba, en la persistencia de concepciones normativas de la acción en las aproximaciones procesuales, estructuralistas y marxistas; a todas ellas se les opuso la noción del individuo activo (ibídem: 19-22, 41-42, 66, 84-85). La superación de dichas visiones constituye — conviene subrayarlo — uno de los pilares fundamentales de todo acercamiento a la práctica; reducir ésta a una mera ejecución de reglas o normas es lo que permite obviarla y lo que dibuja, como condición e implicación de tal maniobra, un agente cuya misión no es otra que la de soporte o engranaje. No obstante, en la obra de Hodder el rechazo de esta última imagen adquirió una dimensión prioritaria: el error del normativismo no parece atribuirse tanto a su noción implícita de la sociedad y la cultura como un corpus de normas con una lógica cuyo descubrimiento agota la interpretación, cuanto a la creencia asociada en que los individuos las acatan sin más. Así, reivindicar un individuo activo resultó ser la clave para rechazar la existencia de leyes adaptativas, para exceder la vertiente funcional de la ideología, para dotar al estructuralismo de la posibilidad de explicar el cambio o para no obviar la emergencia de ideologías alternativas frente a una dominante. Esta insistencia se suspende en el capítulo dedicado a presentar los planteamientos del autor sobre la cultura en la historia, pero, si se añade a lo dicho el que Hodder aplaudió el modo en que las teorías de Bourdieu y Giddens acogían el papel del individuo (ibídem: 95-96), se advertirá que la argumentación contenida en *Reading the past*, al tiempo que — como hemos visto — sustraía de la práctica la operación de los sistemas de ideas por la vía de anclarlos como

antecedentes de la acción, retenía la cualidad de agente, intrínseca a todo individuo, con objeto de concebir la dinámica de tales sistemas; reducía la noción de práctica a la de agente.

En suma, Hodder hacía volver las ideas a la mente — de donde las había hecho salir en 1982 — y el individuo se convertía en la clave que permitía vincular de un modo no normativo o no determinante las nociones y las acciones en tanto que antecedentes y consecuentes. La metáfora epistemológica para la interpretación de los restos materiales pasó a ser la de una reviviscencia del pasado por parte del arqueólogo (ibídem: 117), que confirmó todos los temores procesuales sobre el componente voluntarista e idealista de las concepciones postprocesuales y alentó los referidos al subjetivismo de su metodología (véase Binford 1983e [1982]: 59-61, 1989b: 31-32; Earle y Preucel 1987: 505, 509). Aunque Hodder (1988 [1986]: 118) puntualizara que no estaba apelando a una comunión empática, sí estaba identificando la meta del arqueólogo en las intenciones y los pensamientos de unos actores competentes y autónomos que maniobrarían sobre un trasfondo social; la cultura les habría aportado una visión del mundo y ellos, situados en el mundo con ese arma, construirían la historia. Así, el problema de la articulación entre estructura y acción a través de la práctica se formulaba, sin renunciar a sus ambiciones, como articulación entre cosmovisión y acción a través del propio agente.

Estas tesis no sólo fueron criticadas explícitamente por autores afines a la arqueología procesual, sino también por otros más cercanos al campo de reflexión teórica del grupo postprocesual. John Barrett (1987: 471) subrayó cómo el sujeto, al recibir una posición tan central, era aislado de las fuerzas que lo crean; era descontextualizado. Harald Johnsen y Bjørnar Olsen (1992) criticaron, desde la filosofía de Gadamer, la hermenéutica romántica en la que habría bebido Hodder. Diferentes publicaciones de

Miller, Shanks y Tilley, anteriores y posteriores a *Reading the past*, contienen así mismo — como veremos con algún detalle — afirmaciones que rechazan la postura adoptada en él (véase Miller y Tilley 1984a: 4; Shanks y Tilley 1987b: 97-98, 191). El mismo Hodder corrigió más tarde, de la mano de una hermenéutica crítica, la concepción de un individuo autónomo en cuyo pensamiento hay que penetrar para interpretar sus acciones y trató de rescatar la materialidad y contextualidad de éstas (véase Hodder 1991a; 1991b; 1991c; véase también Hodder 1990b, si bien en este caso no pareció reconocer aún cambio alguno de opinión).

No obstante, aun eliminados los aspectos más extravagantes, se puede percibir en otros autores la tendencia a convertir la sociedad en un entorno donde los agentes negocian y transforman la cultura. Considérese, por ejemplo, un artículo de Matthew Johnson (1989) cuyo objetivo era precisar el sentido del concepto de *agency* por referencia y contraste con una monografía de Shanks y Tilley; en ésta — argumentaba Johnson — si bien los enunciados teóricos perfilaban bien la noción, las ilustraciones empíricas tendían a diluirla y hacerla desaparecer. El estudio que Shanks y Tilley (1987a: 172-240) incluyeron sobre el diseño de botes y botellas de cerveza británicos y suecos inscribía la mayor elaboración decorativa de los segundos en un campo simbólico donde constituiría una forma de mediar en la contradicción de un consumo acosado desde unas instancias estatales que, pese a todo, no pueden deslegitimar la venta y acumulación de beneficio por parte de la industria. Aunque el análisis diste de ser completo, es posible advertir en él las estrategias de diseño seguidas, dentro de ese campo simbólico específico, por unos sujetos en los cuales, ciertamente, no se detiene; lo mismo cabría decir con respecto a los consumidores. Johnson consideró, sin embargo, que esta interpretación explicaba el estilo apelando a funciones ideológicas y no dejaba al agente otra capacidad que la de seguir los dictados impuestos por su posición

social. Añadió, entonces, como ejemplo alternativo, algunos casos y resultados de su investigación sobre los cambios en la disposición interior de las viviendas inglesas entre los siglos XV y XVII. A pesar de que la ilustración era breve, bastó para mostrar el interés de un estudio que fue capaz de revelar, con detalles biográficos incluso, las estrategias particulares de quienes levantaron esas casas, sobre el telón de fondo de un proceso de cambio social y cultural; logró abordar las viviendas como "creaciones intencionales de sus propietarios, como coyunturas únicas de sus metas en tanto que agentes sociales y las limitaciones y constricciones impuestas por los sistemas social, ideológico y técnico más vastos" (M. Johnson 1989: 199-200; traducción nuestra). Éste podría ser el guión de interesantes análisis micro-históricos – así lo entendería Hodder (1991c: 10) –, pero si se pretende que ilustre *el* modo de incluir a las personas como agentes en la teoría arqueológica, inmediatamente se perciben debilidades semejantes a las que evidenció *Reading the past*: el contexto social aparece como un paisaje socialmente diverso en el que los sujetos se desplazan estratégicamente dotados de un *habitus* – término empleado por el propio autor – que queda reducido a una inercia cultural y que dichos sujetos y estrategias alteran. Johnson (1991: 160) reconocería más tarde estas insuficiencias.

En el caso de Hodder, *The domestication of Europe* (Hodder 1990a) constituye el lugar donde parece haberse superado una buena parte de las ideas defendidas en 1986 y, quizá, donde se ha culminado una primera investigación de carácter histórico y simbólico iniciada tras el cierre – con *Symbols in action* – del ciclo etnoarqueológico del autor. Aunque la obra ha merecido comentarios tan críticos como *Reading the past* (véase Johnsen y Olsen 1992: 431; O'Shea 1992), sus páginas no contienen un ensayo fallido, sino una tesis atrevida: la continuidad, a lo largo de todo el Neolítico y desde el sureste hasta el noroeste europeos, de una

representación nocional básica, materializada en la arquitectura y desplegada, a través de los diversos contenidos y énfasis dados a lo doméstico –la *domus*– por oposición a lo silvestre –*agrios*–, como "una metáfora y un mecanismo para el control de la sociedad" (Hodder 1990a: 12). Dejando aparte lo arriesgado de esta conclusión, que ha de medirse evaluando interpretaciones alternativas de su base arqueológica concreta, la obra evidencia el objetivo temático hacia el que probablemente se orientaron las reflexiones manifestadas en publicaciones anteriores: la ya señalada prehistoria de las mentalidades. Presenta, también, elementos correctivos con los que reducir el carácter antecedente otorgado a las cosmovisiones y, por tanto, la dependencia con respecto a la mente individual a la hora de concebir la explicación de sus transformaciones. Así, empiezan a abandonarse los argumentos dirigidos a fijar un "contenido del significado"; en su lugar, se censura una "frecuente" exageración de la naturaleza referencial de los símbolos materiales (Hodder 1994: 73-74) y se insiste en difuminar la frontera entre lo simbólico y lo social:

Por simbólico entiendo las connotaciones secundarias evocadas por las asociaciones y usos primarios de un objeto o palabra. Esos significados secundarios tienden a referirse a conceptos abstractos y generales y tienden a organizarse en estructuras de oposiciones que pueden adoptar formas diversas ... Esas estructuras simbólicas son manipuladas y organizadas cognitivamente, pero en mi opinión no residen exclusivamente en la mente. Son más bien estructuras públicas que reciben significados contextuales (localizados, cambiantes, contradictorios y conflictivos) en relación con las estrategias y la pragmática de los individuos en sus vidas cotidianas. Las estructuras simbólicas públicas se reproducen en las prácticas sociales. [Hodder 1990a: 13; traducción nuestra.]

La larga duración de las estructuras articuladas en torno a la oposición entre lo doméstico y lo silvestre se hace provenir de la suma de dos vertientes: su implicación en las relaciones de poder y su simplicidad o ambigüedad, que permite el que sean reinterpretadas para justificar y dar sentido a hechos y posiciones muy diversos o incluso contradictorios (ibídem: 281). Tales relaciones de poder habrían surgido, primero, de una

economía agrícola doméstica y crecientemente comunitaria y habrían recibido, luego, el impacto de lo que Sherrat ha denominado la "revolución de los productos secundarios" —la introducción del arado y el aprovechamiento multiplicado del ganado—. El papel de las representaciones simbólicas en este proceso no se considera, por supuesto, menor o meramente epifenoménico; aun cuando el empeño en oponer lo nocional y lo económico compromete ocasionalmente su articulación en orden a interpretar dicho proceso y recuerda algunas de las ideas del autor criticadas más arriba, en general la influencia de las representaciones se mide desde una dinámica social y cultural que, si bien sólo se detalla en tanto que soporte de las continuidades y los cambios ideológicos en el Neolítico —verdadero objetivo de la obra—, aparece como el contexto donde se conforman y confrontan. Por ejemplo:

... la *domus* continúa a través de los milenios como el discurso en el cual se conciben y organizan las cambiantes relaciones sociales de producción ... Si pretendo explicar por qué tuvo lugar la Revolución de los Productos Secundarios y por qué tuvo efectos específicos, encuentro necesario remontarme a las estrategias sociales que manipulaban el esquema *domus-agrios*. He argumentado en este libro que la creciente doma del paisaje en el Neolítico Final es simplemente una extensión de la vieja idea y práctica de la domesticación, siendo su objetivo extender competitivamente el control social sobre entidades sociales aun mayores. Las nuevas tecnologías de los productos secundarios y la asociada expansión del asentamiento permitieron la continuación de las anteriores estrategias de la *domus*. Pero también dieron apoyo a una idea y una práctica opuesta y anterior —*agrios*—. [Ibídem: 271; traducción nuestra.]

La arqueología simbólica abogada por Hodder, centrada en la *longue durée* y movida por la reintroducción de la cultura en la explicación de la cultura material y los procesos responsables de su conformación y cambio, parece haber recuperado, con estos matices, la estela de los estudios que suscitaron el interés del autor (véase Hodder 1988 [1986]: 103-108): el Max Weber que relacionara la ética protestante con el espíritu del capitalismo o el Marshall Sahlins que analizara la recepción y el impacto

de la arribada del capitán Cook en el universo social y simbólico hawaiano. De este modo, el interés por rescatar el papel de la cultura, en el sentido de representaciones nocionales capaces de dar sentido al mundo e insertas en la dinámica de éste, encuentra en la historia — y abre en la prehistoria — un campo donde observar su movimiento. Esta arqueología histórico-simbólica, en tanto que tema de investigación, tiende a hacer aparecer la práctica como el mecanismo que recibe, elabora y devuelve transformadas tales representaciones, pero ello es un mero efecto de la meta que persigue — esto es: reconstruir la trayectoria y el valor de una familia de cosmovisiones —; la base socioeconómica de dicha práctica, si bien no se investiga, sí se toma de las conclusiones de otros autores y se integra en la interpretación. Sin embargo, cuando dicha meta parece extrapolarse como marco teórico general o cuando se insiste en confrontar — en lugar de articular — lo nocional y lo material en secuencias de alcance secular o incluso milenar, la aproximación deja ver el peligro de restaurar un concepto reificado de cultura incompatible con la importancia expresamente concedida a la idea de su puesta en práctica.

### *Ideología y poder*

Si las concepciones representadas — en su forma extrema — por *Reading the past* se aproximaron a la idea del agente como fuerza autónoma que, dotado de una cultura y situado en un paisaje social, construye la historia, el interés por la ideología y el poder discurrió en otras direcciones. Nos detendremos en el contraste básico entre ambas perspectivas, que surge del modo de relacionar lo cultural y lo social desde la óptica de la estructuración y del cual se derivan otros, como la posición reservada al actor en el ámbito delimitado por esa óptica y un distinto énfasis en la polisemia e inestabilidad de los significados existentes tras los símbolos.

Los temas de la ideología y el poder estuvieron presentes – como se ha visto – en varios trabajos incluidos en *Symbolic and structural archaeology* y se perfilaron después en diversas publicaciones (Miller y Tilley [eds.] 1984; Shanks y Tilley 1987a, 1987b). En la medida que las aproximaciones postprocesuales parten de la interpretación de los símbolos como elementos activos del contexto social, ambas cuestiones pueden encontrarse en todas ellas y todas ellas han participado en su elaboración. No obstante, para el subconjunto representado por los enfoques de autores como Miller, Shanks o Tilley adquirieron un protagonismo fundamental. Entre los supuestos centrales que Ortner destacó en las nuevas teorías de la práctica de los años 80, hay uno especialmente relevante en este punto: la atención prestada a las relaciones de asimetría, desigualdad y dominación en los sistemas sociales y el consecuente estudio de las acciones desde un ángulo político (Ortner 1984: 149; véase *supra*). Este aspecto es el que fue desarrollado expresamente por los citados autores.

Los supuestos que constituyeron el núcleo de su aproximación se inspiraron en la teoría de la estructuración de Giddens y pueden enunciarse como sigue (véase especialmente Shanks y Tilley 1987b: 72, 75): si las acciones se conciben como fuerzas reproductoras y transformadoras de estructuras sociales, su ejercicio revela *ipso facto* un carácter político; el ineludible componente significativo de toda acción humana adquiere, por efecto de la misma revelación, idéntico carácter; y si hasta los actos y contextos más cotidianos están estructurados, incluso los actos y contextos más cotidianos tienen la cualidad política de reproducir y transformar sus estructuras. Poder e ideología se convierten, entonces, en dos conceptos clave que amplian su campo semántico hasta abarcar todo tipo de relaciones sociales.

Miller y Tilley (1984a: 7-8; véase también Shanks y Tilley 1987a: 129-

130; 1987b: 71-78) sentaron las bases de la señalada ampliación semántica apoyándose críticamente en escritos de Michel Foucault y, más extensamente, en los de Giddens (véase en particular 1987 [1967]: 111, 113). Negaron, primero, que el poder haya de entenderse como un bien concreto que emane de una fuente única, para definirlo como la capacidad de producir o transformar, esto es: como un atributo intrínseco de la cualidad de agente – el "poder para" hacer –, el cual es ejercido mediante la movilización de recursos materiales – "control sobre los medios coercitivos, posesión de los medios de producción, de las materias primas, etc." – y no materiales – "conocimientos, habilidades, competencias, etc." – más o menos desigualmente distribuidos según los casos. Añadieron, luego, un segundo sentido del término, el cual recogería la capacidad de transformación anterior y el esquema de su ejercicio dirigiéndolo hacia el poder sobre la realización o el freno de acciones por parte de otros agentes y relacionándolo más específicamente con la coerción y las formas asimétricas de dominación social – el "poder sobre" otros –. La ideología se definió, entonces, como una forma de poder que opera representando como universal, coherente, permanente o natural y necesario lo que puede ser parcial, contradictorio, fluido o cultural y contingente y, en esa medida, reproduciendo – antes que transformando – los conflictos de intereses existentes en una sociedad por la diferente posición de sus segmentos (Shanks y Tilley 1982: 131-134; 1987a: 130; Miller y Tilley 1984a: 13-14); tal definición la destacaba, pues, como una intervención efectiva sobre las personas a través de representaciones. Si el concepto se restringía a aquellas nociones que tienden a "reproducir los conflictos", legitimando los intereses de grupos dominantes y complementando los posibles medios coercitivos de control social, su penetración en la experiencia de los agentes y, al tiempo, el acompañamiento de una oposición constante por parte de los grupos subordinados (ibídem) extendía su alcance y enfocaba los restos

arqueológicos como una huella de esa tensión continua:

... el registro arqueológico no ha de considerarse en términos de una mera colección aleatoria de objetos o atributos de objetos individuales, sino como un registro estructurado; estructurado en relación con la construcción social de la realidad y en relación con las estrategias sociales de interés y poder y la ideología como una forma de poder. La postura que adoptamos es que la cultura material como comunicación es un sistema de signos estructurados. [Shanks y Tilley 1987b: 98; traducción nuestra.]

Los símbolos eran considerados, en definitiva, desde la operación de su vertiente ideológica —en tanto que representaciones de lo social sostenedoras de un orden sujeto a resistencia, antes que como sistemas de ideas históricamente conformados— y su movimiento como resultado de la negociación entre sectores con intereses distintos. Desde tal perspectiva, el actor no aparecía como un individuo dotado de una cosmovisión en cuya mente hay que penetrar, sino como un agente cuyas estrategias habían de entenderse atendiendo a su posición en una estructura de dominación y unas relaciones de poder (Miller y Tilley 1984a: 4; 1984: 148; Shanks y Tilley 1987b: 77-78); se insistió en la "prioridad lógica de lo social" y, al igual que Hodder asumiera en 1982 y recuperara en 1990, en el significado como algo público que se construye socialmente a partir de sistemas de significación compartidos (Shanks y Tilley 1987b: 97-98)<sup>29</sup>.

Esa misma perspectiva minaba el intento de construir una historia de las ideas y, más específicamente, subrayaba el carácter relacional e inestable de los significados otorgados a los objetos en el pasado<sup>30</sup>. Esta postura,

---

<sup>29</sup> Más recientemente, la idea de la incorporación de representaciones que constituyen socialmente al sujeto está alentando aproximaciones a los símbolos materiales desde la perspectiva de la experiencia que el actor tendría de ellos (Tilley 1993: 10-11; véase Thomas 1993, Tilley 1994).

<sup>30</sup> El grado de polisemia de los símbolos materiales condujo a una controversia entre Hodder y los autores que reunió bajo el rótulo de post-estructuralismo, pero la

extendida a cualquier tipo de fijación de supuestas esencias tras los fenómenos, en ocasiones parece haber conducido, además, a una omisión militante de toda teorización alejada de los polos definidos por las discusiones conceptuales más comprehensivas y por las interpretaciones de casos específicos.

### LA ARTICULACIÓN ENTRE SISTEMA Y CONDUCTA Y LA EMERGENCIA DE UNA ARQUEOLOGÍA (POLÍTICO-)ECONÓMICA

En 1987, Timothy Earle y Robert Preucel publicaron una crítica de las posiciones postprocesuales, que, en su visión, caracterizaban una arqueología radical. El artículo establecía un paralelismo entre las historias teórico-metodológicas de la geografía y la arqueología y proponía la adopción de una aproximación conductual semejante a la de una geografía del comportamiento separada de veleidades "humanistas" (véase también Earle 1991)<sup>31</sup>. La discusión con las escuelas radicales, además de rechazar el idealismo de Hodder y su arqueología contextual, tomaba en este trabajo la forma de una disputa entre dos corrientes marxistas: una tendencia evolucionista, más centrada en los cambios tecnológicos y económicos, y otra neo-marxista, más interesada en el papel determinante de la ideología y la estructura social; si la primera había sido calificada como materialista vulgar, se sugería que la segunda incurría en un

---

discusión se planteó en términos de los determinantes de las interpretaciones. Si para aquél las pautas arqueológicas constituían el lugar donde apoyar y matizar las hipótesis sobre sus significados, para Tilley (1989, 1993; véase también Yates 1990) el peso había de ponerse en el contexto del intérprete; Hodder criticó esta postura por presentista (Hodder 1991a; 1991c; 1992b).

<sup>31</sup> Los paralelismos de las tendencias recientes en arqueología y en geografía humana también han sido señalados por Wagstaff (1987), quien alude al "optimismo" de la nueva geografía y la nueva arqueología y al "desencanto" que ambas habrían producido a fines de los años 70 y comienzos de los 80, y por Hodder (1987b), que subrayó la creciente importancia de lo simbólico y lo particular en una y otra disciplina.

materialismo decadente y se ironizaba el que a algunos marxistas les pareciera tan vulgar que todos nuestros cuerpos contengan vísceras con demandas e influencias groseras (Earle y Preucel 1987: 507; A. Johnson y Earle 1987: 9). Ello refleja bien el espíritu con que algunos autores recibieron el marxismo estructuralista y lo que consideraron, a la vista de los primeros trabajos de Shanks y Tilley, su epígono. No obstante, la base de la alternativa conductual propuesta incluía la pretensión de extender el énfasis "tecnológico" de Binford y la nueva arqueología para considerar el conflicto y la contradicción internas (Earle y Preucel 1987: 507), rechazaba una noción reificada y superorgánica de estructura social (A. Johnson y Earle 1987: 9) y trataba de superar los argumentos "adaptativistas" a la hora de explicar la aparición de desigualdades sociales (Brumfiel y Earle 1987: 3-4). De hecho, reunía —en un marco científico ortodoxo— conceptos elaborados por dos líneas de trabajo identificadas en el capítulo anterior: el análisis de la conducta adaptativa como un proceso de toma de decisiones y los modelos evolutivos sobre la desigualdad social y el estado. Era, en este sentido, la manifestación de un movimiento amplio de la arqueología norteamericana que intentaba romper con el funcionalismo sistémico preponderante.

En lo que sigue, y tras caracterizar las inquietudes y tendencias del periodo, nos centraremos en los puntos de vista de Earle y, después, de Elizabeth Brumfiel en tanto que expresiones con vocación comprensiva surgidas de ese trasfondo, aunque no quepa asignarles el papel de representar su síntesis autorizada; ambas serán comparadas con las trayectorias seguidas por el grupo postprocesual. Cabría describir la impresión inicialmente obtenida de tal revisión y contraste como el resultado de un viaje en círculo. Uno se asombra, primero, por la semejanza aparentemente oculta de las cuestiones abordadas y algunos de los rumbos trazados por ambas partes: el rechazo de los planteamientos en

términos de sistemas o estructuras, la consecuente importancia concedida a decisiones y estrategias, la atención prestada a la dominación y la resistencia, las nociones de aprendizaje social y emulación; pero se advierte, luego, que las discrepancias entre unos y otros son precisamente aquéllas que fueron subrayadas: una distinta concepción del método y — más relevante para lo que nos atañe ahora — de la naturaleza nocional de la vida social. Sin embargo, la exploración no resulta infructuosa. La comparación entre las tesis de los dos grupos queda mejor resuelta, a la postre, como una relación de homología: el parecido procede, antes que de una identidad a todas luces forzada, de la posición equivalente de los conceptos dentro de cada conjunto; la disparidad de los contenidos y la equivalencia de los papeles permitirán indagar en la particularidad de sus respectivos cimientos y redescubrir desde éstos la naturaleza de las divergencias.

George Ritzer, a cuya caracterización general de la teoría sociológica en los años 80 se ha aludido más arriba, ha reflexionado sobre las diferencias entre los esfuerzos por integrar los conceptos de agencia y estructura, en gran medida europeos, y la empresa de articular los ámbitos de la micro-sociología y la macro-sociología, más típicamente norteamericana. Dos de ellas son particularmente relevantes a la hora de comparar los planteamientos procesuales y postprocesuales en dicha década. Una primera resultará fácil de percibir: la mayor influencia del conductismo en la tradición estadounidense (Ritzer 1991: 228). Las propuestas de Earle y otros autores se acogieron —entre otras— a la línea de aquellos sociólogos que, como George Homans (véase Homans 1990 [1987]), han abrazado la psicología conductista —y la epistemología positivista— para dotar a sus investigaciones de un marco teórico y experimental alejado del funcionalismo estructural parsoniano; los antecedentes de esta concepción en la arqueología de los 70 quedaron

señalados en el capítulo anterior y, por contra, la crítica explícita de sus implicaciones no sólo ha sido una constante en la reacción postprocesual, aun cuando ésta no percibiera el carácter alternativo del estudio del comportamiento, sino que también forma parte de los argumentos que abogan, tanto en Europa como en los Estados Unidos, por una perspectiva cognitiva menos relativista que la que representaría Hodder (véase Peebles 1992). Con todo, la voluntad de rechazar visiones extremas, tratando de desligar el interés por la conducta –*behavioralism*– y el conductismo –*behaviorism*– (Earle 1991: 84-85), y la existencia en el grupo postprocesual de un tipo de conductismo no reconocido como tal<sup>32</sup> reducen el contraste lo suficiente como para dejar abierta la posibilidad de explorar el paralelismo de los papeles otorgados a la acción y la conducta a uno y otro lado del Atlántico septentrional –valga la simplificación geográfica de la dicotomía–.

Una segunda divergencia detectada por Ritzer (1991: 227, 229), más abstracta y potencialmente más profunda, se refiere al distinto contenido dado a los pares estructura/acción y macro-/micro-sociología: mientras éste alude a una gradación de niveles desde los rasgos más amplios de las estructuras sociales hasta los comportamientos individuales, aquél hace de la estructura un concepto que afirma su presencia y relevancia en todos ellos. La breve introducción que más arriba se ha hecho al pensamiento de Giddens y Bourdieu puede bastar para subrayar este punto: la insistencia del primero en abordar el problema como una dualidad, concibiendo lo estructural como una propiedad que al mismo tiempo constriñe y posibilita la acción, conduce, en efecto, a considerar los sistemas sociales como el resultado estructurado y estructurador de conductas igualmente estructuradas y estructuradoras; las nociones de *habitus* y campo

---

<sup>32</sup> En el sentido de un "conductismo social" (véase *supra*, nota 7 en la página 33).

elaboradas por el segundo autor recogen así mismo, por el carácter históricamente construido y la capacidad de construir la historia que se les otorga, tal dualidad ubicua. Los epígrafes anteriores se han detenido en las alternativas y disensiones surgidas del desarrollo de estas tesis dentro del grupo postprocesual; en sus escritos, la estructura, bien como sistema de ideas recibido o bien como principios sociales y nocionales entrelazados y contradictorios que generan la realidad, está presente siempre en las acciones y es, a su vez, transformada por ellas en virtud – obviando ahora la idea de un agente que interioriza una cosmología y la modifica en su mente – de una dinámica en cuyo encuadre el sujeto queda descentrado con objeto de entender sus movimientos a partir de la posición que ocupa. Como vamos a ver, los ensayos en el lado procesual han tendido, por su parte, a enfatizar un dualismo entre individuo y sociedad que, aunque útil para poner de manifiesto el campo de fuerzas donde tienen lugar las conductas estratégicas, reduce la relación entre uno y otras a las limitaciones que la macro-economía de un sistema político impone sobre una racionalidad individual inmanente.

### *La ruptura con el funcionalismo ecológico-cultural*

La arqueología norteamericana manifestó, comenzada la década de los años 80, nuevas señales de insatisfacción. Dada la trayectoria precedente de la disciplina, no fue casualidad que tales signos tomaran la forma de un replanteamiento de su característico énfasis metodológico. Raab y Goodyear (1984), citados más arriba como iniciales introductores del concepto de teoría de alcance medio en los 70, lamentaban que su propuesta se hubiera identificado erróneamente con una combinación de los programas de Binford y Schiffer, dando lugar, antes que a verdaderas teorías, a una multiplicación de investigaciones de carácter metodológico sobre los procesos de formación del registro. Poco antes, en la

introducción de un volumen cuyo extraño título – *Archaeological hammers and theories* – resultará claro enseguida, James Moore y Arthur Keene hacían referencia a la "ley del martillo": "Denle un martillo a un niño y encontrará que todo aquello con lo que se topa necesita ser golpeado" (A. Kaplan, en J.A. Moore y Keene 1983: 3; traducción nuestra); los métodos – afirmaron – son herramientas, pero con demasiada frecuencia se usan sólo porque se tienen a mano, sin considerar la relevancia de las preguntas que tratan de responder y, lo que es peor, dejando que definan y limiten el tipo de preguntas que se pueden formular. Un volumen más (Carr [ed.] 1985), específicamente dedicado a mejorar el uso de diversas técnicas cuantitativas, subrayaba la necesidad de que el analista comprenda cuáles son los supuestos de los instrumentos que emplea y se asegure de que concuerden con las características presumidas de los datos por analizar.

Por supuesto, sí había habido teoría social y cultural en la arqueología de los años 70; pero es cierto que buena parte de ella estaba implícita en las controversias sobre la teoría del método y se disolvía, al decir de Keene (1983), en la aplicación de técnicas diseñadas en otras disciplinas e importadas sin atender a las discusiones en origen sobre su adecuación. La propuesta genérica de los aludidos volúmenes consistía en darle la vuelta a la situación: plantear cuestiones relevantes y usar métodos apropiados para resolverlas; y la táctica que siguieron fue reflexionar sobre las implicaciones de algunos métodos crecientemente utilizados y, si no rechazarlos de plano, sí evaluar su alcance y revelar su insuficiencia. Si se atiende a las razones aducidas para subrayar esta última, se observa que la rebelión contra la tiranía del método encerraba una crítica ante el olvido del contexto sociopolítico y la cultura en los enfoques anteriores; un error que se intentó subsanar incluyendo explícitamente los ignorados aspectos en el punto de mira de dos líneas de investigación concretas, centradas respectivamente en los procesos adaptativos como resultado de decisiones

individuales y en la función de la información y su control dentro de la organización sistémica.

Para entender el impacto y la popularidad que ha causado y alcanzado el estudio de la toma de decisiones en diversas disciplinas, es preciso advertir cómo permite observar la realidad social en el nivel donde ésta es generada: el de las acciones y sus sujetos. Su fuerza estriba en que exige que las afirmaciones referidas a la organización estructural o sistémica se reformulen en términos de cursos de acción posibles y de preferencias por parte del decisor; el análisis de la elección seguida y de las opciones descartadas puede, así, iluminar las condiciones y direcciones de la conducta efectiva y extenderse, también, en la comparación de distintos tipos de actores sobre la base del género, la ocupación o la posición socioeconómica. Su debilidad, especialmente grave cuando el procedimiento se presenta como una teoría general basada en la idea del actor racional antes que como un método analítico aplicable a una determinada perspectiva del comportamiento, está en el mismo lugar que su virtud: los modelos utilizados, orientados a decisiones individuales, son incapaces de incorporar la dinámica social de la construcción y conformación de opciones, valores, preferencias y, en esa medida, de las decisiones mismas; todo ello ha de inferirse a partir de los resultados del análisis, apoyándolo eventualmente en interpretaciones complementarias.

No es algo intrínseco en este tipo de estudios, sin embargo, la eliminación del marco social y cultural en el que se toman las decisiones. Fueron varios los autores que, como parte de la denuncia de la tiranía del método en arqueología y a través de la exposición y crítica de los supuestos de la teoría del forrajeo óptimo, insistieron en la importancia de incorporar dicho marco (véase Jochim 1983; Keene 1983, 1985; Limp y Carr 1985). A diferencia de los enfoques basados en la optimización, que

predicen el resultado de las elecciones asumiendo un conocimiento extenso de las capacidades del medio y las inversiones que requiere y un cálculo preciso y simultáneo de toda la información por parte del decisor, dichos autores se basaron generalmente en modelos cognitivos diseñados para reproducir el proceso de la decisión. Desde esta perspectiva, la presunción de un comportamiento óptimo se encontró gratuita, no sólo porque el grado de conocimiento del medio pueda ser variable, sino por efecto de que la percepción, evaluación y ordenación de las alternativas constituyen siempre aspectos moldeados social y culturalmente y aplicados a situaciones diversas. Esta dependencia contextual —la posible existencia de más de una meta por considerar y no siempre de carácter adaptativo, el tipo de información por tener en cuenta o la necesidad de distintos niveles de eficiencia y precisión— aplazaba, a su vez, las pretensiones predictivas; como concluiría Jochim (1983: 160), el grado de optimización "puede anticiparse pero aún no predecirse". Por último, se planteó la necesidad de evaluar la validez inicial del análisis y sus conclusiones sobre la base de la concordancia de sus supuestos con el tipo de decisión por estudiar, que comúnmente suele ser una operación secuencial y dendrítica en lugar de simultánea y matricial, como asume el aparato matemático que desarrolla la teoría del forrajeo óptimo; la aproximación se acercaba, así, a los denominados modelos etnográficos de árboles de decisión (véase Gladwin 1980, 1989). Las posturas más cautas al respecto mantenían la conveniencia de utilizar métodos basados en la optimización como fuente de hipótesis por contrastar con las conductas reales (Keene 1983: 146; 1985; Earle y Preucel 1987: 511); otros insistían, sin embargo, en que un modelo inadecuado siempre dará cuenta, inadecuadamente, de parte de las observaciones y sólo dejará a consideración posterior lo que aparezca como residuo (Jochim 1983: 165-166).

El análisis sistémico había abordado también, desde los años 70, una

segunda vertiente del tema de la decisión: la necesidad funcional de controles especializados y jerarquizados del flujo de información para mantener organizaciones con diverso grado de complejidad. Si estas tesis fueron aplicadas al estudio de las jefaturas y los estados (véase H. Wright y Johnson 1975; Peebles y Kus 1977) y desarrolladas en modelos abstractos (véase G. Johnson 1978, 1982), J.A. Moore (1983), de nuevo en el marco del derrocamiento de la tiranía del método y también mediante la crítica del supuesto de un individuo omnisciente en los modelos de comportamiento óptimo, percibió en ellas una forma de extender los análisis de la toma de decisiones hacia el problema del acceso diferencial a la información por parte de los decisores individuales. Dolores Root (1983) adoptó una perspectiva similar para la interpretación arqueológica de las relaciones sociales de producción en sociedades igualitarias; en éstas, el acceso generalizado al conocimiento social y ambiental se lograría gracias a la fluidez en la composición de los grupos, la formación de redes de reciprocidad o las pautas de reunión y dispersión estacional, todas ellas prácticas orientadas —entre otras metas— a contrarrestar la apropiación de dicho conocimiento. Ambos trabajos hacían aparecer las decisiones insertas en estrategias sociales y políticas.

Una línea de investigación más, centrada en explicar el nacimiento y desarrollo de formas sociales complejas, propondría explícitamente la adopción de lo que se denominó un modelo político (Brumfiel y Earle 1987). En este caso, la concepción por sustituir era aquélla que explica la aparición de sociedades estratificadas por su capacidad de mantener e integrar una población más numerosa y segmentada. Aun aceptando en parte esta caracterización "adaptativista" como descripción estática, Brumfiel y Earle echaron en falta la consideración de la dinámica responsable de su formación y negaron la tesis asociada según la cual el liderazgo se desarrollaría allí donde la situación ambiental y demográfica

hace necesaria o beneficiosa una gestión centralizada de la economía:

En el modelo político, a los gobernantes locales se les asigna también un importante papel en la organización de la especialización y el intercambio, pero se considera que son ellos, antes que las poblaciones que administran, los beneficiarios primarios. Se propone que las élites políticas emplean consciente y estratégicamente la especialización y el intercambio para crear y mantener la desigualdad social, reforzar las coaliciones políticas y fundar nuevas instituciones de control, a menudo frente a una importante oposición de aquéllos cuyo bienestar se ve reducido por tales acciones. [Brumfiel y Earle 1987: 3; traducción nuestra.]

Si los trabajos de Kent Flannery eran citados como precursores de este modelo dentro de la literatura arqueológica, los precedentes directos pueden encontrarse en las publicaciones de Earle y de Brumfiel. La tesis doctoral del primero sobre las jefaturas hawaianas le dio pie para corregir el uso que había hecho Service del concepto de redistribución como institución consustancial de los cacicazgos (véase Earle 1977; véase también Peebles y Kus 1977: 421-427). Para Service, la especialización económica de grupos locales facultaba el ascenso de una élite cuya función sería asegurar la circulación de los diversos productos a través de la concentración y distribución de excedentes. Los datos procedentes de Hawai indicaban, sin embargo, que la economía de subsistencia se organizaba en el seno de los grupos locales mismos, mientras que aquellos bienes que los linajes gobernantes se apropiaban servían para su propio mantenimiento y para la inversión en obras públicas y grandes ceremonias, al tiempo que circulaban entre las élites creando obligaciones y alianzas. La redistribución era, pues, un medio de movilizar recursos hacia el vértice de la pirámide social y no una forma de hacerlos circular en la base; frente a unas estrategias campesinas orientadas a minimizar el riesgo de carestía a través de la reciprocidad y el trueque, las estrategias de los líderes trataban de maximizar los excedentes y los ingresos (Earle 1977: 227). Brumfiel aportaba a ésta una línea que, a partir de sus

investigaciones sobre la formación del estado azteca, se centraría en la competencia entre facciones de composición vertical (véase Brumfiel 1989; Brumfiel y Fox [eds.] 1994) y añadiría los conflictos de clase y de género (véase Brumfiel 1992).

Es de notar cómo el conjunto de trabajos retratado en los párrafos precedentes evidencia un intento de romper con los funcionalismos anteriores. Si el estudio de la lógica adaptativa de los sistemas culturales o, en la otra versión, de los sistemas de pautas de comportamiento había centrado la explicación en el mantenimiento y el cambio de la organización global, el recurso a las decisiones individuales forzó el enfoque para ligarlo a la generación misma de la conducta. Como quedó señalado en el capítulo anterior, uno de los efectos de este cambio fue hacer de la organización un resultado sorprendentemente — si no inexplicablemente — pautado; Binford advirtió el problema, pero su apelación a la idea de que el sistema establece el marco y el sentido de las conductas individuales suponía una reafirmación de principios antes que un avance. Las vías exploradas en los años 80, aunque diversas y aún vigentes hoy por separado, muestran dos tendencias genéricas relevantes para la solución de la paradoja. Una de ellas trató de reintroducir la sociedad y la cultura tanto en el entorno de la decisión cuanto en su mismo proceso, como puede advertirse en las discusiones sobre la plausibilidad de una conducta óptima. La otra, anunciada por los ensayos sobre el manejo de la información e impulsada más claramente por los modelos políticos acerca de la complejidad social, colocó a los decisores dentro de un espacio modelado por fuerzas y contrafuerzas cuyo análisis — esto es lo distintivo — se convertía en el aspecto central.

*Dos dialécticas: subsistencia y política, individuo y sociedad*

Fue Earle quien, en colaboración con otros autores, emprendió una sistematización que reunió elementos procedentes de las dos vías caracterizadas en los párrafos anteriores y la presentó como alternativa científica y materialista a los enfoques construidos por el grupo postprocesual. En sus textos, la articulación entre los niveles conductual y sistémico parte explícitamente de la delimitación de dos tipos de procesos (Earle 1991: 85; Earle y Preucel 1987: 511, 526): aquéllos por los que los individuos eligen entre las opciones que se les presentan —el campo de la teoría de la toma de decisiones y una renovada arqueología conductual— y aquéllos que determinan las opciones disponibles —el campo del "marxismo procesual" en tanto que inclusión de la dinámica política en las aproximaciones heredadas de los años 70—. Al tiempo, aparece combinada con un segundo plano cuya superficie constituye el escenario donde se enfrentan y entrelazan dos lógicas económicas: una orientada a la obtención del sustento y otra al control de los recursos y la extracción de excedentes.

Si se recuerda la discusión entre sustantivistas y formalistas en la antropología económica, se advertirá que la arriba glosada interpretación acerca de las jefaturas hawaianas hacía un uso conjunto de las nociones de economía institucionalizada y racionalidad económica individual. El autor (Earle 1982: 1-2) manifestaría expresamente la necesidad de superar la antigua disyunción y considerar tanto a la sociedad como al individuo en la investigación del intercambio de bienes. Tal proyecto fue más ampliamente desarrollado en el marco de una nueva síntesis sobre la evolución social, escrita junto con el etnólogo Allen Johnson, donde la oposición entre sustantivismo y formalismo quedó asociada con la que separaría al marxismo estructuralista de la ecología y el materialismo culturales (A. Johnson y Earle 1987: 9-10) y trató de resolverse indagando

en el contraste señalado entre una economía política y una economía de subsistencia. Cabría entender que este último par operó, entonces, como la pieza clave con la que abordar sociedad e individuo –constricción institucional y elección racional– de manera integrada, pero, como se verá enseguida, el solapamiento entre ambas dimensiones no está exento de dificultades; las premisas que lo permiten resultarán significativas para captar el carácter de la propuesta.

De acuerdo con el texto de Johnson y Earle (ibídem: 10-14), los grupos domésticos serían los sujetos organizadores de la economía de subsistencia y, en ella, sus diversas estrategias se orientarían a satisfacer necesidades básicas de modo autosuficiente y al menor costo posible, generando un excedente destinado a constituir un margen de seguridad; su lógica vendría dominada por la que recogen y asumen la teoría formalista y la teoría del forrajeo óptimo. Con la noción de economía política los autores hacían referencia al intercambio de bienes y servicios en una sociedad compuesta por familias interconectadas. Si en su versión rudimentaria sólo regularía relaciones de defensa, matrimonio y comercio, la desarrollada tendría por objeto la movilización de excedentes con los que financiar instituciones y justificar el control de los medios de producción por parte de la élite; ello instauraría una espiral de crecimiento en la que los líderes, para mantener su posición de poder, habrían de aumentar los ingresos invirtiendo en proyectos capaces de elevar el nivel de excedentes. Las familias habrían ido perdiendo una parte creciente de su autonomía en este proceso, cuyo límite vendría definido en cada caso por el umbral tras el cual el costo que aquéllas soportan al participar en la economía política sobrepasa el beneficio obtenido. No obstante, el contraste entre unas y otras estrategias estaría presente en todo tipo de sociedades:

La dialéctica individuo frente a sociedad o economía de subsistencia frente a economía política es un universal humano ... En sociedades más complejas, los

objetivos básicos de los individuos en la economía de subsistencia son marcadamente similares: el grupo doméstico, en el campamento !kung, el poblado enga o la fazenda brasileña, trata de ser una unidad auto-suficiente y económicamente independiente que produzca todo lo que necesita. Pero si los objetivos no cambian, las posibilidades de alcanzarlos cambian dramáticamente. La evolución de la economía política moviliza un creciente porcentaje de la producción doméstica como parte de los fondos ceremoniales y los fondos de renta. En una economía campesina como la de Boa Ventura, aproximadamente un tercio de la producción del grupo doméstico ha de usarse para satisfacer los requerimientos ceremoniales de la comunidad y la renta acordada con el hacendado. La movilización de los productos de subsistencia del grupo doméstico campesino es, por supuesto, la base financiera necesaria para las complejas instituciones de la jefatura y el estado. [A. Johnson y Earle 1987: 321-322; traducción nuestra.]

La identificación que los argumentos de Johnson y Earle establecen entre el individuo que escoge económicamente sus fines y la familia que busca una subsistencia auto-suficiente se basó en premisas sociobiológicas y afectivas: la supervivencia del más apto, entendida en términos de éxito reproductivo, se extendería al grupo de parientes biológicos que mantienen lazos de estrecha convivencia, formando la unidad en cuyo interés se toman decisiones racionales; a su vez, ésta ampliaría sus límites mediante un parentesco ficticio apoyado en relaciones de reciprocidad (ibídem: 6-7, 320). Los autores no dejaban de considerar, sin embargo, la existencia de contradicciones entre los intereses de distintas generaciones dentro de los grupos domésticos (ibídem: 321) —aparentemente no entre los géneros (pero véase Earle 1991: 89)—.

Al margen de los errores evidentes a que puede conducir la caracterización de la familia como una unidad solidaria por naturaleza —especialmente graves para el estudio de los grupos domésticos y sus residencias—, hay en la aproximación bosquejada una asimetría que impide acoplar los pares individuo/sociedad —o familia/sociedad— y subsistencia/política: los líderes se nos presentan también como individuos con estrategias que, aunque inmersas en una lógica distinta y elaboradas

desde una posición diferente, cabe describir como formalmente racionales<sup>33</sup>. La resolución de este obvio desajuste revela — como se anunció arriba — algunos elementos importantes para entender el modo con que Johnson y Earle abordan los niveles macro- y micro-sociológico. Por un lado, la dialéctica entre las economías de subsistencia y política configura las condiciones y contradicciones genéricas de los diversos tipos de sistemas sociales y acoge, en efecto, el énfasis sustantivista en lo institucionalizado considerándolo, al tiempo, origen y resultado de movimientos guiados por intereses diversos; en esa medida, el planteamiento conjuga comportamiento y organización. La dialéctica entre individuo y sociedad, sin embargo y por otro lado, se enuncia desde la perspectiva de un sujeto decisor para quien las instituciones o reglas sociales no constituyen sino un entorno limitador. ¿Qué hace necesaria la yuxtaposición de este último aspecto y cómo se relaciona con el anterior? La respuesta parece estar en el supuesto de una racionalidad individual inmanente ligada a la lógica de la subsistencia (véase A. Johnson y Earle 1987: 5, 7-8), cuya perversión se explica como un efecto de las constricciones impuestas por la lógica política.

Earle (1991) desarrolló más tarde esta visión, en un intento de construir una teoría de la conducta que, nuevamente planteada como alternativa al excesivo papel otorgado por Hodder a la motivación individual, combinó lo que el texto consideró tres tipos de racionalidades: la económica, la evolutiva y la cultural. Con la primera recogía la idea de que los seres humanos son capaces de sopesar los cursos de acción disponibles y escoger entre ellos de un modo que optimice sus deseos; la segunda seguía teniendo la función de proporcionar un fundamento biológico a dicha capacidad, la cual habría sido seleccionada en el desarrollo evolutivo de la humanidad

---

<sup>33</sup> Reléase, por ejemplo, el párrafo de Brumfiel y Earle (1987: 3) reproducido más arriba (véase pág. 149).

por el éxito reproductivo diferencial que conferiría. No obstante —añadía el autor haciéndose eco de las críticas a la teoría del forrajeo óptimo (ibídem: 86-87)— resultaría equivocado asumir que el proceso de decisión sigue la lógica de una tecnología contable: aun cuando sea más fácil suponer la existencia literal de un cálculo en lo relativo a la procura del sustento, donde el sujeto podría medir la energía invertida y la satisfacción obtenida, habría que tener en cuenta los límites cognitivos de tal evaluación y el manejo de una gama limitada de opciones posibles; por otro lado, la mera racionalidad económica de las elecciones no agotaría la complejidad de las acciones. En este punto se hacía intervenir la racionalidad cultural —esto es: no genética—, definida sobre la base de la distinción establecida por Robert Boyd y Peter Richerson (1985) entre un aprendizaje individual, apoyado en la instrucción y orientado al examen de costos y beneficios, y otro social, amparado en la emulación de sujetos con éxito y adecuado para evitar la experimentación personal en situaciones estables o bien de difícil estimación (Earle 1991: 87); lo característico de este último proceso sería la adscripción del individuo a un grupo —familia, comunidad, entidad política regional, género, facción— y la identificación con sus líderes (ibídem: 89). La lógica del comportamiento individual entroncaba, así, con los enfrentamientos y alianzas entre segmentos sociales diversos.

Esta teoría de la conducta ocupa, con respecto a la dinámica político-económica, una posición equivalente a la que mantiene la teoría de la acción presentada en *Reading the past* (Hodder 1988 [1986]) en relación con la dinámica político-simbólica. Mientras las dos orientaciones —la económica y la simbólica— profesan un alejamiento de las interpretaciones en términos de sistemas auto-regulados o modelos estructurales reificados y encuentran el elemento activo en la noción de estrategias surgidas de un contexto y destinadas a intervenir en él, tanto Earle como Hodder asumen la tarea de aportarles una reflexión sobre el sujeto genérico de tales

estrategias: el primero dibuja un individuo que, dotado de una capacidad racional, dirige sus comportamientos a la explotación de un entorno físico y los adecúa al social y el segundo esboza un agente que, dotado de una cosmovisión, decide el curso de sus acciones ante un trasfondo igualmente social. Sin duda, el ser humano retratado por Earle, producto de una evolución y constreñido por un paisaje institucionalizado, desempeña en su libreto un papel menos heroico que en el de Hodder — es un *Homo* antes que un Prometeo —, pero, puesto que éste nunca apeló a ninguna entidad sobrenatural para acomodar la conciencia y dado que tampoco negó la fuerza del escenario donde se desenvuelve, las concepciones de uno y otro parecen no ser radicalmente opuestas; el recurso a una mente individual — se conciban sus cambios a escala evolutiva o histórica — está presente en ambas y, con independencia de su corrección desde una perspectiva evolucionista o desde una filosofía de la acción, ambas teorías de la conducta individual son a todas luces insuficientes como teorías de la conducta social; cuando se les hace traspasar sus límites, desembocan en reduccionismo. Que los agentes son quienes cuentan con la capacidad de actuar constituye una premisa básica, no siempre recordada, cuya misión no consiste sino en abrir la indagación hacia la construcción de las actuaciones; que los individuos tenderán a dirigirse hacia lugares que consideran deseables no es más que el presupuesto mínimo, forzoso para todo intérprete de la conducta humana, de que aquello que se pretende entender resultará comprensible. Sin embargo, sublimar al agente o sublimar las extrapolaciones acerca de qué será lo deseable para él supone, simplemente, una ingenuidad, porque los sujetos y sus fines surgen y operan siempre dentro de un contexto ecológico, económico, social y político determinado; esta conformación cultural y su flexibilidad se cuentan también entre los atributos y capacidades de la especie.

Un segundo eje relevante, a la hora de comparar con los esquemas

postprocesuales el modo en que Earle concibe la relación entre individuo y sociedad, tiene que ver con el papel reservado a las nociones. La naturaleza económica de la dialéctica subsistencia/política recibe, claro está, un énfasis mucho mayor que entre los arqueólogos postprocesuales; en los escritos de éstos, los aspectos económicos componen sólo un sustrato que, obtenido de las conclusiones de otros trabajos, da pie a la identificación de las contradicciones sociales sobre las cuales se apoya el estudio socio-simbólico de la cultura material. No obstante, el dominio nocional también está presente en aquélla. Obviamente, y aunque se afirme la importancia y complejidad de la psicología y la cognición (Earle 1991: 88), la concepción de un individuo que se procura racionalmente el sustento no deja lugar, en el nivel de la subsistencia y el aprendizaje individual, a la incidencia arqueológicamente visible de otra noción que el auto-interés extendido al grupo familiar; lo demás queda preso en la mente:

Una revisión de las contribuciones a [los volúmenes editados por] Hodder (1982) y Miller y Tilley (1984) revela que los mejores análisis se basan en materiales históricos y etnográficos. La conclusión obvia es que las percepciones individuales son en gran medida imposibles de conocer en arqueología y que esta aproximación debería restringirse a estudios etnográficos en los que tales percepciones son accesibles. [Earle y Preucel 1987: 510; traducción nuestra.]

Sin embargo, la extensión adicional de la adscripción grupal a la comunidad sí se acompañaría de un refuerzo simbólico (A. Johnson y Earle 1987: 3-4, 321). En el caso de las jefaturas y los estados arcaicos, los símbolos serían, además, un medio fundamental de integración intercomunitaria y legitimación, al tiempo que una forma de comunicar abiertamente la importancia de los grupos, los derechos de propiedad o las alianzas (ibídem: 322-323). En términos más genéricos:

El simbolismo, más frecuentemente asociado con la arqueología radical, puede considerarse como una iconografía usada para legitimar la autoridad. ... El simbolismo puede comprenderse, entonces, no sólo en términos de contenido

("significado") sino en términos de su papel para reforzar un control centralizado. La incorporación del simbolismo en los modelos procesuales debería orientarse a la comprensión de su significación funcional, la cual debería seguir pautas transculturales regulares. [Earle y Preucel 1987: 512; traducción nuestra.]

Aunque una idea más, según la cual los símbolos no pueden sofocar por mucho tiempo los conflictos sin la existencia de beneficios materiales (A. Johnson y Earle 1987: 323-324), pareció restar relevancia al estudio de lo que podemos denominar –aproximando el lenguaje de Johnson y Earle al interés postprocesual– la dialéctica de las representaciones, la trascendencia dada a las funciones políticas de la ideología en sociedades complejas convirtió a ésta en un elemento central. Como quedaría claro en otros trabajos (véase especialmente DeMarrais, Castillo y Earle 1996), cabía ver en buena parte del registro arqueológico una materialización de la cultura y la ideología –indicios asociados a rituales y grandes ceremonias, objetos e iconos simbólicos, monumentos públicos y paisajes ordenados, sistemas escriturarios– que, además de legitimar el poder al hacerlo ostensible, permitiría a la élite un control de las nociones. La convicción de que tal materialización supondría un proceso de lucha y negociación entre nociones hegemónicas y de resistencia (ibídem: 16) termina de revelar una confluencia con los autores postprocesuales que, avanzada la década de los 80, aún permanecía latente.

No obstante, la consideración de la ideología desde la economía política deja en suspenso su valor para otros escenarios como, por ejemplo, las comunidades y los grupos domésticos, insertos o no en escalas con distintos estratos. Aquí adquiere importancia la visión –señalada más arriba a partir de los comentarios de Ritzer– que hace de lo estructural una propiedad ubicua, en lugar de una constricción ejercida desde un punto –esto es: sin confundirlo con el ejercicio de un poder a su vez sujeto a propiedades estructurales–. El pensamiento de Earle se aproxima a esta

idea cuando, con Johnson, caracteriza la dialéctica económica en la evolución, pero la dicotomía entre el individuo y el aparato social, confundida con los intereses y orientaciones genéricos de plebeyos y élites en dicha dialéctica, restablece un dualismo radical.

*Una dialéctica y dos perspectivas: agentes y sistemas*

Brumfiel, ya citada por su protagonismo en la configuración del llamado modelo político, publicó en 1992 una visión de la ruptura con el funcionalismo ecológico-cultural nueva en varios aspectos. En primer lugar, la argumentación contenía una crítica global y estructurada del enfoque ecosistémico heredado, que la autora consideró predominante en la práctica arqueológica. Dicha crítica se construyó, además, sobre la base de una consideración explícita del equilibrio entre una perspectiva centrada en actores y otra en sistemas, que se convertía en la cuestión central y se separaba de la dicotomía individuo/sociedad, tan penetrante en las concepciones recién comentadas a partir de los textos de Earle. Por último, y aun sin perder una postura menos relativista y una temática más político-económica, la autora abandonaba el tono de confrontación con los arqueólogos postprocesuales, compartiendo con ellos distintas fuentes y planteamientos y, cabe añadir, el característico sentido de rebelión contra la imagen del actor pasivo en tanto que social y políticamente inactivo. Aunque este trabajo es suficientemente reciente como para que resulte difícil evaluar su impacto, cabe relacionarlo con los intentos — señalados más arriba — de subsumir las decisiones en estrategias sociopolíticas y presentarlo en tanto que un desarrollo y una cristalización de ellos<sup>34</sup>.

---

<sup>34</sup> El título mismo del artículo puede querer mostrar su relación con una línea anterior: tras el intento de desbaratar la coherencia del ecosistema — "Breaking down the system" (Jochim 1979) — y descomponer la idea de complejidad sociocultural — "Breaking down cultural complexity" (McGuire 1983) —, la autora propone romper y *acceder al interior* del sistema — "Breaking and entering the ecosystem" —.

La aproximación que dibuja Brumfiel —brevemente resumida— abandona la superposición de dos dialécticas —subsistencia y política, individuo y sociedad— para centrarse en la dinámica del cambio social en términos de los conflictos y compromisos entre actores insertos en redes de alianzas (1992: 551) y reconocer la necesidad de combinar una doble perspectiva, atenta, por un lado, a la inclusión de variables ecológicas y sociales en los movimientos protagonizados por los agentes y, por otro lado, a las modificaciones globales que se introducen con ello en la organización del sistema (ibídem: 599). Género, clase y facción constituirían las tres dimensiones a través de las cuales se construyen más frecuentemente las "redes de alianza"<sup>35</sup> y se desenvuelven los conflictos y compromisos; su invisibilización sería el error fundamental de los enfoques ecosistémicos y su reducción a supervivencia individual el de las teorías evolucionistas recientes (ibídem). Las estructuras de producción y sociales definirían, constriñendo las estrategias y posibilitándolas, el acceso a los recursos y al poder.

Si antes se ha establecido un paralelismo entre Hodder y Earle basado en la dependencia de ambos con respecto a una teoría de la conducta individual, ahora puede decirse que el contraste de la visión de Brumfiel con la del segundo sugiere una equivalencia con el establecido entre los autores postprocesuales centrados en la ideología y el poder y el primero —al menos el Hodder de *Reading the past*—: es la propia estructura político-económica, al igual que lo era la socio-política y simbólica, la que se lleva hasta el nivel de la acción para analizar en éste su dinámica. La confluencia de las aproximaciones postprocesuales y procesuales que revela

---

<sup>35</sup> La expresión "redes de alianza" resulta ambigua, porque, al menos en lo que se refiere al género y a la clase, la consistencia de las estrategias se deriva de la cercanía estructural de las posiciones de mujeres u otros sectores y no siempre de la formación de verdaderas redes.

el trabajo de Brumfiel está lejos de ser completa; hay diferencias en los temas que se investigan y, parcialmente debido a ello, en el valor dado a lo nocional. No obstante, basta para subrayar la existencia de un cauce común: la crítica de concepciones de inspiración funcionalista mediante una consideración de los procesos atenta al despliegue de los procesos mismos y a su naturaleza social. De esa crítica depende la posibilidad de entender el papel de las nociones en la práctica y observar su influencia en la conformación de pautas materiales.

### **EL PROBLEMA DE LA ARTICULACIÓN ENTRE TEORÍAS Y OBSERVACIONES**

En el grupo postprocesual, las afirmaciones en torno al individuo activo, la contingencia de la historia y la particularidad de los contextos histórico-culturales se combinaron con la evidencia de la carga teórica que contienen las observaciones para canalizar un rechazo visceral, aunque diverso y cambiante, de la ciencia representada por una ortodoxia procesual genérica y crecientemente caricaturizada. Ello situó sus críticas en una posición cercana al "blanco o negro" — presta también a la caricatura — que, sin embargo, en ocasiones era capaz de moderar su retórica y emitir sentencias fácilmente aceptables por cualquiera y que, en todo caso, dejaba ocultos unos estudios empíricos bastante menos alejados de los cánones. Así, por ejemplo, el relativismo epistemológico abrazado por oposición a un represor método único (Hodder 1984a: 30) podía convertirse en una relativización del énfasis metodológico orientada a subrayar la importancia de la teoría (Hodder 1990b: 380, en respuesta a las críticas expresadas en Ruiz, Chapa y Ruiz 1988). Como ha señalado Michel Fotiadis (en Watson y Fotiadis 1990: 625-626), la investigación de Shanks y Tilley (1982) sobre las tumbas neolíticas — a la que hemos aludido más arriba — se apoyó en teorías claramente expuestas y defendidas y dedicó dos tercios del informe

a documentar las pautas espaciales de los huesos y las posibles alteraciones posteriores a su depósito. Hartmut Tschauer (1996: 10-18) ha entresacado los enunciados legaliformes presentes en un trabajo de Mary Braithwaite (1982) asociable al grupo postprocesual y, así mismo, los juegos de hipótesis y contrastes y la atención a las transformaciones naturales y culturales del registro arqueológico que despliega Hodder en su interpretación de casas y tumbas neolíticas en Europa. Que estas relecturas puedan revelar algo inesperado es un índice de los niveles de parodia alcanzados por el debate, a los cuales contribuyeron ambas partes. Pero detrás del celo misionero había planteados problemas reales – sacados a la luz por las incertidumbres propias de una arqueología simbólica, aunque no exclusivos de ésta – y, obviamente, poner en evidencia las simplificaciones a que condujo aquél no supone la desaparición de éstos.

En el último apartado del capítulo anterior quedaron esbozadas dos cuestiones – la naturaleza predictiva de las teorías sobre pautas materiales y el valor de la contrastación empírica – que ahora, tras el análisis de las conceptualizaciones de la práctica con que trataron de articularse estructura y acción o sistema y conducta, pueden ser retomadas desde otro punto de vista.

Que las observaciones están guiadas – constreñidas y posibilitadas – por teorías explícitas y por enfoques o paradigmas más tácitos constituyó el punto de partida tanto del programa que Binford denominó de "alcance medio" como del antipositivismo postprocesual (Hodder 1988 [1986]: 28-31; Shanks y Tilley 1987a: 110-112) y fue, así mismo, asumido en el positivismo moderado defendido por autores como Earle y Preucel (1987: 509). Todos ellos mantuvieron también que ese carácter construido de los datos no encierra al observador en una jaula de supuestos previos autosostenidos y desligados de toda experiencia empírica. Las

representaciones con que se ha intentado recoger la reacción entre teorías y observaciones desde los años 80 aparecen como variaciones de un mismo tema: la fuerza de una interpretación depende del entrelazamiento de ambas clases de constructos en una red que apoya, al decir de Wylie (1982a: 42-43), una versión plausible del conocimiento acerca de las pautas detectadas en relación con el conocimiento acerca del tipo de fenómeno a que responden. Así, Hodder (1988 [1986]: 119-120) apeló a los conceptos de coherencia y correspondencia; el primero fue referido a la corrección lógica y teórica de las inferencias y el segundo a su concordancia con los datos. Shanks y Tilley (1987a: 110-112) lo expresaron en términos de una apropiación teórica de los datos en la que éstos, antes que completamente maleables, ofrecen resistencia. Earle y Preucel (1987: 509) subrayaron el carácter teórico de las decisiones sobre qué investigar y cómo y, al tiempo, negaron que ello supusiera un círculo cerrado: el descubrimiento de pautas inesperadas y su búsqueda mediante la incorporación de información adicional puede poner en riesgo una teoría.

Parece claro, entonces, que la tarea de reforzar una interpretación — esto es: descartar alternativas posibles o efectivas — supone un trabajo crítico a la vez teórico y empírico. En lugar de introducirnos en las discusiones sobre el peso relativo de los constructos previos a la hora de elaborar nuevos o el grado de circularidad de las inferencias — discusiones que siempre acaban por descartar una visión unilateral y debatir dónde está o debe estar el equilibrio y, en cualquier caso, siempre dependen del diámetro con que se trace el círculo —, resulta más productivo para nuestros propósitos detenernos en las implicaciones teóricas y metodológicas que se siguen de la idea de una red interpretativa.

Wylie (1993: 23-25), de la mano de Richard Bernstein y Clifford Geertz, ha sugerido sustituir la metáfora de una cadena de eslabones

argumentales por otra en la que conceptos y evidencias son ligados mediante un movimiento en vaivén que va tendiendo y tachonando cables entre unos y otras. La primera metáfora recoge un procedimiento lineal, como el que en parte se desprende de los programas de alcance medio elaborados en los años 70: unas teorías procesales por contrastar orientan la construcción de unas teorías sobre las pautas materiales relevantes para la contrastación de las primeras, con las cuales se da sentido al registro; en este esquema metodológico, que cabe denominar "estratigráfico", la fuerza de las eventuales conclusiones depende de la estabilidad del estrato inmediatamente inferior y, una vez reconocida la imposibilidad de fijar las identificaciones carentes de ambigüedad que constituirían el eslabón intermedio, el planteamiento se derrumba. La segunda imagen transfiere la responsabilidad de sostener el conjunto a la red misma – su coherencia y correspondencia, tal como señalara Hodder –, pues la debilidad relativa de cada uno de los cables se compensa con la fortaleza relativa del resto; la labor interpretativa consiste, entonces, en un ir y venir entre distintas teorías y observaciones capaz de redefinir éstas y valorar la relevancia de aquéllas – la apropiación teórica de unos datos que se resisten, como indicaran Shanks y Tilley – e incluso su corrección. La figura resultante de esta concepción reticular tal vez sea menos limpia que la estratigráfica, pero también se muestra bastante más plausible y cercana a la realidad de la investigación.

Volviendo la vista a las controversias en torno al método científico, una primera implicación de la visión reticular se relaciona con el contradictorio repudio postprocesual del procedimiento hipotético-deductivo en favor de una aproximación hermenéutica. Si "un rechazo de una concepción positivista supone el rechazo del método hipotético-deductivo como *medio de conceptuar* las relaciones datos/teoría" (Miller y Tilley 1984b: 151; énfasis y traducción nuestros), lo que en verdad se rechaza ha de ser la

reducción del proceso interpretativo a la tarea de subsumir las observaciones en teorías predictivas pretendidamente objetivas; porque, como ha mostrado Peter Kosso (1991), la hermenéutica y el método de preguntas y respuestas que alentara Hodder equivalen metodológicamente al ensayo y contrastación de hipótesis, al menos siempre que se destierre la noción de que las interpretaciones alternativas de un mismo fenómeno constituyen algo así como percepciones diversas igualmente válidas —olvidando que han de objetivarse mediante argumentos— y la creencia en que la contrastación empírica garantiza la verdad o falsedad de las explicaciones —olvidando que depende de una argumentación—.

Una segunda implicación de la visión reticular tiene que ver con las relaciones entre las teorías —en el sentido de interpretaciones acerca de los mecanismos causales que subyacen en una clase de fenómenos— y las interpretaciones de contextos particulares. La concepción estratigráfica caracterizada arriba tiende a reducir la explicación de un caso a un reconocimiento de la clase a la cual puede pertenecer y, en esa medida, hace descansar sobre una construcción teórica previa —desligada del caso mismo— la mayor parte del proceso. La insistencia de Hodder en un método "contextual", anunciado ya en *Symbols in action* y desarrollado en *Reading the past*, se dirigió a modelar el procedimiento básico con el cual detectar asociaciones y contrastes en los restos materiales para captar sus significados (véase Hodder 1988 [1986]: 152-170), pero también canalizó —dejando de lado ahora los papeles de la cultura, la historia y el individuo en que se basó— una oposición al reparto anterior entre el investigador de lo general y el de lo particular: si los datos están cargados de teoría —escribió (Hodder 1984a: 29; véase también 1987a: 2; 1990b: 381; 1991a)— tanto el arqueólogo de campo como el de gabinete construyen teorías con sus observaciones. Las teorías sobre clases de fenómenos no son suficientes para dar cuenta de casos concretos, pues éstos están sujetos

a una multiplicidad de fuerzas que aquéllas, por definición y en distinto grado, abstraen. Ello convierte la explicación de un caso particular en algo más que una mera combinación de enunciados generales parciales; la muestra como una interpretación, susceptible de crítica, que entreteje proposiciones teóricas y factuales.

Pero lo anterior no obsta el que las teorías sean necesarias o que sea imposible prescindir de ellas; la influencia de la nueva arqueología fuera del ámbito anglosajón siempre se ha basado en la importancia de esta idea (para el caso de la arqueología española, véase Martínez Navarrete 1989). Ahora bien, su función es comprender las causas que generan los fenómenos, no predecirlos. Esta concepción –apoyada en la filosofía realista de la ciencia introducida en el capítulo anterior– fue invocada repetidamente por los autores postprocesuales (véase Shanks y Tilley 1987a: 110-113) y, sin embargo, selectivamente olvidada: cuando, sobre la base del concepto de una historia irreductiblemente contingente, se censura todo intento de teorizar las trayectorias evolutivas de las sociedades (véase Shanks y Tilley 1987b: 143-165), no sólo se está criticando un abuso predictivo que ignora la complejidad de las secuencias reales y su sujeción a mediaciones culturales y socio-políticas concretas; se está excluyendo la indagación en las fuerzas que tales mediaciones recogen y resuelven.

## II

# **LA INTERPRETACIÓN DEL ESPACIO DOMÉSTICO: UNA CONCEPTUACIÓN ANTROPOLÓGICA**

## CAPÍTULO 5

### BASES PARA UNA CONCEPTUACIÓN DEL ESPACIO DOMÉSTICO (O ALGUNAS CONCLUSIONES DE PARTIDA A LA LUZ DEL DEBATE ARQUEOLÓGICO)

La arquitectura no ha desempeñado tradicionalmente un papel protagonista dentro de lo que cabe denominar, usando el vocabulario de Kuhn (1971 [1962]: 286-287), las "investigaciones ejemplares" de las distintas orientaciones teóricas experimentadas en la arqueología y, de manera más general, en la antropología. Piénsese, como contraste, en el valor prototípico que adquirió la inferencia del parentesco a partir de los estilos cerámicos para mostrar la fuerza — y, en seguida, la insuficiencia — del método hipotético-deductivo o el que recibió después la noción de etnicidad en conjunción con ciertos objetos muebles para poner en evidencia el carácter activo de la cultura material en tanto que portadora de significados e implicada en estrategias sociales; o repárese, como se ha hecho recientemente, en su olvido dentro de la "antropología académica" (C. Humphrey, en Carsten y Hugh-Jones 1995: 3). No obstante, el medio construido nunca ha dejado de estar representado en las investigaciones empíricas, donde no siempre se le ha asignado un papel secundario. Da fe de ello — además de la propia existencia de estas páginas basadas, como se anunció en el capítulo introductorio, en estudios publicados — la revisión histórica y crítica realizada por Denise Lawrence y Setha Low (1990), abundantemente documentada, que ha rastreado su presencia y su sentido, tanto en las interpretaciones de antropólogos y arqueólogos como en las de otros científicos sociales, desde los trabajos de Lewis H. Morgan hasta la actualidad.

Advertir el olvido de un tema y, sobre todo, reconstruir su historia

suponen indicios evidentes del intento de constituir una subespecialidad, todavía dispersa en este caso. Entre los arqueólogos, la identificación expresa de una "arqueología de la arquitectura" (véase especialmente Steadman 1996) surge, por lo que toca a su origen inmediato, de la coincidencia no buscada — antes que confluencia — entre un conjunto de líneas de investigación partícipes de los avatares del conglomerado procesual y atentas en diferente grado a los restos arquitectónicos domésticos y, al tiempo, en un no pequeño número de trabajos inspirados en planteamientos postprocesuales que han hecho de la arquitectura ritual y funeraria — en particular el megalitismo —, pero también de las viviendas, un elemento material preferido. Entre los etnólogos, obviamente menos inclinados a instituir subcampos delimitados por tipologías materiales, es posible señalar, además de los estudios ya tradicionales acerca de los grupos domésticos — presentes así mismo en las líneas arqueológicas aludidas —, una multiplicación de publicaciones sobre los significados sociales atribuidos a las casas en diferentes culturas, alentada en buena parte por la definición de *sociétés-à-maison* propuesta por Lévi-Strauss (véase, por ejemplo, Carsten y Hugh-Jones [eds.] 1995), y las diversas aportaciones al examen de los cambios urbanísticos y residenciales introducidos con la dominación colonial y en las propias metrópolis (véase Lawrence y Low 1990: 482-489). Más adelante se irá haciendo referencia a estas investigaciones, así como a otros ensayos más antiguos o más aislados de las corrientes principales pero no menos relevantes, a medida que lo requiera un texto cuyo guión abandona, en esta segunda parte del volumen, la vertebración histórica; baste indicar ahora que en todas ellas pueden detectarse o proyectarse, desde el punto de vista de sus implicaciones teóricas básicas, las tensiones conceptuales que han sido revisadas en las páginas anteriores.

Si se extiende el campo de la reflexión antropológica más allá de los

límites definidos por su institucionalización, hasta conseguir que abarque toda evaluación de las diferencias culturales e incluso los planes dirigidos a reconducirlas o hacerlas desaparecer, se ve surgir con más claridad la concepción del medio construido como una clave sociocultural y, basadas en esa idea, toda una serie de prácticas "modernizadoras" o "civilizadoras". Es bien conocida, por ejemplo, la afirmación de Lévi-Strauss (1988 [1955]: 234) sobre la desorientación social que los misioneros salesianos habrían provocado entre los bororo de la meseta brasileña al romper la disposición circular de sus aldeas tradicionales e imponer una trama urbana rectilínea. Un efecto similar, e impulsado igualmente por misioneros, tendría la sustitución de las grandes casas comunales por domicilios unifamiliares (véase Siegel 1987: 6 y 9, con referencia a una aldea mixta waiwai-wapisiana en Guyana; Chernela 1993: 41, sobre el Vaupés brasileño) o el abandono de la poliginia y, con ella o independientemente, el uso de estructuras comunes exclusivamente masculinas como lugar donde comer y dormir (véase Rodman 1985: 272-273, para el asentamiento de Longana, en Vanuatu; sobre los mundurucú, en Brasil, véase Murphy y Murphy 1985: 210-211). Claramente afín ha sido la aplicación de determinadas normas urbanísticas y arquitectónicas apoyadas en lo que se ha llamado el "síndrome sanitario" de las potencias coloniales del mundo contemporáneo (King 1990: 54-56) y el binomio "moral y salud" no ha estado ausente de las líneas maestras de los programas de vivienda pública en las propias metrópolis, particularmente empeñados en separar dormitorios y unir las piezas de recepción formal con las salas de estar (véase, sobre Gran Bretaña, Brown y Steadman 1991: 412-413; sobre los Estados Unidos, Pader 1993: 126-127; para el caso español puede servir de fuente un discurso de Arrese [1967: 19-28], el cual encabezó el Ministerio de la Vivienda).

Si la arquitectura doméstica se ha visto involucrada en todas estas

pretensiones de asimilación, no ha de extrañar que pueda ser abrigo de otras con diferente rumbo o de aquéllas cuya desaparición se busca. Así, la casa ha sido también objetivo de proyectos emancipadores, como en, pongamos por caso, las propuestas de erradicación de las cocinas como parte de la liberación de la mujer (véase en Cos 1986: 140-142). Instruye y reafirma a sus moradores, de manera cotidiana y continua, sobre la concepción correcta del papel de los géneros, como vio Bourdieu (1991a [1970]) en la Cabilia argelina. Opera igualmente como un distintivo étnico, si entendemos que ese sentido tiene, por ejemplo, el contraste que los mitos de los cunas, en Panamá, establecen entre las casas rectangulares que les enseñó a levantar un héroe cultural en un tiempo remoto y las casas circulares que sus antepasados habitaban antes de dicho suceso y los pueblos indios circundantes habitan en la actualidad (véase A. Moore 1981: 268).

De tan abigarrada yuxtaposición de casos se deriva la pregunta que, circunscrita a la disposición del espacio doméstico, orienta esta segunda parte: ¿Qué es lo que está en juego en la organización espacial de la vivienda? El objetivo es —ya quedó dicho en la introducción— elaborar una aproximación conceptual, apoyada en modelos teóricos y en casos etnográficos, con la cual apreciar las cualidades socioculturales básicas de dicha organización; se trata —ahora cabe concretar algo más— de inscribir el tema en el ámbito de las consideraciones acerca de la práctica y sus implicaciones a la hora de interpretar la cultura material a partir de su dinámica social.

Dos aspectos son abordados en el presente capítulo con el fin de ensayar unas conclusiones que recojan las líneas fundamentales tratadas hasta aquí al hilo del debate arqueológico y, al tiempo, establecerlas como marco por proyectar sobre las casas: una se refiere al papel de las nociones y su

relación con las acciones en la configuración de la cultura material y la otra a la forma y el sentido de las generalizaciones en la investigación de ésta.

### **LA CONFORMACIÓN DE LAS PAUTAS MATERIALES: ACCIONES, NOCIONES Y OBJETOS**

Más arriba, al analizar el problema de las inferencias indeterminadas y los términos del intercambio entre Ian Hodder y Dave Davis acerca de la etnicidad y el estilo (véase el capítulo 2º), se afirmó que todo lo que deja huella material es interpretable, en potencia, desde el registro arqueológico; el que una interpretación se haga efectiva y adquiera firmeza frente a posibles alternativas depende de la presencia de supuestos y el encadenamiento de argumentos sobre los procesos que marcaron la impronta. Esta idea describe el procedimiento básico que apoya inferencias con diferente alcance teórico y subyace, así mismo, en las concepciones más comprehensivas, capaces de orientar la forma de abordar cualquier tipo o conjunto de restos. Tomando esta última versión de la idea como punto de partida, la revisión histórica de los debates teóricos entablados en las últimas décadas no ha buscado otra cosa que identificar y valorar los supuestos y argumentos que unos y otros han ido defendiendo y matizando acerca de las tramas socioculturales donde participan los objetos y desde las cuales quedan trazadas las huellas que el arqueólogo puede observar. Ahora cabe conceptuar, a la luz de las posiciones examinadas, algunos rasgos fundamentales de tales tramas, participaciones y trazos.

El rastreo de los programas de investigación elaborados en la arqueología procesual hasta un momento situado en torno a 1982 ha esquematizado tres concepciones de la secuencia elemental que desembocaría en el registro arqueológico, cada una de las cuales supone

una justificación distinta de la escasa relevancia otorgada a las nociones en la práctica y, como consecuencia de ello, en la conformación de la cultura material y sus pautas. La primera, asociada a Binford, centra su interés en la estructura adaptativa de los sistemas culturales y afronta el registro como una plasmación de su organización, operando las conductas como el evidente y necesario eslabón de enlace y resultando las ideas, con respecto a aquéllas, o bien un componente implícito – concebido, por tanto, con idéntica misión de vínculo – o bien una racionalización – tan desligada de la práctica de las cosas como supuestamente lo estarían las teorías científicas y, sin embargo, carente del método y la distancia de éstas –. La segunda, extraída de la síntesis programática escrita por Watson, LeBlanc y Redman (1974 [1971]), entiende los sistemas culturales como un conjunto de pautas de comportamiento interconectadas, con un sentido igualmente adaptativo, y el registro como reflejo de ellas. Desde esta perspectiva – menos morfológica que la anterior y, por tanto, potencialmente más abierta a la multilinealidad del cambio histórico –, las nociones pretéritas, en tanto que modelos mentales de los patrones observables, están perdidas para el arqueólogo salvo en la medida que se hubieran convertido en conductas reales; de este modo, la relación entre nociones y acciones en el ámbito social se enfoca – en el mejor de los casos – como un problema de ajuste entre normas y comportamientos, el cual aparece enmarcado y es sobrepasado por las funciones de las regularidades comportamentales en la organización global. Por último, en la concepción representada por Schiffer, que constituye una elaboración y reconducción de la precedente, el concepto de decisión se introduce en el de pauta, convirtiendo éstas en un resultado regular de aquéllas y considerando, pues, el registro como el producto de actividades – conjuntos de decisiones – de producción, uso y depósito, así como de las transformaciones culturales y naturales experimentadas por los restos una vez depositados. La cultura desempeña, en este tercer esquema, el papel de transmisora de información y reglas

para su procesamiento, pero, puesto que las decisiones tratan de interpretarse exclusivamente en términos de una descripción objetivamente mensurable de la situación funcional – utilitaria – en que ocurren, no se le reconoce otra influencia que la de un mecanismo neutro de traspaso y soporte.

El replanteamiento que Hodder presentó en *Symbols in action* y fue diversamente cualificado e ilustrado en *Symbolic and structural archaeology* (Hodder [ed.] 1982) estaba orientado a demostrar la posibilidad – o, incluso, la necesidad ineludible – de considerar nociones y símbolos a la hora de abordar el registro, pero no se limitó ni podía limitarse a enfatizar su relevancia en el seno de los esquemas anteriores, dejándolos intactos. En el capítulo 3º hemos resumido la nueva concepción apelando – con el autor británico – a la idea de las acciones como estrategias activas de intervención en un contexto nocional y socialmente configurado, siendo los objetos parte de dicho contexto y, por consiguiente, elementos de dichas acciones. Las implicaciones de esta fórmula con respecto a las procesuales son profundas y, huelga recordarlo, no pasaron desapercibidas en absoluto. En contraste con la atención de Binford a la lógica funcional – orgánica – de la estructura de los sistemas, la aproximación centra su lente en la dinámica de las relaciones sociales. En contraste con la versión de Watson, LeBlanc y Redman, esa dinámica no queda reducida a un cumplimiento más o menos ajustado de las pautas aprendidas, sino que se concibe en términos de estrategia y negociación. Y en contraste con las modificaciones de Schiffer, el sujeto de las estrategias no es ahora un individuo prototípico, con capacidad para evaluar el entorno y conducirse racionalmente de acuerdo con la situación, la experiencia y los medios tecnológicos a su alcance, sino un agente social diferenciado y situado. Las rupturas anteriores son las que, más recientemente, ha reafirmado Brumfiel y, por otro lado, las que quedaron

desdibujadas en *Reading the past* —donde el agente se aproximó a un individuo prototípico que, dotado de una cultura, evalúa su entorno social y se conduce estratégicamente, aplicándola y transformándola—.

Es importante advertir cómo la posibilidad y la pertinencia de interpretar el sentido de los objetos, restos y relaciones espaciales recuperados en excavaciones ha dependido del desplazamiento del escenario teórico hacia la dinámica de las relaciones sociales; este movimiento ha sido subrayado en los capítulos anteriores poniendo el énfasis en el papel que desempeñó la etnoarqueología y, luego, en la introducción de un interés por la naturaleza política de procesos y prácticas. Si las cuestiones que han vertebrado la revisión del debate —¿dejan huella material las nociones?, ¿es relevante interrogarse por ellas?, ¿es posible esclarecer su sentido desde el registro arqueológico?— pudieron recibir respuestas afirmativas fue por el abandono de una atención exclusiva hacia las trayectorias de los sistemas socioculturales y, con ello, la exposición a crítica de las concepciones del comportamiento explícita o implícitamente normativas en que dicha atención se basó.

Aquí adoptamos una respuesta afirmativa con el mismo argumento: un paso necesario para apreciar las cualidades socioculturales de la organización espacial en las viviendas consiste en abandonar dichas concepciones, apelando a una idea más compleja sobre lo que encierra actuar de acuerdo con una norma, e implica incluir en la apreciación las nociones que los moradores hacen públicas —mediante su escenificación y materialización— en ese marco. Conviene, pues, antes de repasar los supuestos que apoyan y orientan la inferencia de significados a partir de la cultura material, caracterizar un modelo con los elementos y relaciones básicos de la visión de la práctica en la que se inscriben.

*La dialéctica social entre acciones, normas y representaciones*

Al decir de Ladislav Holy y Milan Stuchlik (1983: 81-90), las reglas o normas, en tanto que procedimientos estandarizados para la acción, indican o prescriben lo que se ha de hacer o dejar de hacer en un tipo de situación, pero no agotan el conjunto —obviamente indefinido— de las posibles situaciones particulares; es el actor quien, en orden a actuar en una circunstancia concreta, apela a la fórmula que considera apropiado aplicar al caso. Esta descripción elemental del proceso de actuar de acuerdo con una regla tiene dos implicaciones inmediatas. En primer lugar, un actor puede invocar y descartar procederes diferentes para su acción o —si se prefiere— puede tipificar de maneras diversas la situación en que se encuentra a la hora de conducirse en ella; de la misma manera, otros actores pueden considerar apropiadas o inapropiadas tanto las acciones cuanto, en su caso, las tipificaciones de aquél. En segundo lugar, la norma o regla, en el sentido señalado de indicación o prescripción sobre qué hacer o qué no hacer, guarda silencio sobre el para qué hacer o no hacer: la acción persigue obtener un propósito que no se confunde con la norma misma y que establece el propio actor dentro del contexto, la oportunidad y un encadenamiento de metas parciales; como antes, otros actores pueden compartir o no ese propósito. Es por la combinación de ambos principios que diferentes actores pueden actuar en ocasiones diversas de acuerdo con una misma regla y, sin embargo, atendiendo a estrategias distintas, como percibió Bourdieu en los matrimonios cabiles con la prima paralela paterna (Bourdieu 1988 [1987]: 31). Por lo mismo, ocurre también que las normas pueden ver suspendida temporalmente su vigencia ante otras estratégicamente invocadas, como cuando a un jefe toka le sucede, en lugar del hijo de su hermana —lo expresamente establecido—, su propio hijo y ello se apoya en la conveniencia reconocida de que la aldea sea liderada por alguien nacido y crecido en ella, siendo la regla de residencia virilocal

y, a su vez, habiendo preferido los sobrinos instalarse en aldeas no demasiado cercanas a la de su tío (Holy y Stuchlik 1983: 104-105); si un sector pretendiera, en estas circunstancias, mantener la jefatura dentro del grupo matrilineal, defender una norma podría ser su argumento, pero no necesaria o simplemente su meta. Cabría expresar algo más el ejemplo toka y decir que, aun cuando fuera un sobrino del jefe quien accediera a la dignidad y nadie lo cuestionara, ello significaría haber escogido entre los posibles candidatos y, de nuevo, ni el episodio sucesorio podría reducirse al mero cumplimiento de una regla ni distintos episodios acogidos a la misma regla tendrían por qué suponer automáticamente idénticos fines y estrategias.

Adviértase que lo anterior no pone en cuestión la existencia ni la fuerza de las reglas o normas, las cuales pueden mostrar niveles muy variables de detalle y prescripción<sup>36</sup> y, además, referirse a aspectos tan dispares como el matrimonio o la herencia, el cultivo de un campo o el uso de una casa. Lo que sí tiene una importancia fundamental es comprender que esos procedimientos estandarizados, antes que desplegar su influencia motivando automática o mecánicamente las acciones, son invocados para definir y sancionar éstas desde metas no necesariamente iguales o, incluso, encontradas. Ello basta para evidenciar el grado en que su aplicación es un proceso y está sujeta a negociación, esto es: a interpretaciones distintas, divergentes o antagónicas en relación con intereses así mismo distintos, divergentes o antagónicos (Giddens 1987 [1967]: 22).

Cuando se valoran los cursos de acción propios o ajenos con respecto

---

<sup>36</sup> Holy y Stuchlik (1983: 53) señalan la variación en el grado de especificidad o generalidad de las normas; Giddens (1984: 22-23) propone distinguirlas en función de la intensidad o superficialidad de su uso, su carácter tácito o discursivo, su enunciado formalizado o informal y el grado en que son sancionadas.

a una situación, se hace uso de representaciones: tipificar la situación equivale a representarla de una cierta manera; sopesar las ventajas e inconvenientes de una forma de actuar implica manejar alguna representación de lo que sucederá y, muy probablemente, de lo sucedido en otras ocasiones; las negociaciones sobre cuál de los cursos alternativos resulta apropiado y sobre su legitimidad — la vigencia y aplicabilidad de las reglas apeladas — recurren frecuentemente, además, a representaciones acerca de lo que debe o debería ser (Holy y Stuchlik 1983: 99-106). Distinguir todas esas nociones que estamos llamando representaciones de aquéllas que hemos denominado normas puede parecer supérfluo, pues, al obrar en combinación, los límites precisos entre ambas no siempre son fáciles de trazar. Sin embargo, conviene al destino de estas disquisiciones — los objetos y sus configuraciones en tanto que representaciones materiales — subrayar que, si las segundas componen un conocimiento sobre qué hacer y cómo hacerlo, las primeras informan sobre cómo se entiende que son — también cómo han de ser y, más ambiguamente, habrían de ser — las cosas (ibídem: 52); su efecto es enlazar y fijar las categorías con que los actores perciben su medio y a sí mismos<sup>37</sup>. Por supuesto, están sujetas al mismo tipo de negociación — interpretación diversa en relación con intereses diversos — que las normas; y, de nuevo,

---

<sup>37</sup> Holy y Stuchlik (1983: 50-52) han repasado las expresiones que, en la literatura antropológica, resultan paralelas a la de representación y norma; por ejemplo: pautas de conducta y pautas para la conducta, modelos de conducta y modelos para la conducta, saber qué y saber cómo; cabría añadir a la lista la distinción entre cosmovisión y norma (Hodder 1987a: 4). En arqueología, tanto el enfoque funcional como el procesual tendieron a tratar conjuntamente ambas vertientes; así, Taylor (1948, en Alcina 1989: 61) definió la cultura como un conjunto de construcciones mentales o ideas que incluirían las "actitudes, significados, sentimientos, emociones, valores, fines, propósitos, intereses, conocimientos, creencias, relaciones y asociaciones"; Flannery (1973a [1967]: 103) resumió también el normativismo, en este caso críticamente, por tratar "la cultura como un cuerpo de ideas, valores y creencias — las "normas" de un grupo humano". Más recientemente, Giddens (1984: 17-21) ha señalado el aspecto constitutivo y regulador de las reglas, que, no obstante, prefiere abordar de manera integrada.

afirmarlo no cuestiona la fuerza de su influencia, sino que descubre cómo ésta procede de su invocación, tácita o expresa, para interpretar y legitimar situaciones y acciones, no pudiendo, por tanto, resumirse en una motivación simple de la conducta. El concepto de dialéctica recoge bien el carácter de estas interrelaciones, pues subraya cómo las acciones, las normas y las representaciones sociales están mediadas entre sí — antes que mecánica o simplemente causadas —<sup>38</sup>.

La dialéctica entre acciones, normas y representaciones engloba la reflexión que planteara Binford (1983a [1977]: 261; 1983b [1978]: 182) a partir de sus trabajos etnoarqueológicos entre los nunamiut: las categorías que un grupo utiliza para ordenar una realidad no conforman plantillas mentales estáticas sino formas flexibles, dinámicas y contextualmente variables, siendo los comportamientos igualmente flexibles y variables. Pero, lejos de concluir desechando las nociones de la explicación, revela — como lo entendiera Hodder (por ejemplo, 1982c: 11) — el modo en que se hacen intervenir en las prácticas. Se trata de una dialéctica social porque las mediaciones que encierra son formuladas y resueltas por agentes efectiva y variablemente diferenciados por edad, género, etnia, clase o — como añadiera Brumfiel — facción; porque la invocación y contestación de las nociones a la hora de actuar, variando con esas líneas, involucra las relaciones de poder, en el sentido amplio — y susceptible de mayor concreción — de relaciones de autonomía y dependencia entre actores que Giddens (1979: 93) le dio; porque, como se subrayará enseguida, esos procesos y sus resultados conforman el mundo y la experiencia de las personas, las cuales reproducen y alteran uno y otra participando — no pudiendo dejar de participar — en aquéllos. Todo acto con implicaciones

---

<sup>38</sup> Sobre el concepto de mediación, véase Martín Serrano 1977; Shanks y Tilley lo han usado profusamente (véase en especial 1987a: 110, donde lo asocian a nociones como la de "contradicción" bajo el término "dialéctica").

sociales – virtualmente cualquiera – se inscribe en tales redes y mediaciones, con independencia de que se oriente a efectos más técnicos o más expresivos; desde esa óptica, no tiene objeto dirimir los pesos respectivos de lo ideal y lo material sobre la acción siempre que no se olvide la omnipresencia de ambas vertientes (véase en esta misma dirección – aunque siguiendo caminos distintos entre sí – Shanks y Tilley 1987a: 122; 1987b: 127; Wilk 1990: 34-35), pues los movimientos de los agentes presuponen, manejan, persiguen y amalgaman los múltiples elementos en que ellas pueden descomponerse y que ellos encuentran efectivamente amalgamados porque lo están objetivamente como resultado de esos mismos movimientos.

La alusión anterior a lo que los agentes encuentran – inspirada en Bourdieu – introduce un aspecto imprescindible. Para completar el modelo genérico de la práctica, es necesario observar la dialéctica que recoge no sólo como un producto de las operaciones de los agentes, sino también como su origen. La experiencia de las personas – lo que aprenden y ejercitan, lo que hacen y ven – se nutre fundamentalmente de ese continuo recurso a representaciones y normas para tipificar situaciones y legitimar acciones de acuerdo con estrategias diversas; un recurso que, tácita, abierta o incluso dramáticamente contestado, está presente hasta en los actos más cotidianos. Los actores incorporan y revalidan así, como repetidamente ha expuesto e ilustrado Bourdieu, no un mero y cerrado catálogo de nociones-guía, sino un sentido de lo que está en juego y de su posición y expectativas en el campo de juego, a partir del cual desarrollan estrategias. El despliegue de éstas se orienta, al decir del autor francés, a la obtención de capitales simbólicos – prestigio, reconocimiento – y económicos variables y encierra la misma puesta en movimiento de los capitales; implica, en términos de Giddens, la movilización de recursos distributivos y autoritativos desigualmente movilizables por unos y otros, cuyo reparto

es fuente y producto de las relaciones de poder. Ello forma, como se argumentará más adelante, las estructuras de las prácticas.

Es importante subrayar, para no desvirtuar la naturaleza social de todo lo descrito, su dimensión intersubjetiva en tanto que significado mínimo del término "social". Cuando, partiendo de un modelo de toma de decisiones y/o de una visión subjetivista, los mecanismos de la práctica se condensan en la imagen de un sujeto que cuenta con una serie de representaciones y reglas y hace un uso estratégico de ellas para alcanzar unos fines, dicha dimensión queda obviada. La imagen misma no violenta en absoluto la dialéctica descrita, en cuyo seno puede inscribirse claramente; por otro lado, ha servido de base a numerosos análisis de decisiones episódicas e individuales realizados en diversas disciplinas, bien como un fin en sí mismos o bien como vías de aproximación con diferentes metas. Pero, en cualquiera de estos casos, si se extrapola el fotograma del decisor o estratega, elevándolo a modelo capaz de recoger el modo en que las nociones se relacionan con las acciones para reproducirse y transformarse entre sí, el resultado es presentar como subjetivo un proceso intersubjetivo. Ya se otorgue un mayor peso a la noción o a la situación —lo "interior" o lo "exterior", la "mente" o el "ambiente"—, se busque un equilibrio o se mantenga abierta la ponderación para cada circunstancia; ya se deje traslucir una confianza en las posibilidades del individuo o se subrayen las constricciones sobre él; toda la mediación se hace descansar en unos individuos si no solitarios, puesto que unos siempre formarán parte del entorno de los otros, sí extrañamente incomunicados en tanto que literalmente independientes en la elaboración —ya que no aplicación— de sus juicios y proyectos (véase, en esta misma dirección crítica, Shanks y Tilley 1987b: 78 y 97-98). Se asume, evidentemente, una enculturación —probablemente representada como un periodo finito de aprendizaje en el

que se habría roto temporalmente la burbuja<sup>39</sup> — , pero parece subyacer el presupuesto de que aquélla produce individuos competentes, antes que para actuar socialmente, para conducirse a través de la sociedad; se asume también que, al conducirse luego a través de ella, los sujetos obtienen o no metas y modifican sus juicios y proyectos, pero la modificación aparece exclusivamente como reflexión, aunque sea tácita y situada, del propio estratega. En suma: la sociedad es presentada como un entorno de los individuos, antes que como el ámbito donde nociones y metas son puestas en juego, aprendidas, nuevamente puestas en juego y reaprendidas no sólo por ellos, sino también entre ellos<sup>40</sup>. Perder ese carácter intersubjetivo de la dialéctica entre nociones y acciones acarrea amputar o anquilosar el resto de las acepciones e implicaciones del calificativo "social".

Un efecto similar tiene huir del subjetivismo haciendo desaparecer la subjetividad — y la intersubjetividad — de las relaciones sociales. Es el caso de algunos argumentos de Johnson y Earle (1987: 6-7, 320-325) en los que, extrapolando la idea de una decisión objetivamente racional que es constreñida socialmente, se dota al individuo de una racionalidad básica orientada a la subsistencia y una solidaridad igualmente básica para con su

---

<sup>39</sup> Tal vez incluso se reduzca tácitamente el aprendizaje a una comunicación diádica entre un profesor y cada uno de sus alumnos, proyectando así una visión sospechosamente análoga a la que podría inspirarnos la disposición de tarima y pupitres en nuestras aulas.

<sup>40</sup> La concepción de la sociedad como un entorno guarda relación — quizá genética — con lo que el sociólogo Jesús Ibáñez (1994: 64-67) denominó, por contraste con las perspectivas estructural y dialéctica del grupo de discusión y el socioanálisis, la perspectiva distributiva adoptada por las encuestas estadísticas; ella asume un conocimiento y un juicio repartidos diferencialmente de acuerdo con posiciones y dimensiones por aplicar o descubrir y no indaga en los procesos con que son contruidos, abrazados y abandonados. Bourdieu (1990 [1984]: 241) también ha señalado, con referencia a los sondeos de opinión, que los resultados de éstos han de entenderse como el estado de la opinión en un sistema de fuerzas y tensiones que no puede representarse con un porcentaje. (Agradezco a Maribel Jociles que me señalara la pertinencia de estas ideas para una correcto enfoque de las prácticas sociales.)

grupo familiar cercano y, luego, los individuos y sus familias son contrapuestos a una sociedad fuente de limitaciones. Ello esconde, en primer lugar, el modo en que la cultura y la sociedad modelan tales racionalidades y solidaridades, esto es: el modo en que los sujetos, a través de la experiencia de un mundo que es el suyo, se ven inmersos en relaciones de autonomía y dependencia e incorporan esquemas con los que percibirlo y actuar en él. Olvida, en segundo lugar, que las relaciones sociales posibilitan al tiempo que constriñen; sólo el espejismo melancólico de unas familias autónomas y libres puede explicar la omisión de lo evidente: cada una de ellas — y cada uno de sus miembros — es tal y como es porque surge y se desenvuelve en el seno de una red — amplia o reducida, igualitaria o jerarquizada, densa o ligera — de relaciones, en la cual, por otra parte, nacen también los espejismos y sus contrarios con todas sus posibilidades y constricciones. Se identifica, por último, la dominación social con una sociedad que equivale a las actuaciones de otros sujetos dominadores y, por tanto, que es ya por sí misma, al menos con respecto al individuo peor situado, un ente dominador. La idea de lo social como entorno se liga, en suma, a la de la dominación como entorno para llegar a un nuevo extremo: los individuos ni siquiera se conducen ya a través del supuesto paisaje en el que viven, sino a pesar de él.

La dialéctica entre acciones, normas y representaciones constituye la dinámica básica de las relaciones sociales en todos los ámbitos de la práctica; apreciarla no conlleva reducir ni aumentar la fuerza de la cultura y la sociedad sobre las personas, sino reformular los procesos a través de los cuales se despliega y atender a lo que encierran. Una visión centrada en el individuo, ya sea subjetivista u objetivista, la desvirtúa o la hace desaparecer. Una visión normativa simplemente ignora esos procesos que componen la práctica y — lo que es más importante — todo aquello que se moviliza para reducir sus incertidumbres o sacarles partido; centrar el foco

en las implicaciones de la interrelación organizada de los comportamientos sobre la base de ese paso en falso produce un conocimiento parcial y esencialmente erróneo de lo enfocado.

En suma, y volcando ahora sobre la vivienda lo dicho, si concibiéramos el espacio doméstico como el resultado inmediato de un conjunto de representaciones y reglas acerca de su disposición y uso, obviaríamos las apelaciones y contestaciones que, ordinaria o extraordinariamente, se dirigen sobre él desde posiciones distintas y siguiendo estrategias también diversas. Si, construyendo sobre esa concepción incompleta, reuniéramos el corpus de representaciones y reglas sobre la casa vigentes en un grupo determinado y tratáramos de entender su sentido atendiendo exclusivamente a la lógica de su interrelación con independencia de la dialéctica descrita, obtendríamos un panorama estático, tanto más falseado cuanto más se pretendiera dar cuenta del proceso que le dio lugar. Si, quizá huyendo de un normativismo, nos representáramos el proceso en función de los planes urdidos por unos estrategas o de decisiones individuales constreñidas por la sociedad, las conclusiones serían tanto más erróneas cuanto más pretendiéramos proyectar nuestra representación fuera de los límites de un episodio.

### *Las estructuras de las prácticas*

La inspiración de autores como Bourdieu o Giddens ha resultado fundamental en un enfoque que, como el postprocesual, quiere otorgar un protagonismo único al desenvolvimiento de las relaciones sociales — salvando paralelamente con ello la contingencia de la historia y, tal vez, la posibilidad de un presente con las semillas de varios futuros — sin convertirlo en una acumulación aleatoria de luchas o contratos entre partes. El problema es el mismo que denunciara Binford e identificara Jochim ante

la proliferación de estudios orientados a entender la conducta desde los modelos de toma de decisiones: si se desagrega la imagen de un sistema social funcionalmente integrado y normativamente dirigido, se gana una visión más compleja y activa del comportamiento, pero el aspecto organizado y regular de aquél se torna un misterio para quien no se conforme con despejar la incógnita convirtiendo ese aspecto en mera apariencia o casualidad. Su solución, sin embargo, no está fuera de las prácticas socioculturales, sino en ellas.

Una forma postulada de reducir el efecto de aleatoriedad espúreo ha sido recurrir a la cultura en tanto que sistema de ideas recibido e interiorizado con el que enfrentar situaciones, pero si con ello se pretende introducir algo esencialmente distinto a la dialéctica caracterizada en el apartado anterior — quizá un enfoque exclusivamente "distributivo" de la cultura según el cual las decisiones mostrarían consistencia porque cada decisor ha sido enculturado en la misma dirección —, se incurre en los errores que ya han sido señalados. En el supuesto de no pretender tal cosa, el recurso se revela supérfluo: con el concepto abstracto de cultura hacemos referencia a un modo de vida que se concreta en nociones y acciones, pero que no tiene una existencia independiente de ellas; si los modos de vida se aprenden y ejercitan y se reproducen y transforman a través de las prácticas cuya dialéctica hemos intentado modelar, invocar la influencia de aquélla sin nombrar ésta sólo puede ser un atajo lingüístico o un argumento circular, como lo sería apelar a la influencia de la sociedad para explicar el aspecto ordenado de las relaciones sociales. Eso es lo que subraya el concepto de *habitus* elaborado por Bourdieu (1991c [1980]: cap. 3) o, de otro modo, el de *schema* cognitivo (véase Strauss y Quinn 1994; d'Andrade 1995: 147-148); en la misma dirección fluyen los esfuerzos más generales dirigidos a desembarazar el concepto de pauta o regla cultural de su función causal — como cuando se considera explicada una acción por

apelación a una regla de la cual sería consecuencia — sin convertirlo en un efecto más o menos interesante pero prescindible o eliminable — el considerar que representaciones y reglas son resultados superfluos o incluso obstáculos a la hora de explicar la acción — (véase Holy y Stuchlik 1983); y todo ellos contribuyen, por último, a la evaluación crítica de un concepción reificada de la cultura que, alimentada por la propia antropología, sitúa las tradiciones como esencias al margen de la ideología, el poder y el interés (Keesing 1994; véase también Borofsky 1994: 469-474; Hodder 1991b: 32-33).

Otra forma de reducir ese efecto de aleatoriedad ha consistido en atender a presiones de origen externo. No hace falta abrazar una fobia pendular ante lo ambiental — olvidando que una determinada distribución espacial de recursos animales y vegetales, digamos recordando trabajos de Binford, es parte fundamental de lo que está en juego entre los cazadores-recolectores — y tampoco es necesario rechazar el creciente énfasis en los "sistemas mundiales" — olvidando, si lo rechazáramos, la inclusión de un grupo local en redes regionales, nacionales e internacionales —, para defender que la incidencia de tal tipo de fuerzas está mediada por la propia dialéctica de las prácticas que reciben su impacto ocasional o lo incorporan de manera más recurrente; no cabe, pues, reducir la regularidad y organización de éstas a un resultado mecánico o automático de aquéllas, aunque tampoco quepa en absoluto ignorar su presencia ni obviar que fluctúan en origen con independencia total o parcial de la "sub-red" de relaciones donde situemos el punto de observación.

Podría decirse que la regularidad y organización de las prácticas sociales es un efecto de su estructura, pero la frase requiere ser corregida para evitar que quede en tautología o que ésta se disfrace cayendo en reificación. Digamos, en primer lugar, que las prácticas están

estructuradas. Bourdieu (1994: 53-54), subrayando el aspecto relacional que ya Lévi-Strauss (1984a [1952]: 251) enunciara como primera condición cuyo cumplimiento hace de un "modelo" una "estructura", señala que tal propiedad se deriva del hecho de que los agentes ocupan posiciones diferentes en un espacio social multidimensional de acuerdo con la distribución de los distintos capitales que están en juego entre ellos y, así mismo, de la incorporación de esas relaciones y posiciones por parte de los actores. Más adelante, para terminar el capítulo siguiente, nos detendremos en esta idea con objeto de concluir la conceptualización de los espacios domésticos desde una visión del modo en que se inscribe en campos que exceden el ámbito de nuestra exploración. Ahora basta señalar — con Giddens — que la dialéctica social entre nociones y acciones reproduce y produce estructuras de significación, legitimación y dominación; las relaciones de autonomía y dependencia y la distribución de los recursos en que se basan forman — tal como se afirmó arriba — la malla sobre la cual aquélla se despliega y a la cual contribuye.

En segundo lugar, cabe añadir que esas mallas sociales exhiben principios de organización y relaciones de transformación que conforman estructuras en un nivel más abstracto, aunque no menos real (Giddens 1984: 185-188). No se trata de una realidad independiente, porque sólo existe en el curso de las propias acciones, pero sí constituye un dominio aislable con objeto de indagar en su lógica y en las contradicciones que encierre. Giddens (ibídem: 288) se refiere a ello haciendo referencia al análisis de formas institucionalizadas cuyas propiedades se abordan como atributos de los sistemas sociales crónicamente reproducidas, por contraste con el análisis de la conducta estratégica; Brumfiel (1992: 559) ha distinguido también, apoyándose en Giddens, un análisis centrado en sistemas y otro en sujetos, que sería necesario combinar para el estudio de secuencias específicas de cambio. Nada impide, sobre esa base, formular

pronósticos — ya que no verdaderas predicciones — cuyo sentido esté en la comprensión de las relaciones estructurales, sin por ello obviar que las trayectorias pronosticadas dependen de unas prácticas sobredeterminadas ni deslizarse — por emplear la expresión de Bourdieu (1991c [1980]: 70) — del modelo de la realidad en la realidad del modelo.

Nuestra aproximación a la organización espacial de la vivienda no busca concretar estructuras ni pronosticar trayectorias, pero sí proyectar sobre ella estas consideraciones para proponer su enfoque como un elemento estructurado y estructurador de los tipos de relaciones sociales que alberga.

### *La inserción de la cultura material en la dialéctica social*

Cuando la cultura material se aborda desde la óptica de la dialéctica señalada entre nociones y acciones, resulta patente que cuenta con una vertiente expresiva implicada activamente en el proceso. Baste recordar esquemáticamente un par de ilustraciones y apuntar una tercera: dos mujeres lozi, que han aprendido a hacer cerámica en el mismo lugar, elaboran vasijas con estilos distintos como parte del antagonismo entre sus esposos, uno jefe del poblado y el otro, su hermano, líder de una sección enfrentada (Hodder 1982a: 122-124); en los recintos domésticos marakwet tradicionales, algunos desechos producidos por actividades de las mujeres — la ceniza del hogar y la paja y el salvado del grano — y de los hombres — el estiércol del ganado — se depositan separadamente porque — simplificando por mor de brevedad — los primeros se asocian con el poder de lo femenino, al tiempo productivo y peligroso, creencia que a su vez se relaciona con las diversas cualidades atribuidas a los géneros o, más exactamente, con las diversas tensiones sociales que los marakwet condensan y expresan en términos del contraste entre hombres y mujeres (H. Moore 1996 [1986]: 120-123); la organización espacial de nuestras

viviendas expone también nociones acerca de las actividades y ámbitos asociados a los moradores sobre la base de su género y edad y es testigo de su interpretación rutinaria y su contestación cotidiana o extraordinaria.

La pregunta que surge inmediatamente es cómo inferir aquello que expresaban los objetos en el pasado. Si la cuestión se encara directamente desde su vertiente metodológica, parece mostrar dificultades insuperables — ¿cómo reducir la indeterminación de un significado postulado a partir de un significante inánime? — ; no obstante, puesto que todo procedimiento de búsqueda requiere una presunción sobre la naturaleza de lo buscado, lo correcto es atender a uno y otra. Para el arqueólogo — merece la pena repetir de nuevo tan obvia idea adaptándola, ahora, al caso — preguntarse qué significó algo no puede nunca obtener respuesta sin avanzar una teoría acerca de cómo llegan a adquirir sentido las cosas y cómo operan al estar dotadas de él. Las líneas ensayadas con este fin por el grupo postprocesual cartografían para nosotros una dirección básica, establecida ya en la ruta inicial que abrieron, y alguna otra ruta posible. El mapa resultante, que mantiene como trasfondo la concepción de la práctica sintetizada arriba — la cual es claramente afín a algunas de las defendidas en el seno de dicho grupo — , sugiere que las representaciones pueden marcar, a través de su relación compleja con las reglas y las conductas, una huella material; sugiere también que tal huella puede operar en su contexto original como expresión y fuente de las propias representaciones, esto es: como el intento de fijación a través de los objetos de unas categorías sujetas a interpretación y contestación, haciendo, al tiempo, que aquéllos se vean envueltos en la misma dinámica.

La dirección básica apuntada por los arqueólogos postprocesuales es la que surgió del panorama dibujado por la perspectiva vasta de la ideología y su contestación. Como se vio en el capítulo 4º, el procedimiento

genérico que utilizaron en sus ensayos puede descomponerse en tres etapas: identificar pautas significativas en el registro material, analizar o — más comúnmente — bosquejar las líneas maestras del contexto social en el que tuvieron lugar y, luego, interpretar el sentido de aquéllas como una representación ideológica que, por serlo, opera activamente en dicho contexto. La primera etapa asume, como mecanismo por el que las cosas adquieren sentido, lo que Leach (1978 [1976]) llamó la lógica de la conexión de los símbolos: el juego de la metáfora y la metonimia o de las relaciones paradigmáticas y sintagmáticas proyectadas sobre unos elementos que, en virtud de ello, se transfieren significados — los adquieren a través de su posición en la estructura resultante —. Es así que, en el Neolítico de las islas Orcadas, Hodder subrayó la disposición celular de asentamientos y sepulcros como indicio de una asociación establecida entre lo doméstico y lo funerario y, como huella de un contraste con el par anterior, la disposición centralizada de los recintos rituales; en ese conjunto de semejanzas y diferencias incluyó también la pauta centrada que después adoptó el sepulcro de Maes Howe. Es así igualmente que Shanks y Tilley sugirieron, tras detectar estadísticamente en los túmulos neolíticos ingleses y suecos ciertas pautas de agrupamiento diferencial de huesos previamente desarticulados, una probable vinculación — entre otras — de los cuerpos individuales con un cuerpo grupal.

Las dos etapas siguientes del procedimiento tienen que ver con los supuestos acerca de cómo operan las cosas dotadas de sentido; su misión explícita fue englobar el mecanismo elemental de la analogía preguntando por los procesos sociales en cuyo seno es puesto en funcionamiento y huyendo, entonces, de lo que se entendió como un formalismo estéril. Es así que, en el Neolítico Final de las Orcadas, la aparición en el sepulcro de Maes Howe de una pauta centrada, antes reservada a los recintos rituales, se interpreta — tejiendo en la red inferencial otras observaciones

relativas al desarrollo de una sociedad más desigual sobre la zona — en términos de una élite emergente que habría asociado a su propio linaje una centralidad que en el periodo precedente simbolizaría la cohesión y equivalencia de los grupos locales. Es también así que la creciente elaboración y variedad de los ajuares en las tumbas colectivas suecas y su posterior sustitución por inhumaciones individuales con ajuares simples se interpreta como una crisis de legitimación, la cual habría acompañado a los cambios socioeconómicos evidenciados por una mayor dispersión del asentamiento.

Por más que las interpretaciones específicas fueran tentativas, la dirección que marcaron se mantuvo después y, aunque genérica, constituye también nuestro punto de partida. Vale decir que, de acuerdo con él, el sentido de las pautas expresivas intenta obtenerse de su función y su dinámica en tanto que representación ideológica de un orden social — su capacidad de legitimar un orden dado, presentando como universal, coherente, permanente o natural lo que puede ser parcial, conflictivo, fluido o culturalmente arbitrario (Shanks y Tilley 1982: 131-134; Miller y Tilley 1984a: 14) —. Ello define un límite potencial hasta el cual resulta factible concretar los significados que recibieron los objetos en otro tiempo: interpretar la cultura material en términos de representaciones sobre lo social es abordarla desde su perspectiva ideológica<sup>41</sup>. La prudencia aconseja reconocer que tal vía no basta para agotar el abanico de los posibles significados atribuidos a ella, pero conviene advertir, así mismo, la amplitud que cabe darle.

---

<sup>41</sup> La idea de limitar la interpretación a la significación funcional de los símbolos, propuesta por Earle y Preucel (1987: 512) frente al énfasis de Hodder en el "contenido del significado", ha de entenderse ahora — desde la caracterización ensayada — como una reiteración de los planteamientos postprocesuales o, en otro caso, como un intento injustificado de recortar las funciones de los símbolos u obviar su dinámica.

El concepto de ideología, que ya en los primeros trabajos postprocesuales se definió de modo muy comprehensivo, fue luego conquistando el terreno que se le había reservado: se subrayó crecientemente la vertiente en virtud de la cual actúa, al igual que otras representaciones nocionales, enlazando y creando categorías y, con ello, dando forma a los esquemas de percepción y acción de los actores. Ese énfasis aparece en las dos rutas que se siguieron para avanzar en la dirección general indicada arriba: la historia de los sistemas ideas y el campo de la ideología y el poder. Dado que las complejidades específicas de la primera no son directamente relevantes para nuestro caso — que no se orienta al análisis de secuencias históricas sino a la abstracción a partir de ellas — y dado que, al menos tras *The domestication of Europe* (Hodder 1990a), en el resto de las cuestiones no se contrapone con la segunda, nos limitaremos a ésta.

El estudio de la ideología y el poder se interesó por el papel de aquélla principalmente desde la óptica de la dominación; no obstante, como se vio en el capítulo 4º, se hizo experimentar a ambos conceptos una ampliación de su campo semántico, señalando su penetración en los ámbitos más cotidianos. Se partió de que lo ideológico se refiere, antes que a un sistema de símbolos sustantivo, a la movilización de tal tipo de sistemas para reproducir conflictos de intereses en beneficio de una clase dirigente (Miller y Tilley 1984a: 13-14) o, en otras palabras, para legitimar intereses sectoriales de grupos hegemónicos (Giddens 1979: 187-188); y se asumió que los discursos ideológicos — como indicara Clifford Geertz (1988b [1964]) y recogiera Giddens (1979: 192) — se construyen mediante los mismos tropos que cualquier otro discurso, los cuales apelan, en última instancia, a la transferencia analógica de significados. Sobre esta base, una vez que el concepto de poder es extendido a todo tipo de acciones y relaciones sociales, convirtiéndolo en un componente básico de la cualidad

de agente y de la práctica, los posibles "grupos hegemónicos" se multiplican y diversifican —aunque no dejen de estar conectados en una red de dominación más o menos densa y elástica— y cualquier representación cultural exhibe, como parte de su operación y utilizando los mecanismos de transferencia acostumbrados, dimensiones ideológicas. Lo ideológico se convierte, entonces, en "una forma de práctica significativa que actúa constituyendo a los sujetos, de una manera específica y en circunstancias específicas, para reproducir, más que transformar, la totalidad social" (Shanks y Tilley 1987b: 75; traducción nuestra); una vertiente que, encaminada a mantener un orden, está potencialmente presente en toda representación material.

Como se recordará, Bourdieu denominó *habitus* a los esquemas de percepción y acción que son producto y fuente de las representaciones e insistió en el proceso de su incorporación a través de la experiencia del mundo social —incluyendo la de la vivienda (véase Bourdieu 1991a [1970])—. La perspectiva de esa experiencia ha sido, de hecho, adoptada expresamente en diversos trabajos arqueológicos postprocesuales y parece estar dando lugar a un camino complementario para interpretar, manteniendo la dirección básica señalada, los símbolos materiales. El sentido de las pautas expresivas sigue obteniéndose de sus capacidades en tanto que plasmación de las representaciones del mundo social, pero ahora se enfatiza cómo conforman el mundo de los actores y a ellos mismos y se busca captar esa forma y su construcción.

Más arriba quedó dicho que, para apreciar qué es lo que está en juego en la vivienda, es necesario romper con la concepción normativa de la conducta e incluir las nociones que se hacen públicas y se materializan en el espacio doméstico. Una vez caracterizado un modelo de la práctica basado en la dialéctica social entre acciones, normas y representaciones,

ahora hay que añadir el supuesto de que aquellas nociones objetivadas constituyen primariamente representaciones que, sujetas a interpretaciones diversas y formando parte de la experiencia de los agentes, sostienen un cierto orden social y son, en esa medida, ideológicas; su operación ha de entenderse en términos de la constitución estructurada y estructuradora de categorías sociales mediante los mecanismos combinatorios de la analogía.

Recientemente, en el comentario a un artículo de Adam Smith y Nicholas David (1995), Jérôme Monnet (1995: 461) apuntaba que los autores, aunque decían enfocar el estudio histórico de un antiguo conjunto doméstico de Sukur, en Nigeria, como una inscripción material de relaciones sociales que recibe significados "a través de la negociación y la lucha", no mostraban tal negociación o lucha ni su participación; afortunadamente —añadía— el trabajo no se limitaba a eso y sí sacaba a la luz las estructuras de reificación y legitimación del poder a través del espacio. Los firmantes del trabajo respondían señalando, entre otras cosas, la dificultad de detallar tal proceso mediante la suma de noticias históricas y el estudio de unos edificios sólo parcialmente en uso y recordaban, no obstante, sus esfuerzos por superarla. Tanto el comentario de Monnet como la respuesta y la propia investigación de Smith y David resultan relevantes, ahora, para subrayar finalmente el papel que desempeñan las concepciones acerca de la relación entre acciones, normas y representaciones a la hora de considerar la cultura material. Especialmente en el caso del arqueólogo, aunque no únicamente, las estrategias y las negociaciones no se ven, sino que han de inferirse; esto, que sin un caso concreto por discutir resulta una obviedad, da pie a una idea algo más sagaz, si bien no menos patente en un número creciente de publicaciones con base arqueológica: los conceptos de estrategia y negociación operan generalmente como el supuesto que explica por qué una estructura de poder —por ceñirnos al caso— necesita ser reificada y legitimada y se hacen

presentes, con mayor riesgo inferencial, como el contrapunto globalmente invisible, aunque reconstruible, que permite entender el sentido y la trayectoria de su expresión materializada. Se trata, en definitiva, de una construcción teórica —una representación— que se proyecta sobre los objetos y sus conexiones espaciales para interpretarlos, esto es: para observarlos como una huella de lo que aquélla recoge.

### **LAS TEORÍAS SOBRE PAUTAS MATERIALES: EL ESPACIO DOMÉSTICO COMO CATEGORÍA GENERAL**

"Casa" o "vivienda" es uno de tantos términos de uso cotidiano que, confrontado con la diversidad cultural y empleado para indagar en ella, se torna difícil de aplicar. Pensar en la vivienda como una categoría válida para la descripción y la interpretación de cosas y aspectos tan dispares como —digamos— el toldo de patagones y onas y la casa larga de los iroqueses o la identidad étnica y las relaciones de género, supone una labor de abstracción tal que se corre el riesgo de acabar reflexionando sobre algo que no existe como tal. Con ese problema se topa la construcción o el uso de cualquier concepto con unas pretensiones de validez algo más amplias que el aquí y ahora o el allí y entonces. El horizonte trazado en los apartados anteriores —una dialéctica estructurada entre nociones y acciones en la que el espacio aparece primariamente como fuente y destino de representaciones— establece el tipo de proceso que nos interesa ver actuar en la organización de la vivienda, pero, al abordarlo como un fenómeno único y obviar diferencias socioculturales evidentes, su análisis ha de empezar por preguntarse, haciendo suya la duda que Hodder (1994: 73) ha expresado acerca de la cultura material y recogiendo algunos de los aspectos discutidos en los capítulos anteriores, en qué términos puede formularse una interpretación sobre el espacio doméstico como una categoría general.

Si cabe definir la base empírica de la arqueología como compuesta por restos materiales que para el arqueólogo conforman indicios —esto es: fenómenos que permiten inferir la existencia de otros—, entonces cabría decir que el propósito de una teoría dedicada a una clase de tales indicios es apoyar las inferencias por realizar a partir de ellos mediante la indagación sobre la clase de fenómenos que los pueden haber producido. Ése fue el objetivo amplio de las investigaciones etnoarqueológicas y experimentales cuyos programas y conclusiones han sido analizados más arriba a través de los escritos de Binford, Schiffer y Hodder (véase el capítulo 3º). Ése es también el sentido de una teorización centrada en la organización espacial de las viviendas.

Las disensiones entre unos y otros autores acerca de los supuestos y las direcciones de aquellos programas sacaron a la luz varios aspectos relevantes para la construcción teórica que en este momento bastará recordar con rapidez, resumiéndolos en tres puntos. En primer lugar, se señaló —contra Schiffer— que constatar la conjunción regular de dos fenómenos, tales como un tipo de conducta y un tipo de pauta material, al no profundizar en la naturaleza de su relación, resulta en una teoría insuficiente o, más rotundamente, no resulta en una teoría. En segundo lugar, se apreció —frente al enfoque de alcance medio defendido por Binford— que las pautas arqueológicas —al menos las que no resultan de transformaciones físicas y químicas experimentadas por los objetos— no deben considerarse, para interpretarlas con provecho, una combinación de los subproductos materiales de actividades pretéritas, a la manera de huellas colaterales con las que operar como índices espontáneos elementales libres de todo sesgo no estrictamente conductual, sino una impronta del modo sesgado con que los objetos participan en actividades de producción, uso, reuso, depósito, etc. En tercer lugar, una perspectiva menos autolimitada de la dinámica del comportamiento mostró —contra

Binford y Schiffer — que esa participación cuenta con vertientes sociales y simbólicas capaces de dar forma a las pautas mismas, revelándolas como índices intencionados — signos —, si bien esto no tiene por qué restringir la inferencia al mensaje pretendidamente emitido, pues su emisión y recepción serán al tiempo indicio espontáneo de otros fenómenos cuya identificación, además, suele constituir — como se ha visto en los trabajos del grupo postprocesual — la base para descifrar aquél.

En conjunto, los tres puntos anteriores señalan la orientación general que ha de adoptar una teorización sobre la vivienda para acercarse a la meta apuntada arriba: ha de indagar en el modo con que su organización se ve involucrada en procesos sociales y culturales de forma tal que las conclusiones obtenidas permitan abordar las configuraciones materiales a que da lugar la primera como un indicio del carácter y el sentido de los segundos.

### *Teorías generales y contextos particulares*

Los problemas internos y externos ocasionados por la apertura de una arqueología simbólica han traído al primer plano cuestiones que, sin embargo, no son exclusivas de la interpretación de símbolos en el registro. Tres de ellas, ya revisadas en los capítulos precedentes y apoyadas en la filosofía postpositivista de la ciencia, resultan relevantes ahora para delimitar formalmente el alcance y el papel de la teorización que nos ocupa.

Una primera tiene que ver con el sesgo de las teorías mismas: la eventual fiabilidad de las tesis relativas a la interpretación de una clase de pautas no descansa en una pretendida objetividad independiente, alcanzada mediante observaciones etnoarqueológicas o etnográficas con acceso a las

dinámicas responsables de su formación, sino en los argumentos que relacionan tales observaciones con otras teorías y supuestos y se apoyan en ese entrelazamiento. Dejando de lado las constricciones y posibilidades procedentes de su carácter paradigmático amplio, ello implica que sus resultados, antes que herramientas utilizables como indicadores neutros, cuentan con un marco de referencia cuya corrección y pertinencia ha de evaluarse, tanto en general —claro está— cuanto en el caso de la investigación particular, para poder ser aplicados. Una teoría aborda determinados aspectos de la realidad aislándolos sobre la base de algún criterio y es éste el que en primera instancia define su utilidad y orienta su uso; establecer justificadamente ese criterio constituye entonces, desde la perspectiva de la construcción teórica, un paso fundamental.

La idea anterior conduce a una segunda cuestión, tal vez chocante cuando se piensa en la función que suele asignarse a las investigaciones etnoarqueológicas, pero clave: la imposibilidad de fijar en una teoría la interpretación de una clase compleja de pautas materiales hasta el punto de hacerla equivaler a una predicción. Aislar aspectos y dimensiones de la realidad fenoménica supone protegerlos de interferencias que, sin embargo, nunca dejarán de darse cuando son reintegrados a ella; por tal razón, autores como Bhaskar han insistido, desde la filosofía de la ciencia, en romper la equivalencia entre explicación y predicción expresamente subrayada por algunos modelos lógicos, los mismos a los que apeló en su momento la nueva arqueología. En los capítulos 3º y 4º se aludió ya al sentido de esa ruptura. Aplicada a la teorización sobre una clase de pautas, implica que, en dicha tarea, la búsqueda de indicadores o predictores empíricos estables no debe ser un fin por sí misma. No se trata ya de que constatar la conjunción de procesos y pautas suponga una condición insuficiente para formular una teoría, en la medida que sólo produce una generalización sin explicar; el asunto es que tampoco constituye una

condición necesaria fuera de una situación cerrada análoga a un laboratorio (Bhaskar 1978; Sayer 1992: 122-125). Ciertamente, las teorías en las ciencias sociales construyen mediante la abstracción tal tipo de situaciones, pero entonces tanto su contrastación cuanto la predicción que impliquen lógicamente se realizan y son válidas en el mismo nivel abstracto, no en el puramente fenoménico; el que este hecho pueda servir para mantener afirmaciones erróneas y el que éstas sólo se corrijan mediante un ir y venir crítico entre los constructos teóricos y los factuales no parece algo que deba sorprender por su novedad. En suma —y repitiendo una idea ya señalada—: la función de las teorías, y entre ellas las referidas a clases de pautas materiales, no consiste en predecir fenómenos, sino en profundizar en las fuerzas y relaciones que los dan lugar.

Esto desemboca en una tercera y última cuestión, también apuntada ya más arriba (véase el capítulo 4º): los estudios centrados en contextos histórica y culturalmente particulares —incluidos los arqueológicos— se revelan como integradores y generadores de fórmulas teóricas, antes que como meros combinadores y consumidores. Por un lado, porque las teorías, admitida su dependencia con respecto a un nivel de abstracción, carecen de capacidad para resolver por sí mismas un complejo de pautas empíricas; su papel es posibilitar, enriquecer y criticar interpretaciones concretas, no suplantarse el proceso de elaboración de éstas. Por otro lado, porque los resultados obtenidos de su aplicación y las dificultades que presente y correcciones que exija han de incorporarse a la propia teoría.

Nuestra aproximación conceptual a la organización del espacio doméstico busca caracterizar una perspectiva, antes que estrictamente construir una teoría. Su sentido y eventual utilidad viene dada, no obstante, por las tres cuestiones anteriores: el aislamiento de una clase de fenómenos, la profundización en las fuerzas y relaciones que les dan forma

y –de manera evidente en este caso– la apertura de modos de abordar su interpretación en contextos particulares, necesariamente más complejos y múltiples, antes que la sustitución de ésta.

### *Teorías comparativas*

Apelar a la especificidad de toda cultura o a la contingencia de toda historia para excluir *a priori* la posibilidad de todo trabajo comparativo constituiría un recurso argumental tan pobre como temerario resultaría emprender dicho trabajo sin atender a tales especificidades y contingencias. Cualquier concepto o teoría se basa implícita o explícitamente en una comparación que, particularmente en las disciplinas antropológicas –aunque no exclusivamente en ellas–, supone atravesar las fronteras de horizontes culturales diversos y entraña el riesgo de distorsionar la función o el significado de aquello que trata de englobar y explicar; pero la posible distorsión ha de medirse atendiendo al sentido y los límites de la homologación comparativa, establecidos por los criterios con los cuales –como se señaló en la primera de las tres puntualizaciones anteriores– se aísla una clase de fenómenos.

En la investigación transcultural de los procesos que dan lugar a las pautas observables en el registro arqueológico, cabe distinguir dos procedimientos básicos de abstracción y comparación, que se corresponden aproximadamente con lo que Sayer (1992: 86-103), desde una reflexión metodológica referida a todo el campo de las ciencias sociales, ha denominado generalización y abstracción estructural o lo que Holy (1987: 9-12) ha valorado, desde una antropología interpretativista, como la comparación para establecer correlaciones entre casos y para facilitar la descripción de nuevos casos. Una opera aislando un conjunto de dimensiones relevantes, con el fin de alcanzar, apoyándose en la

observación de sus variaciones y combinaciones, conclusiones sobre la dirección y el grado de la incidencia de aquéllas sobre la clase de pautas en cuestión; se busca, así, explicar las diferencias dentro de la clase y, eventualmente, elaborar una taxonomía. La otra — la que aquí se seguirá — aísla la clase misma como un objeto o fenómeno compuesto para preguntarse por las relaciones internas que alberga y la manera en que es construido; lo que se busca, entonces, es explicar los mecanismos comunes que, sometidos a fuerzas diversas en contextos distintos, generan las diferencias. Una vez admitido que la conjunción regular de una serie de variables no constituye una base empírica suficiente ni necesaria para afirmar una teoría, ambas formas deberían resultar complementarias antes que opuestas, pero no obstante parten de planteamientos diferentes: la primera asume que la dinámica que liga las variables es transparente o suficientemente conocida y, por tanto, se centra en los factores que inciden sobre ella, mientras que la segunda define como problema la dinámica misma.

Esta distinción epistemológica pone fin a la enumeración y justificación de las bases sobre las que se apoya nuestro acercamiento a los espacios domésticos: el objetivo es entender el significado y la construcción sociales de un fenómeno desgajado de su contexto particular al modo de un complejo de relaciones — la diferenciación de ámbitos y su significación social, como se argumentará en el capítulo siguiente — con el fin de facilitar, desde los límites de su grado de abstracción, la interpretación de viviendas concretas. Al no bastar para ello la reunión de un *corpus* morfológico de residencias y grupos residentes, la muestra que ilustrará y acompañará las definiciones y discusiones conceptuales evidencia un sesgo hacia edificios occidentales o en proceso de occidentalización; las conclusiones pretenden, por su generalidad, una validez universal, pero, en sentido estricto, quedarán tanto más en suspenso cuanto más se aleje un

caso de los efectivamente considerados.

## CAPÍTULO 6

### LA DIFERENCIACIÓN DE ÁMBITOS Y EL USO DEL ESPACIO

El punto de partida de una conceptualización sobre la organización espacial de las viviendas en tanto que proceso sociocultural viene constituido por una morfología con la que seleccionar y describir sus cualidades. Este paso no carece de implicaciones, pues —como es sabido— la descripción conlleva interpretación: supone centrar la atención en una serie de atributos dentro del conjunto de los potenciales, razonando su pertinencia. Dado que se aborda el tema desde su vertiente antropológica y con un alcance transcultural, la pertinencia de los descriptores morfológicos seleccionados descansa en su valor de puente entre pautas espaciales y procesos socioculturales y en su generalidad.

El atributo morfológico primario del espacio doméstico —lo que nos permite hablar de él en términos de organización— es la *diferenciación de ámbitos* que se instituye en su seno. Habitaciones separadas para estar, comer, cocinar, dormir y asearse; sectores para cada familia nuclear dentro de una casa común; áreas asociadas a la mujer y al hombre; regiones abiertas al visitante y regiones cerradas; zonas donde honrar a los antepasados y zonas en las que detener al espíritu hostil —vaya acompañado o no de un cuerpo—; la misma individualización de la vivienda con respecto a un exterior; todo ello son ejemplos de la distinción y categorización de ámbitos. La literatura relativa al tema permite discriminar en este denominador común tres facetas enlazadas a través de las cuales se hace efectivo: las *asignaciones*, los *delimitadores* y los

*derechos de acceso*. Las primeras se refieren a la adjudicación de un ámbito a determinadas actividades y/o personas; los segundos aluden al tipo de demarcación que lo separa y diferencia de otros, desde una pared hasta un cambio en el nivel del suelo, una cierta disposición del mobiliario o –en el caso de una delimitación temporal– un cierto horario de uso más o menos planificado; y los últimos al código que regula quiénes pueden acceder a él, en qué medida y en qué circunstancias. Aún hay que añadir a lo precedente las cualidades que se derivan de las relaciones espaciales entre los propios ámbitos: sus *posiciones relativas*, que se manifiestan en variables tales como la proximidad, la inclusión o la geometría que dibujan, y sus *conexiones* o comunicaciones. En conjunto, estas dimensiones describen la configuración de la vivienda y, como se verá, cabe entender que conforman los soportes fundamentales en torno a los cuales se articulan las prácticas espaciales en ella.

De acuerdo con el marco construido en el capítulo anterior, el análisis de la morfología bosquejada se dirigirá a apreciar la dinámica de su participación en procesos socioculturales domésticos a través de una abstracción de carácter estructural. El fenómeno de la diferenciación de ámbitos y su significación social constituirá el aspecto por aislar y, por tanto, el criterio homologador sobre cuya base obviar las particularidades de cada contexto; el primer apartado de los que siguen está dedicado a establecer su sentido. Conviene subrayar que esto supone, además del filtrado y la orientación hacia dicho fenómeno de las interpretaciones que aportan los escritos etnográficos manejados, convertir en entorno –en el sentido de fuente no examinada de variedad– todo lo situado fuera de los límites de la vivienda. Tal reducción sacrifica, sin duda, gran parte de la red de factores que inciden sobre la casa, pero permitirá, a cambio, identificar en los elementos y relaciones abstraídos una dinámica propia, relativa al régimen de uso y encargada de mediar entre lo social y lo

espacial en la escala doméstica; la introducción en ese marco de los descriptores morfológicos arquitectónicos y la fundamentación y caracterización de la dinámica a la luz de la dialéctica entre acciones, normas y representaciones ocupa las páginas del segundo grupo de apartados. Sólo después, para terminar, se apuntará la inserción de esta última en otras dialécticas con objeto de evitar el reduccionismo que la elevación de la casa a universo puede provocar en la consideración de los cambios de su organización espacial.

### **LA DIFERENCIACIÓN DE ÁMBITOS Y LA MORFOLOGÍA SOCIAL**

La diferenciación relativa de ámbitos asignados a determinadas personas y actividades es la cualidad que da pie a todo el juego de accesos, delimitadores y posiciones experimentado por quien se sitúa y se mueve en el espacio doméstico. Conceptuar adecuadamente su sentido supone, por esa razón, no ya abordar una vertiente del tema, sino responder inicialmente a la pregunta de qué aspectos y procesos envuelven su organización y cómo operan sobre ella. Este apartado trata de alcanzar tal meta sobrevolando el camino que abrió la tradición sociológica-antropológica francesa con el norte puesto en la noción de morfología social y su expresión espacial. La indagación se centra, pues, en escritos de Émile Durkheim, Marcel Mauss y Claude Lévi-Strauss y se completa con las tesis contenidas en los de Pierre Bourdieu, las cuales – incorporadas ya en páginas precedentes – nos guiarán para superar la tentación estática de una aproximación morfológica; las ideas establecidas en el capítulo anterior son desarrolladas, de este modo, con objeto de iluminar la naturaleza de las relaciones entre espacio y sociedad en la escala de la vivienda.

*Espacio y sociedad: la tradición sociológica-antropológica francesa*

"El origen primero de todo proceso social de cierta importancia debe buscarse en la constitución del medio social interno" (Durkheim 1987 [1895]: 123); así rezaba una de las reglas del método sociológico, concretamente una de las situadas entre las relativas a la explicación. Ese medio interno que recoge el enunciado de la regla era identificado con las características morfológicas del agregado social, de las cuales dependería su fisiología y con las cuales ésta habría de mantener coherencia para no ser considerada, por el diagnosticador y reformador de la sociedad que quiso ser Émile Durkheim, patológica. A su juicio, dos propiedades de dicho medio serían susceptibles de incidir sobre el curso de los procesos y constituir una *morfología social*: el volumen y la densidad. Apoyándose en una argumentación de carácter evolutivo no muy distinta de la que décadas después desarrollaría Service (1962), el autor consideraba que toda sociedad puede describirse y clasificarse atendiendo al número de unidades que la componen —las cuales habrían formado sociedades del todo independientes en etapas anteriores— y al grado de coalescencia de los segmentos en el conjunto (Durkheim 1987 [1895]: 98-102). Esta última propiedad, de orden "moral", tendría una expresión material y, por tanto, espacial: si la "densidad dinámica" podía definirse, a igual volumen, en función del número de individuos que mantienen entre sí relaciones morales —no sólo comerciales— y viven una vida común, la "densidad material" aludía tanto a la concentración demográfica como al desarrollo de una infraestructura de comunicación y transmisión necesaria para la existencia de tales relaciones; esta vertiente material podría usarse como medida de la dinámica, siempre que se tuviera en cuenta que no existe entre ellas una correspondencia exacta (ibídem: 123-124). Como apuntaba el propio Durkheim, toda esta argumentación referida al medio general de la sociedad era también válida para los grupos contenidos en ella: "Por

ejemplo, según la familia sea más o menos dispersa, más o menos replegada sobre sí misma, será distinta la vida doméstica" (ibídem: 125).

No resulta difícil hacer una extrapolación inicial de estos conceptos al caso de la vivienda. Basta leer "grupo residente" donde dice "sociedad" y tratar, entonces, de definir su medio interno en términos de volumen y densidad, esto es: los segmentos que lo componen —dejando de lado aquí toda connotación evolutiva— y el tipo e intensidad de las relaciones que mantienen internamente y entre sí. La diferenciación de ámbitos adoptaría, desde esta perspectiva, el papel de densidad material y constituiría, por tanto, un índice aproximado de la trama y la urdimbre de la vida doméstica. ¿Cómo se definiría, en el interior de una estructura arquitectónica o de un conjunto delimitado de ellas, la "concentración demográfica" y cuáles serían las "vías de comunicación"? En principio, la asignación de ámbitos a determinados segmentos sería una expresión de su individualidad social y, en la medida que la distancia no resulte ser una dimensión significativa en este contexto, su inclusión dentro de un mismo ámbito contenedor y la forma de delimitarlos y conectarlos en su seno vendrían a suponer una suerte de infraestructura para el mantenimiento de distintas calidades de relaciones sociales. Veríamos surgir, así, el significado social de algunos de los descriptores señalados más arriba: la asignación de ámbitos diferenciados y su proximidad o anidamiento en función de los límites que los diferencian.

La extrapolación anterior no es del todo original. Durkheim había iniciado una línea de investigación que, centrada —entre otras— en la noción de morfología social, continuaría la tradición sociológica-antropológica francesa. Fue Mauss quien la aplicó al medio construido en un trabajo sobre las variaciones estacionales entre los esquimales o inuit y quien alentó con ello el estudio del espacio doméstico en relación con la

sociedad.

La investigación de Mauss sobre las viviendas y los asentamientos inuit (Mauss y Beuchat 1971 [1904-1905]) estaba explícitamente orientada a mostrar, con un caso particularmente acusado, cómo la vida social depende de la morfología – "la masa, la densidad, la forma y la composición de las agrupaciones humanas" (ibídem: 429)– y varía con ella. Cotejando informaciones sobre distintos grupos costeros, desde Groenlandia hasta Alaska, cuya subsistencia se deriva principalmente de los mamíferos marinos, Mauss identificó una morfología dual marcada por una extrema dispersión del asentamiento en verano y una mayor concentración en invierno, la cual se acompaña también de un doble tipo de abrigo: la tienda estival y la casa invernal. Si el segmento social que habita la primera es una familia nuclear, representada materialmente por una lámpara para quemar grasa y una banca o plataforma elevada sobre la que sentarse y acostarse, la segunda es ocupada por varias familias – al menos dos – que forman una nueva unidad, en la que cada una retiene su lámpara y, según las regiones, una plataforma, un compartimiento o un sector de banca separado por tabiques laterales. A ello se añade la existencia de un tipo adicional de estructura en invierno, con un hogar central y en general sin bancas, la cual – entendía Mauss – habría sido característica en el pasado de todos los inuit y en la que se realizan ceremonias comunitarias o pueden dormir los varones. Esta dualidad estacional de la morfología de los grupos domésticos, que no haría sino seguir el ritmo de concentración y dispersión de las oportunidades de caza, tendría como efecto una dualidad paralela en la fisiología social. Para mostrarlo, Mauss repasaba las características de la vida religiosa, las relaciones de parentesco y el régimen de propiedad de los bienes. La restricción estival de todo culto al ámbito privado y doméstico se torna durante el invierno un estado de exaltación religiosa continua de carácter colectivo. La familia nuclear claramente

individualizada del verano se integra en invierno en una unidad más amplia, casi universalmente exógama, formada en gran medida por familias emparentadas y ligada, en cualquier caso, por un tipo particular de parentesco: los *igloq atigit* o parientes de casa; la misma estación o poblado de invierno constituiría una especie de clan –añadía Mauss quizá intrigado por la ausencia de grupos de filiación– que impregnaría a todos sus miembros de una atmósfera familiar y se expresaría a través de la existencia y uso del edificio comunitario y de costumbres tales como el intercambio de pareja en la práctica del sexo. Por lo que se refiere a la propiedad, si en verano los inuit distinguen entre las cosas que pertenecen a los individuos y a la familia, en invierno el régimen familiar se extiende: la casa común pertenece a sus ocupantes y el alimento se reparte entre todos ellos, no teniendo derecho cada unidad a conservarlo en beneficio propio –si bien otras informaciones indican que esto último varía, por ejemplo, con el tipo de presa (Møbjerg 1991: 45)–; a nivel de poblado, el alimento también circula y los objetos muebles individuales y familiares quedan sujetos a un préstamo generalizado. Es tal la insistencia del autor en la dualidad de los "regímenes jurídicos" estacionales, individualista uno y colectivista el otro, que llega incluso a considerar como resultado de una inercia los aspectos que matizan el contraste; así, el que las familias conserven en invierno un espacio y una lámpara propios, además de la libertad de unirse a otro grupo en la siguiente temporada, sería influencia del régimen estival, mientras que, en la tienda, las generosas reglas de hospitalidad o la falta de pudor ante los huéspedes constituirían un resto de la vida colectiva invernal.

El resumen anterior recoge las líneas maestras del argumento de Mauss,

bastante explícitas en el texto original y todavía muy apegadas a Durkheim<sup>42</sup>: la fisiología social depende de la morfología –no de la psicología o el ambiente físico–, de la cual, por su parte, el asentamiento y la vivienda serían expresión material; el nivel de concentración de las estructuras, la ocupación de un mismo edificio o la aparición de sedes sólo parcialmente residenciales estarían, pues, en consonancia con el tamaño de las agrupaciones humanas, el número y tipo de las unidades componentes, la intensidad de sus interacciones y el grado de su integración. No obstante, sería forzar el planteamiento de esta relación concluir que el espacio constituye un indicador –en el sentido de un efecto que para el observador supone un indicio carente de ambigüedad– de la naturaleza del grupo residente; el análisis del caso inuit estaba diseñado para mostrar la importancia fundamental de la morfología a la hora de explicar las formas de la vida social y lo hacía señalando cómo éstas varían con aquélla y con la residencia dentro de un ciclo estacional, pero ni autoriza ni aborda los problemas de la inversión del argumento con el objeto de determinar la composición grupal a partir de la evidencia espacial. Durkheim sí había indicado –como se ha apuntado más arriba– que la correspondencia entre la densidad dinámica y la material no es perfecta y alertaba, incluyendo una reflexión autocrítica sobre su obra *De la división del trabajo social*, de los errores a que se vería abocado el sociólogo que asumiera lo contrario (Durkheim 1987 [1895]: 124 y nota 21)<sup>43</sup>. Cabe suponer que Mauss siguió

---

<sup>42</sup> Mauss no subrayó ruptura alguna de su pensamiento con respecto al de Durkheim, pero se ha señalado una evolución del primero que lo aleja de los dualismos durkheimianos –sociedad-individuo, sociología-psicología– para llevarlo a la visión del "hombre total" (véase Herrero 1992).

<sup>43</sup> Durkheim ilustró la falta de correspondencia entre la densidad material y la dinámica con una discutible comparación de los sistemas de comunicaciones y el grado de integración en los casos inglés y francés: «Esto es lo que sucede en Inglaterra, en donde la densidad material es superior a la de Francia y, sin embargo, la coalescencia de los grupos está mucho menos adelantada, como lo prueba la persistencia del espíritu local y de la vida regional» (Durkheim 1987 [1895]: 124).

en esto, como en otros aspectos, el pensamiento de su maestro, pero, en cualquier caso, el panorama que trazó revelaba, antes que otra cosa, las influencias mutuas y la coherencia general entre lo que más tarde (Mauss 1971 [1927]: nota 2) denominaría las estructuras verdaderamente material –distribución de la población en ciudades, barrios, casas–, social en parte material y en parte moral – los subgrupos componentes, formen o no una unidad espacial– y social puramente moral –la fisiología o actos y representaciones colectivos–.

No obstante, como ya se ha repetido más de una vez a lo largo de estas páginas, el que la relación entre la organización espacial y la del grupo residente no sea, a un nivel mínimo de detalle y en cualquiera de las dos direcciones, predecible –esto es: necesaria y suficiente– en absoluto estorba su pertinencia. La interpretación de Mauss, que seguramente minusvalora la autonomía de las familias dentro de la casa de invierno, sobrevalorándola en la tienda estival, tiene la virtud de poner el énfasis en la densidad de las relaciones sociales a todos los niveles. La separación y la unión de los grupos en varios y un único ámbito contenedor es el modo en que tal dimensión opera en el medio construido inuit, hasta el punto que el autor cree encontrar en el edificio comunitario de carácter ceremonial una prueba del funcionamiento de la estación de invierno como una nueva unidad social por encima de los parientes de casa. Por tanto, si lo observamos desde la enumeración de descriptores adelantada al inicio de este capítulo, el análisis de Mauss se centra en el significado de la diferenciación relativa de los ámbitos en términos de asignación y posición –entendiendo por tal la proximidad y la inclusión dentro de una misma estructura arquitectónica–, contentándose con referencias muy generales a sus delimitadores y regímenes de acceso; y lo hace para afirmar que la composición cambiante de los grupos co-residentes y la intensidad de sus interacciones se expresa en la vivienda y en todos los aspectos de la

dinámica social. Es posible reunir ejemplos etnográficos en los que esta relación entre la morfología social y el grado de diferenciación espacial muestra atributos similares. Pero, antes, será necesario profundizar más en el sentido de dicha relación.

En su célebre trabajo titulado "La noción de estructura en etnología", Claude Lévi-Strauss (1984a [1952]) continuaba el campo de investigación abierto por Durkheim y Mauss acogiendo, bajo el epígrafe "Morfología social o estructuras de grupo", una serie de reflexiones acerca del agrupamiento temporal y espacial de los fenómenos sociales. La relevancia de estudiar la distribución de éstos sobre el mapa y en el tiempo se apoyó señalando que ambas dimensiones constituyen un sistema de referencia, concebido de maneras distintas por sociedades diferentes, con el cual se hace posible "pensar las relaciones sociales, tomadas en conjunto o en forma aislada" (ibídem: 261). Alentaba, luego, la búsqueda de correlaciones entre la configuración espacial de los grupos y las propiedades formales de otros aspectos de su vida. Pero —añadía— tal configuración no será siempre un reflejo especular ni completo de la organización social; en muchos casos representa "un modelo presente en la conciencia indígena, aunque de naturaleza ilusoria y que contradice los hechos" (ibídem: 264). Servían de base a tal afirmación sus propios análisis sobre la disposición de las aldeas de los pueblos indios de la meseta brasileña, en particular los bororo: la organización dual y simétrica de clanes asociados en dos mitades exógamas, que es la que se plasma en el plano tradicional de los asentamientos de estos pueblos al agrupar las chozas por clanes y disponerlas en dos semicírculos, escondería una organización social en tres secciones endógamas y asimétricas (Lévi-Strauss 1984b [1952]); aun más, la incongruencia entre el modelo dual simétrico, geoméricamente diametral, y el modelo ternario asimétrico se habría resuelto por la mediación de un tercer modelo basado en una

representación en dos círculos concéntricos, también plasmada en el plano a través del contraste entre el centro de la aldea y la periferia, el cual sería a la vez dual –por delimitar dos áreas–, asimétrico –porque el círculo interior es superior al exterior en tanto que más cercano al centro– y tripartito –pues la diferenciación del círculo exterior requiere marcar su discontinuidad tanto con el interior como con el espacio que le rodea– (Lévi-Strauss 1984c [1956]).

Que la densidad material no es un indicador preciso de la densidad dinámica de una sociedad ya lo había advertido Durkheim y lo hemos hecho extensivo a la escala doméstica. Que el espacio se clasifica y organiza de acuerdo con categorías sociales lo habían apuntado Durkheim y Mauss (1971 [1903]) al postular que las formas primitivas de clasificar animales, cosas y lugares o puntos cardinales emanaban de la propia morfología social –de la clasificación de los hombres– e influían, a su vez, en la disposición de éstos sobre el suelo; Mauss no dejó de señalar, a este respecto y acerca del caso inuit, cómo la dualidad estacional penetraba en la distinción entre los nacidos en verano y en invierno y prohibía mezclar cosas asociadas a estaciones opuestas (Mauss y Beuchat 1971 [1904-1905]: 407-408). Lo que Lévi-Strauss añade a estas ideas es, primero que nada, una noción más clara de que la clasificación y su plasmación en el plano supone, no una impronta o una emanación, sino una representación de las relaciones sociales; siendo el espacio y el tiempo dos dimensiones necesarias de referencia, la agrupación espacial y temporal de dichas relaciones revela el modo en que son pensadas. Además, y sobre la base anterior, el autor añade que, cuando las representaciones espaciales se integran en un modelo consciente, éste puede contradecir los hechos, pues el objeto de tal tipo de modelos es perpetuar usos y creencias, no revelar sus claves (Lévi-Strauss 1984a [1952]: 253). Pero esta sistematización de las representaciones en modelos no siempre tiene lugar:

muchas sociedades indígenas – escribía Lévi-Strauss (1984d [1956]: 298) contestando algunas críticas sobre su versión de la noción de estructura – habrían optado por proyectar en el espacio un esquema de sus instituciones y, por consiguiente, su análisis nos introduciría en la idea que los indígenas tienen de su estructura social; otras, sin embargo, se mostrarían indiferentes ante el espacio o ante ciertos tipos de espacios y, en este caso, serían las estructuras inconscientes –aquéllas "cuyo carácter sistemático no ha sido percibido por la sociedad estudiada" (Lévi-Strauss 1984a [1952]: 254)– las que invadirían el dominio y se afirmarían en él.

Lo notable del caso bororo proviene de que las categorías sociales ordenan la posición de sus espacios residenciales en la aldea de acuerdo con un modelo geométrico y explícito de planificación. No obstante, si se dejan en suspenso por el momento las implicaciones de este último aspecto, las interpretaciones del autor francés recién subrayadas dan pie a la reflexión sobre algunas cuestiones más elementales y no menos interesantes.

En primer lugar, y dado que el espacio constituye una representación de las relaciones sociales, la diferenciación de las viviendas y su asignación a determinados segmentos supone una cualificación concreta del espacio en términos sociales (véase García 1976: 73) y, al mismo tiempo, una cualificación concreta de la sociedad en términos espaciales. La segmentación de un asentamiento por mitades y por clanes confiere a sus sectores un significado morfológico y, como la otra cara de la misma moneda, al hacerlo otorga a aquellas unidades antes que a otras una realidad cartográfica ostensible, tanto más sobresaliente cuanto que, existiendo también segmentos no basados en una residencia común o aglomerada y carentes incluso de sede, no es la única posible ni resulta necesaria o conveniente en todos los casos. Esto mismo –que no enuncia

sino el principio básico de la co-residencia— cabría decir de la discriminación de ámbitos dentro de las casas. Los espacios interiores adquieren un sentido derivado de las actividades y personas que albergan; a la vez las integran, al situarlas en el plano —esto es: en una malla entretejida con las actividades y personas presentes y ausentes, asignatarias de espacios en escalas y asociaciones distintas—, en una cierta visión de sus relaciones dentro del conjunto o, con los vocablos más añejos que hemos venido usando, en una cierta visión del volumen y la densidad del grupo residente.

En seguida centraremos el guión de estas páginas en la ilustración y desarrollo de la idea anterior; ahora es necesario subrayarla: la distribución interior de las casas, en tanto que diferenciación de ámbitos espaciales, constituye una cierta representación de lo social y ,como evidencian tanto el que no exista una única diferenciación posible cuanto la propia eficacia de las existentes, participa en su construcción. Basta adjetivar dicha representación con el calificativo "cultural" para, además de recalcar su carácter aprendido y potencialmente diverso, convertir la afirmación en una poco sorprendente aplicación al espacio doméstico de una noción más antigua y central en el enfoque etnológico: la de cultura. Que la organización de las viviendas supone una elaboración cultural es algo que ya apreciábamos antes de empezar. Sin embargo, la historia del concepto es larga y sus versiones heterogéneas; en el capítulo anterior se condensó una caracterización de la dialéctica social entre nociones y acciones y quedó señalado cómo interviene la cultura a través de ella. A su luz, decir que las representaciones espaciales participan en la construcción de lo social implica asumir el carácter recibido de la cultura —modelos y pautas para la interpretación y la acción—, pero no otorgarle, sobre tal base, un papel "normativo", permitiendo así que opere como simple antecedente en los enunciados explicativos. La distribución interior de las casas resulta de

una elaboración cultural porque entraña una manera de ordenar, interpretándolas y objetivándolas, las relaciones entre los moradores y entre éstos y sus visitantes y porque, precisamente debido a ello, supone también un medio y un resultado de su (re)definición. Este doble aspecto aparece ya — aun considerándolo su "último trabajo de estructuralista feliz" (Bourdieu 1991c [1980]: 27)— en el conocido estudio de Bourdieu sobre la casa cabil (1991a [1970]); allí, el encadenamiento de oposiciones entre lo seco y lo húmedo, lo alto y lo bajo, la luz y la sombra, el día y la noche, lo masculino y lo femenino, el pundonor del hombre y el honor de la mujer, lo fecundante y lo fecundable, se nos muestra objetivado en la vivienda y en su uso, conformando un sistema de clasificación tangible que inculca y refuerza en los sujetos los principios que materializa y escenifica.

Por consiguiente, y en segundo lugar, no ha de entenderse que la representación espacial de lo social, por el hecho de constituir un proceso de semantización, opera por encima o al margen de las relaciones socioeconómicas. Todo lo contrario: en principio cabe presumir que, al conformar la organización del trabajo, el control de su producto o las pautas de consumo el núcleo probable de la densidad de un grupo residente, constituyen también un aspecto fundamental de lo que se define y redefine a través del espacio. Tampoco debe presuponerse — volviendo así a las aportaciones de Lévi-Strauss— que la organización de una vivienda tendrá, en el caso de estar presente en la conciencia, una "naturaleza ilusoria". Es perfectamente posible que un modelo espacial enmascare realidades; puede, por ejemplo, otorgar al grupo doméstico o a parte de él una relevancia de la que quizá carezca o restársela a otros segmentos que sí la posean. Pero sería un error concebir esta ocultación oponiendo realidad y falsa conciencia para abordar su análisis por separado y, luego, constatar el grado de desajuste. Los ámbitos diferenciados son categorías reales cuyos aspectos ideales y materiales tienen la fuerza de lo

que existe como algo que se encuentra dado y, puesto que existe, como algo que puede transformarse, reforzarse o debilitarse en concurrencia y confrontación con otras fuerzas activas en el contexto de que se trate. Siendo así, centrarse en la lógica geométrica de distintos planos revela — como en efecto se pretendió — operaciones del pensamiento, pero obvia — como tal vez se pretendiera y frecuentemente se hiciera — la dinámica práctica en la que esos planos adquieren sentido y eficacia.

En tercer y último lugar, la relación entre la diferenciación de ámbitos y la morfología social no es la que puede establecerse entre indicador e indicado, sino, antes que nada, la que se predica de un elemento implicado activamente en una "fisiología" socioespacial de la cual lo morfológico sólo constituye una instantánea. Aquélla supone una fuente, un medio y una meta para el participante y, por tanto, un buen indicio de un proceso para el observador.

Una notable investigación etnográfica emprendida por Richard Wilk entre grupos mayas kekchíes de Belice permitirá ilustrar las puntualizaciones anteriores a través de una secuencia de agregación y desagregación de unidades arquitectónicas a medio camino entre el espacio del asentamiento y el de la casa — cuyas fronteras no siempre son fáciles de determinar — ; la fluctuación de estas agrupaciones residenciales en un contexto de cambio y el detalle con que ha sido observada y analizada dan la oportunidad de complementar y enriquecer lo revelado por el estudio de Mauss sobre las oscilaciones cíclicas entre los inuit. Posteriormente, ampliaremos el campo comparativo — centrándolo ya en conjuntos residenciales más compactos que los kekchíes — para resumir tanto las categorías socioculturales que por lo común informan la diferenciación de ámbitos cuanto algunos ensayos de sistematizar las variaciones; en éstos inscribiremos el intento de desentrañar los mecanismos de la diferenciación

misma en el interior de la vivienda.

*Espacio y sociedad en las agrupaciones residenciales kekchíes de Belice*

En el seno de las aldeas kekchíes del distrito de Toledo, la variación de las agrupaciones domésticas se resume en tres formas básicas: unidades independientes, conglomerados compactos y conglomerados laxos (Wilk 1984: 224-228). El primer tipo, constituido normalmente por una sola familia nuclear, se caracteriza por el fuerte carácter cooperativo de todas las tareas dentro de su división por género y edad, por el consumo común diario del alimento y por el uso de una misma vivienda. Los otros dos constituyen agregados de unidades de vivienda físicamente independientes y su composición se acoge a un conjunto abierto de relaciones de parentesco: la familia nuclear paterna más las de hijos y/o hijas, familias de grupos de hermanos o de hermanas, familias ligadas por vínculos parentales distantes o ficticios. En la variante compacta, más propia de agrupaciones patrilocales y uxoriocales, cada unidad residencial estricta tiene sus propios campos de cultivo para consumo y para venta, pero suelen estar adyacentes y los miembros del conglomerado cooperan en las tareas agrícolas, prestándose el maíz libremente; las aves de corral son de propiedad y consumo familiar, mientras que el ganado porcino — que se vende — es conjunto; aunque cada casa tiene su propio hogar y su área de cocina y cada mujer adulta es responsable de la suya, colaboran continuamente en las tareas culinarias y en la atención a los niños y más de la mitad de las comidas semanales se hacen en común. El tipo laxo se caracteriza por un debilitamiento de estos lazos: menor intercambio de trabajo productivo, menor planificación de la producción anual, cuidado y venta separada del ganado porcino, pocas comidas conjuntas que reúnan a todo el grupo y, en fin, una reciprocidad más equilibrada que generalizada. En términos de densidad espacial, el conglomerado compacto sitúa las

viviendas más próximas entre sí y las organiza en torno a un patio o plazuela, mientras que el laxo permite una mayor dispersión y una disposición más errática, hasta el punto que una estructura puede no ser visible desde otra.

Esta clasificación de las agrupaciones domésticas en tres tipos no es utilizada por los propios kekchíes (ibídem: 226), quienes tampoco parecen percibir una tendencia ascendente en el número de conglomerados sobre el de unidades independientes (ibídem: 218), cambio éste vinculado con un proceso — que resumiremos enseguida — de mayor presión sobre la tierra cultivable y mayor orientación de la agricultura hacia el mercado. Las variaciones en el tamaño e integración de los conglomerados pueden ser encajadas fácilmente dentro del abanico de vicisitudes inherentes al ciclo normal de desarrollo del grupo doméstico kekchí tradicional. Este ciclo parte de una familia nuclear alojada en una vivienda que, en un siguiente paso, alberga también a la familia recién creada de un hijo o una hija; esta segunda pareja construye una casa y se traslada a ella cuando tras el nacimiento de su primogénito; la regla más claramente formulada en esta secuencia es la que previene contra los conflictos que con certeza generaría la residencia conjunta de tres generaciones bajo un mismo techo (ibídem: 240). Desde esta perspectiva, una agrupación patrilocal — la preferida aunque no necesariamente la más frecuente —, uxorilocal o mixta no es otra cosa que un grupo de hermanos y/o hermanas que, al ir concluyendo sus periodos de residencia postmarital, han situado sus moradas junto a la de sus padres. Sin embargo, esta aparente continuidad se acompaña, en las relaciones entre las familias emparentadas y agrupadas, de cambios importantes con respecto a aquellas otras que, no careciendo de parientes, operan como unidades más completamente independientes. Las diferencias ya han sido descritas al exponer la tipología. Queda por entender el proceso que, en la interpretación de Wilk, les ha dado lugar.

El autor se basa en la comparación de tres comunidades con distinto grado de presión sobre el suelo cultivable y de dedicación a los cultivos destinados al mercado. Baste señalar, condensando mucho el panorama conformado por estos factores, que, cuando la demografía de una aldea es baja, las milpas se concentran cerca del poblado, beneficiándose de la colaboración comunitaria en las tareas de la roza, la siembra y la cosecha, y, sin embargo, cuando la presión crece, las explotaciones se alejan y diversifican entre sí y el conflicto de sus calendarios y localizaciones estorba la coordinación, convirtiéndola en una carga. El creciente cultivo de arroz y frijol para la venta, que no está sujeto al régimen de trabajo común, supone un ingreso desligado de la comunidad y genera por sí mismo la presión sobre la tierra y sus efectos. Es en estas condiciones que la constitución de un conglomerado de familias empieza a ser ventajosa. Las parejas que encabezan las agrupaciones ven multiplicar sus opciones al contar con un conjunto de varones adultos cuya ayuda puede solicitarse con frecuencia y planificarse y, si la venta de productos agrícolas aumenta, con una concentración de capital invertible en las mismas actividades o en su expansión vertical. Las parejas jóvenes, con hijos ya, que permanecen cerca de sus padres ven alargar su dependencia de éstos, algo que no está exento de tensiones, pues el respeto que el hijo le debe al padre, en una situación patrilocal, o la hija a la madre, en una uxorilocal, se percibe como fuente de desequilibrios que pueden provocar la ruptura; pero, a cambio, reciben seguridad y reducen el trabajo que suponen las bocas extras aún sin edad de contribuir, al tiempo que participan, si es el caso, en explotaciones comerciales que con sus solos medios serían incapaces de iniciar. Por otro lado, estas parejas jóvenes, conscientes de su valor, pueden optar por unirse a una agrupación más laxa, bien ante las potenciales o efectivas tensiones o bien ante la posibilidad de coordinar ciertas labores sin poner en común el dinero y el alimento.

Esta larga glosa de las fuerzas que concurren en la dinámica de los grupos domésticos kekchíes ha sido necesaria para no perder la virtud principal que el trabajo de Wilk buscó explícitamente y ofrece ahora a nuestro objetivo: el constituir una indagación que no se limita a establecer correlaciones con las cuales confirmar o refutar las sugeridas por la discusión teórica previa, sino que se orienta a la detección y explicación contextualizadas de los procesos mismos. Si observamos el caso con la perspectiva de quien coloca su atalaya en la vivienda, el fenómeno se describe como una secuencia de concentración y dispersión de estructuras. La diferenciación de ámbitos —decíamos más arriba— supone una categorización social del espacio singularizado y una categorización espacial de los segmentos sociales a quienes se asigna y de sus relaciones. Es claro que, por lo que se refiere a la primera parte de la afirmación, las zonas ocupadas por un conglomerado kekchí adquieren para ellos un sentido social, al igual que las contenidas por las viviendas individuales que lo integran o por las independientes; esa carga es la que convierte la distancia y la posición de una familia con respecto a otras en una expresión reconocida de las relaciones que mantienen entre sí. Hemos señalado que los kekchíes no usan la clasificación de unidades domésticas construida por el etnógrafo, pero de eso no se sigue que desconozcan los criterios que la articulan. En la comunidad de Aguacate, por ejemplo, un varón de edad madura se quejó de que su hijo hubiera trasladado su casa a unos cien metros de la agrupación que aquél encabezaba; cuando se resolvió la disputa entre padre e hijo, instigada por el talante autocrático del primero e inscrita en las tensiones entre generaciones indicadas antes, el segundo volvió a trasladarse a la plaza de la que se había separado (Wilk 1984: 227). No parece que cien metros puedan imponer por sí solos dificultades insuperables a la cooperación y la reciprocidad; resulta obvio que si un desplazamiento como ése supone una ruptura es porque se reconoce que dicha separación física significa una separación social, como también

ocurre cuando los lazos más débiles de un conglomerado laxo se expresan de manera similar. Pero adviértase que el incidente no sólo pone de manifiesto una cierta semantización social del espacio, sino también, como la otra cara de la moneda, una semantización espacial de las relaciones sociales: si un hijo, para romper o reconciliarse con su padre, actúa desplazándose a otro lugar o volviendo al que ocupaba es porque ambos saben y asumen que el vínculo que mantenían se corta y se reanuda con tales movimientos<sup>44</sup>.

Sería un error hacer equivaler, en esta serie de desplazamientos, la cultura con una tradición por romper, oponiéndola a las estrategias económicas. Hacerlo ocultaría el grado en que los hijos apelan a representaciones sobre la autosuficiencia de una familia nuclear a la hora de separarse; ocultaría el grado en que la apelación del padre al respeto del hijo — otra representación cultural — constituye una sanción de una acción y no el mero apego a una tradición; convertiría en natural lo que sabemos que es construido — por muy obvio que pueda parecer —: el significado otorgado por los kekchíes a la distancia y la disposición de las viviendas. Esa dinámica que integra aspectos económicos, sociales y nocionales da forma a su medio construido.

En el caso kekchí, la diferenciación de la aldea en conglomerados de viviendas con una cierta disposición y una cierta distancia podría ser, para el observador de un plano o una fotografía aérea, un buen indicador de la

---

<sup>44</sup> Por supuesto, no es ajeno a la posibilidad de esta concepción el hecho de que las casas se construyan con materiales vegetales fácilmente accesibles y tengan una duración de unos cinco años, diez a lo sumo si son retechadas y reparadas (Wilk 1983: 103); tampoco lo es que las estructuras se levanten en un par de días con ayuda de la comunidad y sin necesidad de un desembolso monetario (Wilk 1990). La duración prevista, el costo y el valor del inmueble son — como se repetirá más adelante con apoyo en otros trabajos — factores relevantes a la hora de facilitar o desaconsejar cambios y abandonos.

composición y naturaleza variable de sus agrupaciones domésticas. La validez de las inferencias así alcanzadas dependería del hecho de que los kekchíes mismos, a través de sus acciones y asunciones, definen – y, si es preciso, redefinen – la composición y naturaleza de tales grupos en términos de disposición y distancia. ¿Se equivocaría el supuesto observador en su identificación morfológica si no tuviera en cuenta que responde a una fisiología en construcción? No necesariamente, pero perdería su carácter procesal y dinámico; y si, después de congelar la morfología, tratara de devolverle el calor preguntándose qué implica la agrupación y la dispersión de viviendas en –digamos– los grupos campesinos que se abren al mercado, estaría abusando del análisis comparativo al utilizarlo para reemplazar, en lugar de iluminar, la investigación del caso y potencialmente se expondría a tantos más errores cuanto más intentara llevar la interpretación fuera de los límites de una asociación entre presiones y resultados que no ha indagado en la naturaleza, el estado y las interrelaciones efectivas de los elementos mediadores<sup>45</sup>.

### *Algunas dimensiones socioculturales de diferenciación espacial*

La revisión de la casuística revela las categorías sociales que más comúnmente informan la diferenciación de ámbitos en las viviendas y pone de manifiesto una diversidad y una complejidad combinatoria que ahora sólo sistematizamos superficialmente. El sexo y la edad constituyen quizá las categorías más universales, si bien el sentido y la profundidad de las diferencias a que dan lugar son muy variables. Así, es común en el África

---

<sup>45</sup> Es cierto que el eventual uso técnico y político de este tipo de interpretaciones, por parte de cualesquiera y con cualquier meta, exige más rapidez de la que puede ofrecer una comparación basada en estudios nunca suficientemente detenidos de cada situación, pero no hay porqué sublimar este requisito de eficiencia – la eficacia es otra cosa – concibiendo la idea de un indicador probable, si no infalible, basado en una verdad general.

subsahariana la separación de una estructura donde el esposo reside y otras donde las esposas viven, cocinan y duermen independientemente; mientras no superen la edad infantil, niños y niñas compartirán el espacio de la madre y, al crecer, permanecerán con ella las muchachas y sus hermanos pasarán al del padre o, a veces, a estructuras propias (véase, sobre los marakwet, H. Moore 1996 [1986]: 99-109; 1987; sobre los distintos grupos étnicos de Déla, en Camerún, Lyons 1989, 1996; sobre los zulúes, Oswald 1987: 299-321), aunque los jóvenes solteros pueden tener destinadas unidades residenciales del todo separadas, como entre los dogon (Lane 1994: 202-206). El hogan navajo tradicional muestra así mismo, en el suroeste de los Estados Unidos, una división en dos mitades, masculina y femenina (Kent 1982, 1983). Distintas casas rurales y urbanas de las tradiciones englobadas bajo el rótulo de "occidentales" separan, particularmente en los dormitorios o al menos en los arreglos para dormir, a la pareja de sus hijos y a éstos según el género; en caso de no contar con habitaciones suficientes, los niños permanecerán más tiempo con sus padres y los varones adolescentes dormirán en la sala de estar o pieza común (véase, sobre un caso israelí, Shamgar-Handelman y Belkin 1984).

Pero el sexo y la edad se yuxtaponen y combinan de forma significativa con otras categorías. La presencia de huéspedes o visitantes, por ejemplo, suele operar sobre las diferenciaciones basadas en el género, revelando los papeles atribuidos a hombres y mujeres en las relaciones con personas ajenas al grupo residente. La casa achuar, en el oriente ecuatoriano, se organiza en una mitad asignada al esposo y otra, explícitamente conceptuada como femenina, donde convive y duerme todo el grupo, incluido eventualmente aquél; si bien los visitantes de confianza acceden a esta segunda zona, el resto sólo entrará en la masculina (Descola 1986: 158-164). En las viviendas tunecinas contemporáneas, quizá también en las griegas de la Antigüedad, la distinción entre un sector masculino y otro

femenino se superpone igualmente a los ámbitos donde se practica la hospitalidad y se acuerdan negocios diversos y los lugares en los que se desarrolla la vida familiar (Nevett 1994); algo parecido se observa entre los tayikos musulmanes de la antigua Unión Soviética (Dragadze 1981). La idea de la asociación del hombre con lo público y la mujer con lo privado tiende a hacer referencia a una lógica socio-espacial que excluye de la vivienda un mayor número de relaciones masculinas. Así, puede aludirse al carácter femenino que en el pueblo malagueño de Casarabonela se imprime a las casas; ello implica que las interacciones propias del varón tienen lugar en "la calle" —entendida como cualquier rincón del pueblo ajeno al hogar— o, tratándose de profesionales y terratenientes, en despachos bien individualizados (Sánchez Pérez 1990: cap. 4; véase también, sobre los cabiles argelinos, Bourdieu 1991a [1970]: 426ss.). En un asentamiento de pescadores de la costa brasileña de Bahía, los propietarios de barcas pequeñas que faenan cerca de la costa se integran más fuertemente en sus familias y hacen uso de la pieza común de sus casas para la interacción con parientes y amigos, mientras que los asalariados en pesqueros mayores tejen sus redes sociales en bares y otros establecimientos públicos, constituyendo las viviendas un ámbito femenino desde el cual la mujer anuda las suyas (Robben 1989). En los barrios de la ciudad griega de Yerania, las reuniones amistosas tienen lugar a la puerta de las casas, caída la tarde, y son gestionadas por las mujeres, pues con ellas se identifica lo incluido en la esfera doméstica (Hirschon 1981)<sup>46</sup>.

El rango relativo de una persona o conjunto de ellas dentro del grupo

---

<sup>46</sup> Algo similar puede encontrarse en las noches sofocantes del verano manchego, donde, si dos conocidos —por ejemplo, un antropólogo en estancia ocasional y un vecino— quieren sellar una relación independiente de la órbita femenina del vecindario, se levantarán de sus asientos, en la fachada de la casa, e irán al bar.

residente — también superpuesto al sexo y la generación — puede marcarse diferenciando posiciones en el seno del edificio. Así, el interior de la tienda saami o lapona estaba dividido en sectores resultantes de la intersección entre dos divisiones en mitades, una por género y otra por edad, articuladas en torno al hogar central, reservándose al varón cabeza de familia el cuadrante de mayor valor y acomodando a sirvientes y visitantes con los niños, cerca de la puerta principal (Yates 1989; véase también, sobre el *yurt* mongol, Hoppál 1987: 238-239); en las casas tradicionales de los nuu-chah-nulth, en la isla de Vancouver, los hogares de las familias nucleares moradoras se ordenaban espacialmente según una pauta que expresaba su jerarquía, asignando las esquinas traseras a las superiores en la escala, luego las esquinas delanteras y, por último, las paredes laterales y frontal (Marshall 1989: 18-19); lo mismo ocurría entre los haidas, si bien aquí el centro de la pared posterior constituía el ámbito de mayor rango (Whitelaw 1994: 234).

Si la unidad residencial alberga a varias unidades familiares, éstas suelen diferenciarse. Así ocurría en los casos ya referidos de los conglomerados kekchíes y las casas comunes de los inuit durante el invierno o de los nuu-chah-nulth y haidas en la costa noroccidental del continente americano, pero también en las grandes malocas de los tukanos del noroeste de la cuenca amazónica (S. Hugh-Jones 1995; C. Hugh-Jones 1996) o en las agrupaciones de edificios de los shipibo del oriente peruano (Roe y Siegel 1982; Siegel y Roe 1986) y los waiwai y wapisiana de Guyana (Siegel 1987); entre los cayapas o chachis ecuatorianos, la plataforma residencial sólo separa una zona de cocina del área común, pero en ella el hogar puede tener varios sectores u hornillos correspondientes a los núcleos familiares componentes (Alcina 1995: 24, 29). Cuando, en torno al solsticio de invierno, el grupo de familias que forma un campamento de caza cree mistassini, en Canadá, se aloja bajo el mismo

techo, la cabaña se divide en un cuadrante o sector para cada una de ellas y a cada individuo se le asigna un espacio de acuerdo con su sexo y edad: la pareja conyugal se situará en el centro de su ámbito y dispondrá a los hijos a un lado y a las hijas a otro, respectivamente junto a los hijos y las hijas de las dos parejas vecinas, con los más jóvenes próximos a sus padres (Tanner 1991: 26-28). Suele haber en estos casos un espacio común a todos los residentes en el interior o en el exterior, pero también hay grupos residenciales multifamiliares que proveen ámbitos de este tipo para cada unidad. Así, entre los emigrantes a EE.UU. que retornan a Jalisco (México), no es raro que el hijo casado que vive con sus padres tenga asignado, en un segundo piso, un dormitorio que también hace las veces de sala de estar propia (Pader 1993: 131-132); los kurdos de Aliabad reservan a cada familia del grupo doméstico una sala de estar que también servirá de comedor, dormitorio y almacén de pertenencias personales (C. Kramer, en Oswald 1987) y los hausas de Zaria una o dos habitaciones y una plataforma adosada o área de trabajo contigua (F. Schwerdtfeger, en Oswald 1987).

Además de las posibles subunidades familiares, el género, la edad y el rango, cabe añadir, por último, la categoría de especie. Por ella se diferencian en distinto grado tanto los animales de las personas como aquéllos entre sí, teniendo en cuenta también su sexo y edad; no es extraño que la asignación de establos y corrales se combine simbólica y espacialmente con algunas de las dimensiones que definen a las personas. La misma categoría de especie puede acoger a los objetos que, cuando se agrupan en un ámbito propio, conforman un almacén. El almacenamiento es, sobre todo en las viviendas campesinas, un requerimiento espacial tan importante o más que la provisión de lugares donde vivir (Kamp 1993: 296-297) y, por ello, la discriminación de los almacenes sobre la base de su contenido o de sus dueños resulta ser un factor técnico, social y cultural

de peso en la organización del espacio.

Es claro que la diversidad combinatoria de las categorías enumeradas responde a factores distintos: los tabúes en torno al sexo y al cuerpo, la intimidad reconocida y exigida a varias actividades, la concepción y alcance de la división del trabajo y de las interacciones por rango, género y edad, la propiedad común o individualizada de los bienes domésticos, los significados atribuidos a la propia distribución espacial. A ello se suma, por lo que se refiere al edificio mismo, la posibilidad y la conveniencia de construir, derivadas tanto del costo de los materiales y el trabajo<sup>47</sup> como de las expectativas y estrategias de los moradores en los contextos en que están inmersos. No obstante, como se verá a continuación, no han faltado intentos de sistematizar algunas relaciones comunes relevantes.

#### *Algunas aproximaciones a la distinta diferenciación en las viviendas*

Susan Kent, buscando un denominador común cuya variación dé cuenta de la diversidad de diferenciaciones, ha señalado que el universo social y cultural altamente compartimentado de las sociedades complejas se refleja, a través de una conducta igualmente discriminada, en un medio construido segmentado, por contraste con los ambientes de las sociedades dotadas de una organización sociopolítica simple; más concretamente, la autora sostiene que en el seno de tipos socioculturales como las bandas y las tribus las distinciones de rango, género, edad y tarea son más laxas y producen áreas de actividad multifuncionales y poco específicas con respecto a los sujetos de tales actividades, mientras que en el polo ocupado por jefaturas y estados la multiplicación y mayor rigidez de las diferencias resulta en una mayor proporción de áreas especializadas y asignadas por

---

<sup>47</sup> Sobre la estimación arqueológica de tales costos véase Abrams 1994.

clases de personas (Kent 1990a: 5-6; 1990b: 127-129; 1991: 441-442). Así, los navajos subrayan poco la oposición entre hombres y mujeres, tienen una débil división del trabajo e incluso una religión, una concepción de la naturaleza y una moral poco diferenciadas internamente; salvo por la división del *hogan* circular tradicional en una mitad femenina y otra masculina calcada de la del cosmos, carecen de áreas específicas de género y monofuncionales. Ello contrasta con la existencia de un comedor separado, numerosos dormitorios, una cocina femenina, un despacho masculino y unos baños segregados con un usuario principal en las viviendas rurales y urbanas angloamericanas, donde, además de los papeles reservados por género y edad, también se distinguen los alimentos apropiados para cada comida del día, se cuenta con vajillas y cuberterías que prevén toda una variedad de líquidos y sólidos y se ponen y se quitan indumentarias para cada ocasión (Kent 1983: 81-86).

Numerosos ejemplos, además de los reunidos por la autora (véase Kent 1990b), sostienen esta tesis general, que por otra parte congenia con todo un cúmulo de estudios sobre la introducción del orden, la compartimentación y el cierre que habría acompañado a la emergencia del capitalismo desde el siglo XVIII (véase Adams 1993; Deetz 1977; Glassie 1975: 182-193; M. Johnson 1991, 1993; Leone 1984; Pader 1993); no obstante, muchos de ellos, observados con detenimiento, complican la formulación concreta de aquélla. Por ejemplo, la multiplicación de dormitorios, tendente a discriminar su uso por género y edad y alentada en los años 40 por la legislación estadounidense sobre vivienda pública (Pader 1993: 126-127), puede relacionarse en la actualidad con un aumento de la multifuncionalidad: como veremos con algún detalle, la independencia reconocida a los muchachos en el interior de la casa llega a convertir sus habitaciones en apartamentos privados donde, además de dormir, se estudia, se telefona, se reciben amistades y eventualmente se cena

(ibídem: 127); así, la sociedad norteamericana, no menos compleja en los años 30 que en los 90, aumenta la diferenciación espacial doméstica de los moradores, pero reduce la especialización de los ámbitos por actividades —redefine las categorías por plasmar en el plano—. También se ha señalado en los Estados Unidos un cierto énfasis por unir toda la zona "pública" de la casa, el cual se materializó ya en la pérdida de la división entre un salón formal y una sala de estar familiar en torno a los años 50 (ibídem: 120), proceso advertido igualmente en Europa (Brown y Steadman 1991: 412-413; Giuliani 1987: 182-186; Semprini 1993: 149-150) y que parece alcanzar su extremo en los pisos diáfanos que prescinden de casi todo tabique (Giuliani 1987: 193-194); en estos últimos casos, aun manteniéndose una estricta diferenciación espacial o temporal de "ambientes" no marcada con paredes, se busca al menos una unión visual y se rehúye una compartimentación arquitectónica considerada —sobre la base de evidencias ciertas insertas en un argumento un tanto circular— "antigua" y/o propia de personas con escasa "formación". Los matices aportados por estos ejemplos no contradicen las afirmaciones de Kent, las cuales se expresan en términos de proporciones y admiten oscilación, pero sí revelan el grado en que éstas se aproximan a correlaciones dependientes de procesos no analizados<sup>48</sup>.

Más directamente vinculados a la línea de investigación explorada arriba a partir de Durkheim y Mauss estuvieron los estudios orientados a

---

<sup>48</sup> Dado que la autora criticó expresamente ese tipo de correlaciones (véase Kent 1987: 44-45), resulta necesario añadir que su consideración como tales depende de las presunciones acerca de la naturaleza de los supuestos procesos. Kent parece asumir que su trabajo comparativo no incurre en el error porque atiende a la compartimentación de los universos culturales que queda reflejada en la vivienda a través de las conductas; ello se revela insuficiente, sin embargo, cuando —como aquí se viene argumentando— dichos universos se conciben como elementos vinculados dialécticamente a las acciones en contextos estructurados. (Más abajo se hará referencia a estos aspectos de las tesis de Kent con objeto de examinar las relaciones entre arquitectura y uso del espacio.)

examinar, siguiendo un "método morfológico", la estructura de la sociedad a través de la organización espacial (véase García 1976: 112-114), en cuyo campo coincidiría el interés – quizá más anglófono – por la composición y organización de los grupos domésticos (véase, entre muchos otros, los trabajos reunidos en Goody [ed.] 1958 y Netting *et al.* [eds.] 1984), que ha incluido entre sus objetivos el análisis de las relaciones entre las características de tales grupos sociales y las de sus viviendas; en arqueología, esta cuestión alentó algunos trabajos que adoptaron una perspectiva similar a la de la llamada "sociología cerámica": si ésta indagó en las posibilidades y los problemas de inferir reglas de residencia a partir de la distribución de atributos estilísticos cerámicos, la que cabría denominar "sociología arquitectónica" ha tratado de descubrir los matices del grado de ajuste entre el medio construido y el tamaño y composición del grupo familiar para inferir el segundo a partir de la primera (véase Lawrence y Low 1990: 460-465). La investigación etnoarqueológica de los desajustes ha revelado las rigideces del edificio mismo y su proceso de construcción frente a los cambios en las unidades domésticas y la estructura de actividades (véase David 1971; Oswald 1987), así como la necesidad de advertir el valor social con que se haya investido a la vivienda para entender sus atributos (véase Wilk 1983). La propia relación entre morada y moradores fue examinada conceptualmente por Rosalind Hunter-Anderson (1977) a partir de una analogía funcional entre contenedores y viviendas; el modelo que construyó identificaba tres dimensiones relevantes con las que dar cuenta del grado de diferenciación interior de las casas<sup>49</sup>: (1) el número de "aspectos vitales y de rol" que alberga un edificio, (2) la heterogeneidad y simultaneidad de tales aspectos

---

<sup>49</sup> El modelo de Hunter-Anderson estaba dirigido a examinar las implicaciones funcionales de los edificios con planta rectangular y circular, pero, puesto que asoció las primeras a la necesidad de subdivisión interior, resultó también en una reflexión acerca del fenómeno de la diferenciación de ámbitos.

y (3) el volumen de los materiales e instalaciones asociados. Si dejamos en suspenso la tercera variable —la que Oswald (1987: 297) recoge bajo el epígrafe de atributos mecánicos de las actividades—, el modelo hace referencia a los mismos puntos que desarrollaremos en el siguiente apartado. Ahora bien, antes que inscribirlos en un razonamiento funcional y pseudo-evolutivo —un adulto que sólo utiliza un abrigo para descansar y dormir y paulatinamente acoge a otras personas y actividades (Hunter-Anderson 1977: 305-307)— y relegar sus significados al papel de un posible factor por añadir (véase *ibidem*: 307), es fundamental advertir, por un lado, que el número y la heterogeneidad de actividades e identidades sociales y la incompatibilidad de su ejercicio simultáneo en un mismo ámbito constituyen por definición dimensiones dotadas de significación y, por otro lado, que el modelo de su desenvolvimiento no debe alejarse tanto del proceso por abstraer si ha de servir para desentrañarlo.

Conceptuar —como hemos hecho arriba— la diferenciación de ámbitos en términos de una representación de las relaciones sociales entre los moradores de una vivienda se inscribe en la línea temática de los trabajos de Kent y Hunter-Anderson. No obstante, conduce a considerar no tanto el grado de ajuste entre una morfología espacial y otra social o entre el nivel de segmentación y la complejidad sociocultural, cuanto la naturaleza y la dinámica de los vínculos.

### **EL USO DEL ESPACIO Y LA CONSTRUCCIÓN TERRITORIAL DE CATEGORÍAS SOCIALES**

La diferenciación y asignación de ámbitos adquiere sentido y eficacia a través de lo que vamos a denominar el régimen o sistema de exclusividad. Tanto el concepto de exclusividad como la tesis que encierra han sido elaborados por José Luis García (1976, 1983), haciendo confluir

nociones etológicas de territorialidad y teorías antropológicas sobre la semantización. De las primeras extrae el autor la definición del territorio como un espacio que es dominado y defendido sobre la base de la exclusión de ciertos individuos y grupos en contraste con otros; ello permite que la teorización se abstraiga de las formas comportamentales de dominio y defensa, centrándose en las regulaciones del acceso, esto es: los derechos y deberes relativos al uso de un ámbito territorial. Tratándose de un espacio humano y, por tanto, socializado y dotado de significación, las segundas le sirven para aplicar dicha definición al marco social y cultural y desarrollar aquí sus implicaciones.

El interés de estos conceptos estriba en que son capaces de describir en términos de *uso del espacio* las variaciones morfológicas reunidas abigarradamente arriba por referencia a una diferenciación de asignaciones sociales sólo globalmente caracterizada. Aun cuando tal descripción está implícita en todo informe sobre la organización del plano de una casa, sacarla a la luz permitirá conceptualizar —como se anunció arriba— el proceso socio-espacial a través del cual se mantienen y alteran las diferenciaciones mismas.

### *El sistema de exclusividad*

García delimita tres facetas en el juego de la exclusión. La *exclusividad positiva* indica "el sentido de posesión o dominio que corresponde como derecho a las distintas entidades que constituyen una comunidad: individuo, familia, grupo, etc." (García 1976: 29) y remite a lo que cabe entender como una serie de ámbitos territoriales contenidos sucesivamente en ámbitos superiores, de forma paralela a la integración de unos segmentos sociales en otros mayores: la choza —digamos pensando en el caso marakwet (H. Moore 1996 [1986])— de uso exclusivo para la mujer que

se asocia con la de uso masculino y otras estructuras para formar un recinto exclusivo de la familia que, a su vez, forma con otros recintos el territorio de un patrilineaje, el cual se combina nuevamente con otros para dar lugar a la unidad de la aldea. La *exclusividad negativa* hace referencia a "aquellas situaciones territoriales en las que cualquiera de las unidades de exclusividad positiva de un determinado grupo proyecta, bajo alguna normativa, una exclusión territorial de la que son sujetos los restantes grupos o entidades sociales" (García 1976: 29); recoge, pues, el aspecto en que la serie anterior de subconjuntos unidos en varias escalas se muestra como diferenciación de esos mismos subconjuntos con respecto a sus contenedores: la aldea en tanto que excluye a los residentes en otros lugares, el área del patrilineaje en tanto que deja fuera al resto de la aldea, el recinto doméstico en tanto que diferenciado del resto del patrilineaje, etc. Si los ámbitos y los segmentos socio-espaciales se articularan entre sí por yuxtaposición e inclusión, las perspectivas positiva y negativa, una orientada hacia el nivel inferior y la otra hacia el superior, darían cuenta de todas las posibilidades. Pero no es así; los primeros han de dejar zonas abiertas, siquiera en sus intersticios y aunque sólo fuera para paso, y los segundos necesitan interactuar de acuerdo con pautas más complejas que el mero enunciado de la pertenencia. Habrá, entonces, territorios en los cuales los derechos de exclusividad se suspendan, de manera temporal o con vocación duradera, para un grupo determinado. A esta tercera faceta alude la idea de la *negación de la exclusividad*. Cabe definirla como el tipo de relación territorial que mantienen las unidades socio-espaciales horizontalmente consideradas, por contraste con la verticalidad anterior, y, en ese sentido, expresa y da pie a la integración de los componentes de una misma unidad social (ibídem: 81-82) o — puede añadirse — a la interacción o integración de ésta con otras; piénsese, por ejemplo, en los ámbitos domésticos temporal o permanentemente destinados al uso común y conjunto por parte de todos los residentes o en los dedicados a recibir la

visita de distintas categorías de personas ajenas a dicho grupo en grado igualmente diverso.

Las diferenciaciones territoriales que resultan de la regulación de las tres facetas anteriores cualifican social y culturalmente el espacio: reproducen la estructura de la entidad social que lo ocupa, al regular las interacciones en su seno, y, en sus encadenamientos, la dialéctica de la vida social (ibídem: 74). La argumentación de García se inscribe, de este modo, en el marco de las que postulan y examinan las conexiones entre la morfología espacial y la morfología social. De acuerdo con la idea que más arriba se ha subrayado a partir de las afirmaciones de Lévi-Strauss, el autor considera la diferenciación territorial como un proceso de semantización, el cual —añade— se construye mediante relaciones metafóricas y metonímicas. Las primeras aluden al hecho de que la organización espacial adquiere sentido mediante la *selección* de los aspectos de la estructura social que definirán quiénes pueden acceder a los distintos ámbitos, conformando un paradigma o campo semántico culturalmente variable (ibídem: 107, 112); esa regulación se constituye metonímicamente en la medida que los significados sociales de los ámbitos dependen también de su *combinación* en una situación particular (ibídem: 125). Es importante detenerse en el análisis de estos dos tipos de relaciones, porque un uso apresurado de ellas podría limitar inadvertidamente su valor potencial.

Los ejemplos con que García ilustraba inicialmente el juego metafórico y metonímico en la semantización de ámbitos territoriales se prestan a la asociación de la metonimia con la transformación ocasional y temporal de un régimen de exclusividad cuya asignación primaria adquiriría significación metafóricamente. Así, el visitante desconocido de una casa sólo tendría acceso normalmente a las dependencias adecuadas para recibir a un extraño, mientras que, con ocasión de la celebración de una boda, esa

misma vivienda abriría a sus invitados conocidos y desconocidos un campo de movimiento mayor, como si se hubieran desmoronado muchos de los tabiques (ibídem: 124). La identidad social del visitante es diferente a la del invitado en una reunión extraordinaria y el sistema habitual de exclusividades se altera consecuentemente. Ahora bien, las metonimias operan siempre sobre metáforas y las metáforas sobre metonimias; la supuesta boda representa un nivel de esta superposición entre otros que también pueden ser relevantes. Cuando —por poner un caso fácil de extrapolar— las casas de la Casarabonela malagueña se desocupan de esposos e hijos por la mañana, pasan a ser un ámbito globalmente asignado a las mujeres y altamente restringido para casi cualquier tipo de visita, en especial las masculinas (Sánchez Pérez 1990: 81, 83-84, 88-89); se trata de una transformación metonímica diaria —antes que ocasional— del sentido de la exclusividad, la cual expresa territorialmente, por la vía de la metáfora, la identificación de la casa con la mujer y los encuentros que ninguna de las dos debe albergar y entablar en ausencia del varón. La selección del aspecto social al que se asignará el ámbito siempre tiene lugar, pues, en una combinación sintagmática determinada.

Aún es posible distinguir funciones genéricas sin obviar este carácter doble y continuo del proceso: la semantización metafórica expresaría unas identidades sociales cuyas múltiples facetas se manifestarían contextualmente en diferentes situaciones (García 1983: 249). Sin embargo, no resulta provechoso para nuestro propósito formalizar operativamente estos papeles —como sugiere García (ibídem: 250)— en términos de una organización espacial doméstica cuya territorialidad remitiría a la estructura del grupo residente y se modificaría negando la exclusividad para acoger la integración de dicho grupo con otros. Esto supondría, por una parte, posponer interpretativamente las previsiones relativas a la recepción de extraños, las cuales, den lugar o no a ámbitos especializados permanentes,

tienen una importancia básica en muchos arreglos espaciales; por otra parte, tendería a conducirnos a una fijación del movimiento de los signos territoriales — esto es: de un uso diferenciado del espacio dotado de sentido social — precisamente en el nivel en que queremos verlo actuar: asumiría la estabilidad de las relaciones entre los residentes en lugar de interrogarla y nos estorbaría, en definitiva, el cuestionamiento de la morfología de la vivienda en tanto que selección cambiante de ciertas combinaciones de exclusividades.

Pertrechados con los conceptos anteriores, podemos ahora conceptualizar mínimamente el espacio doméstico, en lo tocante al uso, como un ámbito residencial diferenciado territorialmente de otros y en su seno. Tomado como unidad asignada al conjunto de los que moran en él, manifiesta un grado de exclusividad positiva para ellos y negativa para los demás y, potencialmente, prevé una negación de esa exclusividad con objeto de acoger algunas de las relaciones entre sus miembros y los ajenos a aquél. Al tiempo, tomado como universo, es susceptible de desarrollar en su interior un régimen completo de exclusividad — positiva, negativa y negada — aplicado a distintas categorías de moradores y sus relaciones. La diferenciación y asignación de ámbitos aparece, así, como una representación y una construcción de la morfología del grupo residente — una selección de ciertas combinaciones de categorías socio-espaciales entre las posibles — elaborada en términos de derechos de acceso e inscrita en un marco social y cultural que excede el nivel doméstico.

Todavía cabe alguna precisión más. Estas páginas han venido utilizando con carácter global la expresión "morfología del grupo residente", a su vez una versión adaptada a la escala doméstica de la de "morfología social". Los vocablos "volumen" y "densidad" han servido para descomponer inicialmente, por referencia a los segmentos que la integran y las relaciones

que mantienen, esa forma adoptada por el conjunto de los moradores de una vivienda. ¿Cómo conceptualizar tales segmentos y relaciones? Más arriba se ha hecho uso en un par de ocasiones de la noción de *identidad social* de habitantes y visitantes. El concepto lo introduce J.L. García (1983: 247) de la mano de Ward Goodenough: cada individuo tiene numerosas identidades sociales —miembro de una asociación de vecinos, padre de familia y, asimismo, esposo, hijo, yerno, suegro, trabajador, anfitrión, etc. — las cuales conllevan distintos derechos y deberes y se concretan en el contexto de la interacción. Desde la perspectiva de la vivienda, el volumen del grupo residente vendría definido, entonces, por las distintas identidades de sus integrantes que en ella se hacen confluír. La atención arqueológica y antropológica hacia la cultura material y el trabajo aporta a la definición anterior la vertiente de la *actividad* (véase, por ejemplo, Oswald 1987; Wilk 1983: 100; Wilk y Netting 1984): esas facetas de cada persona con respecto a otras llevan asociadas una serie de operaciones o tareas. Éstas son tan diversas como aquéllas —comprenden, por ejemplo, asistir a las juntas de la asociación de vecinos, educar a los hijos, mantener relaciones sexuales, ofrecer y esperar ayuda o regalos, honrar a los antepasados, entretenerse en grupo, cocinar, trillar, atender al ganado, recibir huéspedes, etc. — y su realización, además de requerir la presencia de distintos objetos, se localiza en el espacio e incluye o excluye encuentros entre personas. Cabe decir, en definitiva, que la diferenciación y asignación de ámbitos domésticos territoriales expresa el "volumen" del grupo acogiendo algunas de las actividades sociales ligadas a las identidades de sus componentes y modela sus cualidades y relaciones —su "densidad" — regulando los tipos de encuentros deseables e indeseables entre personas a la hora de realizar una actividad.

Este enunciado final sólo es una descomposición analítica de los precedentes en términos de conducta. Su desarrollo daría lugar a un

lenguaje descriptivo basado en actividades y encuentros, que tendría la virtud de registrar las trayectorias de distintos sujetos en el marco residencial y mostrárnoslas como la práctica comportamental del sistema de exclusividades. Por supuesto, ese lenguaje ya está elaborado: lo ideó el geógrafo sueco Torsten Hägerstrand (1970) con objeto de desagregar el análisis espacial y entender las limitaciones físicas y sociales que encauzan el movimiento de las personas a escala urbana o regional. Gráficamente, se representa con tres ejes —los dos del plano más una dimensión temporal— que encierran los caminos seguidos por un conjunto pertinente de individuos a lo largo de, por ejemplo, una jornada, formando diversos haces de encuentros en el espacio-tiempo. En una situación etnográfica, el registro de las actividades y los desplazamientos de todos los residentes y visitantes de una vivienda y su presentación en gráficos espacio-temporales constituiría una fuente valiosa para visualizar el ordenamiento del uso efectivo del espacio, contrastando y afinando con ello nociones obtenidas por otros medios. Pero, al margen de los problemas técnicos que el etnógrafo o etnoarqueólogo tendría que resolver para recopilar esa información<sup>50</sup>, conviene no introducir sobre su base un divorcio simplista entre conducta real e ideal. Si una aproximación "normativa" —dirigida a aislar reglas explícitas para luego recomponer su coherencia sin atender a su aplicación práctica— resulta parcial y omite anotaciones imprescindibles, un trabajo de campo etnográfico o etnoarqueológico limitado a cartografiar acciones y objetos no constituye sino el remedo extemporáneo de una excavación; la diferenciación de ámbitos y el régimen de acceso a ellos conforman una determinada representación territorial de las identidades y actividades sociales de los moradores y, por tanto,

---

<sup>50</sup> Ante la dificultad de escudriñar la localización y conducta de las personas durante lapsos de tiempo amplios y con un número de casos suficiente, Wilk (1990: 41) sugiere la combinación de observaciones directas y métodos de auto-registro por parte de los residentes; ello se complementaría, de cualquier forma, con entrevistas y observación participante.

interpretar la dirección y el alcance de las desviaciones efectivas sin tener en cuenta las interacciones de éstas con aquélla sería igualmente incompleto<sup>51</sup>.

### *La regulación arquitectónica del uso del espacio*

En los párrafos precedentes, el sistema de exclusividad con que la diferenciación de ámbitos se desarrolla en el uso ha sido tratado sin hacer referencia explícita al edificio; introducir expresamente aspectos de éste supone, ahora, llevar aquél desde el nivel que Durkheim llamó "densidad dinámica" hasta el de "densidad material". No obstante, y siguiendo la misma línea que antes, antes que determinar las posibles huellas de un régimen socio-territorial, lo relevante aquí es abordar la participación de la arquitectura en él. Consideraremos el papel de dos elementos: las paredes en tanto que forma de delimitar ámbitos y las pautas de circulación que dibuja su disposición en el plano.

En el contexto de la arquitectura doméstica, hablar de límites parece remitir de inmediato a las paredes. La experiencia cotidiana nos acostumbra a concebirlas como el único valladar capaz de asegurar verdaderamente la intimidad de las personas y diferenciar un ámbito. No es así en todos los casos etnográficos y tampoco lo es del todo en el nuestro. La eficacia de las paredes descansa en su cualidad de impedir el paso y dificultar las percepciones – son "variaciones bruscas del gradiente

---

<sup>51</sup> La importancia de obtener información sobre comportamientos efectivos y no sólo sobre reglas (véase Wilk 1990: 40-41) no debe ocultar que el conocimiento de las representaciones resulta necesario incluso para la observación misma, pues registrar dónde se llevan a cabo distintas actividades requiere partir de una enumeración significativa de ámbitos y tareas, la cual, por lo común, se matiza y corrige a lo largo del trabajo de campo. Pero advertir esto no es otra cosa que redescubrir el valor de la observación participante para el etnógrafo o el etnoarqueólogo – tampoco ha de faltar, entonces, el redescubrimiento de sus complejidades –.

implicaciones contextuales diversas, pues la "conducta material" es menos flexible que la "activa" y la "verbal", pero en todos los casos tienen un efecto determinado sobre la interacción y la comunicación y distinto del que tendría una pared baja. Sin embargo, Fletcher no niega —y esto deshace la contradicción aludida— la relevancia de ese sentido social; lo que pretende es alentar en arqueología el estudio del efecto material a largo plazo y en sus propios términos. El autor desarrolla su tesis en un análisis de los límites de tamaño y densidad de los asentamientos, definidos sobre la base de la tolerancia humana ante los estímulos comunicativos e interactivos, y es escrupuloso a la hora de distinguir la escala en la que resultan aplicables: su función no es predecir conductas ni trayectorias históricas, sino establecer umbrales máximos a los cuales cabe llegar siguiendo recorridos diversos y ante cuyo alcance se desencadenarían procesos alternativos. No es fácil trasladar estas ideas a la organización del espacio interior, donde, en principio, el número y el tipo de estímulos puede cambiar mucho. Cabe presentir, por otro lado —y al igual que hiciera Gordon Willey hace años con respecto al papel de las explicaciones históricas y las científicas (véase en Vogt 1983: 20)—, que, aun asumiendo la existencia y naturaleza de esos límites absolutos, gran parte del interés de la investigación arqueológica se orienta a acontecimientos y secuencias en una escala algo menor, dilucidando el sentido de las trayectorias y procesos que conducen a esos máximos o los evitan. Pero, en cualquier caso, es primordial no confundir los niveles tratando de explicar con un detalle mínimo la construcción o eliminación de paredes en un área y un periodo determinados por mera referencia a los umbrales de tolerancia indicados y sin considerar el complejo de conductas activas y verbales implicadas.

Sirvan estas digresiones para fundamentar que las paredes, insertas en un sistema territorial doméstico, no constituyen límites en sí, sino formas

sensorial" (Moles y Rohmer 1978: 42) — , pero también requiere el respeto de tales propiedades tanto por parte de los sujetos que se amparan en ellas como por la de quienes pueden franquear sus vanos y percibir a través de su fábrica. Esto quizá resulte obvio cuando se piensa en los muros que separan la casa del exterior. Y bastaría recordar los reglamentos y conflictos sobre ruidos y olores para que lo fuera igualmente con respecto a los que separan viviendas contiguas. Tiende a deslizarse, sin embargo, al reino de lo asumido en lo que se refiere al interior. La puerta cerrada de una habitación ocupada impide el acceso a ella a determinadas personas y tal vez a ciertas horas porque es un signo, no porque sea en sí misma un obstáculo; si al atravesarla se viola alguna intimidad, la responsabilidad de la transgresión se adjudicará dilucidando quién no se ha atendido al código. Los tabiques aíslan del oído no sólo por su grosor o calidad sino porque, si a un lado no se emiten sonidos por encima de lo considerado discreto, quienes los escuchan al otro lado no han de darse por enterados si no quieren pasar por ser ellos los indiscretos — aunque, de nuevo, el umbral de la discreción puede estar sujeto a dilucidación — .

El que las barreras físicas cuenten con la propiedad intrínseca de reducir o interrumpir las sensaciones, además del paso, las convierte en susceptibles de uso dentro de un sistema de exclusividad, aunque no sea ésa su única utilidad. Roland Fletcher (1995) ha sistematizado recientemente una aproximación al medio construido que viene explorando desde hace tiempo, centrada en la evaluación de los efectos de estas cualidades sobre la interacción y la transmisión de señales, con independencia de la producción social y cultural de la arquitectura. Los muros — escribe (1995: 23) en aparente contradicción con lo que acabamos de comentar — inciden, al margen de su sentido social, en la frecuencia y las formas con que las personas se relacionan entre sí; paredes altas y gruesas pueden insertarse en diferentes marcos domésticos con

arquitectónicas de materializarlos; dentro de él, su papel genérico consiste en contribuir físicamente a la regulación del movimiento y del acceso visual y sonoro. Conforman, pues, un aspecto de dicho régimen –no un sustituto– y, en esa medida, están implicadas en la misma dinámica.

La posición que un ámbito arquitectónicamente delimitado ocupa con respecto a otros constituye un atributo morfológico que, sin confundirse con el régimen de exclusividad –decididamente orientado al uso del espacio–, abre la posibilidad de indagar en su plasmación o regulación arquitectónica. Este aspecto ha sido subrayado por el trabajo de un grupo de arquitectos en torno a la denominada "sintaxis espacial" de asentamientos y edificios (Hillier *et al.* 1976; Hillier y Hanson 1984; Hillier, Hanson y Graham 1987), al que los arqueólogos no han dejado de prestar atención (véase, por ejemplo, Blanton 1994: 24-75; Chapman 1990; Foster 1989; Plimpton y Hassan 1987)<sup>52</sup>. La aproximación se basa en la conversión de los planos en grafos, de manera tal que los nodos de éstos representen los ámbitos de aquéllos y sus aristas la posibilidad arquitectónica de pasar de uno a otro –los accesos–; la inspección visual de estas figuras se beneficia de su transformación en "grafos justificados", en los cuales los nodos quedan ordenados verticalmente de forma que en el extremo inferior –raíz– se sitúe el ámbito cuyos atributos evaluar, en el siguiente nivel aquellos otros con los que el primero tiene comunicación directa, luego aquéllos a los que se accede desde los segundos y así sucesivamente. De este modo, la observación de los interiores de las viviendas prescinde de la forma y el tamaño de los ámbitos, así como de las adyacencias que no dan lugar a accesos y de la forma y tamaño del conjunto, y permite apreciar sus posiciones relativas en términos de

---

<sup>52</sup> Salvo indicación expresa en contrario, lo que aquí se recoge de los trabajos emprendidos en torno a la sintaxis espacial se refiere a las pautas interiores de los edificios.

profundidad y segregación —el número de niveles que los separan del exterior y del resto— y carácter distribuido —el número de rutas opcionales y recorridos en circuito o anillos que pasan por o cerca de ellos—. La descripción y el cotejo de estos aspectos se apoya en el cálculo de una serie de índices que los cuantifican: la asimetría relativa es una medida de la profundidad de un nodo con respecto a todos los demás y expresa, por tanto, su grado de segregación o integración en el complejo; la anularidad relativa del grafo mide la relación entre el número de anillos presentes y el número máximo posible; la anularidad relativa *de* un nodo aplica la fórmula anterior considerando los circuitos que pasan por él y los que podrían hacerlo; y, por último —aunque la lista no está necesariamente cerrada—, la anularidad relativa *desde* un nodo introduce como divisor de la anularidad global la media de las distancias entre éste y los anillos existentes, calculadas sobre la base del número de aristas intermedias.

La interpretación de todas estas magnitudes se hace derivar de su cualidad de regular de maneras diversas los encuentros entre los moradores y entre moradores y visitantes. Hillier y Hanson (1984: 145) acuñan dos conceptos con los que condensar esta relación: "solidaridad transespacial" y "solidaridad espacial". En su sentido más amplio, lo transespacial se refiere a la diferenciación misma del ámbito y su pertenencia a una clase —cocinas, salas de estar, dormitorios, etc.—, mientras que lo espacial apunta a sus vínculos con otros ámbitos dentro de un mismo edificio; el primer principio pone el énfasis en el límite y el segundo en su traspaso, conformando, pues, dos aspectos indisociables. Sin embargo, su uso como calificativos del término "solidaridad" redefine este sentido. Si entendemos que con el sustantivo se está aludiendo a la densidad dinámica de un grupo —empleando la expresión también durkheimiana introducida páginas arriba—, la "solidaridad transespacial" señala una ubicación de los encuentros entre tipos de personas gobernada por la categorización estricta

de los tipos de lugares adecuados para ellos; por su parte, la "solidaridad espacial" surge de configuraciones que favorecen encuentros menos reglamentados. Pues bien, en términos topológicos, la asimetría relativa alta de una habitación se asocia con la primera forma, dado que la segregación supone su alejamiento de las áreas de circulación de la vivienda, su puesta a salvo de encuentros cotidianos aleatorios y, en esa medida, su destino de albergar aquellos otros expresamente asignados a ella. La anularidad se interpreta, por su propiedad de posibilitar recorridos alternativos, como indicador de la segunda. Y la integración de un ámbito — los valores bajos en su índice de asimetría —, en tanto que se desprende de una confluencia de rutas, se corresponde con el control del paso y la recepción de individuos procedentes de distintos lugares. Sobre esta base, el análisis sintáctico de un plano trata de revelar la lógica del predominio y la combinación de estas dimensiones en las distintas clases de ámbitos y posibles subconjuntos que lo componen.

Por ejemplo, en una comparación entre la planta de un adosado inglés tal como fue trazada a fines del siglo XIX y el resultado de su transformación en la década de los 60 (Hillier y Hanson 1984: 155-162), los autores observan una reducción en la asimetría relativa del *parlour* — "salón formal" o, en un castellano más local, "sala de respeto" — que se correspondería con su mayor integración en el conjunto y la relajación del rito de la visita. Este proceso se acompaña, sin embargo, de un ascenso del valor de asimetría del espacio exterior, provocado por una multiplicación de la red interior de accesos e indicador de una categorización más fuerte del límite que separa a moradores y visitantes casuales. El aumento del número de anillos en la versión reformada recalcaría, por otro lado, un cambio tendente a ampliar el campo de actuación de los residentes y sus posibilidades de supervisar la circulación. A su vez, la estratégica situación de la sala de estar familiar — *living room* — en la intersección de varios

circuitos y su máxima integración relativa la convierten en un lugar central, igualmente accesible para todos los miembros del grupo. Los dormitorios del piso superior mantienen, por su parte, un sub-grafo dendrítico articulado por un vestíbulo, pauta ésta que maximiza la independencia de cada uno de ellos sin dejar que el espacio distribuidor, controlador y receptor del paso, adquiera otra función que la de lugar de tránsito.

Este condensado resumen del caso inglés basta para poner de manifiesto que la interpretación del sentido de los diversos atributos e índices depende de una identificación o extrapolación de la naturaleza y uso de los ámbitos. El ejemplo puede ilustrar también, por extensión de la misma idea y a pesar de lo que en ocasiones parecen creer Hillier y Hanson (1984: 16), cómo las implicaciones semánticas de la sintaxis topológica tienen un carácter genérico: la intersección de dos anillos o confluencia de rutas en un ámbito no significa lo mismo, en términos de regulación de los encuentros, si se trata —pongamos por caso— de un vestíbulo o de una sala de estar. Tampoco hay que olvidar, como ya se señaló al abordar el papel de los delimitadores, que las paredes y sus vanos contribuyen a canalizar los accesos por referencia a un código; las puertas tienen por ello la virtud en absoluto despreciable de variar la topología de un plano (Moles y Rohmer 1978: 49), pero, además, esta misma función puede ser desempeñada por otros mecanismos de interrupción o desviación del paso, materializados o no<sup>53</sup>. Dicho de otro modo y en conjunto: la sintaxis espacial reproduce en un lenguaje de configuraciones arquitectónicas la lógica social y cultural de lo que aquí hemos llamado un sistema de

---

<sup>53</sup> Basta traer a colación el hipotético y obvio caso de una pieza topológicamente accesible —poco profunda y asimétrica y altamente anular— pero dotada de una puerta con cerradura para imaginar otras llaves capaces de abrir y cerrar el acceso a un ámbito con independencia de sus conexiones en el plano o, quizá, precisamente por ellas.

exclusividades, pero no lo refleja ni lo define por sí sola necesariamente — ni probablemente — .

El hábito de pensar en términos de indicadores universalmente válidos y no ambiguos, capaces de ahorrarnos la investigación del caso, puede llegar a concluir, a partir de los problemas señalados, con la inutilidad de la sintaxis espacial. Pero el que un indicio sea ambiguo no disminuye su valor; matiza su uso: cuanto más se conozca — o pueda extrapolarse desde otros indicios — sobre el régimen de asignación y acceso de las piezas de una vivienda, más sofisticadas y profundas serán las observaciones apoyadas en los grafos<sup>54</sup>.

### *Las estrategias socio-territoriales*

Las definiciones anteriores en relación con la exclusividad y su canalización arquitectónica permiten redescubrir los ejemplos de diferenciaciones reunidos arriba, enunciándolos a través de conceptos socio-territoriales válidos para todos ellos en tanto que recogen el esqueleto de su conformación. Basta recordar la noción de la cualificación espacial de lo social, implícita en la cualificación social del espacio, para que aquellas dimensiones sociales estructuradoras de la morfología residencial aparezcan, ahora, como categorías construidas territorialmente o — lo que viene a ser lo mismo — sujetas en su producción y reproducción a una dialéctica entre acciones, normas y representaciones con vertientes

---

<sup>54</sup> Por tanto, el ejercicio — pongamos por caso — de emprender un examen "a ciegas" o "arqueológico" de una muestra de viviendas rurales francesas de la que se cuenta con más información que la materializada en sus planos (véase Hillier, Hanson y Graham 1987) ha de entenderse como una forma de calibrar las posibilidades y limitaciones de una herramienta analítica, no como una demostración de la suficiencia de un método. La eventual contumacia en este último proceder sólo podría conducir a debilitar la capacidad interpretativa del instrumento.

territoriales.

Quién puede hacer qué, dónde, cuándo y con la requerida presencia y ausencia de quiénes; ésa es la fórmula genérica que regula el uso del espacio. Como fuente y resultado de las reglas en que la fórmula se concrete, las representaciones recogen los grados de incompatibilidad entre subconjuntos de actividades e identidades. Una somera reflexión sobre el uso de nuestras propias viviendas aportaría ejemplos cercanos de la tensión cotidiana a que están sometidas tales reglas y representaciones, mostrando su interrelación con las acciones en la práctica; vamos a exponer, en lugar de eso, algunos casos –variablemente alejados del nuestro– cuya inscripción en trayectorias de cambio observadas con más perspectiva permite detectar en esa clase de tensiones ciertas estrategias socio-territoriales. Conviene adelantar, sin embargo, que sólo resulta posible abstraer a partir de ellos indicaciones de estrategias genéricas con un sentido muy tentativo, pues – como se verá en los ejemplos y se subrayará tras ellos – las implicaciones de la exclusividad se concretan y transforman en campos que exceden una esfera doméstica estricta y en los que aquélla adquiere valores diversos.

Ellen Pader (1993) ha aplicado el contraste entre "individualismo" y "familismo" – orientación al individuo como entidad discreta y orientación al grupo, respectivamente – al uso de las casas estadounidenses y mexicanas y ha analizado, mediante conceptos muy próximos a los introducidos aquí, el acercamiento al primer modelo que experimentan las familias mexicanas emigradas a los EE.UU. El régimen de exclusividad estadounidense favorece típicamente la independencia de la pareja y cada uno de sus hijos en los dormitorios, así como la segregación de tareas consideradas molestas o no visibles para el visitante; el conjunto enfatiza una alta exclusividad de los ámbitos situados en la región trasera y por

contraste con una negación de ella —más en lo que se refiere a las personas que a las actividades— en la región delantera. El modelo mexicano —tal como lo observa la autora en Jalisco— tiende a reducir el número de actividades por separar y el grado de exclusividad de todos los ámbitos, subrayando una interacción continua particularmente evidente en los arreglos para dormir, que rehuyen el aislamiento individual. La crisis del régimen familista entre los emigrantes parece iniciarse desde el primer momento, en la medida que la distinta distribución de las casas estorba su reproducción, pero se agudiza con los nacidos en EE.UU. y, en particular, en lo relativo al uso de sus dormitorios. En este contexto, el cambio viene promovido por una estrategia socio-territorial, de la cual es protagonista el adolescente y se orienta a aumentar la exclusividad personal de su habitación, convirtiéndola en un ámbito multifuncional vedado para sus hermanos y el resto de la familia, si bien en menor grado que en el tipo estadounidense. Esa exclusividad se identifica como deseable por emulación y en el seno de las representaciones predominantes en EE.UU., las cuales ponen de relieve la necesidad de intimidad de los muchachos y alientan el desarrollo de una autonomía cuya gestión ordenada habría de formar parte de su aprendizaje; se acompaña también de una menor participación en tareas que, como el cuidado o atención de hermanos menores, tradicionalmente eran asignadas a los mayores. Todo ello supone —claro está— una redefinición, negociada en términos espaciales, de la identidad de adolescente y su posición dentro del grupo doméstico.

La continuidad de ciertos ámbitos y relaciones en el marco de otras transformaciones revela el interés por mantener la vigencia de las categorías representadas por ellos. Así, como muestra Pamela Israel (1985), las viviendas de las familias shuar concentradas y sedentarizadas en torno a un centro estable han empezado a manifestar atributos innovadores vinculados a cambios económicos y sociales con respecto al

modo de vida jívaro tradicional: la circulación de moneda y su acumulación diferencial han favorecido la exhibición del éxito económico mediante el empleo de materiales comprados que son dispuestos al modo neo-amazónico — estructuras de planta cuadrangular elevadas sobre pilotes con paredes de tablones y planchas de metal para el tejado—; se ha introducido, así mismo, un dormitorio común en una planta que, al igual que la de los jívaros achuar brevemente descrita más arriba, sólo dividía una mitad masculina o *tankámash'*, altamente exclusiva, y otra femenina o *ekent*, restringida para los extraños pero área de encuentro para los miembros del grupo doméstico; la casa misma ha perdido, en favor de la escuela y otras instalaciones comunes, la centralidad social y ritual que le daba el patrón de asentamiento disperso. El desarrollo de todos estos cambios ha respetado, sin embargo, las funciones básicas de la organización espacial tradicional articuladas en torno a la distinción entre el ámbito del varón y el de la mujer, agudizándola incluso por el hecho de que las nuevas formas constructivas se aplican sólo al primero<sup>55</sup>. Aun cuando en muchos casos las reglas de exclusividad parecen haberse relajado por razones "pragmáticas" —el *tankámash'* con techumbre metálica y paredes mejor selladas resulta bastante más caluroso que el *ekent*—, ello no ha supuesto la alteración de la representación que las informa; la continuidad de las relaciones entre los géneros en el seno de la familia y de las concepciones sobre ellas se expresa y apoya en el mantenimiento de un ámbito masculino, donde se realiza —o al menos se inicia— el social y políticamente importante rito de la visita, y otro femenino, más reservado y ligado a la preparación del alimento y a lo que,

---

<sup>55</sup> Esto convierte las viviendas shuar en variantes del fenómeno que Herzfeld (1992: 79) denomina "disemia": una mitad masculina construida al estilo neo-amazónico se une a un ábside o, en otros casos, se sitúa al lado de una estructura al estilo tradicional que constituye la mitad femenina (Israel 1985: 55 y fig. 4). La introducción diferencial de novedades arquitectónicas según el género ha sido subrayada también por Diane Lyons (1996) a partir de la coexistencia de edificios cuadrangulares y circulares en Déla (Camerún).

en general, rodea la categoría jívara de mujer.

El sentido genérico que puede asignarse al sistema de exclusividad induce a pensar que quienes ocupen posiciones dominantes dentro del grupo residencial tenderán a tener menos restricciones en el acceso a cualquier ámbito y, en esa medida, a reducirlas o aumentarlas como medio de incidir en el dominio de unas personas sobre otras. Así, Hastorf (1991) ha identificado arqueológicamente en Jauja un empeoramiento en la posición social de la mujer acumulando evidencias de una mayor circunscripción de las actividades ligadas a ella y de una alimentación diferencial por género. Nevett (1994), estableciendo una analogía entre casas tunecinas contemporáneas y de la Grecia clásica, ha subrayado la pauta asimétrica que prohíbe a las mujeres entrar en las habitaciones destinadas a la recepción de visitantes, limitando sus ámbitos a las zonas privadas donde los varones pueden acceder. En los Estados Unidos se ha llegado a considerar la apertura de la pared que separa la cocina de la sala de estar un indicador de la posición de las mujeres (véase Hasell y Peatross 1990); la unión se interpreta como la ruptura de la exclusividad de un ámbito cuyas actividades dejan de estar asignadas específicamente a la mujer. Cabe mantener ese sentido genérico a título de hipótesis, pero conviene relativizar el alcance de las conclusiones apoyadas en ella considerando que el uso del espacio no constituye la representación de una escala de rangos unidimensional, sino de relaciones cruzadas de autonomía y dependencia dentro de un marco específico —el doméstico— cuyo valor socioeconómico y simbólico con respecto a dominios más amplios es variable.

No parece posible, pues, apuntar a partir de los ejemplos anteriores direcciones comunes en las estrategias territoriales, al menos cuando —como aquí— el alcance transcultural de la abstracción no distingue

criterio alguno con el que homogeneizar subtipos significativos para dicho fin. Esa imposibilidad ha sido subrayada recientemente por Smith y David (1995: 457) en la conclusión de un estudio sobre las estrategias espaciales seguidas en el recinto residencial del jefe de Sukur, en Nigeria, con objeto de construir y legitimar su poder: los principios que relacionan espacio y poder —en el sentido de dominio sobre otros— carecen de significado fuera de los contextos particulares en que aparecen vinculados. Dicho de manera más afín a los conceptos que venimos usando: el sistema de exclusividades expresa territorialmente las relaciones de autonomía y dependencia entre las identidades y actividades sociales de los usuarios de una vivienda, pero sus grados no constituyen, en abstracto, una cualidad positiva o negativa cuya desigual distribución sugiera cuál puede ser la lógica de las tomas de posición de dichos agentes.

La dialéctica entre acciones, normas y representaciones de carácter territorial subyace en la selección y combinación de aquellas dimensiones sociales que han de plasmarse y apoyarse en el uso de ámbitos diferenciados a través de un régimen de exclusividad. Este sistema territorial y su dinámica aparecen como el proceso básico mediante el cual se da sentido social a lo espacial y sentido espacial a lo social en la vivienda, esto es: mediante el cual se reproducen y producen las categorías que son ordenadas en la organización de la casa —y, evidentemente, en la medida que sean ordenadas en ella—.

#### **SOBRE LA INSERCIÓN DE LA DINÁMICA SOCIO-TERRITORIAL EN CONTEXTOS MÁS AMPLIOS**

La abstracción que ha permitido conceptualizar la diferenciación de ámbitos en términos de una dinámica socio-territorial ha reducido a entorno las esferas situadas más allá de los límites de la vivienda y las relaciones en

el seno del grupo residente. Por esa razón, los resultados del análisis se han formulado en términos del proceso mediador básico o más próximo — no el único involucrado — a la hora de reproducir y producir categorías sociales a través del espacio. Otorgar autosuficiencia a la fórmula habría conducido por definición a reduccionismos — habría supuesto el intento de naturalizar la reducción en que se basa —. En particular, podría hacer incurrir fácilmente en aquél que, desde la visión de un escenario configurado por presiones de diverso signo y por actores competentes, ignora el carácter intersubjetivo de la competencia práctica y todo lo que se deriva de él; tal omisión daría lugar, en este caso, a una consideración de la aludida dialéctica socio-espacial como un proceso que, participe en los cambios relativos a las concepciones de las diversas dimensiones presentes en las casas, interesa a los moradores de cada una de éstas y es resuelto por ellos de puertas adentro, obviando su inscripción en mediaciones sociales con un apoyo y un alcance que subsumen y exceden el marco anterior.

Las páginas que restan no buscan identificar los tipos de escenarios en que la vivienda puede verse inmersa y la lógica de los movimientos que en ellos puede experimentar; avanzar en esa labor requeriría una muestra de casos interpretados distinta a la reunida, así como criterios capaces de describir y delimitar — clasificar — tales "escenarios". En su defecto, el objeto de este último apartado sí es, al menos, bosquejar la inserción de la dinámica conceptuada en el anterior dentro de contextos más amplios que los allí aislados; para ello, y partiendo de una revisión de las relaciones entre modelos territoriales y modelos arquitectónicos, se propondrá el uso de la noción de campo como medio de modelar los complejos de relaciones en que ambos adquieren valor social y como medio de concretar, en su seno, el sentido de los movimientos socio-territoriales.

### *Representaciones territoriales y representaciones arquitectónicas*

En su conocido estudio sobre la arquitectura doméstica popular en la Virginia media norteamericana, Henri Glassie establecía una idea cuyo examen y cotejo constituirá aquí un punto de partida:

Tal como lo proyectan el humanismo tradicional, el arquitecto moderno y el psicólogo, el ideal es que la forma arquitectónica sea la traducción material de la necesidad humana. Bajo el hechizo de los argumentos de Edward T. Hall, el trabajador de campo llega a la casa esperando que sea el producto final de siglos de sutiles metamorfosis que la habrían moldeado en una horma proxémica — una proyección perfecta de las necesidades volumétricas del contenido humano del edificio —.

No es tan simple. [Glassie 1975: 117; traducción nuestra.]

Si uno se pregunta de qué es resultado la morfología de una vivienda, el uso del espacio bien puede emerger como primera respuesta candidata. La expresión "uso del espacio" es amplia: aquí hemos hecho que recoja, englobando la aludida manifestación de las nociones proxémicas mantenidas por un grupo, la de otras necesidades creadas, surgidas de la propia diferenciación de las tareas y sujetos asignables a distintos locales y la regulación de la presencia, simultánea o sucesiva, de otros sujetos y tareas. Como quiera que, por un lado, todas esas discriminaciones forman parte de la cultura del grupo y, por otro lado, los miembros de éste tienen y ejercen la capacidad de dar forma al medio construido sobre esa base, parecería factible concluir que la cultura estructura el uso del espacio y éste, a su vez, la organización arquitectónica de la casa; como quedó señalado más arriba, así lo ha entendido Susan Kent (1990b: 128-129; 1991: 465) y así podría derivarse de una extrapolación poco medida de la dinámica socio-territorial. No es tan sencillo; tal afirmación sobrevuela en altura y en línea recta una ruta más accidentada a nivel del suelo.

A la visión anterior puede oponérsele otra que señale cómo la cultura

no sólo estructura la morfología de la vivienda a través de las diferenciaciones de actividades y personas y la regulación de los encuentros, sino también, de manera si se quiere más directa, proporcionando modelos relativos a la distribución de su planta, a los cuales, una vez materializados arquitectónicamente, se ajustan la disposición y el movimiento de los moradores y sus quehaceres; a esta idea apunta el párrafo de la obra de Glassie reproducido arriba. Sin embargo, de nuevo sería necesario decir que no es tan sencillo: esos modelos culturales, como se ha argumentado en apartados precedentes, recogen representaciones sobre el uso adecuado del espacio y eventualmente las traducen en arquitectura.

Nos encontramos, entonces, ante dos concepciones aparentemente opuestas: una de ellas subraya una consideración del edificio como resultado del uso culturalmente estructurado del espacio y la otra descubre en el uso un acoplamiento al edificio culturalmente estructurado. La oposición sólo es aparente porque, como vamos a ver, el referente de los términos incluidos no coincide en ambos casos. No obstante, su discusión tiene el valor de poner de manifiesto algunos aspectos que resulta necesario tratar para matizar la dialéctica territorial caracterizada arriba desde la perspectiva de su reinscripción en los contextos socioculturales más amplios donde realmente opera.

Glassie (1975: 117) entendió la relación entre la planta de una casa y la vida en ella en términos de diseño y uso, un contraste que hizo análogo a la oposición entre cultura y conducta. Ello le permitía dejar de lado una aproximación centrada en las necesidades espaciales de los sujetos contenidos y abordar la interpretación de la morfología exhibida por el continente como una representación dotada de significación social e inserta en el transcurso de la historia. La investigación sobre Virginia combinó

explícitamente dos versiones del estructuralismo para dar cuenta de la reproducción de los tipos de casas y sus significados. Una de ellas, basada en la noción de competencia lingüística de Noam Chomsky, era aplicada a la descripción de los diseños en tanto que realización diversa de una competencia arquitectónica, esto es: un conjunto de reglas, aprendidas y empleadas tácitamente por el diseñador —antes que desconocidas o inconscientes— a la hora de combinar apropiadamente una colección de unidades constructivas (ibídem: 19-21). La otra, inspirada en Lévi-Strauss, situaba esa sintaxis en el marco de un "contexto abstraído en la mente", una estructura semántica más profunda, extendida a diseñadores y usuarios, donde el objeto recibiría un significado por su relación con nociones como la visión de las personas sobre sí mismas y sobre la naturaleza (ibídem: 114-117). Así, las transformaciones locales de la competencia provocadas por la popularización del estilo georgiano a partir del siglo XVIII, además de acentuar un contraste más antiguo entre lo natural y lo humano a través de la elaboración de las materias primas, habrían manifestado y perseguido un mayor individualismo y un mayor orden y uniformidad, expresados respectivamente mediante el aumento de la separación de los ámbitos interiores con respecto al exterior interponiendo vestíbulos y mediante la aplicación de una simetría geométrica a las fachadas y la repetición de un número menor de tipos y decoraciones (ibídem: 182-184); ambos temas —individualismo y control de las variaciones— habrían surgido de una coyuntura de crisis e inseguridad económica, social, política y religiosa y —al decir del autor— contribuirían posteriormente a la configuración de la Revolución Industrial (ibídem: 187-188).

El resumen anterior de los argumentos de Glassie evidencia el grado en que sus conceptos de "conducta" y "diseño" no abarcan el mismo campo que los de "uso del espacio" y "arquitectura" en Kent. Mientras que esta última se refiere a la diferenciación de la conducta y el espacio

fundamentalmente por actividad, género y edad y por contraste con un mero armazón físico, aquél alude a consideraciones utilitarias o emocionales sobre la funcionalidad de una habitación de un cierto tamaño o sobre un deseo individual de intimidad y por contraste con un modelo cultural materializado. Colocando ambos autores la cultura como fuente de la secuencia, el primero se distancia de la reducción que implica asumir la fórmula "conducta → diseño arquitectónico" y la segunda (véase Kent 1990a: 5-6; 1991: 466-468) criticando la sombra de determinismo ambiental presente en el supuesto "medio construido → uso".

En favor de la idea que sitúa el edificio por encima del uso cabría aducir que las personas, del mismo modo que nacemos y nos educamos en una sociedad y una cultura ya configuradas, nos encontramos con casas ya construidas que aprendemos a utilizar rutinariamente y luego reproducimos; también sería oportuno señalar casos en los que la adopción de una nueva planta residencial por parte de un grupo doméstico parece responder a los valores sociales reconocidos en ella, antes que a la necesidad de materializar un cambio en las conductas. Sin embargo, estos ejemplos genéricos revelan una relación que no es unidireccional ni lineal: el proceso de socialización primaria, aunque resulte en la asimilación de un modelo cultural objetivado en una organización arquitectónica, no se basa en el condicionamiento de un medio deshabitado, sino en los movimientos e indicaciones de los actores en el uso de ese escenario — y ello, además, en el contexto de la incorporación del aprendiz al reparto —; la familia que se traslada a una casa con una distribución distinta puede incluir entre los valores perseguidos la aspiración a un cambio de comportamiento y, siendo así, resultaría difícil — y probablemente inútil — dilucidar cuál de los aspectos opera como molde y cuál como materia moldeada.

La literatura etnoarqueológica ha señalado repetidamente los desajustes

detectables entre la planta de la vivienda y la composición del conjunto de sus residentes (véase especialmente Oswald 1987); en general, esa falta de correspondencia se ha explicado por referencia al carácter fijo y costoso del edificio o edificios constitutivos de la unidad residencial, dos propiedades variables que, por un lado, hacen de la habitación un caparazón poco flexible a la hora de ser adaptado a los cambios en la vida de un grupo doméstico y, por otro lado, transfieren al uso, potencialmente más maleable, la responsabilidad de conciliar los desarreglos. La plasmación arquitectónica del modelo territorial está sujeta a la interferencia de dimensiones surgidas de su naturaleza material y serán las modificaciones en las reglas de uso y acceso las encargadas de adaptar el marco al modelo. Así ocurre, por ejemplo, cuando, por falta de superficie construida, la diferenciación de ámbitos se produce en una misma pieza a distintas horas del día, cuando se renuncia a alguna discriminación espacial o bien a albergar ciertas actividades o ciertas personas; ocurre también de modo inverso cuando se deja en desuso un ámbito, como es el caso de los dormitorios que quedan vacíos por la preferencia a dormir en compañía (véase, por ejemplo, Pader 1993). Desde luego, y al igual que la propia necesidad de hacerlos, ninguno de estos arreglos es neutro social y culturalmente; de hecho, pueden revelar de modo particularmente claro un orden de prioridades en las discriminaciones del modelo (Oswald 1987: 331).

Ahora bien, las mismas propiedades que hacen poco flexible un edificio —su carácter fijo y costoso— le otorgan un valor distintivo cuyas implicaciones potenciales pueden ser acogidas bajo la noción de "visibilidad" (véase Criado Boado 1993). El hecho de que las estructuras arquitectónicas sean por sí mismas, y en general, altamente visibles ha servido de base para subrayar el carácter comunicativo y estratégico del grado de elaboración de fachadas y elementos exteriores en las viviendas

de distintos grupos campesinos (véase Blanton 1994), así como la uniformidad de materiales y apariencia mantenida activamente en comunidades mayas contemporáneas que enfatizan la igualdad de las unidades domésticas y organizan la cooperación entre éstas (véase Wilk 1983). También se ha señalado el valor simbólico otorgado, además de a la monumentalidad de las residencias, a sus entradas en tanto que límites, en contextos etnográficos y arqueológicos (véase Hodder 1984b, 1985b, 1990a: 137-138 y *passim*). La propia idea de *sociétés à maison* (Lévi-Strauss 1981 [1979]: 140-162; véase también Carsten y Hugh-Jones [eds.] 1995), aunque referida a una forma de organización del parentesco en la que importa más la persistencia del linaje y sus títulos —la "casa" — que la línea de la que proceden sus miembros, encuentra frecuentemente en la vivienda una materialización elaborada que condensa y representa la relevancia y continuidad del grupo.

Parece clara, en todos los casos anteriores, la presencia de lo que Felipe Criado (1993: 43-48) denomina una voluntad de visibilidad y, más concretamente, una estrategia de exhibición centrada en el edificio —cuando no una estrategia de "monumentalización" que aspira a hacerlo perdurar para la posteridad—. La distribución interior de la residencia, si bien no suele responder fundamentalmente a la intención de ser mostrada, sugiere matices no muy distintos. Los elementos muebles e inmuebles que definen y caracterizan los interiores son, antes que nada, patentes para sus moradores y su naturaleza manifiesta no se puede separar del compromiso con un modelo espacial y arquitectónico; pueden serlo, así mismo, para otras personas y con un alcance variable a tenor de las pautas de hospitalidad o visita, el régimen de exclusividad y el grado en que la vivienda abarque ámbitos al aire libre o sin paredes. Ambas visibilidades pueden hacer que la diferencia entre el modelo espacial y su objetivación arquitectónica derive hacia la existencia de dos modelos, uno más visible

que el otro, abriendo la posibilidad de situaciones y estrategias diversas.

Así, en un asentamiento temporal para el realojo de familias gitanas en Madrid, algunas mujeres expresaban vivamente su deseo de tener una casa que no se distinguiera en nada de las que habitan los payos, aunque luego —añadían— las usaran a su modo; la apetecida organización arquitectónica del espacio representa, en este caso, la voluntad de no plasmar de forma fija y manifiesta una diferencia, la de exhibir en esa medida su incorporación a la sociedad paya y, tal vez quepa decir, la de ocultar —al menos en esa medida— un uso que se entiende apartado de los cánones<sup>56</sup>. M<sup>a</sup> Vittoria Giuliani (1987) ha señalado en Italia el mantenimiento de modelos de uso tradicionales en viviendas que arquitectónicamente responden a un modelo moderno: la unificación de sala de estar y salón de recepción en una sola habitación, inspirada en la idea de una presentación informal de la familia ante el visitante y un mejor aprovechamiento de la superficie útil, conduce ocasionalmente a destinar un dormitorio a la vida familiar y reservar un comedor para la hospitalidad; por otro lado, las plantas diáfanas, que reducen al mínimo la separación mediante paredes, son buscadas porque representan la elevada posición social de sus moradores y a pesar de las tensiones y contradicciones que la vida en ellas produce por su disonancia con las expectativas usuales. Aunque no contamos con descripciones relativas a su uso, la adopción de estructuras de estilo más occidental —tanto en alzado como en planta— entre los kekchíes de Belice (Wilk 1990) y los marakwet de Kenia (H. Moore 1996 [1986], 1987) cabe entender que supone un cambio en las relaciones socio-territoriales interiores, el cual ha de atribuirse a los valores asociados con el edificio mismo; si en ambos casos opera como un consumo conspicuo

---

<sup>56</sup> Esta información procede de notas de campo del proyecto "Variaciones de la organización social: unidades domésticas y habitacionales en la periferia de las ciudades de México y Madrid", dirigido por el Dr. D. Rafael Díaz Maderuelo.

dentro de una economía crecientemente monetarizada, en el primero constituye una estrategia para mantener unidos grupos domésticos compuestos y en el segundo para subrayar la unidad de la pareja y la autonomía de la familia con respecto al clan.

Las reflexiones y ejemplos anteriores conducen a la conclusión de que la vivienda no supone sólo la materialización de representaciones relativas a la organización de la vida en su interior, sino también, en tanto que representación material, la de modelos referidos a la arquitectura misma. Por tanto, la complejidad que advertíamos más arriba en la relación entre arquitectura y uso es la que se deriva de las dimensiones específicas de una representación material que reúne las propiedades —obviamente variables y no exclusivas— de ser costosa, fija y visible. Todas las mediaciones a que ello da lugar quedan ocultas cuando el edificio se concibe como un resultado más o menos imperfecto del uso o cuando, a la inversa, un uso reducido a mero acomodo se considera, de partida, secundario con respecto a una significación profunda de la planta. Tales mediaciones son las que se insertan en complejos de relaciones que exceden la dialéctica socio-territorial definida arriba y la subsumen, pues las estrategias inscritas en ésta adquieren también sentido y se concretan en el seno de aquéllas. Esas nuevas dinámicas —en las cuales no es nuestro objetivo indagar— pueden abordarse mediante el uso de la noción de campo.

### *La noción de campo*

La operación de situar el ámbito doméstico en un contexto puede representarse aludiendo a la idea de la inserción de un complejo de elementos en un campo mayor de fuerzas de acción recíproca. Aproximarse a la caracterización de esa operación y de los impulsos experimentados en el seno de tales dominios mayores constituye el objeto

de estas últimas páginas e implica, además, considerar la posición reservada en ella a los conceptos propuestos en las anteriores. Los instrumentos utilizados para llevar a cabo dicha tarea proceden de la reflexión de Bourdieu sobre los conceptos de *campo* y *habitus*, a los que el autor asigna repetidamente un papel protagonista en su propuesta de superación de las antinomias entre objetivismo y subjetivismo y entre individuo y sociedad, y de la noción emparentada de *campos del discurso*, elaborada por John Barrett (1988) para acoger la diversidad de esferas y posiciones en las que puede verse inmerso un objeto.

Un campo es, para Bourdieu, un espacio social relativamente autónomo definido por la existencia de un tipo de capital por cuya apropiación se lucha. La relevancia de esta noción no ha de buscarse en una eventual discriminación taxonómica de esferas sociales, sino en su capacidad de revelar las claves de los movimientos que se realizan en ellas. Bourdieu ha utilizado el término para referirse a órdenes de índole tan dispar como el campo económico propiamente dicho por contraste con el de la producción y consumo de bienes culturales (por ejemplo, en Bourdieu 1994: 55), el campo de la política, el de la religión o los definidos por disciplinas como la filosofía o la geografía (en Bourdieu 1990 [1984]: 135-136); ha analizado esferas culturales de la sociedad contemporánea occidental tales como el campo literario, el artístico o los científicos (véase Bourdieu 1994: 61-80) y asimismo el del deporte o el de la alta costura (véase Bourdieu 1990 [1984]: 193-224). Todos estos casos tienen en común las tres propiedades señaladas antes. En primer lugar, se constituyen como espacios sociales, esto es: como complejos de relaciones, intangibles pero verdaderamente reales, en los que los agentes involucrados ocupan posiciones diferentes (Bourdieu 1994: 53). En segundo lugar, el principio que genera esas diferencias es la estructura de la distribución de aquellas especies de capital que resultan eficientes en cada campo considerado

(ibídem: 54). Y, por último, siendo mudable tanto la estructura como las posiciones de los espacios sociales, éstos constituyen no sólo un campo de fuerzas que se impone a los agentes, sino un campo de luchas en el que los agentes se enfrentan, contribuyendo de este modo a la conservación o transformación de la estructura (ibídem: 54-55). El campo del poder se define, en este panorama de dominios relativamente autónomos con posiciones dominantes y dominadas en su seno, como aquel espacio social global generado por la distribución de los diferentes tipos de capital en el cual las luchas se orientan a conservar o transformar la "tasa de cambio" entre dichos tipos (ibídem: 56).

El concepto de *habitus* resulta inseparable del de campo cuando la pretensión no es reconstruir un espacio de posiciones sino entender los desplazamientos en él. Si los agentes están dispuestos a realizar apuestas en ese espacio es porque han adquirido e incorporado de forma duradera un sentido del juego y de lo que está en juego. El campo hace referencia a la objetivación de una estructura construida históricamente y el *habitus* a su incorporación. Bourdieu (1990 [1984]: 155-156) justifica el recurso al vocablo latino —ya utilizado por Durkheim y Mauss y, antes aun, por la escolástica— señalando que el término "hábito" tiende a hacer pensar en una repetición mecánica o automática; los esquemas de percepción, pensamiento y acción a que remiten los *habitus* subrayan, sin embargo, el aspecto en que las rutinas constituyen principios generadores de prácticas, surgidos de unas condiciones históricas pero no meros reproductores de ellas; capaces de orientar las prácticas mediante representaciones y reglas operativas de carácter tácito, pero no de establecer actuaciones apropiadas para cada situación; o mejor: capaces de orientar en distintas situaciones por el propio hecho de ser genéricos.

Estas tesis de Bourdieu han sido aplicadas al estudio de la cultura

material a través de la caracterización y el uso de la noción de "campos del discurso" (Barrett 1988; véase también –por lo que se refiere al manejo del concepto para la interpretación del medio construido– Foster 1989, Graves 1989 y, partiendo asimismo del autor francés pero siguiendo un camino independiente del de Barrett, Çevik 1995). Con la referencia al discurso, Barrett se coloca en la perspectiva del capital y el poder simbólicos para aproximarse al estudio de los campos; éstos se definen como áreas en el espacio-tiempo cuya delimitación proviene del hecho de estar ocupadas por unas prácticas que, a su vez, se relacionan con las demandas y respuestas de unos y otros agentes en torno a la autoridad y el control de recursos humanos y materiales. En su visión, ello permite abordar el registro arqueológico con una perspectiva relacional, negándose al intento de fijar la función o el significado de los objetos y subrayando la imposibilidad de especificar en una teoría general el lugar y el alcance de un discurso sujeto a luchas. De este modo, la arqueología del género –ilustra Barrett (1988: 12-14)– no debería orientarse a la identificación de una colección de indicadores de género en los restos materiales, sino a la interpretación de su asociación con otros elementos dentro de un discurso social particular; las casas, los adornos o cualesquiera objetos que las excavaciones sacan a la luz han de considerarse recursos, almacenables y transmitibles de un campo a otro, usados para reproducir una determinada autoridad, y han de interpretarse por su posición y movimiento en ese espacio (ibídem: 11).

¿Constituyen las relaciones identificadas arriba bajo el rótulo de una dialéctica socio-territorial un campo en el sentido que Bourdieu o Barrett han dado al término? Puede responderse afirmativamente, en la medida que dibujan un escenario de fuerzas donde la exclusividad podría configurar un "capital" en juego y su distribución un espacio social. Pero la delimitación de un campo exige una construcción por parte del analista más cercana a

la base factual, puesto que, teniendo un carácter relacional, su contenido resulta también de una construcción sociocultural variable. Aunque concebir la organización espacial de la vivienda como un dominio relativamente autónomo en cualquier contexto es una extrapolación con cierto viso de verosimilitud, los casos glosados en páginas anteriores muestran cómo al mismo tiempo participa en campos distintos cuyos efectos y eventuales solapamientos en la casa, aun cuando se expresaran siempre en un lenguaje territorial, sería necesario desvelar. Por otro lado, al abstraer los principios concretos de percepción, pensamiento y acción que unos y otros agentes incorporan y sobre los cuales se orientan, no sería posible entender sus tomas de posición en el supuesto espacio social. Ello ha quedado señalado aludiendo al hecho de que la exclusividad no constituye una cualidad intrínsecamente positiva o negativa. Conviene, pues, concluir que el resultado de nuestro análisis de la morfología sólo potencialmente cumple las propiedades que ha de tener un campo.

Esta constatación tendría únicamente un sentido léxico si no fuera porque señala el camino por seguir y revela el tipo de errores que se derivarían del intento de establecer lo contrario. Obliga, en primer lugar, a indagar en cada caso o clase de casos hasta qué punto y en qué términos la organización espacial doméstica constituye un escenario autónomo o, mejor dicho, con qué campos se integra o se encuentra más directamente relacionada — con qué "capitales" intenta trocarse la exclusividad y según qué "tasas de cambio" —. Si tal indagación resulta difícil, como ocurre a menudo en arqueología no tanto por las limitaciones intrínsecas de los restos materiales cuanto por el carácter comprensiblemente parcial de su excavación y registro, es obvio que habrá que arriesgar una extrapolación más basada en los parámetros de un modelo que en su verdadera aplicación. Pero se hace necesario reiterar, entonces, la importancia de no sublimar una estrategia, exigida por limitaciones concretas y variables,

convirtiendo el modelo en ley y representando luego la sucesión de inducciones y deducciones que conforma todo estudio empírico en términos de una subsunción del caso en la premisa mayor. Obrar así – tal vez identificando un orden social particular en una casa sobre la base de su reconocimiento como instancia del concepto de categorización territorial e interpretando después ese orden como instancia de un tipo de grupo residente propio de un tipo de sociedad – tiene el efecto de dar por sentado aquello que la teoría nos ayuda a interrogar y, utilizando palabras de Bourdieu (1990 [1984]: 157), supone concebir un conjunto desigual de posiciones y tomas de posición como si fuera, siempre y por principio, un aparato con piezas bien engranadas para la consecución de un cierto fin.

Por otro lado, cuando se ensaya la explicación de las trayectorias sobre un escenario sin inferir su relación con los esquemas interiorizados que las orientan, las extrapolaciones sublimadas adoptan la forma errónea de predisposiciones innatas o razonablemente universales en los agentes. Como quedó dicho capítulos atrás, asumir que los individuos tenderán a dirigirse hacia lugares que consideran deseables no es más que el presupuesto mínimo, forzoso para todo intérprete de la conducta humana, de que aquello que se pretende entender resultará comprensible. Sin embargo, establecer de antemano qué será lo deseable – tal vez mantener un *statu quo* territorial o bien reforzarlo o subvertirlo – supone, simplemente, una ingenuidad; todos los valores son posibles y ninguno surge ni opera fuera de un contexto determinado.

En definitiva, si este capítulo ha destacado la categorización territorial en la vivienda como un proceso que tiene lugar en un escenario genérico de fuerzas igualmente genéricas, para interpretar el grado y dirección de la incidencia de esos vectores sobre el mantenimiento y el cambio de su organización hace falta observarlos en sus interrelaciones con otras esferas

efectivamente relacionadas y a la luz de los movimientos de agentes con posiciones distintas en ellas. Cuando se considera desde esta perspectiva, queda claro que aquélla constituye un proceso mediador siempre presente, aunque no necesariamente el motor de los cambios.

## **CAPÍTULO 7**

### **CONCLUSIONES**

Los capítulos anteriores han perseguido dos metas básicas: en primer lugar, y con objeto de cartografiar críticamente supuestos y argumentos en torno a los procesos que conforman las pautas identificables en el registro arqueológico y en torno a su conocimiento, explorar el debate protagonizado por las arqueologías procesual y postprocesual, adoptando una perspectiva histórica atenta, antes que al cruce de pareceres entre las partes enfrentadas, a las disensiones y líneas de desarrollo en cada una de ellas; y en segundo lugar elaborar, haciendo uso del mapa resultante de la revisión anterior, una conceptualización de la organización espacial en las viviendas capaz de apreciar sus cualidades socioculturales y su dinámica.

#### **UNA HISTORIA DEL DEBATE TEÓRICO CONTEMPORÁNEO: PRÁCTICAS, NOCIONES Y PAUTAS MATERIALES**

El análisis de los diagnósticos y terapias que, a lo largo del periodo estudiado, vieron la luz en las numerosas páginas dedicadas a valorar la situación de la teoría arqueológica ha recalcado la existencia de un cauce compartido por las corrientes que dieron lugar al debate y lo protagonizaron: el abandono de enfoques de inspiración funcionalista mediante el recurso a una consideración de los procesos sociales atenta, antes que preferentemente a sus estadios, al despliegue o dinámica de los procesos mismos y, al tiempo, más interesada por su naturaleza política. El punto de partida había sido marcado por sendas variantes de un

funcionalismo ecológico-cultural: una adoptaba un énfasis estructural orientado a discernir la lógica adaptativa de los sistemas culturales, abordándolos como sujetos de la evolución, y la otra subrayaba el carácter interrelacionado de las pautas de conducta o instituciones y las reorganizaciones provocadas por su desequilibrio en secuencias de cambio. El primer tramo del señalado cauce, recorrido fundamentalmente en la década de los 70, consistió en el desplazamiento de las investigaciones desde el polo ocupado por los sistemas a otro centrado en la dinámica de la conducta. Ese traslado se amparó en la etnoarqueología y los programas de alcance medio, pues el objetivo que unió a una y otros era relacionar comportamientos y pautas materiales, dejando en suspenso los asuntos relativos a la ordenación global y la trayectoria de las sociedades pretéritas; pero el campo que abrieron sirvió, además, para ensayar e ilustrar nuevas visiones y conceptos. Los estudios sobre las decisiones económicas tomadas por los sujetos y sobre las estrategias en el uso social de los símbolos por parte de los actores culminaron el desplazamiento y plantearon, simultáneamente, el interrogante que caracterizó lo que constituiría el segundo tramo: ¿qué es lo que estructura los comportamientos —las decisiones y estrategias— diferenciándolos, haciéndolos consistentes y dándoles una dirección? Tanto la arqueología procesual —o, al menos, "neo-procesual"<sup>57</sup>— como la postprocesual incorporaron entonces la mayor atención hacia las desigualdades y contradicciones económicas y sociales y trataron de comprender los movimientos de decisores o estrategias en ese marco.

¿Dejan huella material las nociones?, ¿es relevante preguntarse por ellas a la hora de interpretar el registro arqueológico? Las diversas respuestas a estas preguntas han variado con las temáticas y orientaciones generales

---

<sup>57</sup> Véase *supra*, la nota 22 en la página 101.

que guían a quienes las ensayaron, pero todas ellas dependen, en forma más inmediata, de las concepciones de la práctica que inscribieron en tales temáticas y orientaciones a lo largo del desplazamiento teórico recién caracterizado. Desde esa perspectiva —y entendiendo por "práctica" la dinámica de la conducta o acción y su relación con las configuraciones materiales— han sido analizadas aquí.

La revisión de los programas de investigación vigentes o elaborados en la década de los 70 y hasta un momento situado en 1982 —el primer tramo acotado arriba— ha discriminado tres versiones de la secuencia elemental que desembocaría en el registro arqueológico, con las cuales contrastar la que Hodder introduciría en *Symbols in action*. Las dos primeras redujeron al mínimo el ámbito de la práctica, sujetándolo a los rasgos de la organización en escalas mayores, mientras que la tercera le reconoció mayor complejidad y protagonismo, si bien otorgando un diferente valor a lo nocional.

La primera versión, representada por Binford, ha sido asociada con la aproximación estructural-funcionalista señalada arriba. En ella, y partiendo de una crítica de lo que vino a denominarse "normativismo" por su enfoque de la cultura como conjunto de ideas compartidas, se negó la pertinencia de indagar en las nociones mediante la conceptualización de los comportamientos como elementos diferenciados por el sistema y ajustados a él; al convertir éste en sujeto de los cambios evolutivos y objeto de explicación, la dinámica de la conducta —escenario potencial de las normas— era reducida a su función en la lógica adaptativa del conjunto. El desplazamiento de esta perspectiva hacia los estudios etnoarqueológicos —centrados en el comportamiento en tanto que eslabón entre el sistema y su huella en el registro— aportó una visión más rica, pero estrictamente autolimitada por la meta que los orientó: establecer una colección de reglas

semánticas primitivas –teorías de alcance medio– que vincularan actividades y huellas materiales. Así, aun cuando se apreciara, por ejemplo, que las categorías culturales no constituyen plantillas mentales estáticas o se advirtiera la flexibilidad estratégica de las actividades, el objetivo señalado justificaba la abstracción por encima de tales evidencias. La conducta, entendida como la dinámica de la adaptación y enfocada exclusivamente en términos de su organización para la explotación de recursos, era aislada de toda posible vertiente social; en ese marco, las nociones se hicieron equivaler a teorías legas – intelecciones *a posteriori* – sin efecto práctico alguno.

La otra variante del funcionalismo ecológico-cultural partió, así mismo, de una crítica del normativismo, si bien lo hizo con argumentos que condujeron a una diferente reducción de la práctica. La definición de los sistemas culturales como un conjunto de pautas de comportamiento interrelacionadas se centraba también en la lógica organizativa del conjunto, pero, al tiempo, rescataba el papel de las normas en tanto que modelos para la acción; ello supuso, sin embargo, la instauración de una suerte de normativismo sin normas: las nociones culturales se hicieron equivaler a reglas y los comportamientos a patrones regulares vinculados a ellas. De este modo, la dinámica de la conducta quedaba limitada a un seguimiento de pautas aprendidas cuyo sentido había de extraerse atendiendo a su contribución al mantenimiento del sistema.

La última de las tres posturas –cuya caracterización se ha basado fundamentalmente en Schiffer– constituyó la elaboración y reconducción de la precedente en el marco del desplazamiento hacia estudios más minuciosos de la conducta. En ella, el concepto de decisión se introdujo en el de pauta, considerando las actividades el producto de decisiones tomadas por los sujetos en el marco de una situación. La cultura desempeñaba en

este esquema el papel de transmisora de información y de reglas para su procesamiento, pero, puesto que se abogaba por interpretar las decisiones en términos de una descripción utilitaria y objetivamente mensurable, ese mayor dinamismo reconocido al ámbito de la práctica no reconocía en las nociones sino un vehículo neutro de traspaso y soporte.

El replanteamiento que Hodder presentó en *Symbols in action* estaba orientado a demostrar que los símbolos pueden dejar una impronta material, pero este objetivo se apoyó e insertó en una ruptura con los esquemas anteriores. En contraste con la atención a la lógica funcional de los sistemas, la obra centró su lente en la dinámica de las relaciones sociales; en contraste con el que hemos denominado normativismo sin normas, esa dinámica no quedaba reducida a un cumplimiento de pautas aprendidas, sino que se presentaba en términos de estrategia; y en contraste con las primeras aproximaciones a la toma de decisiones, el sujeto de las estrategias no fue un individuo prototípico, con capacidad para evaluar el entorno y conducirse racionalmente de acuerdo con la situación, la experiencia y los medios tecnológicos a su alcance, sino un agente socialmente diferenciado y situado.

Ya entrada la década de los 80 y en el marco de la generalización del debate que acompañó al surgimiento del rótulo "postprocesual", la multiplicación de investigaciones sobre decisiones económicas y estrategias simbólicas con implicaciones sociales trazó una distinción temática que, sin embargo, no dejó de encontrar terrenos de solapamiento donde medraron los conflictos. Éstos han sido abordados como respuestas al problema señalado más arriba: una vez rechazado el sistema como sustituto de la práctica, era necesario conceptualizar el carácter estructurado de esta última.

En el seno del grupo postprocesual, el problema se planteó como

superación de la dicotomía entre estructura y acción; sin embargo, los dos polos de la oposición fueron abordados desde perspectivas no coincidentes y condujeron a concepciones separadas. De un lado, Hodder, siempre preocupado por subrayar el papel clave de las nociones culturales y abriendo ya una línea de investigación que cabe caracterizar como una prehistoria de las mentalidades, colocó los sistemas de ideas o cosmovisiones en el lugar de la estructura y enfocó las acciones como resultado de operaciones mentales; para no otorgar a aquéllos un carácter determinante —normativo—, simplemente puso todo el peso en la indeterminación de la conducta individual y desembocó en un subjetivismo: la práctica se hizo equivaler al fotograma de un individuo prototípico que, dotado de una cultura, evalúa su entorno social y se conduce estratégicamente, aplicándola y transformándola. De otro lado, autores como Miller, Shanks o Tilley, centrados en los conceptos de ideología y poder, situaron a los agentes en escenarios socialmente estructurados en los que las representaciones simbólicas actuarían legitimando un orden y acusarían sus contradicciones, crisis y transformaciones; el agente aparecía, así, inmerso en un marco sociocultural que le configura como tal agente y que, al tiempo, es reproducido y transformado como consecuencia de sus acciones. En este caso, el énfasis que Hodder había dado a un individuo indeterminado se trasladó a una historia impredecible, en tanto que fruto de coyunturas concretas, y se extrapoló hacia una crítica —y un rechazo apriorístico— de toda teorización de los cambios socioculturales que supusiera algún pronóstico de trayectorias.

Las líneas ensayadas dentro de la arqueología procesual para abordar el carácter estructurado de los comportamientos tendieron a buscar la articulación entre un nivel macro-sociológico, crecientemente enfocado en términos de economía política, y otro micro-sociológico, centrado en las decisiones y conductas. Una de las vías seguidas —representada

fundamentalmente por Earle — se apoyó en un esquema que, explícitamente opuesto a la concepción hodderiana de un actor convertido en motor de la historia, asumió, sin embargo, una oposición entre individuo y sociedad; su objetivo puede entenderse como una recuperación de las constricciones que el marco social ejerce sobre las decisiones individuales, pero la identificación de éstas con una racionalidad orientada a la subsistencia y de aquél con las limitaciones impuestas sobre dicha racionalidad por una estructura político-económica excluyó del modelo el modo en que los cursos de acción y las metas de los sujetos son configurados — no meramente constreñidos — en la vida social y convirtió a la sociedad en un ente dominador. Una segunda vía — representada por Brumfiel —, la última que ha sido tratada aquí y, quizá, la que pone de manifiesto una mayor confluencia con algunas tesis postprocesuales, evitó el dualismo anterior subsumiendo las decisiones en luchas o negociaciones sociales y políticas establecidas entre agentes efectiva y variablemente diferenciados por edad, género, etnia, clase o — como añadió expresamente la autora — facción.

Las discusiones epistemológicas que acompañaron los desarrollos anteriores han sido interpretadas desde la posición de una filosofía realista, a la cual dieron entrada los mismos protagonistas del debate, y dejando de lado la caricaturización que alcanzaron por méritos propios y que llegó a hacerlas aparecer como un dilema entre una ciencia anquilosada y una anti-ciencia irresponsable. Entre los diversos aspectos que fueron subrayados, aquí se han destacado tres que jalonan un abandono, bien radical o bien gradual, de la concepción positivista del método. En primer lugar, se ha hecho referencia a la visión causal de las teorías y a la ruptura de la equivalencia entre explicación y predicción. La primera vertiente fue defendida por Binford frente a la reducción de las teorías a leyes empíricas construidas mediante correlaciones, mientras que la segunda fue introducida por el grupo postprocesual en el marco de una insistencia en

la particularidad de todo contexto histórico-cultural y, en especial, del sentido de las pautas materiales configuradas en ellos. El resultado de esta primera ruptura se ha condensado en la siguiente fórmula: la función de las teorías es comprender las causas que generan los fenómenos, pero, puesto que éstos están sujetos a la combinación de una multiplicidad de fuerzas a su vez interrelacionadas de formas complejas, no pueden llegar a predecirlos. Ello no obsta, por supuesto, la necesidad de su elaboración; tampoco excluye la predicción que implican lógicamente —pero no fenoméricamente—, ante la cual, sin embargo, la tendencia postprocesual más clara siempre fue salvaguardar la contingencia de la historia y —como se ha apuntado arriba— rechazar toda teorización sobre trayectorias históricas y, especialmente, evolutivas.

El segundo aspecto tiene que ver con la relación entre las teorías y las observaciones, una vez admitida la carga teórica de estas últimas. Observada la cuestión por encima de los problemas específicos que acarrea la interpretación de símbolos a partir del registro —los cuales fueron resueltos en general atendiendo a su naturaleza ideológica y, por tanto, apoyando la inferencia de los significados en su plausibilidad dentro de un marco socialmente contradictorio o conflictivo— y al margen de las polémicas sobre el grado de independencia de la contrastación empírica, se ha destacado la ruptura con lo que hemos denominado una concepción estratigráfica de la explicación, que vuelca todo el peso de ésta en la existencia de teorías firmes en las que subsumir el caso, y la emergencia de una concepción reticular, en la cual teorías y observaciones se entrelazan para apoyarse en la firmeza de la malla resultante.

Por último, un tercer aspecto subrayado en el abandono de la concepción positivista del método arqueológico se refiere a una revalorización de las interpretaciones de casos particulares, en las cuales

se reconoce, como consecuencia de las dos rupturas anteriores, algo más que una mera labor de combinación de enunciados generales: una labor de construcción teórica.

En conjunto, de estos tres puntos, así como de su inserción en las visiones acerca de la práctica, depende la respuesta afirmativa al interrogante que queda pendiente entre los que fueron planteados en el capítulo introductorio: la posibilidad de esclarecer sobre bases razonablemente firmes la vertiente nocional de las pautas materiales.

### **UNA CONCEPTUACIÓN DE LA ORGANIZACIÓN ESPACIAL DOMÉSTICA**

Las múltiples facetas de los debates revisados han sido centradas en dos ideas con las cuales ensayar la aproximación conceptual a la organización espacial en las viviendas: la eficacia social de las nociones en la dinámica que envuelve a los objetos y las relaciones espaciales y la forma que ha de adoptar una teoría acerca de éstas.

Abordar la cultura material y sus pautas atendiendo a los aspectos nocionales que puedan haber intervenido en su conformación requiere una concepción dinámica de la vida social. Las visiones que asumen unos comportamientos automáticamente gobernados por normas o modelos aprendidos no sólo simplifican las variaciones reales, sino que también hacen desaparecer, por la idea de automatismo antes que por la de gobierno, todo el proceso en el que las acciones se entrelazan con las nociones para configurarse mutuamente. Por ello, la aproximación a la organización de la vivienda se ha apoyado en una caracterización de la práctica que, beneficiándose de los caminos abiertos a lo largo del debate y apelando así mismo a otras fuentes, ha recogido las dimensiones básicas

de una dialéctica social entre acciones, normas y representaciones en la cual inscribir la cultura material en general y, en particular, la casa.

Si se llama normas a los procedimientos estandarizados para la acción, los cuales constituyen un conocimiento sobre qué hacer y cómo en diferentes tipos de situaciones, actuar de acuerdo con una norma implica un proceso – tácito o expreso, cotidiano o extraordinario – en el que el actor, orientado hacia algún fin que no se confunde con la norma misma, interpreta la situación en que se encuentra y aplica la fórmula que considera apropiada; interpretar la situación o establecer un propósito supone apelar a representaciones, es decir: nociones que, informando sobre cómo se entiende que son, han de ser o habrían de ser las cosas, enlazan y fijan las categorías con que las personas perciben su mundo y a sí mismas. El que esta serie de invocaciones adquiera valor para la explicación, más allá de una teoría cognitiva de la acción individual, proviene, no ya de que las normas y las representaciones sean –por supuesto– nociones culturales, sino, en primer lugar, de que esas invocaciones están sujetas a interpretaciones diversas generadas y sancionadas por parte de actores con intereses también diversos y, en segundo lugar, de que esta "negociación" o "lucha" –de nuevo tácita o expresa, cotidiana o extraordinaria– está estructurada por la diferente posición de los actores en espacios sociales y por las relaciones de poder entre ellos –en el sentido amplio de relaciones de autonomía y dependencia– y, al tiempo, contribuye a la estructuración de esos mismos espacios y relaciones; a través de ella se construyen y transforman categorías y posiciones. Aun cuando esta perspectiva no agote las múltiples vertientes que intervienen en las operaciones e implicaciones tanto de las acciones cuanto de las nociones –y tampoco resulte suficiente, claro está, para entender la dirección de trayectorias históricas–, sí aspira a recoger la dinámica social de su interrelación y, en esa medida, posibilita la

apreciación de los objetos y sus pautas en tanto que elementos participantes en ella. Con la expresión "dialéctica social" hemos pretendido subrayar, de un lado, las mediaciones que encierra el proceso y, de otro, su carácter intersubjetivo y estructurado, no reducible, pues, a unos sujetos dotados individualmente de cultura o de racionalidad innata que transforman o se ven limitados por la sociedad.

La aplicación del modelo anterior a la vivienda se ha orientado por las correcciones que el debate introdujo en la forma de concebir las teorías relativas a pautas materiales: indagar, antes que en su valor estricto de indicadores, en el modo con que son involucradas en procesos sociales y culturales con objeto de iluminar la interpretación de casos concretos, por definición más complejos y múltiples que lo recogido en una teoría. Los riesgos derivados de la naturaleza transcultural y comparativa que exhibe todo enunciado sobre una clase de fenómenos han tratado de controlarse haciendo uso de una abstracción estructural —el aislamiento de un complejo de relaciones—, la cual define, al tiempo, los límites de concreción y validez de sus resultados a la hora de ser aplicados.

Sobre las bases teóricas y metodológicas anteriores, nuestro acercamiento a la organización espacial de las viviendas ha tomado como su objeto el fenómeno de la diferenciación de ámbitos y su significación social, lo ha redescrito en términos de uso del espacio y ha identificado la dinámica socio-territorial que lo mantiene y transforma, matizando la operación de ésta, por último, desde el movimiento de los modelos territoriales y arquitectónicos en dominios extra-domésticos.

El enfoque de la diferenciación de ámbitos como una morfología espacial ligada a la morfología social del grupo residente ha llevado a definir la primera como una representación —en el sentido recordado

arriba — de las relaciones en el seno del segundo. Nuestras conclusiones se inscriben así en la línea temática de los estudios que han buscado interpretar la vivienda desde la perspectiva del grupo doméstico que la habita y en términos de segmentación; no obstante, en lugar de indagar en el grado de ajuste entre ambas morfologías o entre el nivel de segmentación y la complejidad social, la conceptualización se ha dirigido a desentrañar la naturaleza y la dinámica de los vínculos. La diferenciación de ámbitos constituye una representación porque, en primer lugar, supone no sólo que los espacios adquieren un significado derivado de las personas y actividades a quienes están asignados, sino sobre todo, e inseparablemente, que los asignatarios adquieren el significado que les da el haber sido individualizados con el ámbito; y, en segundo lugar, porque tales asignatarios se combinan y conectan espacialmente con el resto desde el mismo momento en que son integrados, a través de una determinada interpretación de esas combinaciones y conexiones, en el plano. Éste se convierte entonces en una plasmación de las nociones acerca de cómo son y han de ser las relaciones entre categorías sociales definidas por el solapamiento de una serie de dimensiones que, sobre la base de una observación transcultural apoyada en la literatura impresa, se han resumido en términos de género, edad, subunidades familiares, rango y especie.

La enunciación de las diferenciaciones en términos de uso del espacio ha revelado los mecanismos por los que las categorías anteriores se ordenan en una organización residencial. La fórmula que regula el acceso — quién puede hacer qué, dónde, cuándo y con la requerida o preferida presencia y ausencia de quiénes — y las representaciones con que se vincula — los grados de incompatibilidad entre subconjuntos de actividades e identidades sociales — permiten, de un lado, describir los principios de la ordenación del uso y — más indirectamente — del plano arquitectónico, pero también, de otro lado, insertarlos en la dinámica que los mantiene y

transforma; la redefinición de los accesos constituye, en este sentido y tal como se ha ilustrado con diversos casos etnográficos, el proceso mediador básico por el cual —siguiendo una dialéctica entre acciones, normas y representaciones territoriales— los cambios en las categorías tratan de expresarse y construirse espacialmente. La dirección genérica de las estrategias socio-territoriales no puede, sin embargo, adelantarse desde los parámetros establecidos: la exclusividad de un ámbito no constituye una cualidad intrínsecamente positiva o negativa cuyo aumento o disminución quepa concebir como meta genérica.

La consideración de la dialéctica anterior desde la perspectiva de unas representaciones cristalizadas en modelos territoriales y arquitectónicos ha servido, por último, para subsumirla en otras propias de campos sociales más amplios, donde la visibilidad de aquéllos les hace desempeñar nuevos papeles. Con ello se ha corregido la posible distorsión de otorgar a las estrategias socio-territoriales un protagonismo que no siempre tienen a la hora de dirigir los cambios en la organización espacial de las casas, subrayando su carácter de proceso mediador antes que necesariamente de motor.

## BIBLIOGRAFÍA

- Abrams, Elliot M.  
1994 *How the Maya built their world: energetics and ancient architecture*. Austin: University of Texas Press.
- Adams, Jane  
1993 Resistance to 'modernity': southern Illinois farm women and the cult of domesticity. *American Ethnologist* 20(1): 89-113.
- Alcina Franch, José  
1989 *Arqueología antropológica*. Madrid: Akal.
- 1995 Materiales para una etnoarqueología de Esmeraldas: la vivienda. En *Primer encuentro de investigadores de la costa ecuatoriana en Europa* (Aurelio Alvarez, Silvia G. Alvarez, Carmen Fauría y Jorge A. Marcos, comp.) pp. 19-46. Quito: Abya-Yala.
- Allen, William L. y James B. Richardson  
1971 The reconstruction of kinship from archaeological data: the concepts, the methods and the feasibility. *American Antiquity* 36(1): 41-53.
- Arrese, José Luis de  
1967 *La arquitectura del hogar y la ordenación urbana: reflejos de la vida familiar y social de cada época*. Madrid: Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.
- Barrett, John C.  
1987 Contextual archaeology. *Antiquity* 61: 468-473.
- 1988 Fields of discourse: reconstituting a social archaeology.

*Critique of Anthropology* 7(3): 5-16.

Barth, Fredrik

- 1 9 7 6 [1969] Introducción. En *Los grupos étnicos y sus fronteras: la organización social de las diferencias culturales* (Fredrik Barth, ed.) pp. 9-49. México: Fondo de Cultura Económica.

Bhaskar, Roy

- 1978 *A realist theory of science*, 2ª edición. Hassocks: Harvester Press.

- 1979 *The possibility of naturalism: a philosophical critique of the contemporary human sciences*. Brighton: Harvester Press.

Binford, Lewis R.

- 1962 Archaeology as anthropology. *American Antiquity* 28: 217-225.

- 1967 Smudge pits and hide smoking: The use of analogy in archaeological reasoning. *American Antiquity* 32(1): 1-12.

- 1968a Some comments on historical versus processual archaeology. *Southwestern Journal of Anthropology* 24(3): 267-275.

- 1968b Post-Pleistocene adaptations. En *New perspectives in archaeology* (Sally R. Binford y Lewis R. Binford, eds.) pp. 313-341. Chicago: Aldine.

- 1 9 7 2 a [1965] Archaeological systematics and the study of culture process. En *An archaeological perspective* (Lewis R. Binford) pp. 195-207. Nueva York: Seminar Press.

- 1 9 7 2 b [1968] Methodological considerations of the archaeological use of ethnographic data. En *An archaeological perspective* pp. 59-67. Nueva York: Seminar Press.

- 1 9 7 2 c [1971] Mortuary practices: their study and their potential. En *An archaeological perspective* (Lewis R. Binford) pp. 208-251. Nueva York: Seminar Press.

- 1972d Comments on evolution. En *An archaeological perspective*

- (Lewis R. Binford) pp. 105-113. Nueva York: Seminar Press.
- 1972e Model building -paradigms and the current state of Paleolithic research. En *An archaeological perspective* (Lewis R. Binford) pp. 244-294. Nueva York: Seminar Press.
- 1973 Interassemblage variability -the Mousterian and the 'functional' argument. En *The explanation of culture change: models in prehistory* (Colin Renfrew, ed.) pp. 227-254. Londres: Duckworth.
- 1977 General introduction. En *For theory building in archaeology* (Lewis R. Binford, ed.) pp. 1-10. Nueva York: Academic Press.
- 1978a *Nunamiut ethnoarchaeology*. Nueva York: Academic Press.
- 1978b On covering laws and theories in archaeology. *Current Anthropology* 19: 631-632.
- 1979 Organization and formation processes: looking at curated technologies. *Journal of Anthropological Research* 35: 255-274.
- 1980 Willow smoke and dog's tails: hunter-gatherer settlement systems and archaeological site formation. *American Antiquity* 45(1): 4-20.
- 1982 Objectivity- explanation- archaeology 1981. En *Theory and explanation in archaeology* (Colin Renfrew, Michael J. Rowlands y Barbara Abbott Segraves, eds.) pp. 125-138. Nueva York: Academic Press.
- 1983 a [1977] Forty-seven trips: a case study in the character of archaeological formation processes. En *Working at archaeology* pp. 243-268. Nueva York: Academic Press.
- 1983 b [1978] Introduction to Nunamiut ethnoarchaeology. En *Working at archaeology* pp. 179-194. Nueva York: Academic Press.

- 1 9 8 3 c [1978] Dimensional analysis of behavior and site structure: learning from an Eskimo hunting stand. En *Working at archaeology* pp. 287-324. Nueva York: Academic Press.
- 1 9 8 3 d [1981] Behavioral archaeology and the 'Pompeii premise'. En *Working at archaeology* pp. 229-242. Nueva York: Academic Press.
- 1 9 8 3 e [1982] Meaning, inference and the material record. En *Working at archaeology* pp. 57-63. Nueva York: Academic Press.
- 1 9 8 3 f [1982] The archaeology of place. En *Working at archaeology* pp. 357-378. Nueva York: Academic Press.
- 1983g Working at archaeology: The generation gap -reactionary arguments and theory building. En *Working at archaeology* pp. 213-227. Nueva York: Academic Press.
- 1983h Working at archaeology: Some thoughts about the 1970s and beyond. En *Working at archaeology* pp. 389-394. Nueva York: Academic Press.
- 1987a Researching ambiguity: frames of reference and site structure. En *Method and theory for activity area research: an ethnoarchaeological approach* (Susan Kent, ed.) pp. 449-512. Nueva York: Columbia University Press.
- 1987b Data, relativism and archaeological science. *Man* 22(3): 391-404.
- 1988 Reseña de *Reading the past: current approaches to interpretation in archaeology*, de Ian Hodder. *American Antiquity* 53(4): 875-876.
- 1989a The 'New Archaeology' then and now. En *Archaeological thought in America* (C.C. Lamberg-Karlovsky, ed.) pp. 50-62. Cambridge: Cambridge University Press.
- 1989b Science to seance, or processual to 'post-processual' archaeology. En *Debating archaeology* (Lewis R. Binford, ed.) pp. 27-40. Nueva York: Academic Press.

- Binford, Lewis R. y Sally R. Binford  
 1966 A preliminary analysis of functional variability in the Mousterian of Levallois facies. *American Anthropologist* 68(2): 238-295.
- Binford, Lewis R. y Jeremy A. Sabloff  
 1982 Paradigms, systematics and archaeology. *Journal of Anthropological Research* 38(2): 137-153.
- Binford, Sally R. y Lewis R. Binford (eds.)  
 1968 *New perspectives in archaeology*. Chicago: Aldine.
- Blanton, Richard E.  
 1994 *Houses and households: a comparative study*. Nueva York: Plenum Press.
- Boas, Franz  
 1948 The limitations of the comparative method of anthropology.  
 [1896] En *Race, language and culture* pp. 271-304. Nueva York: Macmillan.
- Borofsky, Robert  
 1994 Assessing the field. En *Assessing cultural anthropology* (Robert Borofsky, ed.) pp. 468-491. Nueva York: McGraw-Hill.
- Bourdieu, Pierre  
 1988 *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa.  
 [1987]
- 1990 *Sociología y cultura*. México: Grijalbo.  
 [1984]
- 1991 a La casa o el mundo invertido. En *El sentido práctico* pp. 419-437. Madrid: Taurus.  
 [1970]
- 1991 b *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.  
 [1979]
- 1991 c *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.  
 [1980]

- 1994 *Raisons pratiques: sur la théorie de l'action*. París: Editions du Seuil.
- Boyd, Robert y Peter J. Richerson  
1985 *Culture and the evolutionary process*. Chicago: University of Chicago Press.
- Braithwaite, Mary  
1982 Decoration as ritual symbol: a theoretical proposal and an ethnographic study in southern Sudan. En *Symbolic and structural archaeology* (Ian Hodder, ed.) pp. 88-88. Cambridge: Cambridge University Press.
- Brown, Frank E. y J. Philip Steadman  
1991 The morphology of British housing: an empirical basis for policy and research. Part 2: topological characteristics. *Environment and Planning B: Planning and Design* 18(4): 385-415.
- Brumfiel, Elizabeth M.  
1989 Factional competition in complex society. En *Domination and resistance* (Daniel Miller, Michael Rowlands y Christopher Tilley, eds.) pp. 127-139. Londres: Unwin Hyman.  
  
1992 Breaking and entering the ecosystem -gender, class, and faction steal the show. *American Anthropologist* 94(3): 551-567.
- Brumfiel, Elizabeth M. y Timothy K. Earle  
1987 Specialization, exchange, and complex societies: an introduction. En *Specialization, exchange, and complex societies* (Elizabeth M. Brumfiel y Timothy K. Earle, eds.) pp. 1-9. Cambridge: Cambridge University Press.
- Brumfiel, Elizabeth M. y John W. Fox (eds.)  
1994 *Factional competition and political development in the New World*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Carr, Christopher (ed.)  
1985 *For concordance in archaeological analysis: bridging data structure, quantitative technique, and theory*. Kansas City:

Westport Publishers.

- Carsten, Janet y Stephen Hugh-Jones  
1995 Introduction. En *About the house: Lévi-Strauss and beyond* (Janet Carsten y Stephen Hugh-Jones, eds.) pp. 1-46. Cambridge: Cambridge University Press.
- Carsten, Janet y Stephen Hugh-Jones (eds.)  
1995 *About the house: Lévi-Strauss and beyond*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Çevik, Ayla  
1995 Social meanings of household space: a modern material culture study in an Anatolian village. *Archaeological Dialogues* 2(1): 39-50.
- Chapman, John C.  
1990 Social inequality on Bulgarian tells and the Varna problem. En *The social archaeology of houses* (Ross Samson, ed.) pp. 49-92. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- Chernela, Janet M.  
1993 *The Wanano Indians of the Brazilian Amazon: a sense of space*. Austin: University of Texas Press.
- Chippindale, Christopher  
1986 Archaeology, design theory, and the reconstruction of prehistoric design systems. *Environment and Planning B: Planning and Design* 13(4): 445-485.
- 1992 Grammars of archaeological design: a generative and geometrical approach to the form of artifacts. En *Representations in archaeology* (Jean-Claude Gardin y Christopher S. Peebles, eds.) pp. 251-276. Bloomington: Indiana University Press.
- Clarke, David L.  
1977 Spatial information in archaeology. En *Spatial archaeology* (David L. Clarke, ed.) pp. 1-32. Nueva York: Academic Press.

- Cohen, Ira J.  
 1 9 9 0 Teoría de la estructuración y praxis social. En *La teoría social hoy* (Anthony Giddens, Jonathan Turner et al.) pp. [1987] 351-397. Madrid: Alianza Editorial.
- Conkey, Margaret W.  
 1978 Style and information in cultural evolution: Toward a predictive model for the Paleolithic. En *Social archaeology: Beyond subsistence and dating* (Charles L. Redman et al., eds.) pp. 61-85. Nueva York: Academic Press.  
 1982 Boundedness in art and society. En *Symbolic and structural archaeology* (Ian Hodder, ed.) pp. 115-128. Cambridge: Cambridge University Press.  
 1989 The structural analysis of Paleolithic art. En *Archaeological thought in America* (C.C. Lamberg-Karlovsky, ed.) pp. 135-154. Cambridge: Cambridge University Press.
- Cos, Pilar  
 1986 Interior, privado, doméstico: entorno de mujeres. En *El uso del espacio en la vida cotidiana* (Aurora García Ballesteros, ed.) pp. 134-150. Seminario de Estudios de la Mujer. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- Criado Boado, Felipe  
 1993 Visibilidad e interpretación del registro arqueológico. *Trabajos de Prehistoria* 50: 39-56.
- D'Andrade, Roy  
 1995 *The development of cognitive anthropology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- David, Nicholas  
 1971 The Fulani compound and the archaeologist. *World Archaeology* 3(2): 111-131. Londres.  
 1992 Integrating ethnoarchaeology: a subtle realist perspective. *Journal of Anthropological Archaeology* 11(4): 330-359.
- Davis, Dave D.  
 1981 Some problems in applying Hodder's hypothesis. *American*

*Antiquity* 46(3): 665-667.

- Deetz, James  
1977 *In small things forgotten: the archaeology of early American life*. Nueva York: Anchor Books.
- DeMarraais, Elizabeth, Luis Jaime Castillo y Timothy K. Earle  
1996 Ideology, materialization, and power strategies. *Current Anthropology* 37(1): 15-31.
- Descola, Philippe  
1986 *La nature domestique: symbolisme et praxis dans l'écologie des Achuar*. París: Editions de la Maison des Sciences de l'Homme.
- Devillard, Marie José  
1995 Individuo, sociedad y antropología social. *Revista Española de Antropología Americana* 25: 223-238.
- Donnan, Christopher B. y C.W. Clewlow (eds.)  
1974 *Ethnoarchaeology*. Institute of Archaeology Monograph 4. Los Angeles: University of California.
- Dragadze, Tamara  
1981 The sexual division of domestic space among the Soviet minorities: the Georgians and the Tadjiks. En *Women and space: ground rules and social maps* (Shirley Ardener, ed.). Londres: Croom Helm.
- Durkheim, Emile  
1 9 8 7 *Las reglas del método sociológico*. Madrid: Akal.  
[1895]
- Durkheim, Emile y Marcel Mauss  
1 9 7 1 De ciertas formas primitivas de clasificación: contribución  
[1903] al estudio de las representaciones colectivas. En *Institución y culto. Obras de Marcel Mauss II*, pp. 13-73. Barcelona: Barral.
- Earle, Timothy K.  
1977 A reappraisal of redistribution: complex Hawaiian chiefdoms. En *Exchange systems in prehistory* (Timothy K.

- Earle y Jonathon E. Ericson, eds.) pp. 213-229. Nueva York: Academic Press.
- 1982 Prehistoric economics and the archaeology of exchange. En *Contexts for prehistoric exchange* (Jonathon E. Ericson y Timothy K. Earle, eds.) pp. 1-12. Nueva York: Academic Press.
- 1991 Toward a behavioral archaeology. En *Processual and postprocessual archaeologies: multiples ways of knowing the past* (Robert W. Preucel, ed.) pp. 83-95. Carbondale: Southern Illinois University Press.
- Earle, Timothy K. y Robert W. Preucel  
 1987 Processual archaeology and the radical critique. *Current Anthropology* 28(4): 501-538.
- Fernández, James W.  
 1986 *Persuasions and performances: the play of tropes in culture*. Bloomington: Indiana University Press.
- Flannery, Kent V.  
 1968 Archaeological systems theory and early Mesoamerica. En *Anthropological archaeology in the Americas* (Betty J. Meggers, ed.) pp. 67-87. Washington: Anthropological Society of Washington.
- 1973 a Culture history vs. culture process: a debate in American  
 [1967] archaeology. En *Contemporary archaeology* (Mark P. Leone, ed.) pp. 102-107. Carbondale: Southern Illinois University Press.
- 1973b Archaeology with a capital S. En *Research and theory in current archaeology* (Charles L. Redman, ed.) pp. 47-53. Nueva York: Wiley.
- 1975 *La evolución cultural de las civilizaciones*. Cuadernos  
 [1972] Anagrama 103. Barcelona: Anagrama.
- Flannery, Kent V. y Joyce Marcus  
 1976 Formative Oaxaca and the Zapotec cosmos. *American Scientist* 64: 374-383.

- Fletcher, Roland  
 1995 *The limits of settlement growth: a theoretical outline.*  
 Cambridge: Cambridge University Press.
- Foster, Sally M.  
 1989 Analysis of spatial patterns in buildings (access analysis) as  
 a insight into social structure. *Antiquity* 63: 40-50.
- Fritz, John M.  
 1978 Paleopsychology today: ideational systems and human  
 adaptation in prehistory. En *Social archaeology: beyond  
 subsistence and dating* (Charles S. Redman et al., eds.) pp.  
 37-59. Nueva York: Academic Press.
- Gallay, Alain  
 1992 On the study of habitat structures: reflections concerning the  
 archaeology-anthropology-science transition. En  
*Representations in archaeology* (Jean-Claude Gardin y  
 Christopher S. Peebles, eds.) pp. 107-121. Bloomington:  
 Indiana University Press.
- Gándara Vázquez, Manuel  
 1982 a La vieja 'nueva arqueología': primera parte. En *Teorías,  
 [1980] métodos y técnicas en arqueología* (VV.AA.) pp. 59-98.  
 México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- 1982b La vieja 'nueva arqueología': segunda parte. En *Teorías,  
 métodos y técnicas en arqueología* (VV.AA.) pp. 99-160.  
 México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- 1990 La analogía etnográfica como heurística: lógica muestral,  
 dominios ontológicos e historicidad. En *Etnoarqueología:  
 Primer Coloquio Bosch-Gimpera* (Yoko Sugiura Yamamoto  
 y Mari Carmen Serra Puche, eds.) pp. 43-82. México:  
 Universidad Nacional Autónoma de México.
- García García, José Luis  
 1976 *Antropología del territorio.* Madrid: Taller Ediciones JB.
- 1983 Modelo para el estudio antropológico del territorio humano.  
 En *II Congreso Iberoamericano de Antropología* (VV.AA.)  
 pp. 243-253. Madrid: Ministerio de Cultura.

Geertz, Clifford

1988 a Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura. En *La interpretación de las culturas* pp. 19-40. [1973] Barcelona: Gedisa.

1988 b La ideología como sistema cultural. En *La interpretación de las culturas* pp. 171-202. [1964] Barcelona: Gedisa.

Gibbon, Guy

1989 *Explanation in archaeology*. Oxford: Blackwell.

Giddens, Anthony

1979 *Central problems in social theory: action, structure and contradiction in social analysis*. Berkeley: University of California Press.

1981 Agency, institution and time-space analysis. En *Advances in social theory and methodology: toward and integration of micro and macro-sociologies* (Karin D. Knorr-Cetina y Aaron V. Cicourel, eds.) pp. 161-174. Londres: Routledge.

1984 *The constitution of society: outline of the theory of structuration*. Cambridge: Polity Press.

1987 *Las nuevas reglas del método sociológico*. Buenos Aires: [1967] Amorrortu.

Giuliani, Maria Vittoria

1987 Naming the rooms: implications of a change in the home model. *Environment and Behavior* 19(2): 180-203.

Gladwin, Christina H.

1980 A theory of real-life choice: application to agricultural decisions. En *Agricultural decision making: anthropological contributions to rural development* (P. Barlett, ed.) pp. 45-85. Nueva York: Academic Press.

1989 *Ethnographic decision tree modeling*. Qualitative Research Methods 19. Newbury Park: Sage.

Glassie, Henry

1975 *Folk housing in middle Virginia: a structural analysis of*

*historic artifacts*. Knoxville: University of Tennessee Press.

Godelier, Maurice

1989 *Lo ideal y lo material*. Madrid: Taurus.  
[1984]

González Echevarría, Aurora

1987 *La construcción teórica en antropología*. Barcelona:  
Anthropos.

Goody, Jack (ed.)

1958 *The developmental cycle in domestic groups*. Cambridge:  
Cambridge University Press.

Goodyear, Albert C., L. Mark Raab y Timothy C. Klinger

1978 The status of archaeological research design in cultural  
resource management. *American Antiquity* 43(2): 159-173.

Gould, Richard A.

1980 *Living archaeology*. Cambridge: Cambridge University  
Press.

Gould, Richard A. (ed.)

1978 *Explorations in ethnoarchaeology*. Albuquerque: University  
of New Mexico Press.

Gould, Richard A. y Michael B. Schiffer (eds.)

1981 *Modern material culture: the archaeology of us*. Nueva  
York: Academic Press.

Graves, C. Pamela

1989 Social space in the English medieval parish church.  
*Economy and Society* 18(3): 297-320.

Habermas, Jürgen

1987 *Teoría de la acción comunicativa II: crítica de la razón  
funcionalista*. Madrid: Taurus.

Hägerstrand, Torsten

1970 What about people in regional science? *Papers of the  
Regional Science Association* 24: 7-21.

- Hanson, F. Allan  
1975 *Meaning in culture*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Hasell, Mary J. y Frieda D. Peatross  
1990 Exploring connections between women's changing roles and house forms. *Environment and Behavior* 22(1): 3-26.
- Hastorf, Christine A.  
1991 Gender, space and food in prehistory. En *Engendering archaeology* (Joan M. Gero y Margaret W. Conkey, eds.) pp. 132-159. Oxford: Blackwell.
- Herrero, Nieves  
1992 De Durkheim a Mauss: el 'homo duplex' y el 'hombre total'. *Antropología. Revista de Pensamiento Antropológico y Estudios Etnográficos* 2: 125-143.
- Herzfeld, Michael  
1992 Archaeology and the uses of evidential scarcity. En *Representations in archaeology* (Jean-Claude Gardin y Christopher S. Peebles, eds.) pp. 66-86. Bloomington: Indiana University Press.
- Hillier, Bill y Julienne Hanson  
1984 *The social logic of space*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hillier, Bill, Julienne Hanson y H. Graham  
1987 Ideas are in things: an application of the space syntax method to discovering house genotypes. En: Analysis of building plans in history and prehistory (Robin B. Boast y J. Philip Steadman, eds.). *Environment and Planning B: Planning and Design* 14(4): 363-385.
- Hillier, Bill, A. Leaman, P. Stanhall y M. Bedford  
1976 Space syntax. *Environment and Planning B: Planning and Design* 3: 147-185.
- Hirschon, R.  
1981 Essential objects and the sacred: interior and exterior space in an urban Greek locality. En *Women and space: ground rules and social maps* (Shirley Ardener, ed.). Londres:

Croom Helm.

- Hodder, Ian  
 1978 Conclusion and assessment. En *Simulation studies in archaeology* (Ian Hodder, ed.) pp. 133-136. Cambridge: Cambridge University Press.
- 1979 Economic and social stress and material culture patterning. *American Antiquity* 44(3): 446-454.
- 1981a Reply to Davis. *American Antiquity* 46(3): 668-670.
- 1981b Towards a mature archaeology. En *Patterns of the past: studies in honor of David Clarke* (Ian Hodder, Glynn Isaac y Norman Hammond, eds.) pp. 1-13. Cambridge: Cambridge University Press.
- 1982a *Symbols in action: ethnoarchaeological studies of material culture*. Cambridge: Cambridge University Press.
- 1982b *The present past: an introduction to anthropology for archaeologists*. Londres: Batsford.
- 1982c Theoretical archaeology: a reactionary view. En *Symbolic and structural archaeology* (Ian Hodder, ed.) pp. 1-16. Cambridge: Cambridge University Press.
- 1982d Toward a contextual approach to prehistoric exchange. En *Contexts for prehistoric exchange* (Ericson y Timothy K. Earle, eds.) pp. 199-211. Nueva York: Academic Press.
- 1982e The identification and interpretation of ranking in prehistory: A contextual perspective. En *Ranking, resource and exchange* (Colin Renfrew y Steve Shennan, eds.) pp. 150-154. Cambridge: Cambridge University Press.
- 1984a Archaeology in 1984. *Antiquity* 58: 25-32.
- 1984b Burials, houses, women and men in the European Neolithic. En *Ideology, power and prehistory* (Daniel Miller y Christopher Tilley, eds.) pp. 51-68. Cambridge: Cambridge University Press.

- 1985a Post-processual archaeology. En *Advances in Archaeological Method and Theory* vol. 8 (Michael B. Schiffer, ed.). Nueva York: Academic Press.
- 1985b Boundaries as strategies. En *The archaeology of frontiers and boundaries* (Stanton W. Green y Stephen M. Perlman, eds.) pp. 141-159. Nueva York: Academic Press.
- 1986 Politics and ideology in the World Archaeological Congress. *Archaeological Review from Cambridge* 5: 113-118.
- 1987a The contextual analysis of symbolic meanings. En *The archaeology of contextual meanings* (Ian Hodder, ed.) pp. 1-10. Cambridge: Cambridge University Press.
- 1987b Converging traditions: the search for symbolic meanings in archaeology and geography. En *Landscape and culture: geographical and archaeological perspectives* (J.M. Wagstaff, ed.) pp. 134-145. Oxford: Basil Blackwell.
- 1988 *Interpretación en arqueología: corrientes actuales.*  
[1986] Barcelona: Crítica.
- 1990a *The domestication of Europe: structures and contingency in Neolithic societies.* Oxford: Basil Blackwell.
- 1990b El debate español sobre la arqueología contextual. *Trabajos de Prehistoria* 47: -382.
- 1991a Interpretive archaeology and its role. *American Antiquity* 56: 7-18.
- 1991b Postprocessual archaeology and the current debate. En *Processual and postprocessual archaeologies: multiples ways of knowing the past* (Robert W. Preucel, ed.) pp. 30-41. Carbondale: Southern Illinois University Press.
- 1991c *Reading the past*, 2ª edición. Cambridge: Cambridge University Press.
- 1992a Post-processual archaeology. En *Theory and practice in*

- archaeology* (Ian Hodder) pp. 83-91. Londres: Routledge.
- 1992b The post-processual reaction. En *Theory and practice in archaeology* (Ian Hodder) pp. 160-168. Londres: Routledge.
- 1994 Architecture and meaning: the example of Neolithic houses and tombs. En *Architecture and order: approaches to social space* (Michael Parker Pearson y Colin Richards, eds.) pp. 73-86. Londres: Routledge.
- Hodder, Ian (ed.)  
 1982 *Symbolic and structural archaeology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hodder, Ian y Clive Orton  
 1976 *Spatial analysis in archaeology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Holy, Ladislav  
 1987 Description, generalization and comparison: Two paradigms. En *Comparative Anthropology* (Ladislav Holy, ed.) pp. 1-21. Oxford: Basil Blackwell.
- Holy, Ladislav y Milan Stuchlik  
 1983 *Actions, norms and representations: foundations of anthropological inquiry*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Homans, George C.  
 1990 El conductismo y después del conductismo. En *La teoría social hoy* (Anthony Giddens, Jonathan H. Turner et al.) [1987] pp. 81-111. Madrid: Alianza Editorial.
- Hoppál, Mihály  
 1987 Proxemic patterns, social structures, and world view. *Semiotica* 65(3): 225-248.
- Hugh-Jones, Christine  
 1996 Houses in the Neolithic imagination: an Amazonian example. En *Neolithic houses in northwest Europe and beyond* (Timothy Darvill y Julian Thomas, eds.) pp. 185-193. Oxford: Oxbow Books.

Hugh-Jones, Stephen

- 1995 Inside-out and back-to-front: the androgynous house in Northwest Amazonia. En *About the house: Lévi-Strauss and beyond* (Janet Carsten y Stephen Hugh-Jones, eds.) pp. 226-252. Cambridge: Cambridge University Press.

Hunter-Anderson, Rosalind L.

- 1977 A theoretical approach to the study of house form. En *For theory building in archaeology* (Lewis R. Binford, ed.) pp. 287-315. Nueva York: Academic Press.

Ibáñez, Jesús

- 1994 *El regreso del sujeto: la investigación social de segundo orden*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.

Ingold, Tim

- 1986 *Evolution and social life*. Cambridge: Cambridge University Press.

Israel, Pamela Ellen

- 1985 Dalla 'jibaría' al 'centro shuar': modernizzazione dello spazio domestico nell'Amazonia ecuadoriana. En: *Antropologia dello spazio* (Barbara Fiore, ed.). *La Ricerca Folklorica* 11: 53-60.

Jochim, Michael A.

- 1976 *Hunter-gatherer subsistence and settlement: a predictive model*. Nueva York: Academic Press.

- 1979 Breaking down the system: recent ecological approaches in archaeology. En *Advances in archaeological method and theory* vol. 2 (Michael B. Schiffer, ed.) pp. 77-117. Nueva York: Academic Press.

- 1983 Optimization models in context. En *Archaeological hammers and theories* (James A. Moore y Arthur S. Keene, eds.) pp. 173-192. Nueva York: Academic Press.

Jociles Rubio, María Isabel y Jesús Adánez Pavón

- 1995 Las teorías de la práctica y la estructuración: sobre el pensamiento de Pierre Bourdieu y Anthony Giddens. *Revista Española de Antropología Americana* 25: 239-247.

- Johnsen, Harald y Bjornar Olsen  
 1992 Hermeneutics and archaeology: on the philosophy of contextual archaeology. *American Antiquity* 57(3): 419-436.
- Johnson, Allen W. y Timothy K. Earle  
 1987 *The evolution of human societies: from foraging group to agrarian State*. Stanford: Stanford University Press.
- Johnson, Gregory A.  
 1978 Information sources and the development of decision-making organizations. En *Social archaeology: beyond subsistence and dating* (Charles L. Redman et al., eds.) pp. 87-112. Nueva York: Academic Press.
- 1982 Organizational structure and scalar stress. En *Theory and explanation in archaeology: the Southampton conference* (Colin Renfrew, Michael J. Rowlands y Barbara Abbott Segraves, eds.) pp. 389-421. Nueva York: Academic Press.
- Johnson, Matthew H.  
 1989 Conceptions of agency in archaeological interpretation. *Journal of Anthropological Archaeology* 8(2): 189-211.
- 1991 Enclosure and capitalism: the history of a process. En *Processual and postprocessual archaeologies: multiple ways of knowing the past* (Robert W. Preucel, ed.) pp. 159-167. Carbondale: Southern Illinois University Press.
- 1993 Notes towards an archaeology of capitalism. En *Interpretative archaeology* (Christopher Tilley, ed.) pp. 327-356. Oxford: Berg.
- Kamp, Kathryn A.  
 1993 Towards an archaeology of architecture: clues from a modern Syrian village. *Journal of Anthropological Research* 49(4): 293-317.
- Keene, Arthur S.  
 1979 Economic optimization models and the study of hunter-gatherer subsistence settlement systems. En *Transformations: mathematical approaches to culture change* (Colin Renfrew y K.L. Cooke, eds.) pp. 369-404.

Nueva York: Academic Press.

1983 Biology, behavior, and borrowing: a critical examination of optimal foraging theory in archaeology. En *Archaeological hammers and theories* (James A. Moore y Arthur S. Keene, eds.) pp. 137-156. Nueva York: Academic Press.

1985 Constraints on linear programming applications in archaeology. En *For concordance in archaeological analysis: bridging data structure, quantitative technique, and theory* (Christopher Carr, ed.) pp. 239-273. Kansas City: Westport Publishers.

Keesing, Roger M.

1994 Theories of culture revisited. En *Assessing cultural anthropology* (Robert Borofsky, ed.) pp. 301-310. Nueva York: McGraw-Hill.

Kent, Susan

1982 Hogans, sacred circles, and symbols -the Navajo use of space. En *Navajo religion and culture: selected views* (David M. Brugge y Charlotte J. Frisbie, eds.) pp. 128-137. Santa Fe: Museum of New Mexico Press.

1983 The differentiation of Navajo culture, behavior, and material culture: a comparative study in culture change. *Ethnology* 22(1): 81-91.

1987 Understanding the use of space: an ethnoarchaeological approach. En *Method and theory for activity area research: an ethnoarchaeological approach* (Susan Kent, ed.) pp. 1-62. Nueva York: Columbia University Press.

1990a Activity areas and architecture: an interdisciplinary view of the relationship between use of space and domestic built environments. En *Domestic architecture and the use of space: an interdisciplinary cross-cultural study* (Susan Kent, ed.) pp. 1-8. Cambridge: Cambridge University Press.

1990b A cross-cultural study of segmentation, architecture, and the use of space. En *Domestic architecture and the use of space: an interdisciplinary cross-cultural study* (Susan Kent,

- ed.) pp. 127-152. Cambridge: Cambridge University Press.
- 1991 Partitioning space: cross-cultural factors influencing domestic spatial segmentation. *Environment and Behavior* 23(4): 438-473.
- King, Anthony D.
- 1990 *Urbanism, colonialism, and the world-economy: cultural and spatial foundations of the world urban system*. Londres: Routledge.
- Kohl, Philip L.
- 1981 Materialist approaches in prehistory. *Annual Review of Anthropology* 10: 89-118.
- Kosso, Peter
- 1991 Method in archaeology: middle-range theory as hermeneutics. *American Antiquity* 56(4): 621-627.
- Kramer, Carol (ed.)
- 1979 *Ethnoarchaeology: implications of ethnography for archaeology*. Nueva York: Columbia University Press.
- Kroll, Ellen M. y T. Douglas Price
- 1991 Postscript: the end of spatial analysis. En *The interpretation of spatial patterning* (Ellen M. Kroll y T. Douglas Price, eds.) pp. 301-305. Nueva York: Plenum Press.
- Kuhn, Thomas S.
- 1971 *La estructura de las revoluciones científicas*. México: [1962] Fondo de Cultura Económica.
- Kuper, Adam
- 1973 *Antropología y antropólogos: la escuela británica, 1922-1972*. Barcelona: Anagrama.
- Kus, Susan M.
- 1979 *Archaeology and ideology: the symbolic organization of space*. Ann Arbor: University Microfilm International.
- 1982 Matters material and ideal. En *Symbolic and structural archaeology* (Ian Hodder, ed.) pp. 47-62. Cambridge:

Cambridge University Press.

Lane, Paul J.

- 1994 The temporal structuring of settlement space among the Dogon of Mali: an ethnoarchaeological study. En *Architecture and order: approaches to social space* (Michael Parker Pearson y Colin Richards, eds.) pp. 196-216. Londres: Routledge.

Lawrence, Denise L. y Setha M. Low

- 1990 The built environment and spatial form. *Annual Review of Anthropology* 19: 453-505.

Leach, Edmund

- 1978 *Cultura y comunicación: la lógica de la conexión de los símbolos*. Madrid: Siglo XXI de España.

Leone, Mark P.

- 1982a Some opinions about recovering mind. *American Antiquity* 47(4): 742-760.
- 1982b Childe's offspring. En *Symbolic and structural archaeology* (Ian Hodder, ed.) pp. 179-184. Cambridge: Cambridge University Press.
- 1984 Interpreting ideology in historical archaeology: the William Paca garden in Annapolis, Maryland. En *Ideology, power and prehistory* (Daniel Miller y Christopher Tilley, eds.) pp. 25-36. Cambridge: Cambridge University Press.
- 1986 Symbolic, structural and critical archaeology. En *American archaeology: past and future* (David J. Meltzer, Don D. Fowler y Jeremy A. Sabloff, eds.) pp. 415-438. Washington: Society for American Archaeology.
- 1987 Rule by ostentation: the relationship between space and sight in eighteenth-century landscape architecture in the Chesapeake region of Maryland. En *Method and theory for activity area research: an ethnoarchaeological approach* (Susan Kent, ed.) pp. 604-633. Nueva York: Columbia University Press.

- Leone, Mark P., Parker B. Potter y Paul A. Shackel  
 1987      Toward a critical archaeology. *Current Anthropology* 28(3):  
 283-302.
- Lévi-Strauss, Claude  
 1 9 8 1    *La vía de las máscaras*. México: Siglo XXI.  
 [1979]
- 1 9 8 4 a    La noción de estructura en etnología. En *Antropología  
 [1952]      estructural* pp. 249-289. Buenos Aires: Eudeba.
- 1 9 8 4 b    Las estructuras sociales en el Brasil central y oriental. En  
 [1952]      *Antropología estructural* pp. 108-118. Buenos Aires:  
 Eudeba.
- 1 9 8 4 c    ¿Existen las organizaciones dualistas? En *Antropología  
 [1956]      estructural* pp. 119-148. Buenos Aires: Eudeba.
- 1 9 8 4 d    Apéndice al capítulo XV. En *Antropología estructural* pp.  
 [1958]      290-309. Buenos Aires: Eudeba.
- 1 9 8 8    *Tristes trópicos*. Barcelona: Paidós.  
 [1955]
- Limp, W. Fredrick y Christopher Carr  
 1985      The analysis of decision making: Alternative applications in  
 archaeology. En *For concordance in archaeological  
 analysis: bridging data structure, quantitative technique,  
 and theory* (Christopher Carr, ed.) pp. 128-172. Kansas  
 City: Westport Publishers.
- Longacre, William A.  
 1968      Some aspects of prehistoric society in East-Central Arizona.  
 En *New perspectives in archaeology* (Sally R. Binford y  
 Lewis R. Binford, eds.) pp. 89-102. Chicago: Aldine.
- Lyons, Diane  
 1989      Men's houses:women's spaces: the spatial ordering of  
 households in Doulo, north Cameroon. En *Households and  
 communities: proceedings of the 21st Annual Chacmool  
 Conference* (Scott MacEachern, David J.W. Archer y  
 Richard D. Garvin, eds.) pp. 28-34. Calgary: The

Archaeological Association of the University of Calgary.

- 1996 The politics of house shape: round vs rectilinear domestic structures in Déla compounds, northern Cameroon. *Antiquity* 70: 351-367.

Marshall, Yvonne

- 1989 The house in northwest coast, Nuu-Chah-Nulth society: the material structure of political action. En *Households and communities: proceedings of the 21st Annual Chacmool Conference* (Scott MacEachern, David J.W. Archer y Richard D. Garvin, eds.) pp. 15-21. Calgary: The Archaeological Association of the University of Calgary.

Martín Serrano, Manuel

- 1977 *La mediación social*. Madrid: Akal.

Martínez Navarrete, M<sup>a</sup> Isabel

- 1989 *Una revisión crítica de la prehistoria española: la Edad del Bronce como paradigma*. Madrid: Siglo XXI.

Mauss, Marcel

- 1 9 7 1 Divisiones y proporciones de las divisiones de la sociología. [1927] En *Sociedad y ciencias sociales. Obras III* pp. 103-162. Barcelona: Barral Editores.

Mauss, Marcel y H. Beuchat

- 1 9 7 1 Ensayo sobre las variaciones estacionales en las sociedades [1904-5] esquimales: un estudio de morfología social. En *Sociología y antropología* pp. 359-432. Madrid: Tecnos.

McGuire, Randall H.

- 1983 Breaking down cultural complexity: inequality and heterogeneity. En *Advances in archaeological method and theory* vol. 6 (Michael B. Schiffer, ed.) pp. 91-142. Nueva York: Academic Press.

- 1992 *A Marxist archaeology*. Nueva York: Academic Press.

Miller, Daniel

- 1982a Artefacts as products of human categorisation processes. En *Symbolic and structural archaeology* (Ian Hodder, ed.) pp.

17-25. Cambridge: Cambridge University Press.

1982b Structures and strategies: An aspect of the relationship between social hierarchy and cultural change. En *Symbolic and structural archaeology* (Ian Hodder, ed.) pp. 89-98. Cambridge: Cambridge University Press.

1982c Explanation and social theory in archaeological practice. En *Theory and explanation in archaeology* (Colin Renfrew, Michael J. Rowlands y Barbara Abbott Segraves, eds.) pp. 83-95. Nueva York: Academic Press.

Miller, Daniel y Christopher Tilley

1984a Ideology, power and prehistory: an introduction. En *Ideology, power and prehistory* (Daniel Miller y Christopher Tilley, eds.) pp. 1-15. Cambridge: Cambridge University Press.

1984b Ideology, power, material culture and long-term change. En *Ideology, power and prehistory* (Daniel Miller y Christopher Tilley, eds.) pp. 147-152. Cambridge: Cambridge University Press.

Miller, Daniel y Christopher Tilley (eds.)

1984 *Ideology, power and prehistory*. Cambridge: Cambridge University Press.

Møbjerg, Tinna

1991 The spatial organization of an Inuit winterhouse in Greenland: an ethnoarchaeological study. En *Social space: human spatial behaviour in dwellings and settlements* (Ole Gron, Ericka Engelstad e Inge Lindblom, eds.) pp. 40-48. Odense: Odense University Press.

Moles, Abraham A. y Elisabeth Rohmer

1978 *Psychologie de l'espace*. Casterman.

Monnet, Jérôme

1995 Comentario a 'The production of space and the house of xidi Sukur', de Adam Smith y Nicholas David. *Current Anthropology* 36(3): 461.

## Moore, Alexander

- 1981 Basilicas and kingposts: a proxemic and symbolic event analysis of competing public architecture among the San Blas Cuna. *American Ethnologist* 8: 259-277.

## Moore, Henrietta

- 1982 The interpretation of spatial patterning in settlement residues. En *Symbolic and structural archaeology* (Ian Hodder, ed.) pp. 74-79. Cambridge: Cambridge University Press.
- 1987 Problems in the analysis of social change: an example from the Marakwet. En *Archaeology as long term history* (Ian Hodder, ed.) pp. 85-104. Cambridge: Cambridge University Press.
- 1 9 9 6 [1986] *Space, text, and gender: an anthropological study of the Marakwet of Kenya*. Nueva York: The Guilford Press.

## Moore, James A.

- 1983 The trouble with know-it-alls: information as a social and ecological resource. En *Archaeological hammers and theories* (James A. Moore y Arthur S. Keene, eds.) pp. 173-192. Nueva York: Academic Press.

## Moore, James A. y Arthur S. Keene

- 1983 Archaeology and the law of the hammer. En *Archaeological hammers and theories* (James A. Moore y Arthur S. Keene, eds.) pp. 3-13. Nueva York: Academic Press.

## Murphy, Yolanda y Robert F. Murphy

- 1985 *Women of the forest*, 2 edición. Nueva York: Columbia University Press.

## Netting, Robert McC., Richard R. Wilk y Eric J. Arnould (eds.)

- 1984 *Households: Comparative and historical studies of the domestic group*. Berkeley: University of California Press.

## Nevett, Lisa

- 1994 Separation or seclusion? Towards an archaeological approach to investigating women in the Greek household in the 5th to 3rd centuries BC. En *Architecture and order:*

*approaches to social space* (Michael Parker Pearson y Colin Richards, eds.) pp. 98-112. Londres: Routledge.

O'Shea, J.  
1992

Reseña de *The Domestication of Europe* de Ian Hodder. *American Anthropologist* 94: 752-753.

Ortner, Sherry B.

1984

Theory in anthropology since the sixties. *Comparative Studies in Society and History* 26: 126-166.

Oswald, Dana B.

1987

The organization of space in residential buildings: a cross-cultural perspective. En *Method and theory for activity area research: an ethnoarchaeological approach* (Susan Kent, ed.) pp. 295-344. Nueva York: Columbia University Press.

Outhwaite, William

1988

*New philosophies of social science: realism, hermeneutics and critical theory*. Londres: MacMillan.

Pader, Ellen J.

1993

Spatiality and social change: domestic space use in Mexico and the United States. *American Ethnologist* 20(1): 114-137.

Patrik, Linda E.

1985

Is there an archaeological record? En *Advances in archaeological method and theory* vol. 8 (Michael B. Schiffer, ed.) pp. 27-62. Nueva York: Academic Press.

Pazos, Alvaro

1995

El modelo de actor en Giddens: una exposición crítica. *Revista Española de Antropología Americana* 25: 205-221.

Peebles, Christopher S.

1992

Rooting out latent behaviorism in prehistory. En *Representations in archaeology* (Jean-Claude Gardin y Christopher S. Peebles, eds.) pp. 357-384. Bloomington: Indiana University Press.

- Peebles, Christopher S. y Susan M. Kus  
 1977 Some archaeological correlates of ranked societies. *American Antiquity* 42(3): 421-448.
- Picó, Josep  
 1986 Anthony Giddens y la teoría social. *Zona Abierta* 39-40: 199-223.
- Plimpton, C.L. y Fekri A. Hassan  
 1987 Social space: a determinant of house architecture. En: Analysis of building plans in history and prehistory (Robin B. Boast y J. Philip Steadman, eds.). *Environment and Planning B: Planning and Design* 14(4): 439-449.
- Plog, Stephen  
 1978 Social interaction and stylistic similarity: a reanalysis. En *Advances in archaeological method and theory* vol. 1 (Michael B. Schiffer, ed.) pp. 143-182. Nueva York: Academic Press.
- Raab, L. Mark y Albert C. Goodyear  
 1984 Middle-Range theory in archaeology: a critical review of origins and applications. *American Antiquity* 49(2): 255-268.
- Radcliffe-Brown, Alfred R.  
 1952 *Structure and function in primitive society*. Londres: Cohen & West.
- 1 9 7 5 *El método de la antropología social*. Barcelona: Anagrama.  
 [1958]
- Rathje, William L.  
 1979 Modern material culture studies. En *Advances in archaeological method and theory* vol. 2 (Michael B. Schiffer, ed.) pp. 1-37. Nueva York: Academic Press.
- Redman, Charles L.  
 1991 In defense of the Seventies -the adolescence of New Archaeology. *American Anthropologist* 93(2): 295-307.
- Reidhead, V.A.  
 1979 Linear programming models in archaeology. *Annual Review*

*of Anthropology* 8: 534-578.

- 1980 The economics of subsistence change: a test of an optimization model. En *Modeling change in prehistoric subsistence economies* (Timothy K. Earle y A.L. Christensen, eds.) pp. 141-186. Nueva York: Academic Press.
- Renfrew, Colin
- 1969 Trade and culture process in European prehistory. *Current Anthropology* 10(1): 151-160.
- 1994 Towards a cognitive archaeology. En *The ancient mind: elements of cognitive archaeology* (Colin Renfrew y Ezra B.W. Zubrow, eds.) pp. 3-12. Cambridge: Cambridge University Press.
- Ritzer, George
- 1991 *Metatheorizing in sociology*. Lexington: Lexington Books.
- 1993 *Teoría sociológica contemporánea*. Madrid: McGraw-Hill.  
[1992]
- Robben, Antonius C.G.M.
- 1989 Habits of the home: spatial hegemony and the structuration of house and society in Brasil. *American Anthropologist* 91(3): 570-588.
- Rodman, Margaret C.
- 1985 Contemporary custom: redefining domestic space in Longana, Vanuatu. *Ethnology* 24(4): 269-279.
- Roe, Peter G. y Peter E. Siegel
- 1982 The life history of a Shipibo compound: ethnoarchaeology in the Peruvian Montaña. *Journal of Archaeology and Anthropology* 5(2): 95-118.
- Root, Dolores
- 1983 Information exchange and the spatial configurations of egalitarian societies. En *Archaeological hammers and theories* (James A. Moore y Arthur S. Keene, eds.) pp. 193-219. Nueva York: Academic Press.

- Ruiz Rodríguez, Arturo, Teresa Chapa Brunet y Gonzalo Ruiz Zapatero  
 1988 La arqueología contextual: una revisión crítica. *Trabajos de Prehistoria* 45: 11-17.
- Sabloff, Jeremy A., Lewis R. Binford y P.A. McAnany  
 1987 Understanding the archaeological record. *Antiquity* 61: 203-209.
- Sánchez Pérez, Francisco  
 1990 *La liturgia del espacio. Casarabonela: un pueblo aljamiado*. Madrid: Nerea.
- Sayer, Andrew  
 1992 *Method in social science: a realistic approach*, 2ª edición. Londres: Routledge.
- Scharfstein, Ben-Ami  
 1989 *The dilemma of context*. Nueva York: New York University Press.
- Schiffer, Michael B.  
 1975 Archaeology as behavioral science. *American Anthropologist* 77(4): 836-848.
- 1976 *Behavioral archaeology*. Nueva York: Academic Press.
- 1979 A preliminary consideration of behavioral change. En *Transformations: Mathematical approaches to culture change* (Colin Renfrew y Kenneth L. Cooke, eds.) pp. 353-368. Nueva York: Academic Press.
- 1981 Some issues in the philosophy of archaeology. *American Antiquity* 46(4): 899-908.
- 1988 The structure of archaeological theory. *American Antiquity* 53(3): 461-485.
- Semprini, Andrea  
 1993 Espaces privés, espaces publics: privé et public comme catégories pratiques. *Espaces et Sociétés* 73: 137-164.

Service, Elman R.

1962 *Primitive social organization: an evolutionary perspective.*  
Nueva York: Random House.

1985 *A century of controversy: ethnological issues from 1860 to 1960.* Nueva York: Academic Press.

Shamgar-Handelman, Lea y Ruth Belkin

1984 They won't stay home forever: patterns of home space allocation. *Urban Anthropology* 13(1): 117-144.

Shanks, Michael y Christopher Tilley

1982 Ideology, symbolic power and ritual communication: a reinterpretation of Neolithic mortuary practices. En *Symbolic and structural archaeology* (Ian Hodder, ed.) pp. 129-154. Cambridge: Cambridge University Press.

1987a *Re-constructing archaeology: theory and practice.* Cambridge: Cambridge University Press.

1987b *Social theory and archaeology.* Cambridge: Polity Press.

Shweder, Richard A. y Robert A. Levine (eds.)

1984 *Culture theory: essays on mind, self, and emotion.* Cambridge: Cambridge University Press.

Siegel, Peter E.

1987 Small village demographic and architectural organization: an ms. example from the Tropical Lowlands.

Siegel, Peter E. y Peter G. Roe

1986 Shipibo archaeo-ethnography: site formation processes and archaeological interpretation. *World Archaeology* 18(1): 96-115.

Smith, Adam y Nicholas David

1995 The production of space and the house of Xidi Sukur. *Current Anthropology* 36(3): 441-471.

Steadman, Sharon R.

1996 Recent research in the archaeology of architecture: beyond the foundations. *Journal of Archaeological Research* 4(1):

51-93.

Stiles, David

1977 Ethnoarchaeology: a discussion of methods and applications. *Man* 12(1): 87-103.

Stocking, George W.

1984 Radcliffe-Brown and British social anthropology. En *Functionalism historicized: essays on British social anthropology* (George W. Stocking, ed.) pp. 131-191. Madison: University of Wisconsin Press.

Strauss, Claudia y Naomi Quinn

1994 A cognitive/cultural anthropology. En *Assessing cultural anthropology* (Robert Borofsky, ed.) pp. 284-297. Nueva York: McGraw-Hill.

Struever, Stuart S. y Gail L. Houart

1972 An analysis of the Hopewell interaction sphere. En *Social change and interaction* (E.N. Wilmsen, ed.) pp. 47-79. Anthropological Papers 46. Ann Arbor: University of Michigan Museum of Anthropology.

Tanner, Adrian

1991 Spatial organization in social formation and symbolic action: Fijian and Canadian examples. En *Social space: human spatial behaviour in dwellings and settlements* (Ole Gron, Ericka Engelstad e Inge Lindblom, eds.) pp. 21-39. Odense: Odense University Press.

Taylor, Walter W.

1948 *A study of archaeology*. Menasha: American Anthropological Association.

Thomas, Julian

1993 The hermeneutics of megalithic space. En *Interpretative archaeology* (Christopher Tilley, ed.) pp. 73-97. Oxford: Berg.

Tilley, Christopher

1982 Social formation, social structures and social change. En *Symbolic and structural archaeology* (Ian Hodder, ed.) pp.

26-38. Cambridge: Cambridge University Press.

- 1984 Ideology and the legitimation of power in the middle Neolithic of southern Sweden. En *Ideology, power and prehistory* (Daniel Miller y Christopher Tilley, eds.). Cambridge: Cambridge University Press.
- 1989 Interpreting material culture. En *The meanings of things: material culture and symbolic expression* (Ian Hodder, ed.) pp. 185-194. *One World Archaeology* 6. Londres: Unwin Hyman.
- 1993 Interpretation and a poetics of the past. En *Interpretative archaeology* (Christopher Tilley, ed.) pp. 1-27. Oxford: Berg.
- 1994 *A phenomenology of landscape: places, paths and monuments*. Oxford: Berg.
- Trigger, Bruce G.
- 1992 *Historia del pensamiento arqueológico*. Barcelona: Crítica.
- 1995 Expanding middle-range theory. *Antiquity* 69(264): 449-458.
- Tschauner, Hartmut
- 1996 Middle-range theory, behavioral archaeology, and postempiricist philosophy of science in archaeology. *Journal of Archaeological Method and Theory* 3(1): 1-30.
- Veloz Maggiolo, Marcio
- 1985 *La arqueología de la vida cotidiana*. Santo Domingo: Taller.
- Vogt, Evon Z.
- 1983 Some new themes in settlement pattern research. En *Prehistoric settlement patterns: essays in honor of Gordon R. Willey* (Evon Z. Vogt y Richard M. Leventhal, eds.) pp. 3-19. Cambridge, Mass: Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Harvard Univ.
- Wagstaff, J.M.
- 1987 The new archaeology and geography. En *Landscape and*

*culture: geographical and archaeological perspectives* (J.M. Wagstaff, ed.) pp. 26-36. Oxford: Basil Blackwell.

Washburn, Wilcomb E.

1987 A critical view of critical archaeology. *Current Anthropology* 28(4): 544-545.

Watson, Patty Jo y Michael Fotiadis

1990 The razor's edge: symbolic-structuralist archaeology and the expansion of archaeological inference. *American Anthropologist* 92(3): 613-629.

Watson, Patty Jo, Steven A. LeBlanc y Charles L. Redman

1974 *El método científico en arqueología*. Madrid: Alianza  
[1971] Editorial.

Werlen, Benno

1993 *Society, action and space: an alternative human geography*.  
[1988] Londres: Routledge.

White, Leslie A.

1959 The concept of culture. *American Anthropologist* 61(2):  
227-251.

Whitelaw, Todd M.

1994 Order without architecture: functional, social and symbolic dimensions in hunter-gatherer settlement organization. En *Architecture and order: approaches to social space* (Michael Parker Pearson y Colin Richards, eds.) pp. 217-243. Londres: Routledge.

Wilk, Richard R.

1983 Little house in the jungle: the causes of variation in house size among modern Kekchi Maya. *Journal of Anthropological Archaeology* 2(2): 99-116.

1984

Household in process: agricultural change and domestic transformation among the Kekchi Maya of Belize. En *Households: comparative and historical studies of the domestic group* (Robert McC. Netting, Richard R. Wilk y Eric J. Arnould, eds.) pp. 217-244. Berkeley: University of California Press.

- 1990 The built environment and consumer decisions. En *Domestic architecture and the use of space: an interdisciplinary cross-cultural study* (Susan Kent, ed.) pp. 34-42. Cambridge: Cambridge University Press.
- Wilk, Richard R. y Robert M. Netting  
 1984 Households: changing forms and functions. En *Households: comparative and historical studies of the domestic group* (Robert M. Netting, Richard R. Wilk y Eric J. Arnould, eds.) pp. 1-28. Berkeley: University of California Press.
- Winterhalder, Bruce y Eric A. Smith (eds.)  
 1981 *Hunter-gatherer foraging strategies*. Chicago: University of Chicago Press.
- Wobst, H. Martin  
 1977 Stylistic behavior and information exchange. En *For the director: essays in honor of James B. Griffin* (Charles L. Cleland, ed.) pp. 317-342. Anthropological Papers 61. Ann Arbor: Museum of Anthropology, University of Michigan.
- Wright, George Henrik von  
 1980 *Explicación y comprensión*. Alianza Universidad 257.  
 [1971] Madrid: Alianza Editorial.
- Wright, Henry T. III y Gregory A. Johnson  
 1975 Population, exchange, and early state formation in southwestern Iran. *American Anthropologist* 77: 267-289.
- Wylie, Alison  
 1982a Epistemological issues raised by a structuralist archaeology. En *Symbolic and structural archaeology* (Ian Hodder, ed.) pp. 39-46. Cambridge: Cambridge University Press.
- 1982b An analogy by any other name is just as analogical: a commentary on the Gould-Watson dialogue. *Journal of Anthropological Archaeology* 1(4): 382-401.
- 1985 The reaction against analogy. En *Advances in archaeological method and theory* vol. 8 (Michael B. Schiffer, ed.) pp. 63-111. Nueva York: Academic Press.

1989 The interpretive dilemma. En *Critical traditions in contemporary archaeology* (Valerie Pinsky y Alison Wylie, eds.) pp. 18-27. Cambridge: Cambridge University Press.

1993 A proliferation of new archaeologies: "Beyond objectivism and relativism". En *Archaeological theory: who sets the agenda?* (Norman Yoffee y Andrew Sherratt, eds.) pp. 20-26. Cambridge: Cambridge University Press.

Yates, Timothy

1988 Michael Schiffer and processualism as science with a capital S. *Archaeological Review from Cambridge* 7(2): 235-238. Cambridge.

1989 Habitus and social space: some suggestions about meaning in the Saami (Lapp) tent ca. 1700-1900. En *The meanings of things: material culture and symbolic expression* (Ian Hodder, ed.) pp. 249-262. *One World Archaeology* 6. Londres: Unwin Hyman.

1990 Archaeology through the looking-glass. En *Archaeology after structuralism* (Ian Bapty y Timothy Yates, eds.) pp. 153-204. Londres: Routledge.

Yellen, John E.

1977 *Archaeological approaches to the present: models for reconstructing the past*. Nueva York: Academic Press.

## ÍNDICE ANALÍTICO DE REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Abrams	
1994	228
Adams	
1993	229
Adánez Pavón (véase Jociles Rubio y Adánez Pavón)	
Alcina Franch	
1989	35, 53, 178
1995	226
Allen y Richardson	
1971	56
Arnould (véase Netting, Wilk y Arnould)	
Arrese	
1967	170
Barrett	
1987	131
1988	262, 264
Barth	
1976 [1969]	35
Bedford (véase Hillier, Leaman, Stanhall y Bedford)	
Belkin (véase Shamgar-Handelman y Belkin)	
Bhaskar	
1978	23, 92, 199
1979	9, 23, 96
Binford (véase además Sabloff, Binford y McAnany)	
1962	37, 54
1967	37, 94
1968a	57
1968b	63
1972a[1965]	17, 37, 54, 55, 78
1972b[1968]	37
1972c[1971]	57
1972d	57

1972e	17, 37, 64
1973	17
1977	37, 41-44, 49, 60
1978a	38
1978b	49
1979	68, 69, 76
1980	43, 45, 68
1982	42, 43, 51
1983a[1977]	66-68, 179
1983b[1978]	67, 179
1983c[1978]	45, 69, 92
1983d[1981]	70, 76
1983e[1982]	131
1983f[1982]	45
1983g	76, 77
1983h	76
1987a	41, 44
1987b	67
1988	99
1989a	35
1989b	131
Binford y Binford	
1966	17, 37
Binford y Sabloff	
1982	42, 43, 66
Binford, S. y Binford	
1968	60
Blanton	
1994	243, 259
Boas	
1948 [1896]	28
Borofsky	
1994	186
Bourdieu	
1988[1987]	111, 176
1990[1984]	106, 182, 262, 263, 266
1991a[1970]	171, 193, 216, 225
1991b[1979]	123
1991c[1980]	106, 110, 185, 188, 216
1994	106, 187, 262, 263
Boyd y Richerson	
1985	155

Braithwaite	
1982	162
Brown y Steadman	
1991	170, 230
Brumfiel	
1989	150
1992	150, 159, 160, 174, 187
Brumfiel y Earle	
1987	64, 141, 148, 149, 154
Brumfiel y Fox (eds.)	
1994	150
Carr (ed.) (véase además Limp y Carr)	
1985	145
Carsten y Hugh-Jones	
1995	168
Carsten y Hugh-Jones (eds.)	
1995	169, 259
Castillo (véase DeMarrais, Castillo y Earle)	
Çevik	
1995	264
Clewlow (véase Donnan y Clewlow)	
Chapa Brunet (véase Ruiz Rodríguez, Chapa Brunet y Ruiz Zapatero)	
Chapman	
1990	243
Chernela	
1993	170
Chippindale	
1986	21
1992	21
Clarke	
1977	1
Cohen	
1990 [1987]	107
Conkey	
1978	79
1982	79
1989	79, 80
Cos	
1986	171
Criado Boado	
1993	258, 259

D'Andrade	
1995	185
David (véase además Smith, A. y David)	
1971	231
1992	23
Davis	
1981	16, 24
Deetz	
1977	79, 229
DeMarrais, Castillo y Earle	
1996	158
Descola	
1986	224
Devillard	
1995	109
Donnan y Clewlow (eds.)	
1974	38
Dragadze	
1981	225
Durkheim	
1987 [1895]	29, 206, 207, 210
Durkheim y Mauss	
1971 [1903]	213
Earle (véase además Smith, A. y David; Johnson, A. y Earle; DeMarrais, Castillo y Earle)	
1977	149
1982	151
1991	140, 143, 151, 153-155, 157
Earle y Preucel	
1987	101, 121, 131, 141, 147, 151, 157, 158, 162, 163, 191
Fernández	
1986	113
Flannery	
1968	63
1973a [1967]	178
1973b	27, 50, 64, 90
1975 [1972]	63
Flannery y Marcus	
1976	80
Fletcher	
1995	241

Foster	
1989	243, 264
Fotiadis (véase Watson y Fotiadis)	
Fox (véase Brumfiel y Fox)	
Fritz	
1978	80, 81, 114
Gallay	
1992	21, 22
Gándara Vázquez	
1982a [1980]	35, 59
1982b	35, 59, 64
1990	94
García García	
1976	214, 231-236
1983	232, 236, 238
Geertz	
1988a [1973]	33
1988b [1964]	192
Gibbon	
1989	23, 50, 91, 92
Giddens	
1979	106-108, 179, 192
1981	107
1984	97, 106-108, 177, 178, 187
1987 [1967]	106, 108, 138, 177
Giuliani	
1987	230, 260
Gladwin	
1980	147
1989	147
Glassie	
1975	79, 229, 254-256
Godelier	
1989 [1984]	8
González Echevarría	
1987	42
Goody (ed.)	
1958	231
Goodyear, Raab y Klinger (véase además Raab y Goodyear)	
1978	36
Gould	
1980	38, 69

Gould (ed.)	
1978	38
Gould y Schiffer (eds.)	
1981	38
Graham (véase Hillier, Hanson y Graham)	
Graves	
1989	264
Habermas	
1987	33
Hägerstrand	
1970	239
Hanson, F.A.	
1975	27
Hanson, J. (véase Hillier, Hanson y Graham; Hillier y Hanson)	
Hasell y Peatross	
1990	251
Hassan (véase Plimpton y Hassan)	
Hastorf	
1991	251
Herrero	
1992	210
Herzfeld	
1992	22, 250
Hillier y Hanson	
1984	243-246
Hillier, Hanson y Graham	
1987	243, 247
Hillier, Leaman, Stanhall y Bedford	
1976	243
Hirschon	
1981	225
Hodder	
1978	39
1979	16
1981a	16, 25, 26, 29
1981b	89
1982a	9, 16, 31, 46, 79, 80, 83-86, 89, 91, 93, 95, 113, 116, 174, 188
1982b	16, 89, 92, 94
1982c	80, 88, 89, 116, 117, 120, 124, 179
1982d	88
1982e	89

1984a	98, 161, 165
1984b	259
1985a	33, 96, 97
1985b	259
1986	98
1987a	113, 128, 165, 178
1987b	140
1988 [1986]	5, 80, 91, 96, 97, 99, 105, 113, 125-131, 135, 155, 162, 163, 165, 175
1990a	33, 133-135, 162, 192, 259
1990b	5, 132, 161, 165
1991a	33, 132, 139, 165
1991b	33, 96, 132, 186
1991c	5, 33, 125, 132, 133, 139
1992a	101
1992b	139
1994	134, 195
Hodder (ed.)	
1982	16, 88, 92, 95, 97, 174
Hodder y Orton	
1976	39
Holy	
1987	200
Holy y Stuchlik	
1983	176-178, 186
Homans	
1990 [1987]	142
Hoppál	
1987	226
Houart (véase Struever y Houart)	
Hugh-Jones, C.	
1996	226
Hugh-Jones, S. (véase además Carsten y Hugh-Jones)	
1995	226
Hunter-Anderson	
1977	231, 232
Ibáñez	
1994	182
Ingold	
1986	55
Israel	
1985	249, 250

Jochim	
1976	75, 159
1979	75
1983	146, 147
Jociles Rubio y Adánez Pavón	
1995	106
Johnsen y Olsen	
1992	131, 133
Johnson, A. y Earle	
1987	141, 151-154, 157, 158, 182
Johnson, G. (véase además Wright, H. y Johnson)	
1978	148
1982	148
Johnson, M.	
1989	132, 133
1991	133, 229
1993	229
Kamp	
1993	227
Keene (véase además Moore, J.A. y Klinger)	
1979	74
1983	145-147
1985	146, 147
Keesing	
1994	186
Kent	
1982	224
1983	224, 229
1987	230
1990a	229, 257
1990b	229, 254
1991	229, 254, 257
King	
1990	170
Klinger (véase Goodyear, Raab y Klinger)	
Kohl	
1981	28
Kosso	
1991	165
Kramer (ed.)	
1979	38

Kroll y Price	
1991	1
Kuhn	
1971 [1962]	6, 168
Kuper	
1973	29
Kus (véase además Peebles y Kus)	
1979	98, 100
1982	100
Lane	
1994	224
Lawrence y Low	
1990	168, 169, 231
Leach	
1978 [1976]	117, 190
Leaman (véase Hillier, Leaman, Stanhall y Bedford)	
LeBlanc (véase Watson, LeBlanc y Redman)	
Leone	
1982a	79, 81, 100
1982b	100
1984	81, 229
1986	81, 82
1987	81
Leone, Potter y Shackel	
1987	81
Lévi-Strauss	
1981 [1979]	259
1984a [1952]	187, 212-214
1984b [1952]	212
1984c [1956]	213
1984d [1956]	214
1988 [1955]	170
LeVine (véase Shweder y LeVine)	
Limp y Carr	
1985	146
Longacre	
1968	46, 56
Low (véase Lawrence y Low)	
Lyons	
1989	224
1996	224, 250
Marcus (véase Flannery y Marcus)	

Marshall	
1989	226
Martín Serrano	
1977	179
Martínez Navarrete	
1989	166
Mauss (véase además Durkheim y Mauss)	
1971 [1927]	211
Mauss y Beuchat	
1971 [1904-1905]	208, 213
McAnany (véase Sabloff, Binford y McAnany)	
McGuire	
1983	159
1992	98
Miller	
1982a	67
1982b	92, 122
1982c	33, 91, 92, 122
Miller y Tilley	
1984a	122, 132, 137-139, 191, 192
1984b	139
Miller y Tilley (eds.)	
1984	97, 137
Møbjerg	
1991	209
Moles y Rohmer	
1978	241, 246
Monnet	
1995	194
Moore, A.	
1981	171
Moore, H.	
1982	86
1987	224, 260
1996 [1986]	188, 224, 233, 260
Moore, J.A.	
1983	22, 148
Moore, J.A. y Keene	
1983	145
Murphy y Murphy	
1985	170
Netting (véase además Wilk y Netting)	

Netting, Wilk y Arnould	
1984	231
Nevett	
1994	225, 251
Olsen (véase Johnsen y Olsen)	
O'Shea	
1992	133
Ortner	
1984	102-104, 137
Orton (véase Hodder y Orton)	
Oswald	
1987	224, 227, 231, 232, 238, 258
Outhwaite	
1988	92
Pader	
1993	170, 227, 229, 248, 258
Patrik	
1985	43
Pazos	
1995	109, 124
Peatross (véase Hasell y Peatross)	
Peebles	
1992	33, 143
Peebles y Kus	
1977	64, 148, 149
Picó	
1986	97
Plimpton y Hassan	
1987	243
Plog	
1978	78
Potter (véase Leone, Potter y Shackel)	
Preucel (véase Earle y Preucel)	
Quinn (véase Strauss y Quinn)	
Raab (véase además Goodyear, Raab y Klinger)	
Raab y Goodyear	
1984	36, 144
Radcliffe-Brown	
1952	63
1975 [1958]	57
Rathje	
1979	40, 66, 89

Redman (véase además Watson, LeBlanc y Redman)	
1991 .....	35
Reidhead	
1979 .....	74
1980 .....	74
Renfrew	
1969 .....	17
1994 .....	101
Richardson (véase Allen y Richardson)	
Richerson (véase Boyd y Richerson)	
Ritzer	
1991 .....	103, 109, 142, 143
1993 [1992] .....	103
Robben	
1989 .....	225
Rodman	
1985 .....	170
Roe (véase además Siegel y Roe)	
Roe y Siegel	
1982 .....	226
Rohmer (véase Moles y Rohmer)	
Root	
1983 .....	148
Ruiz Rodríguez, Chapa Brunet y Ruiz Zapatero	
1988 .....	161
Sabloff (véase además Binford y Sabloff)	
Sabloff, Binford y McAnany	
1987 .....	41
Sánchez Pérez	
1990 .....	225, 236
Sayer	
1992 .....	92, 199, 200
Scharfstein	
1989 .....	91
Schiffer (véase además Gould y Schiffer)	
1975 .....	46, 49, 50
1976 .....	37, 46-49, 70, 71, 89
1979 .....	71, 73
1981 .....	74
1988 .....	51
Semprini	
1993 .....	230

Service	
1962	206
1985	4, 5
Shackel (véase Leone, Potter y Shackel)	
Shamgar-Handelman y Belkin	
1984	224
Shanks y Tilley	
1982	119, 120, 138, 161, 191
1987a	97, 132, 137, 138, 162, 163, 166, 179, 180
1987b	97, 98, 105, 132, 137-139, 166, 180, 181, 193
Shweder y LeVine (eds.)	
1984	97
Siegel (véase además Roe y Siegel)	
1987ms	170, 226
Siegel y Roe	
1986	226
Smith, A. y David	
1995	194, 252
Smith, E.A. (véase Winterhalder y Smith)	
Stanhall (véase Hillier, Leaman, Stanhall y Bedford)	
Steadman, J.Ph. (véase Brown y Steadman)	
Steadman, S.R.	
1996	169
Stiles	
1977	38
Stocking	
1984	63
Strauss y Quinn	
1994	185
Struever y Houart	
1972	17
Stuchlik (véase Holy y Stuchlik)	
Tanner	
1991	227
Taylor	
1948	178
Thomas	
1993	139
Tilley (véase además Miller y Tilley; Shanks y Tilley)	
1982	33, 118
1984	119
1989	139

1993	139
1994	139
Trigger	
1992	53
1995	32
Tschauner	
1996	162
Veloz Maggiolo	
1985	103
Vogt	
1983	242
Wagstaff	
1987	140
Washburn	
1987	99
Watson y Fotiadis	
1990	161
Watson, LeBlanc y Redman	
1974 [1971]	20, 37, 46, 59-62, 65, 70, 173
Werlen	
1993 [1988]	33
White	
1959	53, 54
Whitelaw	
1994	226
Wilk (véase además Netting, Wilk y Arnould)	
1983	222, 231, 238, 259
1984	218, 219, 221
1990	180, 222, 239, 240, 260
Wilk y Netting	
1984	238
Winterhalder y Smith	
1981	74
Wobst	
1977	24, 79
Wright, G.H. von	
1980 [1971]	58
Wright, H. y Johnson	
1975	148
Wylie	
1982a	93, 94, 163
1982b	41, 50, 94, 113

1985	94, 113
1989	38, 41, 43, 50
1993	163
Yates	
1988	99
1989	226
1990	139
Yellen	
1977	38, 56, 69

